

S. S

8-58

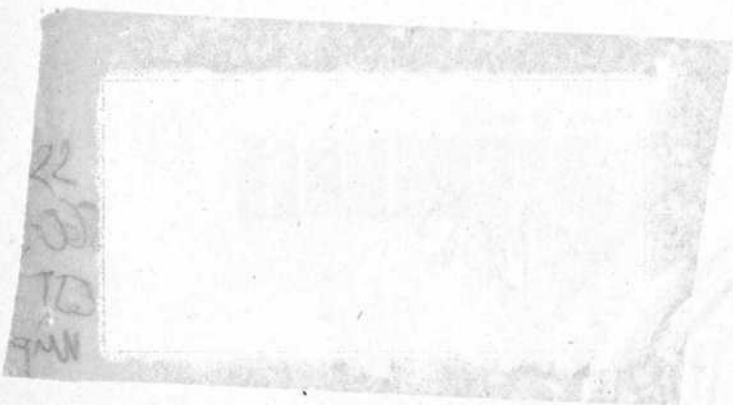
B.P. de Soria



61048055

SS 860-3 EST mip

22
8603
EST
mip



MI PRIMER ENSAYO

MY PRIMER ENZYMO

MI PRIMER ENSAYO

COLECCIÓN

DE

CUENTOS CON PRETENSIONES DE ARTÍCULOS

POR

CASTA ESTEBAN Y NAVARRO

VIUDA DE GUSTAVO A. BÉCQUER



MADRID

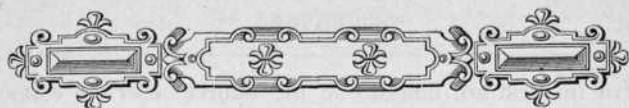
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1884

Esta obra es propiedad de su autor, quien perseguirá ante la ley al que la publique ó reimprima sin su consentimiento, tanto en España como en el extranjero en cuyos países rijan los tratados sobre propiedad literaria. Queda hecho el depósito que marca la ley.



A LA EXCMA. SRA. MARQUESA DEL SALAR.

Señora:

PERDONAD mi atrevimiento al dedicarla tan mezquino recuerdo, hijo de mi seco cerebro, y sólo la ruego lo aceptéis como prueba de la simpatía que hacia su persona siente la mía; quisiera fuera una obra de elegantísima forma, digna á V. E., ya que por desgracia carece de todo mérito literario; pero mis escasos recursos no me han permitido otra cosa, y aun así, lo hago á fuerza de inmensos sacrificios, privándome hasta de lo más preciso de la vida para atender á los gastos de su impresión.

Pobre y enfermo estaba mi sér, porque enferma y herida tenía mi dolorida alma, cansada de luchar con-

tra mi destino, cuando se me ocurrió escribir estas mal trazadas líneas, como último recurso para defenderme de la miseria y del hambre, que en esta tierra, patria de Cervantes y Calderón de la Barca, es la única herencia que por desgracia alcanzamos las viudas de los poetas, cuyos horrores y privaciones son las recompensas conseguidas al brillo que á su patria dieron con sus plumas y su talento; á estas pobres líneas me así, cual el náufrago á una débil tabla; construí mi pequeño buque con el escaso material de mi cerebro, y sólo me faltaba una figura grande y elevada, que á modo de capitán de tan mezquina nave, la salvara con su nombre de un seguro naufragio, y al punto me acordé de V. E., no por lo mucho que me pudiera valer su nombre, sino porque sabía que su alma sufría como la mía, y así como el pájaro busca el aire, el pez el agua y el cautivo su libertad, así un poderoso imán llevó mi dolor al suyo, y como V. E. también padecía, bien pronto me comprendió con su claro talento. ¿Y cómo no, si nuestros efectos son iguales, aunque sus causas sean distintas?

Por esta razón me atreví á dirigirme á V. E., segura de no engañarme, y en efecto, lo acerté.

Sólo me resta manifestarla que poco, muy poco es su valor positivo en mérito literario, si acaso tiene

alguno, como para mí no tiene precio, por estar empapados mis escritos en ese agua pura y cristalina que destilan los ojos, embargados por el dolor que el alma siente cuando nos vemos precisados á un trabajo forzado, para no morirnos de hambre, y por caminos nobles y decorosos, desterrar de nuestro lado la miseria y el infortunio.

Si logro agradarla con mi pobre producción, veré recompensados mis desvelos con usura; si no es de su agrado, sólo la suplico su benevolencia para su, afectísima amiga y segura servidora,

CASTA ESTEBAN Y NAVARRO,

viuda de Gustavo A. Bécquer.





DOS PALABRAS A MI SEXO



MIAS QUERIDAS HERMANAS! Dispensadme os dé este título íntimo de confianza, pues no hallo otro más dulce y cariñoso, después del adorado de madre; no es mi ánimo ofenderos ni rebajaros, bien sabe Dios que no, y sí sólo como expresión de gratitud y cariño, que hacia vosotras me guía. Por esta razón os ruego lo admitáis con igual placer que mi alma siente, y con vuestro claro y despejado talento perdonéis mi osadía al llegar á vuestras manos mi primera y pobre producción, que desnuda del manto galano y florido de la bella poesía y llena de faltas y errores mil, sale á luz sin pretensiones, ni aspiraciones, más que una: agradar á mis lectores y recoger el óvulo, importe del libreto y poder comer; si lo consigo, veré colmados mis deseos con usura; si, como es posible y espero, me diera un resultado negativo á mi buen deseo, nadie lo extrañará al saber fué escrito bajo la presión del calor de mi destemplada cabeza, y no con una imaginación inspirada que, por desgracia, está bien lejos de mí.

A todas en general me dirijo, y muy especialmente á esas mujeres honra y orgullo de nuestro sexo, que con la pluma en la mano, llenan columnas de periódicos, escribiendo rimas, novelas y dramas. ¡Qué felices son al saber expresar sus pensamientos y desarrollar las ideas que cruzan por su mente!

¡Cuán desgraciada yo, que impulsada por una imperiosa necesidad, tomo mi mal cortada pluma, sin reglas, sin arte y sin conciencia, para implorar la caridad pública, como el ciego tañe una mala guitarra; así yo escribo una mala obra; quizás aquél con ella gane su sustento, y yo con la mía. ¡Dios sabe cuál será mi destino!

No espero críticas ni burlas, no; y no las espero, no porque mis escritos estén libres de ello, sino porque de la desgracia nadie se burla; los caballeros son nobles y galantes en esta patria de la hidalguía para las señoras, y sabrán dispensar mis muchísimas faltas, y vosotras que sois tan señoras y tan nobles como ellos, que conocéis mi objeto y pretensiones, sabréis también dispensarme; dudar de ello, no sería una ofensa, sería un crimen.

¡Sí, hermanas mías! Hora es ya que borremos para siempre el anatema que un conocido mío escribió no hace mucho tiempo, y cuyo calificativo nos infama, nos rebaja y empequeñece de una manera horrible, triturando las fibras del corazón de toda mujer que se estime en algo, con estas palabras: *El mayor enemigo de la mujer, es la mujer misma.*

¡Oh! desgraciadamente tiene razón; nosotras mismas somos culpables de cuanto nos pasa.

¡La envidia! ese monstruo feroz que devora el corazón humano, roe nuestras entrañas y abrasa y seca

nuestra mente, está tan impregnado en nuestro pecho, como adherida la cabeza al cuerpo, el alma á la materia y el pensamiento á la mente. ¿No habéis presenciado en salones y sociedades que nos basta una flor, un prendido, la simple arruga en un vestido, para desgarrar su alma con la burla; sus ilusiones con el desvío y con la murmuración... ¡quizá su honra! cuyos pedazos y girones arrojamos con placer á su rostro, para después lanzarlos en forma de pregón al lodazal de la infamia y la calumnia, huyendo de su lado cual se huye de un miserable leproso?

Y más tarde os extrañáis que esa misma mujer arrojada de nuestro lado sin compasión ni caridad como hermanas y faltando á los sagrados mandatos de Dios de *jamaros como hermanos!* la cerráis vuestra amistad y vuestra puerta, después de haberla insultado, ¡tal vez deshonorado! os extrañáis, repito, que al verse abandonada y escarnecida por su sexo, donde debió hallar apoyo y esa protección cristiana, basada en la caridad, para disculpar sus errores, llegue un día que busque en el hombre el cariño y protección que nosotras la negamos, y en ese día, ¡desgraciada! el hombre es cual la araña que teje y teje su tupida red sin descanso, para en su día cazar á la imprudente ó cándida mosca que á su paso toque. El hombre nos brinda su veneno en copa de oro, y una vez bebido, sus resultados son inevitables, y después de satisfecho su apetito, nos arroja de su lado llamándonos ¡sexo débil y cabezas sin sentido! ¿Y sabéis por qué? Porque no estamos unidas y conformes; la unión es la fuerza, y la fuerza la forma la voluntad y el deseo de conseguirlo, por aquello de *querer es poder*.

¡Sí, hermanas mías, sí! Es preciso, es indispensable que hoy antes que mañana, retorzamos nuestro corazón de ayer y le formemos de nuevo para mañana.

Nosotras somos la palanca que mueve el universo; ¡á nuestros pies, se rinden desde la humilde cabaña hasta los soberbios Imperios! Buscad un punto de apoyo, y la victoria es nuestra.

La mujer, en todas las clases de la sociedad, es el imán que atrae hacia sí á su compañero el hombre, el cual empieza por besar nuestras plantas para más tarde convertirse en nuestro señor, no en nuestro amigo; y este descrédito que enrojece nuestras mejillas con el carmín de la vergüenza, es sólo por nuestra falta de unión y cariño, ¡unámonos todas bajo un lazo de amor y cariño, y éste será el punto innegable de apoyo de nuestra invencible palanca, para demostrar al mundo entero que somos dignas, fuertes y grandes, como hijas al fin de aquellas célebres matronas que dejaron tras de sí una inmortal fama y un glorioso recuerdo.

No quiero recordaros la sombra de aquellas madres espartanas que, sacrificando el amor de sus padres, hermanos y hasta de sus mismos hijos, valientes les exigían, al partir á los combates y batallas, que volvieran *con el escudo ó sobre el escudo*; esto es, ó vencedores ó muertos, pero no vencidos. La historia dice de una madre que al terminar una célebre batalla, preguntó á uno de los soldados vencedores:—¿De quién es la victoria?—¡Nuestra!—respondió el guerrero,—¡pero en ella han muerto tu marido y tus dos hijos!—¡No importa!—respondió la madre—¡antes de nada es la salvación de la patria! ¡corramos al templo á dar gracias á los dioses por la victoria que nos concede!

¿Y podrán los hombres llamar con justicia sexo débil á esta madre, cuyo corazón sabe retorcer los dolores sagrados de familia, para adornarlos con el glorioso laurel del amor patrio?

Pasaré también á la ligera á las honradas y virtuosas matronas romanas, modelos de amor conyugal, gloria del hogar doméstico, invirtiendo todos sus desvelos y cuidados en criar sus hijos para que éstos llegara un día que sirvieran á su patria. No os recordaré á las famosas guerreras y políticas, Semíramis de Asiria, Dido de Cartago, y Cleopatra de Egipto, ni á Aspasia ni á Artemisa, cuyos ejemplos de valor y virtud, el mundo admira y las generaciones pasan al recuerdo de su tumba con respeto profundo, viviendo eternamente sus glorias en los todos corazones grandes y elevados. También hubo grandes criminales ó viciosas, Mesalinas, Floras, Fulvias, Laidas y mil monstruos de iniquidad, sin dejar por esto de ser famosos sus hechos; pues digan lo que quieran, la mujer por su despejo natural, su carácter especial y atrevido, su genio violento y sus pasiones, más ardientes y más verdaderas, sólidas y fuertes que las del hombre, no tiene término medio para su vida, y llega un día que arrastrada por las pasiones que su alma sueña, se hace célebre por medio de la virtud, que la remonta á lo ideal de los ángeles, ó por la triste celebridad del vicio y el crimen.

En tiempos más modernos, la historia nos presenta como ejemplos á una María de Molina, que sabe contener las ambiciones de los nobles y magnates de Castilla y asegura por dos veces el vacilante trono de su hijo y de su nieto; á una Isabel I, que al abrir las puertas de Granada, consiguió la unificación política de Es-

paña; á una María de Pacheco, la ilustre viuda de Padilla, tan política como guerrera, que supo sostener por largo tiempo la obra de libertad, iniciada por su malogrado esposo, teniendo en jaque por largos meses á los partidarios de Carlos I, y que su alma sólo cede cuando la faltan los recursos: los que la juraron fidelidad, la abandonan, la traición la cerca y una enfermedad la sorprende; y á una Luisa de Guzmán, esposa del Duque de Braganza, la cual rompió con valor y firmeza en sus disposiciones el yugo que oprimía á Portugal por los reyes hispano-austriacos y conquistó su independencia.

Después pasaré á recordaros las mujeres que han brillado en las letras y célebres como D.^a Beatriz Galindo, como primera latina; á la sabia Salmantina Sigea, Teresa de Cepeda y la famosa madre Sor María de Agreda, y no cuento las muchas poetisas y novelistas que brillaron en la edad de oro de nuestra literatura en los siglos XVI y XVII, y cuyos nombres, la mayor parte, han pasado al olvido más oscuro.

Sin embargo, así como la sangre de los mártires de la religión cristiana era el riego que criaba por cada gota cien creyentes más, así de siglo en siglo, hasta nuestros días, la mujer imitó su grandeza de alma y el amor á las letras. Todas las naciones tienen un ídolo en nuestro sexo, ante el cual el hombre tiene que doblar su rodilla, y casi no podría existir Francia sin madama de Sevigné, España sin Santa Teresa de Jesús y Mexico sin Sor Juana Inés de la Cruz, orgullo de nuestro sexo y que tan altamente conocía el corazón del hombre como el nuestro, como dice en sus cantos.

«Hombres necios que acusáis
Á la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
Si las incitáis al mal?
Parecer quiere el denuedo,
De vuestro parecer loco,
Al niño que pone el coco,
Y luego le tiene miedo.
Queréis con presunción necia
Hallar á la que buscáis,
Para pretendida Thais,
Y en la posesión, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.
Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite es ingrata
Y si os admite es liviana.
Siempre tan necios andáis,
Que con desigual nivel,
Á una culpáis por cruel
Y á otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil enfada?
Dan vuestras amantes penas
Á sus libertades alas,
Y después de hacerlas malas,
Las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasión errada,
La que cae de rogada
O el que ruega de caído?
¿O cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
O el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantáis
De la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
O hacedlas cual las buscáis.»

Estas son nuestras madres, y también somos hijas de los guerreros invencibles de Cartago, de los guerreros invictos de Numancia, de los leones indomables de Pavía, del Cid, cuyo sagrado recuerdo guardamos como tradición sagrada de nuestra patria, de Colón el gran capitán, el gran marino cuyo talento sin igual, otra corona supo conquistar á la corona de Castilla.

De Hernán Cortés cuya conquista de Méjico hoy nos parece un sueño casi ideal; de Padilla, de Bravo y Maldonado, que supieron pelear como caballeros y morir como cristianos, se destacan á nuestra vista, como

una trinidad manchada en sangre noble y generosa, por las manos de déspotas y tiranos, que les hicieron pagar con sus cabezas el glorioso nombre que á su patria dieron. De Lanuza, de Cervantes, el príncipe de los ingenios, esa gloria codiciada y envidiada por todas las naciones del mundo civilizado; de Miguel Angel y Murillo, cuyos pinceles hicieron hablar á los lienzos que sus manos tocaron; de Feijó, Quevedo, Moratín, Moreto y cien mil ingenios más, os tienen con orgullo por sus nietas.

Vosotras heredasteis su valor y su talento, y al contemplaros al través de su fría tumba, cual contempla el alma enamorada á su objeto amado, no podrán menos de exclamar:

—¡Son dignas hijas de su patria; al fin y al cabo, son españolas!

Desde hoy seamos todas hermanas, saludemos al alba, que nos envía un día tan feliz de gloria al olvidar nuestras miserias, y, unidas en estrecho y cariñoso abrazo para siempre, ligadas por los vínculos de una sincera y cordial fraternidad, gritemos de corazón:— ¡Viva la unión de la mujer, creada por la mujer misma!

Sí, hermanas mías; nuestras madres nos marcaron el camino que hasta hoy, por una dolorosa fatalidad, no hemos seguido.

Imitemos la conducta del sexo fuerte, y lo seremos tanto ó más que el suyo, con acciones nobles y entereza de alma, y no dudéis que el hombre os amará, admirará y respetará más, siendo grandes, fuertes y elevadas, que bajo el bochornoso título de sexo débil que hoy nos llaman; y la razón es, que siempre se ama, se quiere y se respeta más lo que creemos superior á nosotros, co-

mo nos sirve de menosprecio lo que juzgamos inferior á nosotros mismos.

El mejor amigo de la mujer debe ser la mujer misma; como el hombre es sólo amigo de sus amigos; pero de la mujer, jamás.

Entre el hombre y la mujer no hay amistad posible, no puede haberla; su educación, su sexo y sus opuestas costumbres lo rechazan; ó hay entre los dos algo que traspase los límites de esa amistad ó no hay nada.

Pues si no podemos sostener la amistad del hombre y rechazamos la de nuestro sexo, ¿á dónde vamos? ¿Qué esperamos?

Apelo en mi favor y me someto al fallo de todas las viudas y huérfanas del mundo, y que digan con verdad si los amigos de sus padres y esposos fueron iguales para ellas; los primeros días que perdemos estos seres queridos, nos ofrecen siempre cuanto podemos desear; después sus visitas son escasas y con intervalos de algunos meses de una á otra; más tarde, apenas nos recuerdan, y con un saludo, á nuestro paso, forzado y tibio, que los años enfrían, llega un día, andando el tiempo, que dicen:—¡No recuerdo de V.!—Y más tarde:—¡No la conozco!—¿Y por qué? ¡Porque no puede existir tal amistad!

El hombre y la mujer nacieron para el objeto que Dios los creó, ¡para amarse ó para ser indiferentes! Pero para ser amigos, ¡jamás!

Quisiera tener la pluma de la mejor poetisa para poder expresar las ideas que siento abrasar mi mente, y no puedo; quisiera poderos convencer á todas, para deponer el odio, la envidia y la rivalidad que tenemos en perjuicio sólo de nosotras mismas, y también me es im-

posible. ¿Qué hacer, Dios mío? ¡Nada! Confesar mi ignorancia y suplicaros vuestro perdón, y que pronto llegue el hermoso día que el sol de la ¡justicia ilumine nuestras almas, y os abracéis todas, absolutamente todas, tan de corazón y buena fe, como en este momento os lo manda, desde el fondo de su alma, vuestra atenta y S. S.

LA AUTORA.





UN SUEÑO EN TRIANA

La vida es sueño y la muerte
nos despierta.



LEGUÉ un día á casa de un amigo y lo hallé triste y pensativo. Su vista me hizo daño y exclamé:

—¿Qué tienes? ¿Por qué padeces? ¿Qué siente tu corazón que suspira como herido del rayo y tus ojos se nublan de tristeza, di?

—¿Quieres saberlo?—me repuso mi amigo,—¡pues toma asiento y escucha!

Tomé asiento en un silla cerca de la suya, y empezó de esta manera:

—¿Por qué suspiro me preguntas? ¡ay de mí! no lo sé; y sin embargo, la luz me ofende, la gente me cansa y cuanto alrededor mío veo girar lo miro con frío desdén. ¡Todo me hastía! ¡Dichosa vida! ¿Y es esta la vida tan decantada por miles de poetas, llena de atractivos y placeres sin fin? ¡Oh! ¡Yo no veo ese camino sembrado de flores, cuya fragancia nos adormece el alma!

Sólo veo mi camino erizado de punzantes espinas,

cuyas aguzadas puntas se clavan en mi dolorida alma.

Veo la sociedad cual moneda falsa que engaña su deslumbrante resplandor.

¡Todo es ficticio y engaños mil! Veo la virtud por el suelo, la honra entre el fango, cubiertas de lodo vil.

Sólo veo el vicio y el crimen elevado sobre pedestal de oro, coronado por el lujo y la adulación, que gozosos rinden culto á la diosa mentira.

La verdad la veo á lo lejos... ¡pero muy lejos! oculta tras oscuro trasparente, que mi acalorada imaginación la dibuja en la mente mía; y esa aparición fantástica que me enloquece de placer y que sólo en ella creo existe la felicidad es ¡la muerte!

¡Sí! ¡La muerte es el único consuelo de los que padecen sobre la tierra!

El mundo, los parientes, los amigos y hasta el mismo amor, todo es mentira, engaño fatal, triste realidad; pero llena de verdad por desgracia.

Pues bien; hasta esta única esperanza me está reservada su negativa, ¡aun vivo! y vivo porque creo sentir y puedo respirar. ¿Pero cómo vivo? En mis ojos tristes, cual el pensamiento mío, se lee la indiferencia; esta indiferencia es hija de la muerte del corazón, de mi sér, de los sentidos; sólo el alma que mueve esta máquina ya cansada y deshecha, que llamamos cuerpo, la tengo rota en mil pedazos, cada pedazo en mil giros, cada girón en mil disgustos que ahogan mi sér; esta es la vida.

Razón tenía el célebre autor de aquellos versos inolvidables que decía:

«El mundo comedia es,

y los que ciñen laureles
hacen primeros papeles,
y á veces el entremés.»

¡Verdad incontestable! ¡Grande como su pensamiento!

¡El mundo comedia es! Todos hacemos en él nuestro pequeño papel; pero algunos lo hacemos tan mal, que sólo podemos escuchar á la fortuna que convertida en inexorable público, nos aturde con sus prolongados silbidos.

¡Horror! No puedo resistir su eco; mis fuerzas me abandonan, su estruendo, mil veces más aterrador que el rudo son de cien combates, hieren mis oídos, desvanecen mi cabeza y mis ojos se nublan con venda negra que nada me permite ver; los cierro desvanecido ante la luz de la realidad, y al caer sobre mi pobre lecho los abro ante la luz de la ilusion.

.....
¡Nada veo! ¡Nada siento! ¡Ni ruido... ni luz... todo es quietud y silencio!

La noche misteriosa avanza nublando el espacio con su negro crespón, y sólo se respira esa dulce calma precursora de la muerte. ¡Soy feliz! ¡Creo descansar!

Cierro los ojos, y cuanto más los cierro, más clara veo una luz dulce y suave que remontada en dorada nube y trasparente cual el fino cristal de Venecia, la veo descender grave y majestuosa hacia mí.

La nube se evapora mágicamente, y de ella descien- de una bella figura, dulce como la ilusión de nuestros juveniles años, de nuestra primavera de oro; la cuál una vez pasada, no vuelve jamás.

Viene cubierto su rostro con trasparente gasa ce-

leste, y sin embargo, sus facciones y formas se destacan claras y bellas cual diosa que del Parnaso descien-
de veloz. Yo, adormecido ó soñando, quiero huir; tiem-
blo, ¡tengo miedo! el mismo pavor me hace estar inmó-
vil como preso por mil cadenas de hierro.

¡Al fin llega hasta mí! Yo tiemblo de pesar y alegría
á la vez; abro los ojos para contemplarla más de cerca;
quiero hablar y no puedo; un nudo ahoga mi garganta;
mi lengua es una pesada plancha de plomo; su apari-
ción destroza mi alma con recuerdos tristes de mi tris-
te historia.

En ella veo una mujer hermosa, sus facciones me
son perfectamente conocidas.—¡Ah! ¡es ella!—me gritó
mi pobre corazón.—¡Sí! ¡ella es!

Hago un esfuerzo supremo por hablar, y mis labios
permanecen cerrados por el candado del silencio.

Ella, que comprende lo que por mí pasa, me tiende
su blanca mano; yo la estrecho con efusión entre las
mías.

Un ahogado grito resonó en mi pecho, y las manos
retiré de aquella encantadora mano, cuyo contacto
abrasa y su peso hiela. ¿Qué es esto?—me pregunté ad-
mirado; mas ella, sin apartar su mano de las mías,
que al mirarla es de nieve y al tocarla es de fuego, me
lanzó una sonrisa irónica y de desdén, que hiela mi al-
ma y mata mi corazón.

—¿No me conoces?—exclama su argentina voz pura
cual un ángel.

—¡Sí! Tú eres... eres... ¡Ah! sí, sí, eres tú.

—¡Te engañas! ¡Pobre mentecato!—y una segunda
carcajada sardónica me deja frío é inmóvil como la es-
tatueta de la muerte.

—¿Pues quién eres tú que tal parecido tienes á otra beldad querida? ¿Quién eres, sombra fascinadora ó realidad ingrata, di?

—¡Yo tomo las formas que quiero, porque caprichosa soy, y mi placer es obrar á ciegas!

—Entonces ángel ó diablo, quién quiera que seas ¿qué pretendes de mí?

—¡Soy la Fortuna!

—¡Yo te saludo, reina del capricho! Reconozco tu poder y soy tu esclavo, dispón de mí.

—Vengo para poner en tus manos la felicidad que tanto deseas. Ven. Acércate más. No tiembles, que nada te haré—y cogiéndome la derecha mano, depositó en ella un doblado papel diciendo así:—¡No lo leas hasta que yo haya desaparecido!

—Así lo haré

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

.....
Dos segundos después, todo había desaparecido ante mi vista; abrí el misterioso papel loco de frenética alegría y leí con avidez:

¡Un día toqué á tu puerta y no me abristes!

¡No esperes nunca á tu Fortuna!

.....
Más tarde desperté, lancé un suspiro de dolor arrancado del fondo de mi dolorida alma y exclamé:—¡Tienes razón; los desgraciados no tienen ni el derecho de poderse quejar!

La fortuna es loca y yo soy tonto.





LA MANO



BUENOS días, lector! Supongo habrás descansado bien, cuando te preparas á leer estas mal trazadas líneas sobre campo blanco y sobre negra tinta; pues bien, si has descansado ya, voy á escribirte (por no decir garrapatearte) dos renglones sobre un asunto fácil y que halle pronto á mano, y no tenga que discurrir mucho, que es lo más penoso cuando hay que hacerlo para comer, y como lo más á mano que tropiezo es con la misma mano, la tomo por tema, y, sin levantar mano, empiezo por decirte que el hombre llega un día que delira en la vida y piensa en casarse, pues creo que de otro modo jamás lo haría, por sólo aquello de «el buey libre, bien se lame,» y estas cosas que dicen, se tratan muy despacio y con mucha formalidad, es cuando más locos los hacemos.

Al hombre le llena por completo su pensamiento la Srta. T., joven de diez y ocho años de edad, tan bella como discreta, y todas sus ilusiones y toda su felicidad sólo estriban en llamarla su esposa.

El tiempo pasa, y el día convenido por la familia del novio se presenta ésta, con los trapitos de cris-

tianar y con el fondo del cofre, en casa de la novia.

El papá marcha delante, con un frac de verde botella, con botón dorado, pero no á fuego, sino á la acción del tiempo, que los ha puesto amarillos como la cera; corbata blanca, de palmo y medio de alta por medio de ancha; chaleco de piqué blanco, que, á fuerza de estar guardado, ya es amarillo; pantalón negro, como ala de mosca; zapato de paño negro; guante de ante; sombrero de copa, cuya copa no tiene fin, y un grueso bastón de caña de la India, que lo mismo le sirve para pescar, como á su cara mitad para hacer la cama, como para limpiar las paredes de su casa, como para algún servicio excusado, que excusado creo indicar.

La mamá lleva su vestido de merino, color café oscuro, con correa de charol, en cuyo remate se ve un escudo de plata de nuestra Señora del Carmen, en forma de hábito, ofrecido por devoción y economía á la vez; su cabeza ostenta un soberbio sombrero, color escairlata, de los desechados por María Luisa, del cual penden tres grandes plumas de pavo real, meciéndose orgullosas á los movimientos de cabeza que su ama les imprime, como los largos penachos de los caballos de la real casa en días de ceremonias.

Sus guantes, color grosella; corbata blanca; bota imperial y pañuelo de capucha, con su indispensable sombrilla, que, aunque está nublado, le sirve de adorno, como ella dice, completaba su traje.

El matrimonio marcha del brazo por esas calles de Dios, capaz de dar un susto al miedo, como aquel que marcha á una gran empresa, y lo es en efecto, pues van nada menos que á pedir la mano de su futura hija política.

—Mira—le dice su esposa.—¡No hables mucho y no te se escape el *trujo* ni el *ayga* que tú tanto usas! ¡No digas nada de que lo pasamos mal, ni que nuestro sueldo es corto; porque si huelen nuestra posición, no hay boda, y si no hay boda, mi querido hijo se muere sin remedio ó se pega un tiro, porque está atroz con sus amoríos! ¿No estabas tú así de enamorado cuando te casaste conmigo? ¡Zopenco!

—¿Tú qué sabes, si no estabas dentro de mí?—responde el papá, con cara de vinagre.

—¿Pues no lo había de saber? ¡Pues bonita soy yo para que nadie me engañe!

—¡Bueno, bueno! Déjame en paz y hablemos del muchacho.

—¡Sí, es claro! ¡Tú, lo que quieres es eludir la cuestión, escapando por la tangente! pero no te vale, ¡infame!

—Pero mujer, ¿me quieres dejar en paz y no llamar la atención en medio de la calle? ¡qué dirá la gente!

—Bien, me callaré; pero te juro, que si no hubiera sido por la mala jugada que me hizo el capitán de dragones de la Guardia Real del Rey Fernando, que en paz descanse, y haberme abandonado el infame, después de darme palabra de casamiento, ¿cómo me tenía yo que haber casado contigo y con tu madre?

—¡Con mi madre no te casastes!—responde su esposo cada vez más incomodado.

—No me casé con ella, pero me casé contigo, que eres un bribón y tu madre una arpía, que me hizo pasar las de Caín, tan sólo porque me visitaba mi primo Alfredo y D. Justo Tadeo, el que te colocó en ren-

tas estancadas, donde te debías de haber estancado toda tu vida, y D. José Cazurro, que nos dió los diez mil reales cuando quedaste cesante por tu holgazanería y tu dejadez de no ir á la oficina, porque...

—Pero mujer, ¿te quieres callar, ó me vuelvo á casa y todo ha terminado?

—¿Volverte á casa sin pedir la mano de la señorita para mi hijo? ¡eso no lo pienses! Ya estamos en la puerta; entra, entra.

—¡En las puertas del infierno habíamos de estar!— dice el esposo dando un empujón á su cara mitad, que la hizo entrar por el portal dando pasos de un acelerado can-can.

—¡Subamos!—dice el papá estirándose la corbata y arreglándose lo mejor que puede su arrugado frac.

D.^a Catalina, que así se llamaba su esposa, subió con trabajo al piso principal, siguió al segundo, pasó el tercero y llegó á pararse frente al cuarto, cuarto número tres duplicado, frente al excusado, y exclamó lanzando un suspiro de cansancio con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Aquí es! Llama.

El esposo tiró del cordón mugriento que pendía sobre la puerta de la habitación indicada, y un sonoro campanillazo, á modo de un cencerro de ganado mular, se dejó escuchar en su interior, donde moraba el ídolo de los amores de su hijo.

La puerta se abrió inmediatamente, pues sin duda esperaban la visita sus moradores, y después de los cumplidos de ordenanza y una algarabía de gritos de mujeres que todas chillaban á la vez, acompañadas de los ladridos del perrito Cupido, de la mamá de la casa;

el cual, enfurecido por tanto estrépito, hizo presa en las escuálidas pantorillas del papá del novio, y el pobre señor daba desaforados gritos de dolor, que los afilados dientes del perrito causaban en sus flojas carnes.

La señora de la casa tiraba cuanto podía de su Cupido para que soltase la presa que había hecho, gritándole á la vez:

—¡Cupido! ¡hijo mío, suelta, suelta que te vas á romper los dientes!

El perrito soltó cuando le dió la gana, llevándose entre sus dientes como una cuarta de paño de los pantalones del visitante, el cual veía todas las estrellas del firmamento sin abrir los ojos.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó la señora de la casa.

—¡Más lo siento yo! —repuso el mordido, cojeando como si lo fuera de nacimiento.

—¡No tenga V. cuidado; con un poco de sal y vinagre se cura en seguida!

—¡Señora, como si fuera una caballería!

—¡Es lo más eficaz que V. puede figurarse!

Y dicho y hecho, le aplicó á la parte dolorida un paño empapado en dicho líquido, que al herido le hizo dar un salto mortal, y después de bien vendado y puesto el pedazo de paño del pantalón, con sólo dos docenas de alfileres, tomaron asiento; las señoras en el sofá, las hijas inmediatas y los papás al frente, sobre dos desvencijadas sillas, que una de ellas, al recibir el peso del padre del novio, acabó de romperse, viniendo ésta al suelo y sobre ella el desgraciado D. Pantaleón, que así se llamaba el infortunado padre del novio, rompiéndose el frac

por los codos y las narices por la parte más delgada, gritando como un becerro:

—¡Me muero! ¡me muero!

Por segunda vez salió el agua y el vinagre, y después de bien lavada la herida y liarse el pañuelo de las narices á las mismas de su dueño, la visita empezó de esta manera por la dueña de la casa:

—¿Pero han visto VV. qué tiempo? ¡Esto no se puede resistir! ¡Yo estoy fatal de mis nervios; las niñas las tengo constipadas, y temo por la pequeñita que me la dé un moquillo que se la lleve Dios!

—¡Mamá!—dice la hija mayor enmendando la plana á su madre,—¡tú trabucas la niña con el perro!

—¿Por qué?

—¡Porque has dicho moquillo!

—¡Bueno, me he equivocado! Por decir garrotillo, que para el caso lo mismo da.

—¡Tiene V. razón!—dijo D.^a Catalina dispuesta á no contrariarla en lo más mínimo.

—¡Pues bien, hija mía! Aquí todos estamos malos, la casa parece un hospital, y ese... (ese es el esposo) pasa unas noches con los callos, juanetes, ojos de gallo y los sabañones, amén de la pícara tos, que no nos deja pegar los ojos.

—¡Claro!—responde su esposo algo ofendido por la pintura que de buenas á primeras acababa de hacer su esposa de él.—¿Cómo habéis de pegar los ojos si tenéis por medio las narices?

—¡Ya!—dice su esposa.—¡Qué material y qué ridículo eres, hombre de Dios!

—¡Mujer, si dices unas tonterías, que no hay quien te resista!

—¡Vaya, señores, hablemos de otra cosa si á VV. les parece!—exclamó D. Pantaleón con voz gangosa por la opresión que el pañuelo le hacía en las narices.

—¡Sí, sí! Hablemos de otra cosa—dice la dueña de la casa.

D. Pantaleón toma una actitud cómica, comprendiendo que había llegado el momento de lucirse en toda regla, y hablando reposadamente, como aquel que se escucha á sí mismo, tosió grave y respetuoso dos ó tres veces seguidas, y dijo así:

—Pues señor... Como iba diciendo...

—¡Pero hombre! ¡Parece que vas á contar un cuento!—exclama desesperada D.^a Catalina.—Acércate más á mi lado.

D. Pantaleón se coloca al lado de su cara mitad cuanto le es posible y continúa de esta manera:

—Pues señor...

—¡Dale con el señor!—responde su esposa, dándole á la vez un pellizco con todo el disimulo posible, que le hizo soltar un ¡ay! capaz de conmover la tierra.

—¿Qué es eso?—pregunta el dueño de la casa.

—Nada... No es nada... Es que padezco de los *nervios*—responde tartamudeando D. Pantaleón, á la vez que recibía de su esposa otro segundo pellizco más fuerte que el primero, diciéndole por lo bajo:—¡Animal! Di nervios y no niervos.

—¡Ay! ¡Ay!—volvió á repetir el pobre D. Pantaleón, más colorado que una amapola.

—¡Descanse V.!—le dice su futuro compadre.

—¡Ya, ya voy descansando! Y en cuanto *aygan* pasando los nervios...

—¡Ya la soltó!—exclamó colérica D.^a Catalina.—¡Si

con este hombre no se puede ir á ninguna parte!—Sólo que esta vez no fué pellizco lo que le propinó á su querido esposo, sino un alfiler de á ochavo que le entró por el muslo como una mitad de aquel asador, que le obligó de un salto á ponerse en medio de la sala, bramando de dolores.

—¿Pero qué es esto?—decía la dueña de la casa.

—¡Nada, señora, nada! ¡Los nervios!

—¡Serénese V.! ¿Quiere un poco de tila?

—No, señora, no; ya se pasan.

D. Pantaleón fué á sentarse al extremo opuesto de su esposa y empezó de esta manera:

—Pues bien, señores: nuestra visita de hoy sólo tiene por objeto pedir á su hija Adela para casarla conmigo, digo, no; con su madre; no, tampoco; con mi hijo el varón.

—¡Bah! Lo supongo que su hijo será varón de nacimiento y no hembra—responde la dueña de la casa soltando la carcajada más natural del mundo, á la cual responde D.^a Catalina hecha un Lucifer y toda descompuesta sobre su esposo:

—¡Ay, hijo, y qué bruto eres para todo! ¡Si decía bien D. Tadeo, cuando te quitaron el destino, que no servías para nada!

—Y tú sólo sirves para hablar más que una cotorra.

—¡Insolente!

—¡Desvergonzada!

—Haya paz, señores; eso no vale la pena; y V., doña Catalina, sosiéguese V. y tenga calma—dijo la dueña de la casa.

—Buena falta me hace, porque este hombre me tiene la sangre frita como un chicharrón, y el día menos

pensado me da un patatús que me lleva Dios por la posta, y entonces sabrán lo que yo valgo y la falta que hago para todo.

—¡Nada de eso! Cálmese V. y hable cuanto quiera; ya sabe que esta casa es suya, y nosotros unos verdaderos amigos.

—Gracias por su galantería; y abusando de su amabilidad, nos tomamos la libertad de pedir la mano de su hija Adela para mi pobrecito hijo, que está muerto por sus pedazos.

—¿Y para qué quiere mi hijo la mano?—exclama don Pantaleón como aquél que da en el quid de un grave problema, grave y difícil,—¡lo que el chico quiere es el cuerpo entero y verdadero, y no la mano!

—¡Calla, zopenco, y no me impacientes con tus sandeces!

—¡Es sólo corregir un error!

—Mire V., D. Pantaleón—le dice la dueña de la casa, con el mayor agrado,—su señora ha dicho la mano por costumbre y en sentido figurado.

—¿Sentido mi mujer? ¡No lo crea V.! Lo perdió antes de nacer; y en cuanto al sentido figurado, aquí no hay figuraciones que valga; ó la chica va entera y verdadera, ó yo no consentiré otra cosa; ahora, si mi hijo la quiere descuartizada, yo lo evitaré como padre y como hombre.—He dicho.

—¡Ni yo tampoco lo consentiría, de ninguna manera!—exclama la madre de la novia;—¡hija de mi alma! ¡y con el trabajo que me costó criarla, que tuve los pechos malos y se me retiró la leche de un susto, que usted no sabe!

—Pues por lo mismo yo no lo consiento.

—No hables, hombre, que todo lo echas á perder.

—Ya me callo.

—Pues bien—dijo D.^a Catalina,—los chicos se quieren y ellos se aman como los amantes de Teruel.

—Sí—dijo D. Pantaleón;—tonta ella y tonto él.

—¿Pero podrás callarte, arrastrao?

—Yo he querido decir... que ellos no saben lo que es mundo y que...

—Y tú que lo sabes has querido decir algo y has dicho un disparate.

—Cada uno dice lo que sabe.

—Conforme—dice la señora de la casa.

—¿Lo estás viendo cómo esta señora me da la razón á mí? ¡Ah, señora! Si V. fuese mi mujer, ¡qué feliz sería yo con V.!

—Pues hijo, yo te cambio por cualquiera, y no había de perder ni un céntimo.

—¡Oh! Si las mujeres fueran como los billetes de libre circulación de los ferrocarriles, ¡qué felicidad!

—¿Y qué tienen que ver las mujeres con esos billetes? —dijo la dueña de la casa, que no le disgustaba el sesgo que había tomado la conversación, mientras su esposo permanecía silencioso y con la vista fija en el suelo.

—¿Que qué tiene que ver? ¡Y mucho!

—¡No lo entiendo!

—Que así como estos billetes se renuevan todos los años, porque no son valederos más que por uno, así se debían renovar las mujeres, ó antes si espera peligro de muerte.

—¡Eso que es bueno no se verá!—dijo el amo de la casa, que hasta entonces había estado callado como un leño.

—Pues bien—dijo D.^a Catalina reanudando su discurso;—estábamos en la mano de la chica.

—¡Sí, sí!—dijo D. Pantaleón—¡al grano, al grano!

—A eso voy derechita como una vela, porque yo sé bien que la chica canta en la mano.

—¿Cómo en la mano, señora? Tenga V. presente que mi hija no ha cantado nunca más que dos... cientos noches en el café Imparcial, y eso por mucho favor, por ser el amo paisano mío y que no puedo negarle nada que me pida, por razones especiales que me callo.

—No lo digo por eso—dice su futura suegra;—lo digo porque la chica es lista como un rayo, y la pobre estará ya sobre ascuas.

—¡Figúrese V., como se quieren tanto! Y eso que ella no sabe que la casada es la mujer y no el hombre, ¡pobres de nosotras! cada vez que recuerdo el trabajo que me costó separarme de mis padres, lo que yo lloré y el rubor natural de la mujer la noche que me casé, porque efectivamente fué de noche y...

—¡Así salió ello!—respondió su esposo recordando con marcado disgusto aquella inolvidable fecha.

—Pues nada, nada — dice D.^a Catalina,—hagamos cuenta que sacamos dos almas del purgatorio, abrasaditas por las llamas del amor, y que se casen y en paz.

—Puesto que ellos lo quieren, con su pan se lo coman, yo me lavo las manos como Pilatos.

—¿Conque podemos contar con la mano de su hija?

—¡Dale con la mano!—dice D. Pantaleón amostazado.

—Hombre, si es el consentimiento de estos señores.

—Yo, por mi parte—dice el dueño de la casa,—que su madre disponga lo que quiera; yo sólo les diré que

mi hija no tiene nada y nada lleva al matrimonio.

—¿Cómo nada?—exclama admirado D. Pantaleón.

—¡Hombre, digo de bienes de fortuna!

—¡Ta, ta, ta! Lo mismo lleva mi hijo, sacado el empleo de aspirante á pretendiente de meritorio en el Tribunal de Cuentas del Reino.

—Pues bien—dice la mamá,—puesto que su padre lo deja á mi elección y él no se opone, ni la chica lo rechaza y VV. lo desean, ¡qué le vamos á hacer! que hagan su voluntad.

—Pues conformes, y en ese caso se casarán los chicos cuando VV. dispongan.

—¡Sí, sí! Las cosas que se han de hacer, cuanto antes mejor—dice el padre de la novia, la cual aparece en este momento en escena, es decir, en la sala, y llega como novicia vergonzosa después de hacer alguna travesura.

—Buenos días, hija mía—la dice su futura suegra, dándola un beso parecido al de Judas y haciéndola sentar á su lado; pero la chica, en el momento de sentarse, da un bote sobre el asiento y lanza un ¡ay! agudo que lo mete por los sentidos, no de dolor, sino de susto, al tiempo que se oye un ruido sordo, como el que produce el lejano eco al desplomarse un edificio, acompañado de otro grito de angustia de D. Pantaleón, que presuroso salta también de su asiento, diciendo con todo el dolor de su alma:

—¡Carambola, mi sombrero! ¡Y era nuevo! ¡Como que no me le había puesto desde las funciones reales! ¡Calcule V.!

La chica lo recoge del suelo en figura de tortilla, y metiéndole la mano y después el brazo hasta el codo, lo hace á duras penas tomar su primitiva altura; dán-

dole cada tantarantán, que parecía tocaba la pandera por Navidad.

—Así no, hija, que lo vas á estropear—la dice presurosa la mamá,—¡dale, dale con los zorros y pronto se arreglará!

D. Pantaleón recoge su sombrero renunciando al auxilio de los zorros, ofrecidos generosamente por la mamá, y lo arregla como puede.

D.^a Catalina, en tanto, toma la mano de su futura hija, y dirigiéndose á sus padres con paso teatral, les dice:

—Conque quedamos que de hoy en un mes esta mano de Adelita será toda entera de mi hijo Alfredo, ¿no es eso?

—Conformes—responden los padres.

—Pues si así lo cumplís, Dios os lo premie, y si no que os lo demande.

D.^a Catalina y su esposo se retiran satisfechos y orgullosos de sí mismos, y D. Pantaleón sólo hasta cierto punto; pues al verse todo empolvado, vendadas sus narices, roto el frac por los codos, el pantalón por el perrito, heridas sus carnes y el sombrero hecho una calamidad, más bien parecía escapado de la batalla de San Quintín ó de alguna casa de orates, según lo roto y estropeado que se veía, que no salido de una visita de etiqueta, cuyo objeto era la petición de la mano de Adelita para su querido hijo; el pobre hombre no hacía más que suspirar tristemente y decir á su cara mitad:

—¡Me he divertido, como hay Dios!

—Claro—le dice su esposa,—¡como eres tan torpe!

Dos meses después la mano de la Srta. Adela fué entregada en el altar para siempre á su deseado esposo;

llevando él la Carrera de San Jerónimo, terminada y concluída, por donde pasear libremente, y la chica por dote la bóveda azul, el día y la noche y veinticuatro horas diarias para descansar.

Al principio lo pasaron mal, pero después lo pasaron peor, hasta que un día entablaron relaciones (de amistad por supuesto) con un rico propietario, y banquero por más señas, el cual colocó al chico en un soberbio destino, y á su esposa en los cuernos de la luna con sus alabanzas.

La suerte les sonreía alegremente en su morada. Ella cuidaba y animaba á su esposo cada vez más diciéndole siempre con la sonrisa en los labios:

—¡Hijo mío! ¿Qué quieres? ¿Qué deseas?

—Quiero almorzar—decía su esposo.

—¡Cuando quieras, hijo mío!

—¿Qué tenemos?

—Merluza frita y chuletas de carnero.

—No me hables de carnero, que no lo puedo atravesar.

—Si están hechas por mí, tonto; ¡ya verás cómo te gustan!

—¡Mujer, si yo no puedo comer más que vaca ó ternera!

—Esas son aprensiones; vamos á almorzar, que se enfrían, hijo mío.

El matrimonio se sienta á la mesa, mientras la criada, desde la cocina, canta que se las pela con toda la fuerza de sus pulmones la siguiente copla, con más sal que la salmuera y más picante que las guindillas:

Cuando las mujeres á los hombres

los llaman hijos,
los cuernos de la luna
no son tan fijos.

—Tiene razón,—dice el pobre Alfredo dejando de almorzar todo compungido y haciendo pucheritos como un angelito recién caído de un nido; —¡no hay en el mundo ningún hombre que llegue á ser algo si otro hombre no le da la mano!

La señora más encopetada no hace su carrera si no entrega su blanca mano.

La mamá ya entrada en años, no duerme ni descansa si no ve dar la mano de sus hijas á un hombre que ella crea hacer su felicidad.

La mujer en general ve con agrado que la den la mano para subir ó bajar las escaleras, ó para entrar ó salir del carruaje.

El hombre no es nada si, como vulgarmente se dice, no sabe dónde tiene su mano derecha (salvo á los zurdos, que en mi juicio, tanto derecho tiene la mano izquierda como la derecha para servirnos de ella con preferencia, por no haber nada escrito sobre este particular, más que una rutina que el tiempo la hizo ley) y que mil veces se besan manos que quisiéramos ver quemadas.

Sin las manos nada hacemos, y con ellas nos ganamos el sustento de la vida los que venimos condenados al trabajo, y cuanto valemos ó llegamos á alcanzar á las manos se lo debemos, y no digo más porque no quiero que me digan que me han dado el pie y yo me tomo la mano.



NO HAY PRINCIPIO SIN FIN



A ví bella cual un ángel descendido del Parnaso, radiante de galas y hermosura, cuya vista fascinaba más las gracias y encantos que la naturaleza con mano pródiga había derramado sobre ella, que el lujoso vestido de seda con brocados de oro, cuya larga cola orgullosa se arrastraba sobre la mullida alfombra de los espaciosos y elegantes salones del Duque X, donde la alta aristocracia se halla reunida por invitación de su dueño.

Las perlas que ceñían su alabastrina garganta, oscurecían la blancura de sus dientes de marfil; su mirada penetrante, expresiva y cariñosa á la vez, encendía más fuego en sus pupilas que los miles de bujías que adornaban el salón y que podían competir con el sol.

Las grandes y limpias lunas de Venecia, que fieles reflejaban su rostro y sus encantos, sólo aparecían cual débil sombra que su belleza imprimía en sus cristales.

No era mujer, era un ángel divino con la misión de amarrar á los hombres á su carro de triunfo.

¡La ví, contemplé absorto su belleza, la admiré después y la amé al fin! Era mi destino.

Desde aquel momento fuí su esclavo.

Mis ojos buscaban los suyos con el placer que el pez busca el agua, el pájaro busca el aire y cual la mente busca una ilusión querida, que nuestra alma sueña, que endulza nuestra existencia y nos hace feliz.

Mi pecho recorría la esfera de la felicidad, cuya dicha siempre esperamos hallar un día en el camino estrecho de la vida.

Al fin la hablé; lo que la dije no lo sé; ella se sonrió desdeñosa, más quizás de mi pobre persona que de las frases que la dirigí.

Sin embargo, me dió una cita.

Ansioso á ella acudí y de sus labios escuché estas frías palabras que mi corazón helaron:

—¡Amaré á V. por lástima!

¿Qué vería en mí? ¡Lo ignoro!

En aquel momento lo acepté tal como lo escuché, porque todo cuanto ella pudiera disponer sólo me tocaba obedecer.

Más tarde nuestro amor extendía sus alas por los espacios dorados que nuestra mente crea á su manera á los veinte años; esa preciosa edad que nos hace soñar despiertos y que Cupido se cuidó de vendarlos con gasa de trasparente seda de color de rosa.

Todo aparecía bello y encantador á nuestra vista; yo no podía vivir sin ella y ella me decía que sin mí tampoco podía vivir.

¡Qué feliz me creía! Su imagen bella, como la copia de los ángeles del cielo, moraba en mi pecho y mi alma era suya, sólo suya.

¡Cuánto la amé! ¡Cuántas y cuántas veces mi calenturienta mente descorría el velo de lo ideal, y en medio

de las tinieblas de la noche me la presentaba bella y hermosa que á mi lado cariñosa me decía:

—¿Estás contento?

¡Cuántas veces, ay de mí, cuando la voz tradicional del sereno cantaba «las tres y nublado,» mis ojos no los había cerrado Morfeo y mi mente soñaba con los sueños que mi alma sueña!

¡Ella, sólo ella era mi gloria, mi vida, como ideal de mi dicha!

Yo la veía descender hacia mí grave y majestuosa, envuelta en nubes de plata y recostada sobre macizo trono de oro, y pendiente de sus blancas manos, un precioso talismán que en caracteres formados de perlas y diamantes del Perú, se destacaba la palabra mágica de ¡Amor!

Sí, no hay duda; el amor, parta de donde parta y termine donde termine, siempre es bello, es el gigante que nuestro corazón crea en momentos felices de la vida.

No sé quién dijo que el amor es hijo del pecado. No es verdad.

El amor nos sorprende sin que nosotros podamos contrarrestarle; nuestro corazón domina la razón, y la razón se hace prisionera y esclava de nuestro mismo corazón.

Si no depende de nosotros atraerlo ni rechazarlo y una fuerza superior á nuestro libre albedrío nos arrastra á donde nosotros no podemos llegar, ¿por qué hemos de ser responsables de lo que no podemos responder?

¿Habéis sentido alguna vez el amor?

Si le habéis sentido, no tengo nada que deciros; los

impulsos del corazón se sienten, pero no se explican.

Si no le habéis conocido jamás, sólo puedo compadecerlos; un corazón sin amor es como un rosal sin rosas, una flor sin aroma, un cuadro sin colores y una jaula sin pájaro, donde sólo existe ese vacío triste que el alma hace llenar con el bálsamo del cariño.

El amor es el Dios de la vida, puesto que él nos lo deja sentir en nuestra alma.

Pecado dicen son los amores; y ¿quién lo dice? ¿Quien lo ha sentido ó el que no sabe lo que es?

Si quien lo siente lo dice, miente; si el que ignora sus secretos lo dice, ese es un pobre demente que sólo puede inspirarnos compasión y lástima; no sabe lo que se dice.

Un autor célebre ha dicho sobre el pecado del amor:

«¡Pecado! Dale otro nombre;
esa es la vida, es la luz;
el mismo Dios, no te asombre,
murió, por amor al hombre,
enclavado en una cruz.

¡Bendita cruz, yo te venero! Pues si Dios murió en ella por amor al hombre, ¿cómo el hombre no ha de morir por ese mismo amor que, formado al pie de la cruz del Gólgota, viene á morir en el cielo divino que Dios, con mano maestra, creó en el corazón del hombre, para ser correspondido por su compañera de la vida, ese ángel de la tierra, que su misión es endulzar nuestras penas, enjugar nuestras lágrimas y tendernos una mano, franca y amiga, para llegar á su corazón de oro, y desde él asomarnos á su divina alma; y al con-

templarla, cual se contempla el esplendor del día, morir de placer, diciendo:

—¡Bendita seas!

La mujer es imagen sagrada de la Virgen; la Virgen concibió el amor por su hijo, y el hijo murió por amor al hombre; y este hombre, lleno también del mismo amor, puro y santo, sólo su rodilla dobla ante el Dios que su religión venera y ante la mujer que su pecho adora.

Cuanto el hombre en su vida alcanza; cuanto posee, de ciencia, títulos y honores, á los pies deposita de su amada; y la mujer es el astro, radiante de felicidad, que al hombre hace girar á su lado, como el sol hace girar á los planetas.

Un año después, mis sueños dorados se habían realizado, pasando del estado ideal, que el alma sueña, á la vida real y positiva de la naturaleza; me había casado.

El ministro del altar terminaba de unirnos para siempre, bajo sus sagradas bendiciones.

Mi alma estaba loca de amor, alegría y esperanza á la vez; ella parecía sentir lo mismo que mi corazón sentía.

Llegó, por fin, el momento crítico; la noche misteriosa corrió sus crespones de luto sobre la tierra, llegando hasta nosotras la tenue luz de sus tinieblas.

El desposorio material había de verificarse pronto, forzado por las leyes de la naturaleza y para el objeto que fué creado.

El rubor natural, el deseo amoroso, la pasión ardiente, unido á la consideración debida á la persona amada, forman una atmósfera candente y pesada sobre nuestras sienes, que embaraza la lengua, corta nuestro

paso, amarra nuestras manos, y desvaneciéndose los sentidos, el espíritu cede y la materia vence.

Después... nada; en dos minutos no más damos un paso gigantesco, dejando á nuestra espalda un mundo de esperanzas cumplidas, de sueños conseguidos y de ilusiones quizás no realizadas.

No sé quién ha dicho que el matrimonio es la tumba del amor, ¡quién sabe! Tal vez no se engañe quien así lo dijo.

El matrimonio es la unión de dos personas que se aman; el amor es sólo una amistad íntima con ribetes de locura; la amistad, por basada que se halle, está siempre expuesta á la intemperie del desengaño, como enemigo encarnizado de la amistad; luego el amor también está expuesto á igual suerte de contrariedades, y en este caso, desgraciado el matrimonio que sobre sus cabezas sienta estallar la bomba de la discordia; en este caso la tumba queda abierta para siempre.

Si esta tumba se abre por desgracia en mi matrimonio, permíteme pasar sobre su fría losa una corona de cintas negras con doradas letras que digan á este recuerdo:

Si el matrimonio mata el amor, ¡viva el amor que nuestra alma crea!





¡LA BODA H!

«Nos llaman descamisados
»y nos dicen la verdad;
»no tiene el hombre camisa
»de quien se pueda fiar.»

J. M. VILLERGAS.



ABÉIS tenido ocasión de penetrar alguna vez en esas casas antiguas del Madrid viejo, que á modo de posadas ó paradores como aquellos que nos describe Cervantes en su *Quijote*, con sus paredes ennegrecidas á la acción del tiempo, sus estrechas y tortuosas escaleras nos conducen á largos y angostos corredores, donde cada cuatro pasos hay una puerta y cada puerta es una habitación ocupada por seres pobres y desgraciados, de cuyos hogares ha desaparecido toda clase de comodidades y sólo la miseria con el cetro de la pobreza y la desgracia unida han fijado su residencia en aquellos lugares, sin duda para dar tormento á los infelices destinados á vivir allí, por la suerte que les cupo al nacer?

Creo que alguna habréis tenido ocasión de visitar y que también de ella os habréis retirado con el corazón

oprimido por el dolor, al contemplar su miserable aspecto, y al separaros de su vista y respirar el libre ambiente de la calle, habréis experimentado igual placer que nuestra alma siente cuando nos apartamos de las sombras del campo-santo, para olvidar sus dolorosos recuerdos, ahogándolos en nuestro pecho con los placeres que el mundo nos brinda por do quier.

Una casa de vecindad es tan difícil explicarla sin pasar por su dolorosa experiencia, que cuanto se diga de ella, todo es pálido é incompleto, ante la realidad de sus hechos, y como lógico y natural, sus efectos son con relación á su causa.

La sociedad moderna, que todo lo dora superficialmente con la mentira y el engaño, levanta soberbios y suntuosos palacios en el interior de las poblaciones, y los pobres y clases poco acomodadas tienen que huir á los extremos y arrabales para caer en manos de sus cancheros, que con el nombre de caseros y el título de propietarios, los hacen pagar por mazmorras modernas un precio exagerado con relación al punto y habitación que ocupan.

Por esta razón, y como vulgarmente se dice, allí se reúne lo malo con lo peor, y de esta lamentable y descuidada reunión, nace de su centro la miseria y toda clase de privaciones para la vida humana y el deseo de alcanzar algo que remedie su deplorable estado; máxime cuando los jornales son cortos, la vida larga, las subsistencias caras y el trabajo escaso.

De esto nace todo, es decir, es la gran pila de alimentación que halaga sus deseos, con su instrucción escasa y reducida, los cerebros embotados en la ignorancia, y la luz de su mente apenas alumbrá á los senti-

dos que en su alma moran, obrando sin darse cuenta de sus acciones, y como meras máquinas se mueven sin que ellos mismos puedan explicarse la causa de ello, ni para qué nacieron, ni la misión que la Providencia les mandó desempeñar en la vida, al ser arrojados á la sociedad.

¡Pobre del pobre sin instrucción!

Verdad es que si todos la tuvieran, de otro modo andaría la sociedad, y los magnates que viven, gozan y gastan sus capitales multiplicados con el trabajo y el sudor de esos mismos seres infelices, á los cuales desprecian llamándolos chusma y canallas.

Tienen razón. Los llevan como corderos al matadero y se dejan conducir sin proferir palabra; les está bien empleado; pero volvamos á las casas de vecindad y dejemos correr el mundo, que él parará, es decir, sus costumbres y sus leyes y todo ha de cambiar en un plazo más ó menos corto, arrollado por la corriente del río del progreso, que en vano intentarán cortar su marcha, y como propósito de estas célebres casas y para dar una ligera idea de ellas, os contaré un cuento que hace muchos años me refirieron y que quizás no os sea desconocido, y que él por sí solo dice más que cuanto yo os pudiera explicar.

Predicaba cierto fraile el sermón de pasión de una Semana Santa en Sevilla, y, como fuese enumerando uno por uno los tormentos que pasó el Señor al ser crucificado, decía:

—¡Y le azotaron; le abofetearon; le coronaron de espinas; le hicieron cargar con el pesado madero de la cruz; tuvo sed, y le hicieron beber hiel y vinagre; recibió una lanzada en el costado, y, por último, le encla-

varon entre dos ladrones, espirando con los más agudos dolores que ningún hombre murió!

—¿Y no pazó más?—dijo un gitano, que al pie del púlpito estaba escuchando el sermón.

—¿Qué más había de pasar?—exclamó colérico el fraile.

—¡Pues una friolera! ¡Pero padre, zi le fartó lo mejor y más güeno que pazar!

—¿Qué le faltó? ¡Bruto!—dijo el fraile, sin poderse reprimir, al verse interrumpido en su oración.

—¡Pus na, que digamos; le fartó cer caza, vivir en caza de vecindá y amáis en compañía, como está este probe cuerpesito, que se ha de comer la tierra, hace veinte años, y sin esperansas de zalir de ella!

Es verdad, para una vida como la del gitano, más vale ser crucificado, muerto y sepultado, y se gana en ello el tres mil por ciento.

Entremos, pues, en una de estas casas, subamos sus derruídos escalones, y en sus correspondientes corredores presenciemos las siguientes escenas, puesto que el punto donde pasaron no hace al caso, y el lector puede figurarse el que más le agrade:

—¡Güenos días, señá Tomasa!

—¡Güenos días, Maruja!

—Avengo de parte de mi hombre pa pedirla el favor del armirez pa esta noche, pues, como tenemos tanto que preparar, me hace farta. ¡Jesus, vecina, qué días estos de boda; son fatales!

—Lo creo, lo creo, y aluego con el genio de su marío, la tendrá achicharrá la sangre dentro del cuerpo.

—¡No lo sabe V. bien, Tomasa de mi vida! Hay días que rabia como un basilisco, y otros parece una malva,

ni tan siquiera dice esta boca es mía; pero, en cambio, no descansan sus manos un minuto, pegando ca gofetá que valen por dos.

—¿Y V. se aguanta?

—No, señora, lo sufro con paciencia.

—Pues, hija, yo no podía resistir que un hombre me pegara á mí así... vamos, sin más ni más.

—Yo tampoco lo consiento; mire V., al principio lo sentía mucho, lloraba más y comía menos; luego ya no me hacía tanta mella, dormía bien y comía mejor, y hoy, se lo aseguro, vecina, si pasan dos días sin recibir estos requiebros de su cólera, casi, casi no estoy en mi centro.

—¿Pero, hija, será posible?

—Desengáñese V., vecina; yo algún día decía lo mismo que V. dice ahora, y luego me convencí que todo es acostumbrarse; al pronto todos los principios son deficultosos, pero luego el cuerpo se acostumbra á to, y ¡es tan güeno hacer las paces, que V. no sabe!

—¿Cómo las paces?

—Claro, las paces.

—No la entiendo.

—Pues es muy sencillo. Allega mi hombre, y viene de mal talante ó así, vamos, alegrillo, porque en honor de la verdad sea dicha, yo nunca lo ví borracho perdío, eso no, pero bien bebío, sí; entra, como Pedro por su casa (que es una comparanza), y, sin más ni más, me suerta una gofetá que, con dos seguías, me vuelve loca pa toa mi vida; yo le güelvo otra toná en do mayor, con acompañamiento de mordiscos y arañazos, que le hacen ver las estrellas, sin necesidad de telescopio.

Entonces, ¿qué tiene que suceder? Lo rigular; las si-

llas ruedan; los platos se rompen; el puchero se güelca y apaga la candela, levantando una columna de vapor y ceniza que nos ahoga á los dos; los chicos gritan; el perro aulla y el gato salta por la ventana, rompiendo los cristales de la vidriera y cuanto á su paso haya, y á los dos minutos todo queda como una balsa de aceite. Ni un ¡ay! interrumpe este silencio tan elocuente para nosotros; mi hombre recoge los restos de su camisa que entre mis dedos me llevé en el ardor de la pelea, después se restaña la sangre de su cara y garganta con agua y vinagre, yo hago lo propio, y terminada esta operación, toma el sombrero y sale como alma que lleva el diablo; yo amontono todos los cascós de los objetos rotos, los coloco en la indispensable espuerta, arreglo la casa, llamo al vidriero, pone los cristales que rompió el gato por otros nuevos, y al otro día, queda todo como si tal cosa y en disposición de seguir de nuevo la fiesta si es preciso.

Llega la noche y con ella llega mi hombre, entra serio, yo le recibo seria, él se ríe, yo me río, él me abraza... y calcule V., vecina, ¿quién se resiste por este sistema, que es el alma del cariño? Nadie, y una vez hechas las paces, nos acostamos en paz y gracia de Dios, apagamos la luz y... hasta el otro día no damos cuenta de nuestras personas.

—¡Pero hija, qué vida!

—Qué quiere V., es preciso distraerse en algo; si no fuera por estos ratitos de expansión doméstica, la vida nos cansaría en extremo; conque me voy, que estoy de prisa, deme V. el almirez.

—¿Conque al fin esta noche es la boda?

—Sí, señora, así lo dispuso el padrino, que es un ca-

ballero en toda la extensión de la palabra y no agraviando á naide; hágase V. una figura, que es nada menos que primo carnal del amigo del conocido de un pariente del asistente del caballo del General, ¡conque calcule V.!

—Ya, ya, ¡qué suerte la de V.!

—Hija, no me puedo quejar; mi hombre gana un jornal mu regular, la chica hasta hoy ha sacao tos los días su peseta libre; el pequeño gana ya tres riales y medio, diarios tos los días, y con to ello vamos *tirando*; pero, ¿me da V. el almirez?

—Sí, señora; pues no faltaba más, el almirez y cuanto hay en mi casa to está á su disposición; entre vecinas honradas y tan güenas como nosotras, no se niega na.

—Por eso he venío por él, porque voy corriendo á disponer el refresco pa la noche.

—¿El refresco en el almirez?

—¿Pues dónde lo había de hacer?

—Pero, ¿para la boda es el refresco?

—¡Sí, señora!

—¿Qué refresco les va V. á dar?

—Ensalá de lechuga, que ha traído la madrina, fresca y rica, que dá envidia de verla.

—¡Cómo! ¿La madrina está fresca con los años que tiene sobre su alma?

—No, mujer, no; la ensalá es la que está fresca.

—Como que son lechugas; y diga V., vecina, man dicho que la boda no es del gusto de los padres del novio, ¿es verdad?

—No lo crea V., esas son hablaurías de la Pelona y la Esgalichá, que tengo más ganas de enredarme con

ellas, que de coger cien duros. Que me lo digan en mi cara esas envidiosas, y las taparé los hocicos con los ricos rigalos que ha recibío mi hija; mire V., la madre del novio la trajo un aderezo riquismo de perlas finas sobre trompazos... digo, no, sobre topacios, ensartaos en cadenillas de oro, que la costó en la Plaza Mayor 12 riales y medio sin caja; el padre una manífica peineta de rial y medio la pieza, una pastilla de jabón de olor del moro y un pañuelo con sus iniciales bordás en sedas que no habrá bajao de cuatro á cinco riales lo menos; el padrino la cama; la madrina las sábanas, y yo lo que he podío, conqué ya ve V. si no tengo razón, ya las diré yo á esas pobretonas cuantas son cinco.

—No, vecina, no haga tal cosa y no me comprometa V., que ya sabe no me gustan cuentos y chismes y que mi boca es siempre un puerto cerrado pa to lo del mundo.

—Ya lo sé, ya lo sé, y por lo mismo me confío á V. para que me preste el orinal, digo no, el almiraz.

—Pues aquí le tiene V.; machaque con cuidiao porque tiene una rajita bien atapá, con papel de estraza y un poco de estopa de la lavativa, pa que no se salga el caldo.

—Pierda V. cuidiao que lo trataré como si fuera mío, vamos al decir, y aspero que á la noche pasará V. un ratito pa bailar un baile agarrao y aluego una jota flamenca y unas seguidillas hasta allí.

—Pues ya lo creo; en cuantico avenga mi marío, que está de servicio en la Puerta del Sol, me aplanto mi mantón güeno y las botas nuevas, y allá estamos tós.

—¡Bien, vecina! Así me gustan á mí las presonas; ¡vengan esos cinco y viva el lujo y quien lo trujo!

—¡Mucho que sí, pues no faltaba más!

—¡Pues hasta luego!

—¡Hasta después!

Dos puertas más adelante de donde pasaba esta escena, sale otra vecina que, deteniendo el paso á Maruja, ó sea la madre de la novia, y después de ponerse en jarras para dar más expresión y realce á su saludo, la dice así:

—Supongo que yo también estaré invitá esta noche á la boda de tu hija, porque de lo contrario armaría el escándalo del siglo por to lo alto de la casa, porque V. ya conoce mi genial y mi aquel... vamos, arrepare V. bien que hoy traigo el moño torció pa cualquier belén, y que estoy dispuesta pa to, ¿lo entiende V.?

—¡Pues no faltaba más! Hoy es día de groma en mi casa y toa la vecindá, la caye y el barrio entero están convidaos con muchísimo de aquel y fina voluntá.

—¡Vivan las mozas crúas, salero!

—¡Viva la tía Maruja!—decían las vecinas que asomadas á sus puertas presenciaban cuanto decían y poco á poco se iban acercando haciendo corro á las dos.

—¡Vivan los novios!—exclamó Maruja.

—¡Vivaaan!—contestaron todas.

—Y diga V., Maruja—decía otra vecina acercándose á las dos,—¿tiene convidá también á la viuda esqueletá y á esa señá encopetá que llaman por mal nombre D.^a Alifonsa?

—No señora; á esas cursilonas no las quiero en mi casa, y lo digo alto pa que lo oigan ellas y toa su descendencia alta y baja, porque yo soy así, más clara que el sol que sale.

—¡Bien dicho! Yo lo decía porque si van ellas yo no voy.

—¡De nenguna manera! Ellas no van.

—Malegro, porque la tal D.^a Alifonsa me revienta; ¡ya ve V., una joven solterita, con el lujo que gasta y que sólo recibe visitas de hombres solos, y á ella no le farta ná y no se la ve trabajar en ná... ya ve V.!

—Desengáñese V., vecina, que en algo trabajará y que bastante trabajo tiene con no gustarle el trabajo.

—¿Trabajo? ¡no lo crea V.!

El trabajo es pa nosotras, que después de estar reventás de trabajar como un burro, allega el sábado y el hombre trae un jornal que no alcanza ni pa el agua que bebe.

—Si es que lo trae entero y no ha gastao la metá en en vino, como hace el mío, y después me arrea ca toná que canta el credo.

—¡Es verdá!

—¡Pues y la otra remilgá que parece un ave fría y dice ser viuda de un tiniente de la Guardia Cevil de Alcorcón, que no sale de su casa el viejo aquel de marras y dice es su administraor!... ¿Qué la administrará á esa señora? ¡Como no sea el día y la noche! ¡Vamos, señor, que se ven unas cosas que encienden la sangre de un santo!

—¡Anda, anda; pues y el otro día que la trajo el viejo una caja de pañuelos de la India y una pieza de Holanda finísima y lo andaba enseñando á toa la vecindá como niño con zapatos nuevos.

—¿Y ella lo tomó?

—¡No que no, á dos manos por no tener más.

—¡Malo, malo!

—¿Por qué, vecina?

—Porque esto me hace recordar un cuento de allá en tiempo de mis abuelos, que decía...

—¿El qué?

—Que una vez tomada la Holanda, los Países Bajos corrían eminente peligro.

—Eso suponiendo piadosamente que no será la primera liebre que haya desollado esa señorona.

—¡Cabales, eso mismo digo yo! ¡Dios sabe!...

—Chicas, chicas, allá ella, con su pan se lo coma, que á mí no me gusta murmurar de naide, porque según dice mi confesor, es el pecado más feo de todos los pecados, y con su permiso voy á rezar mi novena á San Cucufate bendito y después pasaré á bailar un rato en la boda de Julia; ¡pues poco que la quiero yo á la chica! La prometo bailar en su nombre unas seguidillas de pistón, porque yo soy así, franca y de genio fronterizo, lo mismo pa un fregao que pa un barrio, y que lo cortés no quita pa lo valiente.

—Pues hasta luego.

—Hasta después.

—Diga V, tía Maruja,—exclama una vieja canosa y llena de andrajos, —¿es verdá que el novio es rico?

—Así así; él está empleao en eso de lo civil y gana cuatro mil riales al año, y una paga por Navidá y algunos gajecillos del oficio como tó empleao, y pronto será Menistro, porque tiene un tío mu gordo, mu gordo que le protege y ha sío Deputao de Cortes cuando Amadeo, y será pronto Rey.

—¿Cómo Rey?

—Es decir, Rey de armas ó cosa así.

—Pues yo creo que Julia debía haberse casado con su primo, que algo se querían.

—¡Calle V. por Dios! ¡Casarse mi hija con ese perdío que juega cuanto tiene y no trabaja nunca porque siempre está borracho como una uva! Eso de ninguna

manera; buen trabajo me costó quitárselo á mi hija de la cabeza, y á su padre darla sendas palizas para hacerla entrar en razón y conseguir lo que deseábamos; y la chica erre que erre, hasta que un día, al salir del obrador de entregar su trabajo, vió á Julio y el cielo hizo que entrara con él la paz en mi casa y que mi Julia le diera su mano.

—Pues ahora su primo está en grande, gasta y triunfa como un Marqués.

—Pues hija, con su pan se lo coma, que yo no quiero de él ni la salvación, aunque está mal dicho, y doy mil gracias á Dios porque mi hija lo haiga dejao plantao por su Julio, que es to un caballero mal comparao; conque vecina, lo dicho dicho y hasta luego.

—Hasta luego.

—Hasta después.

—No faltaremos.

—¡Viva la Maruja!

—¡Viva la vecindá!

Las doce de la noche se dejaban sentir en todos los relojes de Madrid, cuando en una mala tasca, llamada taberna del tío Pacheco, sita en la calle del Aguila, y sentadas al rededor de una mugrienta mesa de mal pintado pino, sobre la cual había un paño ó rodilla con honores de servilleta ó mantel por lo sucio, roto y asqueroso que al verlo repugnaba al estómago más fuerte del Universo, se hallaban comiendo un plato de mal guisados callos dos mujeres, tan limpias y aseadas como el mantel que les servía para limpiarse ó mancharse más sus descarnados dedos del caldo colorado y grasiente de tan apetecido manjar.

La más joven tendría sobre treinta á treinta y dos

años; sostenía sobre su falda un niño de pecho, como de unos cinco meses de edad, el cual dormía tranquilo sosegado sobre la que al parecer fuese su madre.

La otra podía contar sobre cuarenta y tres á cuarenta y cinco años, y á su lado tenía otro niño pobremente vestido, por cuyas roturas de sus vestidos enseñaba las infantiles carnes; su edad sería de seis á siete años, el cual devoraba con la vista los restos de la cena; pero el angelito nada comía.

—¿Por qué no das algo de comer al chico?—dijo la primera á la segunda.

—Anda y que coma lumbre, que es más torpe que un arao, y no me sirve para nada.

—¡Pero mujer, si el chico debe tener hambre!

—Pues que le dé su madre que tiene obligación, yo no gano para mantener granujas como este, que no me sirve tan siquiera pa sacar un mal pañuelo con tino y como es regular, y ya ves que los tiempos están remataos pa pagar dos riales diarios por el chico y tres y medio por el grande, y ya conoces tú que sólo pidiendo no podía sacar tanto dinero, y por más que me mato por enseñarle el oficio á este arrastrao y maldecío muchacho, él na, cada día es más torpe.

—Sí, pues güen bolsillo la entregué antinoche, cuando salía aquella señora del coche en la calle de Alcalá —repuso el muchacho, rompiendo en llanto y restregándose los ojos con sus manecitas, tan blancas como el carbón.

—Lo único que has hecho güeno en toa tu vida, y eso fué gracias á mí, que detenía á la señora cuanto podía con pretexto de pedirla una limosna, para que tú hicieras el avío.

—Pues vamos, mujer, dale esas sobras y que coma algo, ¿qué quieres? Yo no seré buena; pero no puedo comer sin que también coman los que están conmigo.

—Así te ves tú de avia de ropa limpia.

—Y no me pesa; pues cuando termino un negocio ya tengo otro á la güelta.

—¿Y tú crees que el de esta noche dará chispas?

—Más que un pedernal arrozao por el mejor eslabón que frabiquen en Inglaterra.

—Según eso ¿tienes confianza?

—¡Que te calles, chica! ¿Crees tú que soy yo alguna panoli que me mamo el deo? ¡Qué gilí eres! ¡Pa no guipar aonde yo me meto! Na de eso, el chavó que tiene la guita es un mozo crúo y bien plantao, que da el opio en to el barrio por lo fino; él ha quedao en aparecerse por aquí y no faltará; pero por si acaso viene y no suelta la tela... ¿entiendes la toná? Pues entonces na, le damos esquinazo y despachaos; pero si suda bien, en ese caso le servimos como es rigular entre personas decentes y bien criás.

—Luego no hay que hacer más que...

—¡Ay qué gracia! ¡Ya sabes lo que hay que hacer!

—Pero...

—No hay pero que valga, cuando él diga al avío, cogemos la carga y despachaos.

—¡Chipé, que ya me estás haciendo tilín hasta allí!

—Ya verás, mujer, ya verás, cómo sale to que ni pintao.

—¿Y si nos prenden?

—No ha nacio quien tenga calia pa prenderme á mí; yo guipo y chanelo más que tos los hombres de justicia reuníos, pa saber aonde me aprieta el zapato; no temas.

—En fin, en tí confío.

—Como si fueras en un navío de tres puentes y cincuenta cañones por banda.

—¿Y si nos da poco?

—¡Quiá! Eso sería un pueblo con vecinos y to; lo ajustao es lo ajustao, y no le ribajo ni un céntimo de los 25 chulés; 10 pa tí (si te portas bien) y 15 pa mi quis, que soy la que te proporciona el nigocio.

—Convenío.

En aquel momento se abrió la puerta de la taberna y apareció por su quicio un hombre como de unos veintiocho á treinta años, sombrero de anchas alas, el caballo peinado á lo chulo, traje corto y cara de perdonavidas, con un cigarrillo de papel, el cual apuraba hasta quemarse los labios.

Al verle entrar nuestras dos heroínas, exclamaron á la vez:

—¡Ya está aquí!

En efecto, el aparecido era el esperado.

—Güenas noches, chaval.

—Güenas noches, prendas perdías—dijo el aparecido, sentándose al lado de sus donas y pidiendo un jarro de vino.

—Di, mal chulo, ¿cómo has tardao tanto?—repuso la mayor.

—Los hombres de negocios podremos retrasarnos, pero jamás fartamos á lo ofrecido—dijo como el que se escucha á sí mismo, al tiempo que vaciaba un vaso de vino de un solo sorbo.

—¡Bien por lo salao! ¡Viva la gracia! Eso merece otro vaso de vino y otro pa nosotras, que también somos hijas de Dios.

—¿Estáis dispuestas pa el nigocio?—dijo el chulo sirviéndolas el vino pedido.

—¡Hasta la paré de enfrente!

—Pues entonces aquí tenéis la suma convenida—dijo al tiempo que sus manos ponían sobre la mesa 25 duros, que á la vista de tanta plata junta, los ojos de las heroínas se dilataron cuanto pudieron por sus órbitas, sintiendo en su alma el placer de la avaricia.

—¿No te lo decía yo, que Frasquillo era to un cabyero de los pies á la cabeza, incapaz de hacernos una charraná?—decía la una á la otra.

—¡Ya lo veo, ya lo veo!—contestaba su compañera, con voz trémula embargada por la emoción de la codicia del direro.

—¡Menos charla y despachemos!—repuso Frasco, dando un puñetazo sobre la desvencijada mesa.

—Tú pagas, y tú mandas; desembucha cuanto te acomode.

—¡Pues andando se quita el frío!—repuso Frasco poniéndose en pie para salir á la calle.

—Vamos á dejar los chicos á su madre—dijo la mayor, al tiempo que sus temblorosos dedos recogían los 25 duros, como pago quizás de algún nuevo crimen, sepultándolos en su mugriento bolsillo.

—Está bien.

—¿Dónde esperamos?

—En el mismo portal; allí estará Pocos-pelos y el Grillo, y á la señal consabida, después de un fuerte y prolongado silbido, subir; yo estaré arriba, y si es preciso, cuchillo en mano y caiga el que caiga.

—No tienes que decirme ná; ya sabes que sé cumplir con mi obligación perfectamente bien, y por lo que

pueda tronar, nunca me dejo en casa mi alfiler—dijo la mayor, sacando de su seno una navaja de largas dimensiones, y mostrándola sobre la mesa, añadió:—Ñala, ñala; está virgen y rabia por estrenarse.

—Pues tal vez sea esta noche, ¡muera Marta y muera harta!

—¡Así sea!—dijo su digna compañera cerrando y guardando el arma en su asqueroso pecho.

—Por supuesto—dijo Frasco—que eso sería al último extremo y en defensa propia, pues nos conviene hacer la cosa, sin que lo sienta la tierra.

—¡Comprendió, hombre, comprendió! ¿Tú crees que soy tan panoli como una principianta, pa no entender de nigocios de Estao? ¡No, hombre, no soy tan torpe!

—Pues güeno, ahora á dejar esos mochuelos á su madre, y después á trabajar de ley, pues si os portáis bien, como espero, entonces habrá propina.

—Cuenta con nosotras como alma que lleva el diablo, que es suya y sólo suya.

—Pues hasta luego.

—¡Anda con Dios, salao!

—¡Dios os guarde, morenas!

Dos minutos después la puerta de la taberna se cerraba hasta el día siguiente, no quedando en ella más que su dueño, el tío Pacheco.

La noche llega, por fin, como todo en el mundo llega, y el desposorio se hace, como todos los demás, con la sola diferencia que el novio es un pobre chico de veintidos años, llamado Julio, y empleado en el Gobierno Civil con cuatro mil reales de sueldo, y algunos de descuento para el Estado, y como, con tan corto sueldo, y para

comprar á la novia el indispensable vestido de boda y demás gastos perentorios en estos casos se ha visto precisado á tomar 2.000 rs. sobre su haber, al módico interés del 200 por 100, lo cual le ha obligado á reconocer una deuda de 6.725 rs., incluso los gastos del juicio (que yo creo es el final), papel sellado para hacer lo menos diez cometas, y demás embelecos de gastos, que le han de proporcionar la dicha de ver retenida su paga por lo que le resta de vida; pero que el amor todo lo vence, como dice *La Pata de Cabra*, y nuestro hombre, que bien puede pasar por un héroe sin segundo, se dice para sí:—Como mi Julia no es una señorita, tiene menos necesidades que ellas; por otro lado, Julia tiene el oficio de chalequera, y con él se gana más que me descuentan de mi sueldo, y yo, en las horas que tenga desocupadas, buscaré trabajo, y todo se arreglará perfectísimamente bien. ¡Qué feliz soy! Ella me adora, eso sí; ¡cuánto ha sufrido por mi amor!

Es pobre, pero es honrada. ¡Ah, qué pocos hombres podrán vanagloriarse de haberse llevado una mujer tan bella y pura como mi adorada Julia! ¡Creo que soy el hombre non en suerte, amor y porvenir; yo moriré por ella, y ella vivirá para mí! Y vean VV., toda mi felicidad estribaba en los 2.000 rs. que necesitaba para realizar mis ilusiones y adornar el nido donde se han de arrullar nuestros amores, y todo, ¿por qué? Por los 2.000 rs.; sin ellos, imposible todo; con ellos, todas las puertas se me abren; sin éstos, todas me estaban cerradas, y luego insultarán á esos pobres hombres que prestan su dinero, llamándoles usureros, bandidos con levita y piratas de agua dulce, y otros piropos por el

estilo, como todos los días estamos escuchando y viendo en periódicos y novelas.

No es verdad; es cierto que se cobran doble ó triple de la cantidad que adelantan; pero vamos á cuentas; si yo muriese mañana ó pasado, por ejemplo, ¿de dónde se cobraría? ¿Quién le pagaría por mí? Nadie. Lo cierto y verdad es, que sin este ángel tutelar, que bajo el aspecto repulsivo del usurero, que la suerte me ha depurado, no tenía dinero, y no teniendo esta cantidad, no había boda, y no habiendo boda, no tendría el placer de estrechar en mis brazos, esta noche y para siempre, á mi queridísima é inolvidable Julia. ¡Todo por ella! Yo soy partidario de aquellas sagradas palabras de *«contigo pan y cebolla.»*

Dos horas después de estas reflexiones, Julia era de Julio, y como el día de su unión eterna era el 7 de julio, el calor atmosférico se hacía insoportable en Madrid, que unido este calor sofocante al fuego de sus pechos, cuya abrasadora llama quemaba sus corazones, el alcohol sus cabezas y las ilusiones sus cerebros, sus cuerpos eran hogueras, y sus miradas volcanes.

La cena fué regia en número de convidados, y humilde de precio, en la modesta fonda de la Plata, y cubiertos de cuatro reales por cabeza, con dos principios, postres, pan y vino de balde... es decir, de Valdepeñas, imitado ó más bien falsificado, y como tósigo preparado para reventar; á los postres hubo más brindis de los regulares y más vino que comida, y en esta situación se dirigieron todos en procesión sacramental al café flamenco, donde tomaron el brebaje que llaman café con leche, extraído del moka de regaliz de Toledo y otros puntos ultramarinos por el estilo.

Julio se estremecía de placer; su alegría rayaba en delirio al contemplarse ya marido de su Julia, y hubiera dado lo que no tenía (que no le costaría gran trabajo) porque le vieran en aquel momento, que le rebosaba la satisfacción y contento por todos los poros de su cuerpo, todos sus amigos, parientes y conocidos, incluso dos novias que había dejado plantadas por unirse á su adorada Julia, con el objeto de que rabiaran de envidia y le admirasen; pero se consolaba con la halagüeña esperanza de humillarlos y confundirlos al día siguiente, marchando del brazo de su esposa por esas calles de Dios para conseguir su deseado fin. ¡Cuánto gozaba Julio! ¡Cuánto sufría Julia!

La novia no participaba de tanta alegría como Julio; pero su rostro era animado y risueño; y, sin embargo, un buen observador bien pronto se hubiera apercebido que aquella sonrisa no era franca y espontánea impulsada del fondo que nuestra alma siente en días felices de la vida, sino forzada, y como vulgarmente se dice, la procesión iba por dentro; mas como todos estaban alegres y contentos, tanto por la alegría natural de la fiesta como por el vinillo, café y copa, que ya empezaba á obrar sus efectos en los estómagos de todos, nadie podía fijarse en esta pequeñez para ellos, creyendo tan feliz al novio como á la novia.

Terminado el café, dirigieron sus pasos á casa de los padres de Julia, donde debía tener lugar el baile familiar y vecinal. La sala principal destinada para este objeto y preparada convenientemente con sillas, todo al rededor de sus amarillentas paredes y alumbradas por dos candiles, tres velones del tiempo de Carlos IV y dos latas de pimientos convertidas por la mano del hombre

en dos quinqués de petróleo, daban un aspecto raro y original con relación á la concurrencia, que bien pronto invadió el salón principal, las alcobas, la cocina y hasta el corredor, la escalera y el portal.

Allí no se veían más que chaquetas y mantones: solo Julio lucía su levita nueva, destinada á nacer y morir en aquel día.

La sala tendría sobre seis varas en cuadro, y bailaban de treinta á cuarenta personas, formando un verdadero cuadro de ánimas benditas, pues si bien no había llamas materiales, hacía un calor sofocante, y suplía al fuego las columnas de polvo rojizo que producían al deshacerse los ladrillos con el baile, y densas nubes plomizas, producidas del humo del tabaco, hacían imposible permanecer en su estancia ni dos minutos, sin riesgo de asfixiarse; las caras eran escarlatas, los ojos parecían que saltaban de sus órbitas, por la agitación, el calor y el vino.

Los tocaores y cantaores gritaban y tocaban como demonios, y los demás bailaban como condenados á tal fiesta.

—¡Que bailen los novios una jota!—decían varias voces.

—¡Sí, sí, que bailen, que bailen!—repetían otros.

—Señores—decía Julio, sudando la gota gorda—si no la sé bailar.

—¡Que la baile, que la baile! ¡Venga jota y más jota

—Pero señores, si yo no entiendo ni una jota y...—Julio, no pudo terminar la frase que tenía entre sus labios, porque las manos de la madrina se apoderaron de las suyas, y con la velocidad del rayo lo arrastró al centro de la sala, diciéndole á la vez:

—¡Ven, chavó, y á bailar la jota!

Una salva de vitores y aplausos acogieron las palabras de la madrina, y las guitarras y cantantes entonaron la deseada jota, por todo lo alto que lo permitían sus abrasados pulmones; Julio lanzó un profundo suspiro, y resignándose con su estrella, empezó la dichosa jota.

Otra pareja se lanzó al círculo, compuesta de la novia y el padrino; nuevos aplausos resonaron por todos lados y los danzantes bailaban al compás de las siguientes coplas, debidas á la pluma de varios escritores:

«¡Suponiendo sea un juego
»de lotería el amor,
»no es un beso el premio grande
»pero es la aproximación!»

—¡Bravo, bravo; otra, otra! ¡Que se repita!—exclamaba la concurrencia cuanto podía gritar.

«En el mundo la verdad
»tal se dice y tal se inspira,
»que parece una mentira
»dicha por casualidad.»

—¡Otra! ¡Otra! ¡Que la cante el padrino!

—¡Que la cante! ¡Que la cante!

El padrino, sin dejar de bailar, entonó la siguiente copla:

«En la palma de la mano
»hay una letra fatal,
»que á unos les dice: ¡Morir!
»y á otros les dice: ¡Matar!»

Julio, al escuchar este cantar, sintió un temblor nervioso por todo su cuerpo; se le nubló la vista y dejó de bailar; la madrina, sin apercibirse del estado de Julio, lo arrastró tras de sí para seguir el baile; pero Julio, que ya no podía tenerse en pie, le faltaron las fuerzas y vino al suelo, y tras él, la madrina; el padrino y la novia tropiezan con sus cuerpos y caen sobre ellos, y Julio se rompe la levita en mil pedazos y los pantalones en dos.

Las mujeres gritan cual demonios desencadenados; los hombres acuden á levantar á los caídos, y la confusión y griterío son espantosos al ver entrar dos hombres desconocidos de todos los concurrentes, repartiendo cada estacazo á diestro y siniestro que cantaba el miserere. La confusión crece, los palos se redoblan y las mujeres se desgañitan de gritar cuanto podían: ¡Fuego! ¡ladrones!! Y cada cual escapa como puede y por donde puede; los primeros momentos fueron horribles; nadie podía explicarse tan raro acontecimiento ni comprender su causa, hasta que poco á poco, y á medida que los convidados abandonaron el festín, obligados por aquella lluvia de palos, que pocos escaparon sin ellos, y después de levantar al pobre Julio, que apenas podía tenerse en pie, pues lo habían pisoteado de lo lindo al escapar de los palos benditos que repartían gratis á cuantas personas había en la sala, exclamó con voz fatigosa por el dolor:

—¡Julia! ¡Julia mía! ¿Te han hecho daño? Pero Julia no le contestó palabra; no se hallaba en la sala; la buscaron por todas las habitaciones y tampoco estaba; pasaron á casa de las vecinas más inmediatas y nadie la encontraba.

—¿Pero y la novia?—preguntaban todos.

—¡Julia de mi alma! ¡Ven, ven, cielo mío, que tu Julio se muere sin ti!—decía el pobre novio casi rompiendo en llanto.

—Pero hombre—exclamaba el padrino,—¿será posible que una mujer se pierda así, como si fuera un alfiler? No, no es posible; es preciso buscarla por todas partes.

—Sí, sí—decía el novio,—vamos casa por casa; en alguna estará sin remedio.

—¡Salgamos!

Todos se dispusieron á salir para hacer su requisa, cuando fueron detenidos por la voz sacramental de ¡alto á la justicia! Los primeros retrocedieron dos pasos al ver relucir ante su vista los chuzos de dos serenos del barrio, acompañados de la pareja de orden público, que, sable en mano, y atraídos por el escándalo de tantas voces y gritos, intimaban la rendición de todos.

—¡Daos presos á la autoridad!

—¡Señor, si nos han molido á palos!

—Ya lo castigará la ley.

—Señores, por Dios, que mi novia no parece.

—Ya la buscará el juez.

—¡Qué juez ni qué calabazas! el que la quiere buscar soy yo—decía el pobre Julio fuera de sí.

—No se propase V., y eche andar delante.

—Yo no salgo sin mi Julia.

—¡Condenadu!—repuso un sereno—ú andas pa lante, ó te amarru como á un perru. ¡Dumingo!—dijo á su compañero de armas—saca, saca las cuerdas y trinque-mos á este pájaru, que creu será de cuenta.

Su compañero no se hizo repetir su orden, y sacando las cuerdas ató á Julio codo con codo, y á fuerza de empujones fué conducido á la prevención, en la cual, por pronto que todo se aclarase, había de pasar la noche de novios.

Al día siguiente, Julio fué puesto en libertad bajo fianza de un amigo de casa abierta, como dicen por aquí, y de dos saltos y atropellando á cuantos con él tropezaban, se plantó en casa y... ¡oh dolor! Julia no había parecido ni la autoridad sabía su paradero.

—Hijo mío, ¿qué será de mi pobre hija sin parecer? —le dijo su mamá suegra, al tiempo que sus brazos casi ahogaban el cuello del pobre Julio en un tierno y sentimental abrazo, como el caso lo requería.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¡Ay, hijo de mi vida! Tú no sabes, tú no sabes.

—¿Señora, el qué?

—Pues... pues que dice la señá Alifonsa que ella vió bajar la escalera á mi hija de mi alma entre la Pelona y la Esgalichá, que la llevaban como muerta, y á luego en el portal dos hombres la cogieron en sus brazos, y todos desaparecieron entre las sombras de la noche.

—¡Luego me la han robado! —exclamó Julio dando diente con diente, embargado por la cólera que su pecho sentía y los celos que estallaban en su alma.

—Cálmate, hijo mío, y ten valor y mucho de aquí—le dijo señalando su frente con el dedo índice de la mano derecha,—para que puedas acompañarme pa buscarla hasta por las entrañas de la tierra, y la encontraremos.

—¡Salgamos al punto y no perdamos tiempo en balde! Una hora, un solo minuto no más, será suficiente

para llegar demasiado tarde. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué horror! ¡No quiero pensarlo! ¡Qué desgraciado soy!

—Vamos—dijo la suegra á Julio, tomando la mantilla y su abanico.

En aquel momento se presentó un chicuelo como de unos trece á catorce años, todo desgarrado y sucio como el que no tiene hogar, ni familia, ni trabajo, el cual era portador de una carta, preguntando por la tía Maruja.

—¡Yo soy!—dijo la suegra.

—Pues entonces para V. es esto—dijo entregando su carta, y ligero cual un gamo, escapó escaleras abajo, como alma que lleva el diablo en día festivo.

En atención que á Maruja le estorbaba lo negro de los ojos para leer la carta, tuvo por conveniente dársela á su hijo político; éste la tomo en sus trémulas manos, leyó su contenido, exhaló un terrible berrido, capaz de conmover las rocas, y cayó desmayado al suelo.

La suegra y varias vecinas que presenciaban esta escena acudieron en socorro del novio, echándole sobre la cama de la mamá, y un vecino, recogiendo del suelo aquel fatal papel, leyó con voz gangosa lo siguiente:

«Maa... aruja: yaace, tiempo que, te pedí á Julia pa muguer, y como; no as, quería dárme la yo; me la é tomao. No la busques, que no la encontrarás por mucho que trabages, la tengo bien escondía pa que den con eya.

»Al sirvante de su marío, que se alivie de los estacazos que le dí y que tenga pacencia por la farta de su esposa, que no la gorverá á ver, mientras viva su—
»FRASCO.

»Memorias á toa la vecindá y que tomen tila por e susto.»

—¡Hija de mi alma y en qué manos has caído! Más te valiera ser comida de los lobos,—exclamó la pobre madre cayendo desmayada al suelo; las vecinas la colocaron sobre la cama donde estaba Julio y única de la casa, y en menos que se dice amén, la una la pone sinapispos cargados de mostaza como para un caballo, otra la volcaba la botella del vinagre sobre sus narices, encharcando sus ropas y camisa, como si tomara un baño; otra la baja las medias, y armada de dos fuertes cepillos y ásperos como cardos borriqueros, la aplica unas friegas capaces de hacer entrar en calor á las estatuas de la plaza de Oriente, hasta que poco á poco fué volviendo en sí.

Tan luego como dejaron á la suegra, la tomaron por su cuenta con el desgraciado novio-viudo, poniéndole hecho una verdadera calamidad de agua, vinagre, mostaza, friegas y sinapismos, y, sin embargo, no era suficiente para hacerle recobrar el sentido; hasta que una de sus curanderas, la más vieja de todas, concibió la peregrina ocurrencia de calentar al fuego del hornillo las tenazas, la badila y cuantos objetos halló á mano, y con todos estos hierros candentes aplicárselos á las plantas de los pies del desgraciado Julio, que al sentir crugir sus carnes á la acción del fuego, fué cuando empezó á dar señales de vida.

—¿No lo decía yo? ¡Ya tenemos hombre!—decía loca de contenta su inventora.

—Sí, pero asao—dijo otra compañera de Galeno.

—¡Toma! ¿Y qué? ¡Viva la gallinita y viva con su pepita!

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!—decía Julio preso de acerbos dolores.

—¡Eso no es na, caballero!—decía su curandera.—
¡Son ustés tan delicaos, que cualquier cosita les duele!

—¡Pero, mujer de Dios, si me han abrasado los
pies!

—¡Toma, toma, pues ya se curarán, pues no es usted poco aprensivo, que digamos; vaya, señor!

Media hora después fué conducido en una silla, por dos mozos de cordel, á la casa de socorro del distrito, de la cual salió curado de primera intención, y desde allí á la cama, donde pasó una larga enfermedad, que le puso á las puertas de la muerte.

Cinco meses después, y aún en convalecencia, Julio salió de casa, con objeto de darse un pequeño paseo para reparar poco á poco sus perdidas fuerzas, en un día claro y despejado del mes de diciembre, en los cuales el sol no nos es tan grato en esta época, acompañado de un amigo de confianza, y, como se cansara en el camino, le fué preciso entrar á descansar en el café Imperial; tomó asiento, le sirvieron un té, y sus ojos se fijaron, sin saber por qué, en un periódico que había sobre su mesa inmediata; lo tomó en sus manos, y, deseoso de conocer alguna noticia que le fuera favorable para su salud, empezó á leer, sin rumbo fijo, hasta que su vacilante mirada se fijó en el siguiente suelto:

«Anoche, entre ocho y nueve de la noche, el coche de plaza núm. 772 atropelló en la plaza de la Cebada á una joven de veintidos años, llamada Julia del Moral, dejándola en tan mal estado, que falleció á los pocos minutos; la acompañaba un primo de la difunta, llamado, por apodo, Frasco el Salao, el cual recibió algunas heridas al tratar de salvar á su prima. La autoridad entiende en el asunto y el cochero fué detenido.»

Julio no pudo continuar leyendo, se le cayó el periódico de las manos, sus ojos se llenaron de lágrimas y se dijo para sí:—¡Me está bien empleado; el hombre jamás debe casarse con mujeres que no sean de su clase!





UN ENCUENTRO FELIZ Y DESGRACIADO

PRONTO, muy pronto, hará cerca de dos años que la casualidad nos unió, cuando menos lo esperábamos, bajo los lazos fraternales de una verdadera amistad, basada en la simpatía, y sostenida por la identidad de nuestro carácter, forma y sér, que Dios ó el diablo se encargó de formar nuestra masa material, creando en ella un organismo mental, que llamamos cerebro, el cual, como rey absoluto de nuestro cuerpo, nos hace ejecutar las órdenes que sus ideas nos imprimen.

¡Te ví y te admiré! Tú posaste tus vacilantes miradas sobre mí, y lo que pensaste no lo sé.

Ocho días después y en el mismo sitio, y á la misma hora, la casualidad nos unió de nuevo; tú te fijaste más en mi pobre persona; yo al verte abrí los ojos, cual los abrimos al pasar de las tinieblas de la noche á los rayos del sol, en días claros y despejados de nuestra primavera de oro.

Nuestras miradas se cruzaron á un tiempo en su camino; yo temblé, tú te sonreíste desdeñosa; te devolví tu sonrisa y seguimos cada cual nuestro camino.

Más tarde, de nuevo la casualidad nos unió la vez tercera; nos vimos lejos, muy lejos de la vez primera, y ambos nos sonreímos, avanzando á la par el uno hacia el otro; al vernos casi juntos, nuestros semblantes, alegres del placer que nuestros pechos sentían, revelaban el temblor de la alegría; ¡nada veíamos, en nada reparábamos! Tú, quizás esperabas mi primer saludo, esos saludos que la sociedad impone en las calles y paseos, y que, á vista de los demás, nada dicen, y para quien los da y los recibe, dicen un mundo de cosas, en lenguaje mudo, donde los ojos hablan más en su dialecto inexplicable, que la lengua puede expresar.

Quizás yo en aquel momento pensaba en lo mismo que tú, y ya tenía la mano derecha preparada para levantar el ala de mi sombrero, cuando tú vacilaste sobre tus pies, te faltó el equilibrio y tu cuerpo hubiera venido al suelo, si mis brazos, más ligeros que tu caída, no te hubieran detenido en ellos.

¡Te recibí en mis brazos, antes de hablarte!

Tu vestido fué la causa de ello. ¿Por qué te lo pisaste? ¿Qué culpa tengo yo que tu aliento quemara el mío y que tu boca rozara la mía con la velocidad del rayo?

Yo, por mi camino pasaba, quieto y tranquilo, y el destino te arrojó en mis brazos; ¡cúmplase tu destino!

Ocho días después éramos amigos, pero amigos verdaderos; los dos nos queríamos y nada nos decíamos; nos queremos hoy, y callamos como ayer; nos querremos mañana, y ¡sabe Dios, si á decirlo nos atreveremos!

Creo que no; ¡el amor verdadero que nuestra alma siente es respetuoso y mira á la persona amada como á Dios se mira!

El amor que ofende y falta, no es amor, es libertina-

je, y éste, sólo lo ejecutan seres corrompidos, que la sociedad rechaza de sí, cual la mar arroja fuera de su seno los cadáveres en estado de putrefacción.

El amor es la consideración, el respeto, el temor, el deseo y el placer unido. ¡Bendito mil veces el amor sea, que hasta las fieras domestica!

Sin él, no somos nada; sin él, nuestra alma dejara de existir, cayendo al suelo del olvido esta ilusión querida, que endulza nuestra vida y nos hace feliz; ¡todo por el amor! Él es el padre de nuestros hijos; los hijos son hijos de nuestro corazón, y en ellos nuestra dicha ciframos, como alma de nuestra alma, y vida que de nuestra vida son. ¡Maldito mil veces sea el padre que á sus hijos no ame, como amor del amor, que á nuestra alma llega! Todo en la vida lo mueve la palanca del amor, y sin él, todo es pálido y triste en la vida, como con mucha oportunidad ha dicho un célebre escritor:

«Un corazón sin amor es como un rosal sin rosas, que sólo conserva el verdor de sus hojas y el punzante dolor de sus espinas.»

.....

Después, me hablaste y te hablé; y de esta discusión, resultó un imposible para nuestro amor; tú no eras libre; yo no podía amarte sin manchar tu honra, y la honra de una mujer como tú es cual limpio cristal, que hasta el viento lo empaña.

Yo te respeto porque te amo, y te amo porque el destino así lo quiso, y el destino nos hace prisioneros de sus pasiones, sin que nuestras fuerzas, débiles y pobres, sean suficientes para vencerlas, sin rechazarlas.

Tu amor y el mío hoy son un imposible, separados por la barrera de tu honra, que yo jamás trataré de

manchar, y nuestras almas, enlazadas en una sola, por esa fuerza mágica que nacida del fondo de nuestras almas nos grita misteriosa: ¡amaos! y, en efecto; nosotros en silencio nos amamos.

Nuestros labios los sellan el candado del silencio, cerrado por la llave del deber; creo que esta llave, ó se ha perdido, ó en tu poder la tienes; sí, se ha perdido; el candado no se abrirá jamás; si la tienes tú, creo también te faltarán fuerzas y valor para abrirle; ¡eres tan buena, que hasta los ángeles te envidian!

Al encontrarse tus miradas con las mías, se entienden y tiemblan de placer; al contacto del fuego de tus pupilas, se retiran asustadas de sí mismas, y como si les faltaran las fuerzas para sostener la lucha entre el amor y el deber, huyen del combate y se clavan en el suelo, como queriendo engañar á su contrario y decirle á la vez:

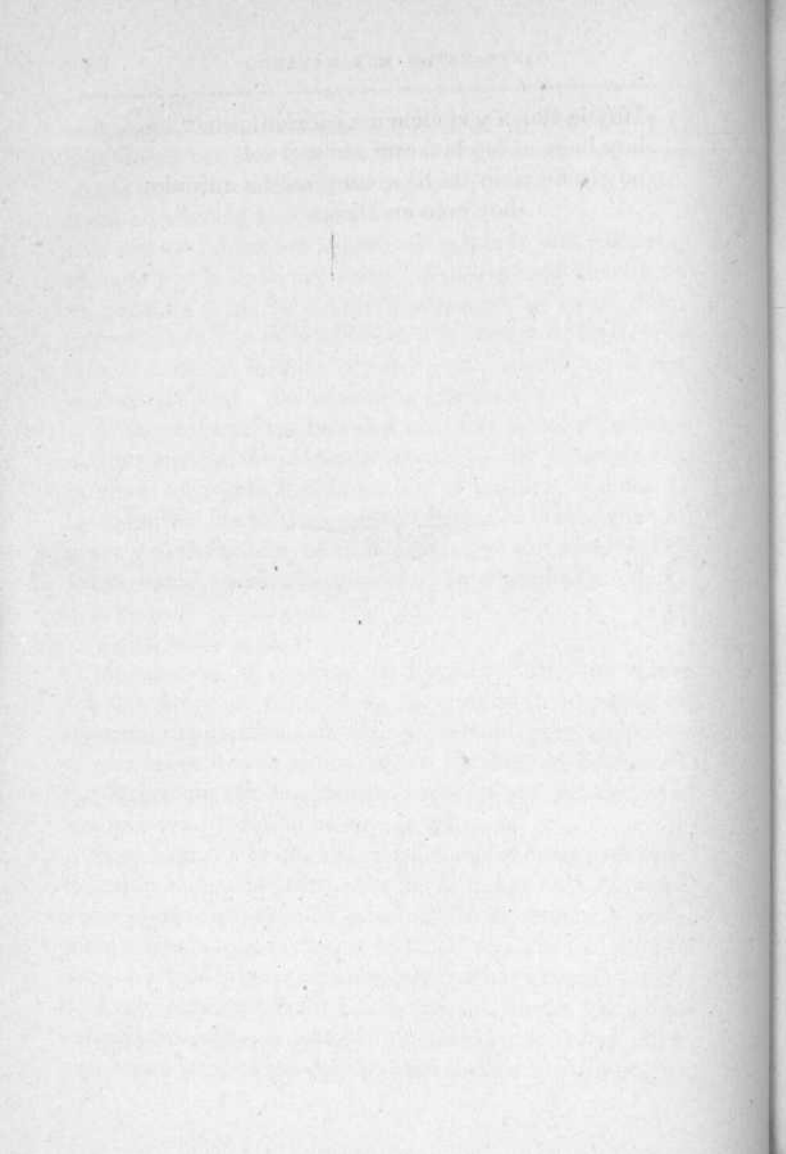
—¡Yo nada le digo!

La capa de la amistad es hoy el sudario que cubre nuestro amor; no ha muerto; porque morir no puede la materia, mientras el espíritu obra en ella; pero me consta que sabes que te adoro, como los ángeles adoran al Sér Supremo, con ese talento especial que las mujeres siempre ven, y donde no ven, lo adivinan.

Pues bien, cielo mío: si es que nuestro amor está sentenciado al terrible tormento del silencio, cuyo silencio no se le ocurrió inventar á la Inquisición jamás, permíteme que al menos coloque bajo el candado que enmudece nuestros labios para siempre quizás, y como recuerdo á mi corazón herido, las siguientes líneas, que ellas solas dicen más que cuanto yo pueda decirte, y cuyo autor quizás no te sea desconocido como escritor y poeta:

«Hoy la tierra y el cielo me sonríen,
»hoy llega al fondo de mi alma el sol;
»hoy la he visto, la he visto y me ha mirado;
»hoy creo en Dios.»







HISTORIA DE UN POBRE DURO

—Y ¿adónde vas?

—No lo sé, ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

G. A. BECQUER.



ACÍ en un día caluroso del mes de agosto de 1871, bajo el fuego de las calderas de fundición, que á modo de amas de cría nos alimentan con sus pastas derretidas, donde la mezcla es mayor que la plata, y á los duros golpes del troquel y martillos, salimos de nuestra inclusa, llamada la Casa de la Moneda.

Aun creo estarme contemplando al salir de las últimas manos que me dieron por terminado; ¡con qué orgullo me contemplaba! ¡Cuántas ilusiones cruzaban por mi mente al verme cerca de las fuertes cajas de fondos, que á modo de largo tren nos esperaban para trasportarnos al gran mundo de la circulación monetaria! Aun conservaba los dolores que los troqueles, sierras y buriles habían producido sobre mi redondo cuerpo y de todos mis compañeros de cría y hermanitos gemelos que juntos habíamos nacido para morir Dios sabe dónde.

Nuestra vida debía de ser larga, muy larga, y devorados por la impaciencia de nuestros primeros años, deseábamos partir por momentos.

Muchas manos nos contaron y recomtaron mil veces para encerrarnos en las cajas; otras cerraron las tapas, y echando sus llaves, fuimos colocados sobre fuertes carros, saliendo unos tras otros escoltados por la Guardia civil con bayoneta calada, que yo no me explicaba si era escolta de honor ó conducción de prisioneros.

De esta manera llegamos al Banco de España; allí, al entregarnos, nos volvieron á contar de nuevo y después fuimos entrando en talegas fuertes en número de mil en cada una, y bajados á sus cuevas sobre los robustos hombros de mozos de confianza, los cuales al llegar á su destino nos apilaban unos sobre otros, y así pasamos la noche.

Al día siguiente mi talega le tocó salir con otras varias destinadas al pago de la mensualidad corriente de las clases pasivas; mi destino me llevó á las manos de una pobre viuda, que al contemplar mi deslumbrante brillo, me oprimía con fuerza como si temiera que pudiera escapar de sus garras; suspiró mil veces, nos contó otras tantas á ocho compañeros mártires, que en su poder estábamos prisioneros, concluyendo por sepultarnos en su larga faltriquera, revueltos con la caja del rapé, el polvo suelto que en su fondo había, un rosario, tres castañas pilongas, el dedal, un pañuelo de hierbas y las tijeras.

A la media hora de marcha, mi ama entró en una tienda, presentó un papelito y yo fuí el destinado por sus descarnados dedos para pasar á las manos de un prestamista generoso, que sólo se contenta con ganar

el interés módico del 60 por 100, y fuí entregado en devolución de un vestido que aquél tenía.

—¿Se ha cobrado ya, D.^a Restituta? —dijo el usurero, en tanto que sus manos me golpeaban de lo lindo sobre el mostrador, haciéndome saltar cuanto podía.

—Sí, señor; ahora mismo, ¡ah! si mi difunto levantara la cabeza y me viera reducida á una paga tan pequeña y miserable como tengo hoy, sin remedio se volvía á morir de pena.

—Vamos, no se apure V. tanto, ya sabe que yo siempre la saco de sus apurillos, dándola más por sus prendas que en ninguna casa la darían.

—Por eso somos parroquianos.

—Y lo seremos.

—Por desgracia creo que sí.

—¿Cómo por desgracia? ¿Le parece á V. poca ventaja hallar siempre dinero sobre objetos de una viuda usada?

—¿Cómo usada? ¡Caballero, V. se propasa y me falta al respeto debido á una señora, y sepa V. que desde que murió mi difunto esposo (que en gloria esté) nadie me ha usado para nada!

—¡Dispense V., señora! Yo quise decir que sus prendas están ya muy usadas.

—Como que son del tiempo de mi difunto (que Dios perdone) cuando era capitán de la Guardia Real de Caballería de nuestro señor D. Fernando VII (que en paz descansen).

—¡Lo creo!

—Y sepa V. que no me he casado ya mil veces, porque no he querido, que á mí, gracias á Dios, no me han faltado buenas proporciones, y aun ahora mismo, si yo

quisiera, tengo los hombres como caen las gotas de agua en una espesa lluvia.

—No lo dudo; todavía se conserva V. muy guapetona, y capaz de pegar un chasco al diablo.

—¡Que él cargue con V. y con toda su casa!

—¡Vamos, D.^a Restituta, no hay que incomodarse, y seamos amigos!

—Eso sí; seremos amigos; pero V. bien me cobra como á un enemigo.

—Es mi oficio; y ya sabe V. lo que decía el célebre Ayala en su *Tanto por ciento*...

—¿Quién es ese hombre?

—¡Un escritor de comedias!

—¿Y qué decía?

—¡Que una cosa es la amistad, y otra cosa es el negocio!

—¡Buenos están los negocios!

—No sé cómo estarán; pero lo que él decía es verdad.

—¡Quién hace caso de dichos! ¡Tanto y tanto me han dicho á mí, que si fuera una á hacer caso de todo!

—Pues tras los dichos vienen los hechos.

—¡Y dale por ahí! A mí no me han hecho nada.

—Pero los dichos son los batidores de los hechos.

—Pero como yo no he sido nunca reina *hembra*, como dijo un célebre Ministro, no he necesitado de batidores; y basta por hoy, que tengo prisa y me están esperando; conque ¡que V. lo pase bien!

—¡Vaya V. con Dios, D.^a Restituta! Ya sabe que esta casa es suya, y que no la perdonaré un dulcecito de su boda, si algún día piensa en tomar estado.

—¡Quién sabe! ¡Es tan triste vivir sola, dormir sola, comer sola, y siempre sola, que, vamos, no se puede

soportar con paciencia! Y si lo dice V. por burlarse de mí, soy capaz, por darle en los ojos, de casarme con...

—¿Con quién, señora?

—¡Con el león del Retiro!

—¡Lo creo!

D.^a Restituta salió como alma que lleva el diablo, mientras mi nuevo amo me hacía un detenido examen, frotándome contra la tabla del mostrador, hincándome los dientes, y murmurando para sí:

—¡Estos malditos duros parecen todos falsos; dentro de algunos años no habrá quien los quiera tomar ni de balde!

Todas mis ilusiones vinieron por tierra al escuchar tales alabanzas, dirigidas á mi vestido virginal de plata. ¿Será posible que yo sea falso? No puede ser; yo soy bueno y de ley, y al ser bueno, todos me apreciarán por lo que valgo. ¡Cuántos sacrificios harán por mí! ¡Cuántos hombres se arrastrarán por el lodo de la adulación y el servilismo ante mi brillo! ¡Sí, no hay duda: al bautizarme escuché entusiasmado, por el placer del orgullo, las sacramentales palabras de yo te bautizo con el nombre de Amadeo I, Rey de España, puesto que nacistes bajo su reinado, y que en ti vale, y tú por él vales 20 reales, ó cinco pesetas, ó 500 céntimos de valor real y positivo! ¡Tú serás el verdadero rey del mundo y sus pasiones; sin ti no habrá mesa servida, hogar encendido, ni ilusión satisfecha; la mano más noble de la aristocrática dama no se desdeñará en acariciarte, y sin indagar tu procedencia, ni del punto que vienes, quizás te guarde en su blanco seno: serás la dicha del pobre, el consuelo del necesitado, el talismán del libertino y el encanto del usurero! ¡Desde el que ciñe corona

hasta el humilde patán, todos te rendirán culto y fanatismo, y raro será el que no doble su cabeza ante tu brillo y grandeza! ¡Sal, pues; corre por el mundo; escucha sus impresiones al caer en las manos que la suerte te depare, y después que hayas visto y oído cuanto á tu alrededor veas pasar, escribe tu historia, que si no será bella ni nueva, al menos será curiosa!

Esto y mil cosas más, que ahora no recuerdo, me dijeron al grabar sobre mí el busto del Rey que me formaba, y en alas de la ilusión salí al mundo de la circulación, y aquí me tenéis metido en el cajón de un usurero.

¡Cuánto ví allí! ¡Cuántas lágrimas vertidas tras el dolor y la miseria unidas! ¡Cuántas necesidades y privaciones revelan sus repletos estantes! ¡Cuánto vicio por otro lado, haciendo coro á la necesidad y devolviéndola un insulto por cada queja, un desprecio por un lamento, una amenaza por cada súplica!

Allí permanecí quince días; y cuando Morfeo rendía á mi dueño, diciéndole en su elocuente lenguaje:—¡Ya es hora de dormir! cerraba su puerta tras dobles llaves y fuertes barras; la tienda quedaba á oscuras, y el silencio de la misteriosa noche convertía el burdel del día en el pavor de las tinieblas de una tumba; entonces, en medio del manto negro de la oscuridad que nos rodeaba, se destacaba una incierta vacilante claridad, producida por el destello del brillante y piedras preciosas, formando un conjunto de luz débil y pajiza, cuyos rayos destacaban de lleno sobre el pobre mantón de la artesana, y arrogantes de su pobreza se burlaban.

El oro con su brillo mate, en cadenas, sortijas y pendientes, cruzaban sus luces misteriosas sobre el pobre jergón que el albañil llevaba, la manta de la cama de

una viuda ó las enaguas de una pobre costurera, y en modales poco cultos los hablaban.

—¡Desdichados!—les decían.—¡Vosotros saldréis de aquí apolillados! ¡Vuestros amos se morirán de hambre y vosotros roídos y manchados, con el polvo vil que vuestros cuerpos cubre; un prendero os llevará al panteón del Rastro; más tarde os comprará un pordiosero, y después moriréis en un basurero!

Un gancho de hierro os revolverá sin tino, clavando su pincho en vuestras entrañas, y al cesto del trapero iréis sin duda, para hacer papel débil y frágil, que después de ser explotado, terminará vuestra existencia... en un escusado. Negro fin, pero lógico al cabo; del que sirve al pobre, se le lleve el diablo.

Las ropas y los trapos contestaban con ayes de amargura, que el alma entristecían sus lamentos, y conociendo como cierto su fin trágico, anegadas en dolor, lloraban.

Las alhajas soberbias, descansando sobre mullidos estuches de plata, concha y nácar, cuyo raso ó terciopelo al oro le guardaban; orgullosas, sus insultos dirigían á los pobres que á sus pies tenían, y con frases de esta forma les decían:

—¡Nosotras estamos depositadas, no empeñadas! Al salir nuestros amos á los baños, nos dejaron seguras de ladrones, y al regreso del otoño, volveremos á la casa que salimos; allí nos esperan mil placeres, en los bailes, conciertos y salones; luciendo nuestro mérito y brillo en la elegante dama ó el galán rendido; testigos somos de sus locos amores, como los nidos de los tiernos rui-señores. Nosotras somos su vida y su recuerdo, y como prueba de su amor, nos cambian, y cuanto más nos

cambian, más nos aman. Llevamos una historia y un recuerdo, que sube desde la tierra al cielo.

—¡Cuántas noches sentí—decía una sortija,—cuando enroscada al torneado dedo de una hermosa cortesana, después de acostada sobre su blando lecho, llevar sus ardientes labios á mi fría masa y estampar un beso de amor, impregnado de su alma, y exclamar así:—¡cuánto te amo!—y, después de colocarme sobre su blanco seno, dormirse sosegada!

Pero vosotras, orugas despreciables, polillas y sostén de la miseria ¿qué esperáis aquí?

—Nosotras esperamos nuestro fin, con la calma satisfecha del alma que obra bien; por nosotras comieron mil hambrientos, salvamos el honor amenazado y, con nuestro cautiverio en este sitio, quizás el suicidio evitamos.

Si nuestro fin es cual tú has dicho, y del fango y lodazal del inmundo basurero salimos, para después en papeles convertirnos, ¡teme quizás llegue un día que ese papel, extendido en escritura, no sea el oprobio de tus amos y yo el delator de sus maldades!

¡Teme, pues, que llegue en débil pliego á la justicia y embargue sus muebles y sus alhajas; quedando tú prisionera de sus garras, para venderte como un haz de paja; publicando en tu venta y tu desvío, la ruina, la deshonra y el desprecio!

—¡Miserable! ¿Así te atreves á revolver mi alma?

—¡Calma, señoras, calma!—las dije indignado.—¡Yo soy quien os traigo á todos revueltos!

—¿Quién eres tú?

—El dinero.

La llave sonó girando sobre su cerradura y el amo

apareció; abrió la puerta, el sol entró y la discusión quedó por muerta.

Aquel día fué el último de mi estancia en tan grata compañía; serían las seis de la mañana, cuando una joven, morena y agraciada, de esas que al salir á la calle dejan su paso sembrado de flores y regado por la sal madrileña, que sus hijas llevan impregnada en su alma, entró en nuestro palacio de las necesidades, donde en letras gruesas, sobre su pintada puerta, decía así:

«Dinero sobre alhajas y ropas que convengan.»

Llegóse al mostrador y dejando sobre él un lío de ropas, el dueño del establecimiento, después de reconocer su mercancía, la dijo:

—¿Cuánto quieres?

—Cuanto más, mejor.

—La daré cuatro duros.

—Déme V. los cinco.

—No puedo más.

—Pues haga V. lo que quiera.

—¡Ay, morena, si yo hiciera lo que quisiera!

—¿Tiene V. más que hacerlo?

—Me estás matando con tus palabras.

—¡Quiá hombre! Eso no; Frascuelo ó Lagartijo serán los que se encarguen de ello.

—¡Chica! ¿Crees tú que soy algún toro?

—¡Toro, no; no ha llegado V. todavía á esa categoría! Pero otro cuadrúpedo más manso é inofensivo, que la Providencia adornó su frente con lo que yo sé, y que dice ¡bé! sí.

—¡No te guasees, Colasa!

—¡Yo guasearme con V.; ni por pienso! Deme V. los cuartos, y lo demás es guasa por parte de mañana.

—Ahí los tienes; cuatro duros, como cuatro soles, para que esta tarde vayas al baile con aquella personi-lla que tú sabes.

—¡Y mucho que sí! Yo le llevo á los toros, al teatro, al café y al baile, porque es mi gusto y por ser un gran chico; ¿y qué?

—¡Nada, nada! Yo no digo nada.

—Pues el que nada no se ahoga; ¿está V.? Y todo lo que está V. hablando es por envidia.

—¡Pero, chica, si yo no te digo nada!

—Pues eso es lo que yo tengo de renta, nada. ¡Vaya, señor, con el hombre! ¡Y todo es porque yo no le llevo á V.!

—¡Y yo me dejaría llevar en tus brazos á donde quisieras llevarme, morena!

—¡Pues avise V. al *espital* que lo lleven en una camilla y llegará con más comodidá!

—¡Vamos, chica, no seas tonta y déjate querer!

—¡Yo de V.! ¡Si parece un espantapájaros de invierno, según lo arrugao que tiene la cara y el vestío! ¡Quiera V. á su fiel esposa, que parece un navío de tres puentes en días de combate, cuando la acompaña su compare al mercao y luego se pierden por el laberinto del Retiro! ¡Ande V., so peal, que mi hombre vale más en cueros que V. vestío de limpio, que parece V. una persona mal comparao! ¡Ande V. y que lo emplumen en día de fiesta, so sirbante!

Y dando una media vuelta, de esas que sólo saben dar las chulas de Madrid, donde los bajos suben sobre el nivel de sus ligas, salió á la calle, dejando al usurero con la boca abierta y las manos sobre el mostrador, como el que sueña despierto, es decir, en Babia.

Al poco rato llegó un pobre hombre cuyo semblante revelaba la miseria más espantosa; su levita raída y sin pelo de tonta, abrochada hasta el cuello para disimular la falta de corbata y quizás de camisa limpia ni sucia; el sombrero, grasiento y abollado, como cazo viejo; pantalón con ventiladores y las botas rotas, decían más de su persona que todo lo que se puede decir.

—¿Qué se ofrece? —dijo el usurero con ese tono grave del ignorante que se hace fuerte con los débiles y blando con los fuertes.

—¡Empeñar este pañuelo! dijo el pobre hombre con voz dolorida, sostenida por la debilidad de su limpio estómago.

—¿Es de V.?

—¡Sí señor!

—La cédula de vecindad.

—¡No la tengo!

—En ese caso, no hacemos nada.

—Hombre, tengo á mi esposa enferma y no cuento con recursos de ningún género.

—¿Y á mí qué me cuenta V.?

—Que tenga V. caridad de un pobre cesante con cuatro hijos pequeños y mi mujer enferma.

—¡Caridad! ¿eh? ¡En buena tierra estamos para tener caridad en estos tiempos! ¡Coma V. con la caridad! No señor; ¡dinero, dinero es lo que hace falta!

—Por eso traigo este pañuelo, que es lo último que conservo de mis buenos tiempos, y sólo por hacerme suma falta me separo de él, para poderla dar una taza de caldo á mi pobre esposa.

—Pues sin la cédula de vecindad no hacemos nada.

—¡Por Dios, tómelo V.!

—¿Y cuánto quiere por él?

—¡Es nuevo y está en buen uso!

—Así, así; entre merced y señoría.

—¡Deme V. lo que guste!

—Tres pesetas. ¿Hacen? ¡Y eso por favor!

—¡Tres pesetas! ¡Y es bordado!

—Pues por eso, porque Dios sabe cuál será su procedencia.

—¡Cómo! Caballero, V. me ofende, y aunque soy pobre soy honrado.

—No digo que no; pero yo no le doy más que doce reales si le acomoda, y si no en paz.

El hombre suspiró profundamente, limpió el frío sudor que su frente manaba, y recogiendo todas las fuerzas que en su espíritu le quedaban, le respondió:

—¡Démelos V.!

Cinco minutos después apareció un nuevo personaje, cuya catadura, modos y semblante podían pasar muy bien por un honrado licenciado de presidio; entró con suma precaución, y después de lanzar una mirada recelosa y escuadriñadora por todos los lados de la tienda, como el que desea evitar las miradas importunas de los curiosos, avanzó resuelto hasta el mostrador.

—Adelante, Perico, estamos solos, no temas - dijo el usurero tan pronto como reconoció al recién llegado.

—¡Gracias al diablo y sus creyentes!

—¿Qué traes de bueno?

—Poca cosa.

—Tú dirás.

—¡Qué diablos quieres que diga! Que la noche ha sido de prueba y sin fruto.

—Como ha de ser, paciencia.

—Claro, tú, como no te expones y aquí te lo traen al pico, todo está bien.

—Pues haber nacido para Obispo, y sólo echarías bendiciones.

—Bueno, bien, despáchate á tu gusto; algún día me tocará á mí también.

—¡Cómo! ¿Me amenazas?

—No, pero si llega un día en que hablen los muertos, entonces su voz será la trompeta del juicio que te llame con su eco.

—Calla y no seas imprudente, podían oírnos y...

—Tú tienes la culpa.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres?

—Que anoche prendieron al Chato.

—¡Maldito torpe! ¿Qué hizo?

—Pues na de particular; un reloj que no pudo vencer de abandonar á su dueño.

—Que se fastidie y se espabile para otra vez.

—Sí, pero es preciso darle parné para que no suelte el mirlo y tengamos que salir de estampía, como el zorro de su guarida.

—¿Y tú qué traes?

—Pues traigo dos *agarrotaos* de plata, una sortija cursi y unas botas nuevas.

—¡Nada más?

—Y gracias, el oficio está cada día peor, y si Dios no lo remedia, pronto tendremos que ser hombres de bien á la fuerza.

—Pues trabajar, trabajar, que yo no estoy en el caso de mantener vagos.

—Eso se dice bien, pero se hace mal.

—Bueno, vamos á cuentas; los dos relojes, como es-

tán *agarrotaos*, no valen más de seis duros; la sortija, uno, y las botas otro; total, ocho; ¿estás conforme?

—Como quieras, tú boca es medida, tú verás.

—Pues ahí tienes ocho duros para ti y cuatro para el Chato, son doce.

La puerta giró sobre sus goznes y apareció la figura elegante de un joven alocado y tronera, que á su vista el usurero se apresuró á saludarle cortesmente, tendiéndole sus descarnadas manos.

—Buenos días, D. Carlos.

—Buenos días, Basiliso.

—¿A qué fortuna debo el honor de verle por mi casa tan de mañana?

—A la casualidad, ó más bien ¡á la desgracia!

—¿Necesita algo el Sr. Conde?

—Poco; unos seis mil reales.

—¿Nada más?

—Por hoy nada más; mañana Dios dirá.

—Está bien—dijo el usurero tirando del cajón y contando en billetes la cantidad pedida.

—¿Firmará el Sr. Conde otro pagaré como el pasado? ¿ó hacemos otra escritura?

—Como gustéis. Anoche perdí hasta la última peseta en el casino. ¡Los reyes me fueron traidores!

—Pues claro. ¿A quién se le ocurre poner por los reyes? Yo siempre juego la contraria de las figuras de la baraja, y me va bien.

—¡Si yo lo hubiera sabido!

—En fin, ya no tiene remedio; aquí tenéis los seis mil reales contados.

—Están bien—dijo el Conde guardándolos en su cartera.

—Ahora firme V.

El Conde firmó un pagaré de 24.725 rs. por los 6.000 que acababa de recibir; encendió un habano y salió á la calle; el usurero lo despidió hasta la puerta, como límite de su jurisdicción, deshaciéndose en cumplidos y cortesías, y después que hubo desaparecido su parroquiano, se frotó las manos con satisfacción, diciendo para sí:

—¡Bravo! Con pocos como este perdido, pronto cerraba mi puerta á los trapos y trastos viejos, y alentando el vicio y el escándalo, pronto sería millonario.

Las doce en punto marcaba la esfera del reloj del establecimiento, cuando la puerta se abrió con un estrépito poco usado, sonando sobre su quicio el eco que produce un objeto de hoja de lata al chocar sobre la madera acompañado de un chillido gutural que lo mismo podía ser de persona, que de raza degenerada, según afirman algunos autores sobre la casta de los monos; lo cierto es que al escucharlo el usurero, exclamó medio asustado:

—¿Qué diablos es eso?

—Soy yo—dijo una maritornes rechoncha y fresca, que no le pareció saco de paja á mi amo, entrando en la tienda cargada con una descomunal jaula de lata, en la cual trasportaba prisionero un precioso loro.

—¿Adónde vas con esa alhaja?

—Vengo de parte de mi señora á empeñarle por unos días.

—¿El loro?

—Sí señor.

—Pero chica, tu ama está de remate.

—¿Por qué?

—¿Quién le ha dicho á ella que aquí se empeñan animales?

—Este no es animal.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Este sabe hablar, canta el Santo Dios y las boleras del Rastro.

—¿Y quién lo va á mantener?

—Yo le traeré todos los días su alimento.

—No puedo entrar en ese negocio.

—Hombre, no sea V. así, y tome el loro, que no le pesará.

—¿Tan necesitada está tu ama que no tiene ya que empeñar más que el loro?

—Ya lo creo que lo está; como que no tiene de qué echar mano, ni para un remedio.

—Pues y el caballero aquél que la sostenía como á una reina, ¿qué hace?

—Aquél se evaporó como el humo, por celos infundados de su primito el capitán de caballería, que todos los días la hacía compañía durante la ausencia del otro.

—¡Vamos, ya caigo!

—¡No vaya V. á pensar mal de mi señorita! Ella es incapaz de faltar á sus promesas.

—No lo dudo.

—No señor, no; ellos se querían como hermanos y se profesaban un especial cariño.

—¡Y tan especial!

—¡Dale, bola! ¡Cuántas veces los sorprendí yo hablando, con la inocencia de dos angelitos, y después se separaban tan contentos, con un apretado abrazo, que como primos nada tiene de particular entre seres de una misma familia.

—¿Y por qué su primo no la da dinero? Yo creo que entre parientes que se quieren tanto no tiene nada de particular.

—Su primo se fué á Filipinas.

—¡Mal negocio!

—¿Cómo malo?

—¡Pues claro! ¿Quién me responde á mí de la vida de este bicho?

—¿Que quién? ¡Yo!

—¡Si tú te comprometes á todo!

—Según y conforme.

—¡Pues te lo diré! Te tomo el loro, y á las diez y media te espero en el café del Recreo, donde cenarás lo que quieras, tomarás café y después daremos un paseito en coche.

—¿Yo con V.?

—¡Claro está! Y te daré además unas botas.

—¡No puede ser!

—Y un vestido.

—¡No consiento!

—¡Y una moneda de cinco duros!

—Tampoco. ¡Ni por esas!

—¿No?

—¡No señor!

—Pues entonces no hacemos nada.

—¡Cómo!

—Que no tomo el loro.

—¿Y mi señorita?

—Que se las arregle como pueda.

—¡Pero, hombre de Dios, si necesita dinero para presentarse esta noche á una cita que el banquero X la tiene dada, y de la cual pende toda su fortuna!

—¡Pues que vaya!

—¿Cómo ha de ir, si no tiene botas ni camisa que ponerse?

—¡Hombre, las botas lo comprendo, pero eso de la camisa!...

—Nadie está libre de un síncope ó una desgracia en medio de la calle, y ¡figúrese V. qué vergüenza para una señora como la mía verse en semejante compromiso!

—Todo eso está muy bien, pero yo no le tomo el loro.

—¿De ninguna manera?

—Ya lo sabes; si te conviene lo tratado, bien, y si no, llévate el loro.

—¡Al fin se sale V. con ella!

—Con ella, no; contigo sí.

—Tome V. el loro.

—¿Cuánto le doy?

—¡Ocho duros!

—¿Ocho duros por este bicho? Yo no doy más que tres.

—Pues entonces tampoco salgo yo por fiadora.

—¡Bueno, como tú quieras! Toma ocho duros, y á la noche...

—No faltaré.

—¡Y serás mi alma hasta el nuevo día!

—Sí, porque la luz del sol espanta á los murciélagos. Entre los ocho duros del loro iba mi pobre persona.

Al llegar del contacto áspero y basto de las manos de la criada á las blancas y suaves de mi ama, ésta nos recibió como todos, con la sonrisa en los labios, la alegría en el alma y la codicia en la vista.

Salimos á la calle; mi ama se compró botas, camisas y varios frasquitos de aceites, olores y perfumes, quedando solos en su bolsillo otro hermanito de infortunio y yo; llegó la noche, y cuando la maritornes se prestaba á escuchar los amoríos del usurero, á cambio de sus dádivas y promesas, decía ésta para sí:—¡Qué diablos, por un día quién lo ha de saber!—Al siguiente estaba pálida y desencajada como la figura de los muertos; la cena la hizo mal, pues comió hasta reventar, y su cólera estalló como una granada al contemplar su vestido ofrecido por el usurero, que estaba todo apolillado á fuerza de estar colgado, la moneda de cinco duros falsa, y las botas viejas y lo menos seis puntos más estrechas que sus pies, lo cual la hacían ver las estrellas y todo el sistema planetario sin necesidad de telescopio, exclamando sin cesar:

—¡Toda mi vida en ayunas, y desayunarme con... vamos, señor, que estoy divertida! ¡Llegar á ser la burla de un viejo petate! ¡Pero yo me vengaré, viejo maldito!

Mi ama fué más afortunada que su doncella.

Una elegante escalera la condujo á un ideal gabinete, en el cual el banquero X la recibió con la mayor galantería y deferencia, sentándose á su lado sobre una marquesita de mullidos almohadones; cerró la puerta, y libres de testigos importunos, empezaron á hablar tan bajo, que no pude percibir ni una palabra.

Al día siguiente mi ama tenía muchos billetes de Banco, y yo, como moneda despreciable á su lado, salí destinado para la compra en manos de su doncella con la cesta vacía, que, sin duda por mi cambio, había de regresar llena de comestibles.

Llegamos á una buñolería, y allí quedé aquel día de desventuras para mí.

La gente alegre, que no conoce las penas, es decir, los jóvenes, las chulas vergonzantes, las señoritas tro-nadas y los mozos del bronce, son la concurrencia que más acude á estos establecimientos por la mañana.

El café es agua de castañas con palo de regaliz por azúcar; la leche almidón desleído con algo de cal; las bebidas veneno, y el aguardiente bala rasa, como el vulgo lo ha bautizado, y cuando él lo dice, creo será verdad.

Los buñuelos están recomendadísimos por todos los médicos del mundo para una excelente indigestión, en la cual ellos se llevan el dinero y el paciente sus dolores, y en paz; pero los estómagos de esta concurrencia están fuera del alcance medicato, y se tragan libras y más libras de tan codiciado manjar, como si fueran evaporándose al pasar por sus gargantas, y sin más efectos que los naturales en sus estómagos.

Haciendo corro á una mesa se sentó mi conductora, acompañada de un mozo *cruo* de esos que escupen por el colmillo, y caballero cruzado, no sé de qué orden honorífica, lucía orgulloso sobre su mejilla derecha, cuya cicatriz le dividía el labio superior y su carrillo en dos. Tomaron los indispensables buñuelos, repitieron varias veces las copitas del aguardiente, y cuando el alcohol iba obrando en sus estómagos y los vapores en sus cerebros, entablaron el siguiente diálogo:

—Mira, Manolillo, yo te he llamao pa que me sirvas bien, y te pagaré mejor.

—Chiquilla, ya sabes tú, por esperencia, que lo mesmito soy pa un fregao que pa un barrío.

- Por eso me acordé de ti.
—Gracias, prenda, y agradeciendo
—Pues bien; poco es lo que háy que hacer.
—¿De qué se trata?
—De pegar una paliza, como aviso, á un sujeto.
—¡Cómo! ¿Me le darán atao?
—No, hombre, á una persona suelta.
—Suelta, ¿de dónde?
—¡Qué torpeza; á un hombre como tú! ¿Lo entiendes ahora?
—Ahora sí.
—Pues bueno.
—¿Y quién es el gachó que tiene que hacer de paciente?
—El prestamista aquel de la calle de marras.
—¡Ya, eso es expuesto!
—¿Por qué razón?
—Porque es un viejo escamón y marrullero, y no se dejará coger fácilmente en la red.
—No lo creas; esta noche á las once irás á la calle de... núm. 3; ya sabes.
—Entendíó.
—La puerta estará abierta, entraréis tú y el Grillo, y si no suelta el dinero que yo diga, ¡paliza al canto!
—¿Y si lo suelta?
—¡Paliza también!
—Pues entonces más vale empezar por ahí; por aquello del que da primero, da dos veces.
—Como quieras.
—¿Y si grita?
—Tu navaja le hará callar para siempre.
—¿Y el precio de mi trabajo?

— El que tú digas.

— Treinta duros.

— Conformes; toma cinco duros á cuenta, y hasta la noche; y le entregó la moneda falsa del usurero.

— Hasta la noche.

En el acto llamó al amo, pagó la cuenta con mi persona y pasé al cajón de preferencia: es decir, al de la plata, lejos de la calderilla y los roñosos ochavos morunos.

Serían poco más de las ocho de la mañana, y cuando me hallaba más tranquilo sobre todos mis compañeros de encierro, sentimos un griterío infernal, que nos hizo temblar de pies á cabeza, y esto no le extrañará á nadie, porque, según la voz general, el dinero es lo más miedoso y asustadizo del mundo, que en cuanto oye un tiro en sentido revolucionario, se esconde siete estados debajo de la tierra, que ni el demonio que dé con él; las voces y los gritos se repetían y se multiplicaban por momentos; las mesas rodaban por el suelo, rompiendo los vasos y servicios; las banquetas volaban por el aire, arrojadas por manos varoniles, que unas á otras se herían, como enemigos encarnizados con el ardor de la pelea.

Los amos pedían socorro en medio de la calle, y los transeuntes apretaban el paso, huyendo de la quema.

Una mano profana abrió el cajón donde estábamos la aristocracia de la plata, valiéndose de la confusión consiguiente, y cargó con nosotros, y, guardándonos en su bolso, dió á correr calle abajo, hasta que la autoridad consiguió darle alcance y ponerle á disposición del juez competente, que entiende en la causa, y nosotros, como cuerpo del delito, y hasta que se acla-

rasen las cosas tal y como habían pasado, figuramos en el proceso y quedamos arrestados en las garras de un vetusto escribano, de las cuales es más fácil hacer soltar al águila su presa, que nosotros salgamos de sus manos.

Así trascurrieron nada más que ocho años, cuatro meses y diez y siete días; una friolera, comparado con la eternidad; y al cabo de los cuales se falló la causa, y nosotros quedamos condenados á las costas; pasando mi humilde persona al bolsillo particular del escribano. ¡Cuánto ví en su poder! ¡Cuánto escuché de su clientela! ¡Cuántas ofertas por infamias! ¡Cuánta bajeza por engrandecerse! Pero como no hay mal que por bien no venga, aprendí tanto y tan bueno en el tiempo que llevé entre la justicia y sus papelotes, que no me hubiera cambiado por la onza más hermosa de nuestro Rey don Carlos.

El escribano llegó á su casa bien entrada la noche, y llamando á su cara mitad á su despacho, la entregó íntegro el producto de su trabajo, sobre la causa fallada de mi arresto.

D.^a Paca (que así se llamaba por mal nombre su señora) nos recibió como todos, es decir, con agrado, y después que se enteró de la suma recibida de su esposo, se fué acercando poco á poco á su persona, hasta quedar tan juntos el santo matrimonio, que sus labios tuvieron que chocar unos con otros, produciendo el chasquido de un beso para contener su marcha.

—¡Qué bueno eres, Timoteo mío, y cuánto te quiere tu esposita, hijo mío!

—¿Hijo mío?—dijo el escribano, retirándose cuanto pudo de su esposa.—Vamos, petición al canto.

—No, hijo mío, yo no te pido nada, sólo te ruego me

concedas hacer la manda de mi querida madre, ¡y tú que eres tan bueno, no me lo negarás, pichoncito mío!

—¿Qué manda?

—Aquella manda que dejó para su alma, y como hasta hoy no se ha hecho nada, la pobrecita está en el purgatorio, que da compasión el verla.

—¿Pero qué sabes tú?

—¿No lo he de saber, si todas las noches se me aparece en figura de mosquito?

—¿Cómo de mosquito?

—Sí, de mosquito, y con su aguda trompetilla, viene á cortar mi pesado sueño, y tan luego como abro los ojos, la veo claramente pasearse por el aire envuelta en una sábana blanca, pidiéndome la manda para descansar de su alma.

—¿Estás segura de haberla visto como dices?

—Y tan segura como lo estoy.

—En ese caso tranquilízate, que no es tu madre.

—¿Cómo que no?

—Como que no.

—¿Por qué razón?

—Por razón de que tu madre fué enterrada con su vestido negro y no con sábana blanca.

—¿Y eso que tiene que ver?

—¡Pues no ha de tener, y tanto! ¿De dónde quieres que saque la sábana, blanca ni negra, si en el purgatorio no se usan ropas ni lienzos?

—Tú serás siempre un descreído y un judío.

—Lo que no seré nunca será un tonto de capirote que crea tales sandeces.

—¿Te niegas? ¿Ya no respetas la voluntad de un difunto, que es lo más sagrado de la tierra?

—No, mujer, no; hasta hoy no se ha podido cumplir su voluntad por los muchos gastos que hemos tenido; pero pronto se le hará el entierro, las limosnas y las misas y cuanto tú quieras; pero por hoy...

—¡Timoteo, no prosigas!

—No hija, no prosigo, ¡si no tengo empeño en ello!

—¿Quieres eludir la cuestión?

—No trato de eso.

—En ese caso, ya que no quieres darme gusto en nada, cumple con tu deber ó teme la justa cólera de Dios, que pronto descargará sobre tu cabeza.

—Te digo que pronto se hará todo.

—Es preciso empezar por algo, aunque sea poco, ó sin remedio me da el accidente, ¡estoy tan mal!...

—No, por Dios, hija mía, todo menos eso del accidente. No, no, que tengo que salir esta noche sin falta.

—Pues entonces, ¿te parece que empecemos por decirle unas cuantas misas hasta tanto que se haga lo demás?

—Como quieras.

—¿Cuántas la decimos?

—Si las decimos nosotros, las que tú quieras.

—Hombre, te quise decir que cuántas le pagaba al cura.

—¡Ya! Eso varía.

—Mira, Timoteito mío, si quieres, la mando treinta, por ahora.

—¡Treinta! ¡Qué disparate! Son muchas.

—Entonces veinte.

—¡También sos muchas!

—Lo menos quince á veinte reales, ¿qué menos?

—Son caras.

—Pero son buenas.

—¿Cómo buenas? Pues qué ¿hay misas malas?

—No, hombre; son misas pagadas á la hora que yo pueda oirlas.

—Pues son caras.

—Las pagaremos á diez reales.

—Tiene suficiente con cinco.

—¡Ay Timoteo, Timoteo! Tú estás regateando la salvación de mi madre, y el día menos pensado la vemos entrar por las puertas de esta casa, reclamando el cumplimiento de su manda.

—Eso no; dile las misas que quieras; la semana que viene se la hará el panteón, como desea; y al cabo de año, su entierro no dejará nada que desear, y las limosnas se repartirán con profusión á los pobres; pero que se esté por allá en paz y gracia de Dios.

—Pues tú no puedes quejarte de ella.

—Hoy sería muy injusto si me quejara.

—¡Ah! ¡Si ella viviera!

—Entonces me moría yo.

—Pues mi madre era una excelente madre para mí.

—¡Y una excelente suegra para mí!

—¡Y llevársela Dios tan joven!

—Como que apenas contaría sesenta años.

—¡No te burles de los difuntos, ó teme su castigo!

—No me burlo; al contrario, los respeto y los venero en sus tumbas, como reliquias sagradas, por aquello de «bien está San Pedro en Roma...» pues.

D.^a Paca iba á contestar con pocos visos de docilidad doméstica matrimonial cuando un estrepitoso ruido cual si se hundiera la casa entera sobre su habitación, la cortó la palabra en sus labios; la luz osciló

breves momentos, viniendo á morir al suelo, rompiéndose en mil pedazos la lámpara que la sustentaba, quedando en tinieblas misteriosas, que sólo eran alumbradas por el pavor y el miedo que tan inesperada escena produjeron á la par en el matrimonio, seguido de un hondo golpe como el que produce la caída de un cuerpo humano sobre las aguas de un pozo, y seguido de ayes y gemidos que lo mismo podían ser de ternura en demanda de auxilio, que de amenazas producidas por la rabia y la desesperación más elocuente, era cuanto se dejaba sentir.

—¿Lo ves? ¿lo ves?—dijo D.^a Paca gritando cuanto podían sus pulmones.—Eso es para que no creas lo que yo te digo.

—¿Pero qué tiene que ver esto con aquello?

—¿Cómo que no? ¡Si es ella!

—¿Quién es ella?

—¡Mi madre de mi alma!

—¿Pero estás segura?

En esto los golpes se repiten con más fuerza y los ayes con más dolor, si era posible.

—Vaya si lo estoy; como que es ella misma; si la conozco en sus maneras y en su voz.

—¡San Zoilo y San Cucufate me valgan!—exclamó el escribano, arrimándose á su esposa para no dar con su cuerpo en el suelo.

—¡Pobrecita!—decía D.^a Paca. — Sin duda ha estado escuchando nuestra conversación y nos avisa con su visita.

—Pues dila que no estamos ahora para cumplidos, y que se vaya tranquila, que se la pagará cuanto se la debe mañana mismo.

—No se irá, no; conozco demasiado su genio, y no desistirá de su propósito, ni á dos tirones. ¡Buena es ella!

—Mujer; dila que se vaya, y tú quedas encargada de todo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—¡Madre mía, madre de mi alma; yo le cumpliré cuanto se la debe, aunque nos quedemos sin comer! ¿Verdad, esposo mío?

—Sí, hija, sí; con tal que seas tú sola la que no comas.

—Y se lo cumpliremos mañana mismo; ¿verdad?

—Sí, hija, sí; pero dila que se vaya en seguida.

—¡Madre, madre adorada y glorificada; márchese tranquila á su destino, que mañana mismo se le dirán las misas, y cuanto habéis dejado ordenado para bien de vuestra alma; partid tranquila, yo os lo prometo!

—¡Maú... maú... maú!...—repetían los quejidos.

—¡Pobrecita, y cómo se queja; cuánto estará sufriendo por nuestra causa; esto es horrible; pero muy horrible!

—¡Maú... maú... maú!...—repetía la voz misteriosa sin cesar.

El escribano se santigua, por si acaso van mal dadas, y se encomienda al santo de su mayor devoción para que se arregle este tinglado, que ya no le iba haciendo tilín ni talán, ni le hacía gracia maldita, cuando se abre de par en par la puerta del pasillo, apareciendo los criados con luces y con armas, atraídos por los golpes y los gritos de su ama, preguntando á la vez:

—¿Qué ocurre; qué pasa?

—¡Mi madre, que está en la casa!

Los criados se santiguan, asustados, y retroceden dos pasos hacia la puerta de *escape*.

—¡Sí, sí!—exclamaba D.^a Paca.—Ha venido hoy en cuerpo y alma para convencer á este hereje, que no creía en sus apariciones, como la pobrecita me hace todas las noches.

—¡Maú... maú... maú!...—repetía la voz.

—¿Lo ven VV.? ¿lo están viendo? Y luego dirán que son figuraciones de cabezas calenturientas las que creen en apariciones, como la mía; ¡pobrecita, y cuánto estará pasando!

—Señorita—dijo una criada joven, acercándose á su ama.—¿Está V. segura que esa voz es de su señora madre?

—¡Sí, hija, sí, la misma; ya ves tú si yo la conoceré!

—Sin embargo, yo creo que...

—¿Que no es mi madre? ¿tendrás valor para negar lo que se está viendo?

—No digo eso, señorita.

—¡Maú... maú... maú!...

—¿Lo ves, lo ves? ¡Ya está en los últimos! Dios mío, Dios mío; sacadla pronto de penas!

Todos se santiguan y rezan cuanto hay que rezar á todos los santos y santas de la corte celestial, que, á juzgar por su número, á poco les había de tocar; cuando la criada joven, abriendo la puerta donde sonaban los golpes y quejidos, penetra en su estancia y exclama, toda azorada:

—¡Pobre animalito, si se estaba ahogando!

—¡Cómo, animalito mi madre!—exclama la esposa de D. Timoteo hecha un basilisco.

—Sí, señora, mire V.,—y la criada sacaba en sus manos un gato medio ahogado y soltando un chorro de agua por cada pelo de su cuerpo, que daba pena el verlo, el cual saltó á la jaula del canario, viniendo ésta sobre la lámpara, y canario, lámpara y gato hechos una pelota, cayeron sobre el baño de D.^a Paca, donde si no llega tan á tiempo su salvadora la criada, deja de existir el gato más hermoso de la vecindad, llamado Morongo.

El escribano lanzó sobre su cara mitad una mirada de estupor y de triunfo á la vez, diciéndola así:

—¿Estás convencida ahora?

—No y no,—dijo D.^a Paca montando en cólera por el chasco de sus apariciones.

—Pero mujer, ¿insistirás todavía en decir misas por el gato?

—¡Qué hombre! ¡Tú vas á dar lugar á que me dé hoy el accidente!

—¡No, hija, no! Haz lo que quieras y déjame en paz.

Al día siguiente fuí conducido en el porta-monedas de mi ama á una de las principales parroquias de Madrid, y acercándose al pie de un confesionario D.^a Paca, se santiguó, abrió su libro de oraciones y oró; el sacerdote, que ocupaba su sitio en el mentidero de los cristianos, según le llaman los judíos, tan luego como se apercibió de su llegada, despachó poco menos que á empellones á una impertinente vieja que se hallaba confesando sus culpas y pecados con el sosiego y satisfacción de su inocente alma, y la llamó para sí á mi simpática ama.

—Buenos días,—dijo el cura.

—Buenos días, padre Benito.

—¿Viene V. á confesar?

—No, padre, vengo á un acto de conciencia.

—Diga, hermana, lo que guste.

—A quién mejor que á V., que es mi padre de confesión de tantos años.

—Ya lo creo, hija mía, Dios nos da la fortaleza del alma para depositar en ella los secretos del pecador arrepentido en las personas de sus indignos ministros.

—Sí, padre, sí, y yo estoy gozosa de haber bebido mis primeras aguas en las cristalinas fuentes de su talento y sabiduría, y haber tomado la primera alfalfa espiritual de vuestra santa mano.

—Hija, son tantas y tantas á las que tengo dado los auxilios religiosos, que me sería imposible recordarlas detalladamente; pero puedo decir con orgullo que serán pocos, muy pocos, los que hayan acarreado más ovejas al rebaño del Señor que este humilde sacerdote.

—¡Ay, padre, qué peso me quitan de encima sus palabras! ¡Soy tan pecadora!

—Nada tema ante la misericordia de Dios y hable con franqueza.

—Sabed, padre, que debo una manda por el alma de mi madre, de entierro de primera, trasladar su cadáver á su pueblo, donde desea descansar, y sobre unas doscientas misas, y aún nada se ha cumplido.

—¿Por su voluntad?

—No, padre, por mi marido.

—Ya la tengo dicho mil veces cómo se tiene que arreglar con él, pues de otro modo es tontería.

—¡Padre, si así lo hago!

—Luego, no comprendo...

—Anoche me dió 500 reales para guardar, y con otros

tantos que yo tenía ahorrados, pude á duras penas reunir fondos para que me digan cincuenta misas á cuenta y que V. se encargue de lo demás.

—¿Los trae V. aquí?

—Sí, padre, aquí los tengo.

—¡Bien, hija, bien; buena cristiana!

—¿Y cree V. que mi madre saldrá del purgatorio en cuanto se le cumpla su manda?

—¿Qué duda tiene? ¡Ya lo creo! Aunque estuviera allí mil años, yo la haré salir más que á escape.

—Pues tome, padre—dijo mi ama, entregándome en manos del cura, el cual se nos guardó, sin contarnos, en sus bolsillos, como quien dice: «al burro regalado no hay que mirarle el diente.»

—Está bien, hija mía, y desde mañana á las ocho empezaré á decirlas por su alma.

—Y yo á oirlas.

—¿Tendré ese gusto?

—Sí, padre.

—Pues en ese caso—dijo el cura frotándose las manos de alegría, como saboreando de antemano su triunfo,—os invito á tomar chocolate, después del santo sacrificio, en mi pobre compañía.

—No sé si deba aceptar.

—¿Por qué razón?

—¡No me atrevo, no lo sepa mi esposo, y como es así!...

—A los hombres sólo se les dice lo que conviene decir, y nada más.

—¡Temo me vean!

—No la verán; la sacristía tiene dos puertas y una da al refectorio, y allí estaremos solos.

—¡Si V. me lo manda!...

—Así conviene para la salvación de su madre.

—¡En ese caso iré!

—Y yo trataré de complacerla todo cuanto me sea posible.

—¿Y en qué altar las dirá V.?

—En el que gustéis, no siendo en el del Niño Perdido.

—Me es indiferente.

—En ese caso las diré en el de San Toribio ó San Marcos.

—¡Todos los santos son buenos!

—¿Quién lo duda?

—¡Pues hágase la voluntad de Dios!

—¡Amén, hija, amén!—dijo el cura alargando su velluda mano y dándosela á besar ante los sonrosados labios de D.^a Paca; la cual, al besarla, dijo:

—Hasta mañana, padre.

—Dios os guarde muchos años para hacer bien por los necesitados.

—Así sea, padre mío.

D.^a Paca salió del templo con la conciencia tranquila del alma que obra bien.

El padre Benito voló á su casa, donde le recibieron dos chicas rollizas y guapetonas, que entre las dos, á duras penas, llegarían á cuarenta y dos años.

—¡Vamos—dije para mí,—éste al menos lo entiende! pues en vez de tener un ama de mayor edad, la divide en dos, y sale lo mismo la cuenta y más agradable su perspectiva.

Acto seguido, y arrojando el manteo y la teja sobre una silla, exclamó lleno de júbilo:

—¡Buen día, muchachas! ¡Viva la gracia y la sal!

—Pero ¿qué ocurre? ¿qué pasa?—dijeron las dos á la vez.

—¡Que tenemos dinero fresquito!

—¿Mucho?

—¡Casi una mina!

—¿Os ha tocado la lotería?

—¡Más todavía!

—¿Alguna herencia?

—¡No lo aciertas!

—¿Tal vez algún regalo?

—No lo acertáis.

—¡No es fácil!

—¿No sabéis que todos los días entra un tonto montado sobre un caballo blanco por la puerta de Alcalá?

—¡Ah! sí, sí; ya recuerdo que me lo decía mi abuela cuando yo era pequeña.

—Pues bien; el afortunado que da con él, ya no necesita más para pasarlo bien y trabajar poco y mal.

—¿Luego hoy os lo habéis encontrado?

—No; ¡él me buscó á mí!—dijo el cura dándose tono.

—¡Eso más!

—Y mucho más que queda sólo para el curioso lector.

—¡Cuánto lo celebramos!

—Por lo pronto, ahí tenéis mil realitos para empezar.

—¡Jesús qué alegría! ¿Y durará mucho la mina?

—Hasta que se agote.

—¡Pues me comprarás una saya!

—¡Y á mí unas botas!

—¡La mantilla no vale nada!

—Yo no tengo guantes.

—¡Las camisas están inservibles!

—¡Ni siquiera tengo pendientes!

—¡Cuánto deseo una peina!

—¡Si me compraras un chal!

—¡Y á mí algun aderezo!

—¡Queréis pronto callar, voto va al diablo!

—¡Ya no rechistamos!

—Si empezáis de esa manera, no podemos entendernos, pues contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar.

—¡Lo que V. disponga!—exclamaron las dos á la vez con caras de monjas pedigüeñas.

—¡El almuerzo!—exclamó el cura.

—Esperando está y la mesa servida.

Terminado el almuerzo, el cura salió á la calle, y las dos amas se repartieron buenamente el producto de las misas que representábamos nosotros para sacar ánimas del Purgatorio, y yo pasé á poder de la criada de la casa como salario del mes; ésta, que era vieja y tuerta por añadidura, y que hacía las veces de mamá política y los eunucos en el serrallo, se compró un pañuelo de seda, y yo pasé por su cambio al cajón de un comerciante de telas de la calle de Toledo.

—Diga V., D.^a Eustaquia—dijo el comerciante á mi ama, que éste era su nombre,—¿cómo sigue el señor cura?

—¡Tan bueno, gracias á Dios!

—¿Y las sobrinas?

—¡Tan contentas!

—Pero diga V., D.^a Eustaquia, me han dicho en confianza que esas jóvenes son algo más que sobrinas del señor cura, ¿es verdad?

—¡No lo crea V., hijo mío! ¡Esas son habladurías de lenguas viperinas, que debieran estar cortadas!

—No lo dudo; pero lo cierto es que la vecindad dice que tornas y que vueltas; y ¡qué sé yo cuántas cosas más!

—No haga V. caso de cuentos de vecindad.

—Pero lo cierto es que cuando el río suena, agua lleva, y como ya le han conocido más de ocho sobrinas en menos de dos años, la gente murmura que se las pela.

—Pues, hijo, yo nada sé, y lo cierto y verdad es que hasta hoy nada he visto que no sea moral y religioso.

—Sí; pero ¿y aquello de la Juanita cuando lo del dinero que le faltó al cura, y el escándalo de la madre?

—Hombre, la verdad, aquella joven era así, así y algo loquilla, y si bien es cierto que algunos días, al hacer la cama del amo, solía encontrarme alguna que otra vez, ya una liga azul con bordado de seda grana, ya alguna horquilla, ó cosa así por el estilo, esto no es bastante prueba para juzgar mal de nadie y menos de mi amo, ¡que es un santo bendito sobre la tierra, incapaz de semejante cosa, que el Señor nos libre amén! —dijo D.^a Eustaquia, haciendo la señal de la cruz y santiguándose como una bienaventurada.

—No señora, yo no pienso mal de nadie y mucho menos de su amo, que no dudo es lo que V. dice, y tal vez fuese una casualidad, ó varias casualidades reunidas, eso de las horquillas y demás.

—Lo mismo digo yo, por aquello de «ojos y oídos engañan.»

—¡Hola, hola! ¿es V. aficionada al teatro?

—Cuando joven, sí señor; hoy estoy por la comodi-

dad de la cama, que, como dice el refrán, «cuerpo echado, si no duerme, descansa.»

—Usted sí que es un refrán andando.

—¿Qué quiere V., hijo? ¡Los años, los años son los que enseñan, y cuando vamos sabiendo algo, nos morimos, y tiempo perdido; todo concluyó, y en paz. Conque me voy, que están las chicas solas y tengo mucho que hacer.

—Vaya V. con Dios, D.^a Eustaquia; mis recuerdos al padre de almas, y en particular á sus sobrinas.

—Gracias, gracias.

Y D.^a Eustaquia salió por la puerta á la calle, mientras mi nuevo amo se reía maliciosamente, diciendo para sí:

—¡Si tú eres buena, que me la claven aquí!—Y señalaba á la frente con su dedo índice.

Media hora después entraba en la tienda un matrimonio modelo de esos que se aman en público y se aborrecen en secreto.

—¿Tiene V. gorritas para niños?—dijo la esposa tomando asiento sobre una silla cerca del mostrador, y rendida de cansancio por hallarse ya en meses mayores, que la naturaleza lo demuestra en su volumen antes de ser madre.

—Sí señora; ¿de qué clase las quiere V.?

—Sáquelas V. que sean buenas, pero arregladitas.

—Sí señora; aquí las tiene V.

—¡Jesús, qué ordinarias! Pero ¿está V. loco?

—Las tengo aún más finas y de superior calidad.

—¿No conoce V. que éstas no son de mi clase?

—Como dijo V. que las quería baratas...

—¡No tanto, hombre, no tanto, que hoy por hoy, á

Dios gracias, puedo gastarme una onza de oro, porque mi esposo es fiel... de fechos, maestro... de escuela, administrador de Correos, organista del pueblo y secretario del ilustre Ayuntamiento, y podemos comprar cosas tan buenas como cualquier Conde ó Marqués, porque, al fin y al cabo, somos de la misma carne y hueso que ellos, y que en el nacer y morir todos somos iguales!

—¡Dispense V., señora! Yo no lo hice por ofenderla. Aquí las tiene como desea.

—¡Esto ya es otra cosa!

—¿Qué tiempo tiene el niño?

—¡Pero, hombre, qué torpe es V.! ¿No comprende que es para lo que nazca?

—Dispense V. ¡No había reparado!

—¿Conque no ha reparado V.?—dijo el esposo, que hasta aquel momento había estado callado como una piedra.—¡Pues si parece un bombo!

—¡Qué bruto eres! ¡Siempre me estás llamando lo mismo porque Dios me da familia, sin que tenga yo la culpa de ello!

—¿Pues quién la tiene?

—¡Tú y sólo tú, grandísimo alcornoque!

—¡Bueno, bueno! Compra las gorras y calla.

—¡Las gorras, las mantillas, los pañales, las camisetas y todo lo que se necesita. ¡Jesús, qué hombre!

—¡Jesús qué mujer!—contesta el marido remedando á su esposa,—¡que se la ocurre dar á luz el primer vástago á su edad!

—¿Con eso querrás decirme vieja? ¡Pues mirá tú lo que son las cosas! Más de cuatro están muertos por mis pedazos, y si no, que lo diga el tío Geromo cuando

vendió la recua, el guarro y el ganso para que yo le quisiera.

—¡Él sí que es un ganso y tú un animal!

—¿Ya empezamos? ¡Jesús, qué hombre!

—Despacha pronto, que es tarde y están las bestias sin comer.

—¡Ya voy, hombre, ya voy! ¡Qué pesado!

—¡Si contigo no se puede ir ni al cielo!

—¡Como que estar á tu lado es hallarse en los infiernos!

El comerciante terció en la contienda matrimonial, poniéndolos, si no en paz, al menos en tregua; cobró su cuenta importe de los objetos comprados por la esposa por valor de mil y pico de reales, y yo pasé al bolso del marido como vuelta de un billete de Banco.

El matrimonio marchó por esas calles de Dios sudando la gota gorda y cargados como burros, con el muletón, la bayeta para las mantillas, el lienzo para los pañales, las fajas, la capa de cristianar, las cajas con las gorritas y miles de enredos y encargos de sus vecinos, amigos y parientes del pueblo, que al verlos daba lástima su presencia.

—¡Mira qué rótulo dice allí! —exclama el marido á su mujer deteniéndola el paso y fijándose en la muestra de un cuarto principal.

—¿Qué dice? —repuso su cara mitad, aprovechando aquella oportunidad para respirar con libertad y reponer sus agotadas fuerzas.

—¡Pues allí dice!...

—¿Qué dice?

—¡Pues dice... dice!...

—¿Pero, hombre, qué es lo que dice?

- ¡Dícel...
—¡Dale, no salgas de ahí!
—¡Ah, sí, ya! ¡Dice... Do... D.^a Jua... na la Loca!
—¿Cómo la loca? Sí, esa señora, según dicen malas lenguas, fué Reina hace más de mil años y ya no existe.
—¿Porque se habrá muerto?
—¡Naturalmente!
—Pues sigamos andando.
—¿Pero hombre, qué dice el rótulo?
—Tiene unas letras más revésas, que parece que escriben en solfa por Madrid.
—Porque son letras botánicas.
—Querrás decir romanas-griegas.
—No, no; botánicas ó boticas.
—¡Ya caigo! ¡Serán góticas!
—¡Eso es; yo bien decía que era una cosa así!
—Bueno, pues dice así: «D.^a Juana Lalocatriz, profesora en aparatos; digo no, en partos; pesimista en primerizas; no, tampoco, especialista en primerizas y pun, digo no, pen... sionada, por ese, eme, D. Alfonso equis y dos palitos.» Eso es lo que dice—exclamó el pobre marido respirando con fuerza como si acabara de dejar el arado al leer el rótulo de D.^a Juana, por lo cansado que se hallaba.
—¿Y será una mujer de verdá?—dice su esposa.
—¡Así parece!
—¿Y qué entiende esa mujer de partos, para llamarse profesora?
—¡Cuando está estampao en la muestra, verdad será!
—¡Yo no sé cómo se hacen profesoras!
—¡Pues estudiando! ¿Quieres que subamos para consultarla?

—¡No me parece mala la idea; porque el médico del lugar parece un burro examinao!

—¡Pues arriba!

Tilín tilín: la puerta se abre y al poco rato se hallan frente á frente de D.^a Juana Lalocatriz, la cual los recibe con esa sonrisa de la corte, al tiempo que su mirada de águila los descubría hasta sus más recónditos pensamientos.

—¿En qué puedo servir á VV.?—dijo después de hacerles tomar asiento sobre elegantes sillones de seda carmesí y raso bordado.

—¡Yo la diré á V.!—contesta el marido medio turbado—hace más de... tres... no, tres no, lo menos cuatro... tal vez cinco... no quisiera engañarme, pero me parece que son seis los que...

—¿Los parroquianos que V. me trae?—dijo D.^a Juana sin poder contener la risa que la causaba tal explicación para empezar.

—¡Cá! no señora; nosotros venimos solos.

—Creí.

—No señora, no. Pues como iba diciendo, hace sobre seis meses que nos sentimos molestados, así... como si por primera vez... ¿comprende V.?

—¡Cómo! ¿V. también se encuentra molestado?

—Yo no señora; la mujer.

—¡Qué lástima!

—Señora, ¿por qué?

—Porque V. en ese estado no tendría precio.

—Pues estoy libre: ¿conque se entera V.?

—Sí, ya me voy enterando.

—Por eso me gusta explicarme claro, para que todos me entiendan.

—Bien; adelante: prosiga V.

—Pues ná, que hará como cosa de... sí, una cosa así hará, lo menos... sí, lo menos... y algo más de cinco meses, que una tarde paseando Juaneca y yo por la plaza... ¿conoce V. al tío Juaneca?

—No señor, no le conozco.

—¡Hombre, pues es raro, porque él viene muy amenudo á Madrid!

—Ya comprende V. que si yo fuera á conocer á todos los que vienen á Madrid, me sería imposible.

—Es que él viene lo menos dos veces al año y se hospeda en la posada del Peine, que por cierto es buen peine el nene, y paga...

—¿Quiere V. hacerme el favor de abreviar todo lo posible, porque tengo mucho que hacer, y me es preciso aprovechar el tiempo?

—Sí señora, á eso voy.

—Mil gracias.

—No, sin gracias; yo soy así, francote y natural de la Alcarria, y todos los de mi tierra, lo mismo somos para un fregao que para un barrido, aunque me esté mal el decirlo.

—¿Y para un lenguado no?

—También me gusta; mire V., hace pocos días que se me murió la vaca mocha, yo no sé de qué; el animalito amaneció guapote y gordo como un Dios Venus, y á la noche murió, dando cada berrío que partía el alma á los vecinos, y á mí el bolsillo por el eje, hasta que me dije para mis adentros: ¿qué le vamos á hacer? ya no hay remedio; y yo solito me comí la lengua bien estofada.

—¿Cuál?

—La de la vaca.

—¡Ya se conoce!

—Pues verá V. lo que pasó...

—¿Me quiere V. hacer el favor de terminar su relato lo antes posible?

—Pues á eso voy más derechito que una vela.

—Pero hombre, cíñase V. al asunto que le ha traído á V. aquí, y deje la vaca mocha y el pueblo, que nada tiene que ver con esto; y le advierto que cuanto más me ocupe con su relato, más caro le costará la consulta.

—¡Ah! pues en ese caso, sepa V. que mi mujer está en cinta, y que es primeriza, y que desea la reconozca V.

—¿A su edad primeriza? ¡Qué raro!

—Sí señora, sí; reconózcala V. al momento, que ahora no soy yo quien la da conversación y deseo terminar cuanto antes y saber lo que tengo que pagar.

—Si V. hubiera empezado por donde ha terminado, le saldría más barato.

—Pues señora, á ganar lo perdido, que según dicen los ingleses de Inglaterra, el tiempo es oro, y hoy creo tienen razón por experiencia propia.

D.^a Juana hizo pasar á un gabinete reservado á la paciente, y el pobre hombre quedó como el reo que espera su sentencia; cada minuto se le hacía un año, y cada cuarto que tenía que pagar, le hacía más daño que un pedrisco descargado sobre un viñedo en días de tormenta. De esta forma sufrió más de una hora larga, dándose á todos los santos y santas de la corte celestial, hasta que, por fin, vino á sacarle de su letargo la voz elocuente de su esposa, que le decía medio com-

pungida y haciendo pucheritos capaces de hacer reír á un muerto:

—Dice esta señora que no es embarazo.

—¿Cómo que no?—contesta todo azorado su esposo.

—Como que no.

—Entonces ¿qué es?

—Es un principio de hidropesía en período agudo y grave, que debe evitarse sin pérdida de tiempo.

—¿Está V. segura que no es embarazo?

—Sí señor, y se lo juro por mi título.

—¡Ay Dios mío! ¡y los mil y pico de reales gastados en la envoltura! A mí me va á dar un torozón.

—Pues so... so... sosiéguese V., y tome ánimo.

—¿Qué ánimo ni qué calabazas? Lo que tomaría yo ahora mismo era un tren para Pekín, lo más cerca.

—Y yo también. ¿Quién vuelve ahora al pueblo? Pues menuda burla me harían la tía Maruja y la sobrina del tío Paja-larga, con aquellos morros que tiene, que parece un ternero.

—Eso ya lo arreglarán VV. más despacio; ahora lo principal es que se vean, sin perder tiempo, con un médico y que se ponga en cura esta señora.

—Qué ¿tan mala está ya que necesita cura?

—Hombre, un sacerdote ó cura, no; pero un tratamiento médico para curarse, sí.

—Eso ya es otra cosa, y ¿cuánto la debo por su trabajo?

—Poca cosa; cien reales por la consulta y ciento por el reconocimiento, son doscientos, y ciento por haberme detenido, como para dos consultas, suman trescientos reales.

—¿Ha dicho V. trescientos reales?

—Cabales.

—¿Después de los mil y pico de la envoltura?

—De eso yo no tengo la culpa.

—Sí; pero es muy caro; tenga V. compasión de un pobre desgraciado, cargado de mantillas y sin esperanzas de tener hijos.

—Para que vea V. que no soy tirana, le cobraré sólo la mitad, y eso por ser para V., que para otro ya sería otra cosa.

—¿Y no podía V. hacer de modo de cargar á otro cuanto quiera y dejarme á mí libre de costas?

—Es imposible; Madrid es caro; su vida, mas la contribución, la casa y otras frioleras, no tienen espera alguna.

—¿Y no me rebaja V. nada más?

—¿Le parece á V. poco la mitad?

—Tome V. siete duros y medio, como siete soles, y...

—¿Y el medio, cómo es?

—Cuéntele V. como sol de invierno.

Entre los siete duros fuí yo á manos de D.^a Juana.

El marido cargó otra vez con sus bártulos; dió la mano, como pudo, á su esposa para bajar la escalera, diciéndola por lo bajo:

—¡Chica, nos hemos lucido!

—Yo no vuelvo al pueblo.

—Yo me voy al Congo.

Al poco rato entró una joven rubia y elegante, y con tono galante y cariñoso dijo á D.^a Juana:

—¿Es V. la señora profesora?

—Servidora de V.

—Muy señora mía.

—¿En qué puedo tener el gusto de servirla?

La joven lanzó una mirada recelosa á la puerta de la sala y se atrevió á preguntar:

—¿Estamos solas?

—Completamente.

—Está bien; en ese caso, V. me dirá si me han engañado al decirme que tiene V. gabinetes reservados para...

—Sí, señora; en mi estudio se halla cuanto se desea.

—En ese caso, guíeme V. á uno de ellos.

—¿Para reconocerla?

—No; para asistirme.

—¿Cómo? ¿V. está?...

—Sí, señora, y pronto...

—¿Cómo pronto?

—Como que son las doce, y á las seis tengo que asistir sin excusa alguna á una comida de etiqueta.

—¿Pero va V. á salir á la calle en ese estado?

—Sí, señora.

—¿Sin temor á las consecuencias naturales?

—Sea lo que Dios quiera. ¡Me es preciso!

—Está bien.

Dos horas después, la joven, horriblemente pálida, partía en un carruaje para su casa, y una criada de confianza colocaba en el torno de la Inclusa un niño recién nacido, que, envuelto en una sábana de hilo, se leía en una de sus puntas: «¡No está bautizado!»

Mi pobre persona acompañaba á la joven rubia, en su portamonedas, como exceso de pago de un billete que la joven entregó á D.^a Juana, como honorarios debidos á su ciencia y aplicados en mi simpática dueña.

A la tarde, mi ama, vestida con un lujo deslumbrador y revocado su pálido rostro con las pomadas y

aguas maravillosas que la ciencia y los adelantos han inventado en favor del bello sexo, y que Frera almaceña en sus elegantes escaparates para más tarde pasar al tocador llamado el cuarto de los secretos de las damas del buen tono, habían borrado las huellas que la naturaleza imprime en el rostro de las bellas en ciertos momentos de la vida, y nadie al verla sonreír, alegre y cariñosa, cumpliendo con los deberes que la sociedad impone, podía sospechar su verdadero estado material, ni el infierno que en su alma existía, ni el volcán que su cabeza encerraba bajo sus arqueadas cejas y sus cabellos de oro.

—Luisita, ¡hoy está V. encantadora! —decía un elegante pollo sirviéndola el último plato de dulce.

—¡Gracias por la lisonja!

—¡Señora, es justicia! ¡V. es la reina de la mesa, y espero lo será también en el baile esta noche, para cuyo acto espero me honre con su brazo!

—Lo siento en el alma; pero me encuentro algo indispuesta, y me es preciso retirarme temprano.

—¿Será posible que nos prive V. del placer de su presencia?

—A pesar mío, así lo haré.

—¿Y qué dirá el Baroncito?

—Ya sabe él que no estoy bien, y sólo haciendo un violento sacrificio, que V. no puede comprender, me ví precisada á salir de casa.

—¡Lo creo! El sexo débil de VV. es tan delicado, que cualquier cosita las hace no salir de casa y á veces de la cama.

—¿Lo cree V. así?

—¡Cómo dudar!o!

—Pues está V. en un error; la mujer más tímida y más débil del mundo, cuando las circunstancias la rodean con la fuerza que el destino quiere oprimirla, entonces esa debilidad se convierte en fuerza y esa fuerza adquiere la dureza del acero, y todos los escollos y obstáculos que á su paso halla los convierte en armas de blanda cera, donde se estrellan ante el duro escudo de su voluntad de hierro.

—V. lo cree así tal vez por ser mujer.

—Se lo puedo asegurar.

—Creo que exagera V. algo.

—Si V. estuviera como yo, lo juro por lo más sagrado, que no estaría sentado en este momento á la mesa.

El joven caballero lanzó una carcajada mezclada en ese desprecio galante, que la sociedad permite su forma y cuyo fondo hiere y su exterior agrada, por ir revestido de frases galanas y miradas tiernas. Luisa, que había comprendido perfectamente su verdadero sentido, se irguió altiva sobre su rival, herida en su amor propio de mujer, y volviendo la espalda con el mayor desdén le dijo así:

—Veo con disgusto que por desgracia es V. uno de tantos que á la mujer la creen muy inferior al hombre, al paso que éste jamás llega á comprender lo que la mujer vale, y muere sin conocerla ni haber llegado nunca á comprender su alma.

Sus labios dicen con el orgullo del necio que nos conocen mucho; pero su reducido cerebro no ha podido desarrollar nunca los misterios del corazón de la mujer, ni siquiera acercarse á la luz de su alma, viviendo en la más crasa ignorancia y sabiendo hoy menos que ayer y mañana menos que hoy.

La mujer es tan difícil de comprender como distinguir los colores en medio de la oscuridad.

Muchos hombres de talento se han ocupado de esta cuestión y miles de plumas empapadas en su ciencia han escrito millones de volúmenes, y, sin embargo, aún no han dicho la última palabra; sólo los poetas son los que se acercan algo á sus secretos, y sin embargo, están á una respetable distancia en su camino, por aquello que el poeta dice lo que no siente y siente lo que con tenaz empeño trata de ocultar.

La luz natural es nuestra guía, la luz que al hombre ha de guiar al fondo de nuestra alma, esa no se ha inventado hasta hoy; mañana quizás sepan VV. algo; por hoy tienen que quedar derrotados.

El joven saludó á su elocuente oradora y se retiró de su lado, comprendiendo por sus ademanes que la discusión estaba terminada.

Media hora después y apoyada del brazo de una respetable señora que la alta sociedad la conocía por el título de la Marquesa X, Luisa era conducida al carruaje que las esperaba para regresar á su casa-palacio.

—¡Pero hija! ¿qué tienes que estás tan desazonada, y tus ojos se tiñen con las sombras de una penosa tristeza?

—¡Nada, madre mía! ¡no es nada! Sólo deseo descansar.

—¡Se avisará al doctor!

—¡No es preciso!

—¡Como quieras! pero, ¡tu estado me alarma!

—¡No tengáis cuidado! ¡Estad tranquila!

Yo marchaba en su grata compañía, encerrado en

un precioso portamonedas de concha con boquilla de oro, en cuyas tapas se leía en letras de plata esta mágica palabra: «Recuerdo.»

Al llegar á su habitación, me colocó sobre su mesita de noche cerca de su lecho, y desnudándose precipitadamente se acostó al punto, y la noche la pasó acompañada de una doncella de toda su confianza, la cual la asistió con el mayor esmero prodigándola toda clase de atenciones y cuidados.

Yo no sé qué hora sería, pero creo que faltaba poco para el nuevo día, cuando me apercibí de unos suaves y recatados golpecitos descargados sobre la puerta de entrada de la alcoba, que indicaban la llegada misteriosa de alguna persona que pretendía llegar sin ser vista de nadie y ver sin ser vista ni oída, más que de ciertas y determinadas personas, que para el caso tenía prevenidas con anticipación.

La doncella abrió en el acto la puerta, y al franquear ésta, dió paso á una señora gruesa y grave, acompañada de un caballero que por su aspecto exterior revelaba claramente pertenecer á la alta clase social, llamada aristocracia.

—¡Buenas noches, Sr. Barón!—dijo la doncella saludando á los recién llegados, con ese tono especial que el servilismo imprime á los que tienen la desgracia de servir á los grandes señores, que bien pueden pasar algunos por pigmeos en la estatura de sus acciones.

—¿Cómo sigue tu señora?—dijo secamente el Barón.

—¡Ahora descansa algo!—contestó la doncella.

El caballero y la señora avanzaron al centro de la habitación y acercándose al lecho donde descansaba la enferma, la señora la pulsó con la precaución necesaria

para no despertarla, y después de un detenido examen, exclamó:

—¡Está bien! El sueño franco que tiene es el mejor reparador de las fuerzas perdidas, y mañana seguirá perfectamente. ¡Tiene una naturaleza de hierro!

—¡Como su alma!—exclamó el Barón.

Acto seguido puso varios glóbulos homeopáticos disueltos sobre una copa de agua, y para darla la primera cucharada fué preciso despertar á la enferma, la cual abrió los ojos, y al ver los recién llegados, los contempló con esa avidez que siente el alma cuando se espera al objeto amado de sus ilusiones y esperanzas, y un copioso llanto salido del fondo de su herido corazón, fué la contestación más elocuente que sus labios pudieran expresar.

—¡Por Dios, señorita!—dijo la doncella acercándose á su ama.—¡Si su mamá la oye, todo se lo lleva el diablo!

—¡No llores, Luisa de mi vida; pronto seremos felices y nunca me separaré de tu lado ni un solo momento!—dijo el Barón á su amada, en tanto que sus ojos se nublaban con ese agua dulce, destilada y cristalina que después de lavar las penas del alma, sale presurosa, como empujada por el dolor, por los párpados de nuestros ojos, corre por las mejillas y viene á perderse sobre un elegante frac ó entre los pliegues de un fino pañuelo de nipsis, sostenido por una bella y torneada mano, que Dios creó en la mujer para admiración de sus obras, talismán de las pasiones humanas y orgullo del bello sexo.

Luisa tomó su dosis medicinal, contenida en una reducida cuchara de plata, y después que se quedó sola

con su enfermera y médica á la vez, pasó sus torneadas manos sobre su despejada frente, como aquel que vuelve de un sueño grato y querido, se arregló su desordenado cabello y haciendo un supremo esfuerzo como queriendo arrojar de su mente recuerdos tristes, que tanto padecer la hacían, exhaló un profundo suspiro y dijo con voz dulce y cariñosa:

—¡Ah, señora, qué buena sois!

—Cumpló sólo con mi deber.

—Os doy las gracias y os suplico me hagáis un señalado favor.

—Disponed cuanto queráis y seréis complacida.

—¿Me lo prometéis?

—¡Os lo juro!

—En ese caso, me haréis el favor de pasaros por el convento de monjas de... calle de... y preguntaréis por la madre Angustias y Sor Loreto, y las diréis vais de mi parte con el objeto de que se haga inmediatamente una solemne novena á Santa Rita de Casia, abogada de los imposibles, con todo el lujo y ostentación que ellas saben hacerlo, ocultando mi nombre y como solo deseo de una devota.

—Así lo haré.

—Pues tomad; en este bolsillo tenéis para pagar el gasto, y el resto para limosnas á pobres necesitados; en aquel bolsillo ó portamonedas figuraba yo como uno de tantos, haciendo compañía á varios billetes de Banco.

D.^a Juana Lalocatriz, que no era otra la que asistía á Luisa, salió al amanecer, con la mayor precaución, para no ser sentida en aquella casa, y acompañada de la doncella de confianza de la enferma hasta la puerta de

la calle, se hizo conducir en el carruaje, que al efecto la esperaba, y llegó al indicado convento.

—¿Sor Loreto y la madre Angustias están visibles?— dijo D.^a Juana al llegar á su destino.

—Sí, hermana; tenga la bondad de pasar al locutorio, que pronto saldrán.

D.^a Juana pasó, tomó asiento, y á los cinco minutos se presentaron las dos madres de la comunidad.

—¿En qué podemos servirla estas dos siervas del Señor?—dijeron las esposas de Cristo.

—Vengo de parte de la Marquesa X.

—¿De la madre?

—No, de la hija.

—¡Ah; sí, sí!—dijeron las monjas, con esa alegría especial del comerciante que recuerda un buen parroquiano.

—¿Qué desea?

—Me ha encargado particularmente, y con mucho interés, se haga en este santo convento una solemne novena á Santa Rita de Casia, con el lujo y ostentación debida á dicha santa, y tan pronto como sea posible; para cuyo objeto, aquí tenéis este bolsillo para los gastos necesarios.

—Se hará como desea.

—¿Cuándo?

—Desde mañana.

Sor Loreto recogió su dinero, lo guardó en el bolso de su basto hábito, y, después de saludar á D.^a Juana con la galantería mongil que, al coger su presa, saben expresar sus rostros, se retiraron de su fuerte reja, y D.^a Juana regresó á su casa.

La comunidad se reunió, al efecto, por orden de sus

madres superiores, y á la vista de unas cuarenta y tantas esposas del Señor, salimos al aire libre para enterarse de nuestro valor positivo, y calcular los gastos con los ingresos, para hacer la novena. El primero que salió de su largo bolsillo fuí yo; ¡qué impresión recibió mi alma, al verme rodeado por tocas blancas y negras sayas! ¡Qué rostros aquellos, surcados por el dolor y la contrariedad de sus deseos! ¡Qué despecho revelan de su pasado, ocultos en los secretos de su alma, y disfrazados por la aparente y estudiada resignación cristiana, y desaliento para su porvenir!

¡Ah! me decía al contemplar sus paralizados rostros, que la desgracia, el dolor y el sufrimiento moral hacen salir al exterior del cuerpo humano, dando á sus miembros la insensibilidad de la indiferencia, y á sus rostros ese tinte inexplicable, que convierte sus facciones en el estupor de la ignorancia.

Si sus pechos fueran libros, y pudiéramos abrirlos y leer sus impresiones y secretos, ¡cuántas historias podrían pasar quizás á las páginas de otro libro, formando un conjunto de novelas, que en su fondo serían historias verdaderas!

La niña abandonada por su amante, la viuda huyendo de los horrores de la miseria, la sencilla aldeana seducida por su fanatismo religioso y la noble y rica dama catequizada con maña para aumentar los caudales con su dote, y la holgazana é indolente artesana, presurosas acuden á los claustros del Señor, donde al traspasar sus puertas y tocar su realidad, es cuando la venda que cegaba sus sentidos cae de sus ojos, y sus almas ven entonces lo que jamás podía figurarse; y como la privación es causa del apetito, al verse separadas del

mundo y sus encantos y las ilusiones que su alma fundó en él, sus fuerzas ceden, su deseo crece, y con mal disimulado y estudiado estilo, dicen que están contentas cuanto más padecen.

¡Ah! si en horas silenciosas de la noche nos fuera dado penetrar en su reducida celda y sorprender una fugitiva lágrima escapada de su cristalina vista y depurar sus causas, ¡cuánto nos dirían al ser derramada en memoria de su bien perdido! ¡Al ver su oprimido corazón y contemplar su dolorida alma, no podríamos menos de exclamar: ¡Para adorar á Dios, no es preciso sacrificarse á una reclusión perpetua y forzosa! No; á Dios se le adora en todas partes y bajo todas formas; al aceptar sus sagrados mandatos de: *creced y multiplicaos*. Pero no dijo: *encerraos*.

La misma Santa Teresa de Jesús se expresa así sobre su hastío al convento y su vida carcelaria, pues no es otra cosa cuando dice:

«¡Ay, qué larga es esta vida,
»qué duros estos destierros,
»esta cárcel y estos hierros
»en que está el alma metida!»

Cuando Santa Teresa decía esto, siendo juez y parte en el asunto, además de estar dotada de un talento sin límites, que Dios con mano pródiga derramó sobre su mente, como lo prueban sus admirables obras, cuya filosofía nos admira, y estar adornada con esa fe ciega en la religión y su Dios, se le escapaban esos ayes naturales del dolor, ¡cómo será la vida de los conventos!

No hay duda que sólo es una desesperación para el

alma, un tormento para al cuerpo y un camino no muy seguro para la salvación eterna, si por desgracia, falta la paciencia.

Las lágrimas de un encierro no reconocen más que una causa: la falta de libertad.

El encierro, sea cual fuere su forma, daña al cuerpo como elemento nocivo á su salud, y no salva el alma, porque ésta la creó Dios con su libre albedrío y contraria á toda reclusión; cuando la muerte llega y el alma que forma nuestro espíritu se desprende de la materia del cuerpo enfermo, éste se entierra y se pudre en su estrecha sepultura, al paso que el espíritu, que es la vida del alma, al ver llegado el momento supremo de vida ó muerte, orgullosa se desprende de la vil materia y victoriosa vuela por los espacios luminosos, donde el sol es el rey de los planetas; cruza su reino y llega á los dorados escalones del trono del Sér Supremo para el objeto que fué creado.

Su libertad, forma y marcha no hay mano que la detenga; su misión es imprimirnos nuestro albedrío, y nuestro albedrío es sólo su voluntad.

Respetemos los decretos de la Providencia y ante su fallo doblemos la cabeza. Sucede todo por obra de Dios y por la ley imperiosa de estar escrito en el libro del destino.

La comunidad, enterada de la misión para que fué reunida, se hizo cargo de sus deberes, y cada cual salió para cumplir sus obligaciones.

Sor Loreto nos recogió de nuevo en su bolsillo y dimos con nuestro cuerpo en su celda, los billetes fueron los primeros que salieron del convento para pago de cera, culto y clero, llamado pie de altar, como si

dijéramos, pie del banco, donde trabajan por la salvación de las almas, y qué sé yo cuántas cosas más, y yo quedaba siempre en puerta para salir por la misma; pero mi suerte me deparaba seguir viendo y escuchando á mi ama Sor Loreto.

Por fin llegó un día frío y destemplado, como lo son todos por lo general del mes de diciembre, cuando una voz mongil y gazmoña á la vez tocó á la puerta de la celda de Sor Loreto, repitiendo con cierto tonillo de chico de la escuela, las inmemorables palabras de ¡Deo gracias! lanzadas por su gangosa garganta.

—¡A Dios sean dadas! ¿Qué le ocurre, hermana?—dijo Sor Loreto abriendo la puerta.

—Esta carta para su merced—dijo una joven novicia, entregándola á la vez el pliego que sostenían sus blancas manos.

—Traiga, hermana Rosa.

La novicia saludó con un profundo respeto, inclinó su frente hasta besar la mano de Sor Loreto, y salió de la celda cerrando la puerta tras de sí.

—¡Una carta para mí!—exclamó la buena señora como sorprendida de tal acontecimiento. ---Veamos;—y calándose unas descomunales antiparras, cuyo radio de sus cristales podían pasar por ruedas de calesas en tiempo del Rey Perico, tomó asiento, abrió la carta y leyó con avidez:

«TOLEDO 20 de diciembre de 18...

»Amiga y reverendísima madre Sor Loreto: Esta comunidad entera saluda á la suya y pide á Dios por su »apreciable salud y la eterna salvación de sus almas.

»Estas cortas líneas tienen sólo por objeto remitirla

»el adjunto talón-resguardo para que manden recoger
»del ferrocarril una caja de mazapán y otras frioleras,
»que yo quisiera fueran muchas y buenas, pero desgraciadamente nuestro pobre estado de recursos no nos
»permite hacer cuanto deseamos, y sólo sí, como un débil recuerdo, con el objeto que el día de Noche-Buena
»prueben el mencionado mazapán, hecho por Sor Dolores y bendecido por nuestro amado capellán y padre
»de almas Fr. Benito.

»Dispensen tan corto regalo, hijo sólo del cariño que las profesamos, y sabe las quiere con amor y respeto su hermana amantísima.—SOR TERESA.

»P. D. Dentro de la caja va una carta más extensa de nuestra madre Sor Mariana.»

Al terminar su lectura, Sor Loreto tocó un timbre, á cuyo eco se presentó otra vez la misma novicia que había traído la carta, y Sor Loreto la dijo:

—Este talón al mandadero para que recoja un encargo en la estación de Atocha.

—Está bien—dijo la novicia recogiendo el talón y saliendo para cumplir sus órdenes.

Al día siguiente la comunidad en masa esperaba impaciente la llegada de su mandadero, el cual tardaba más de lo regular en ir y venir andando á Cádiz que de regresar de la estación, si bien es verdad que, según dicen las gentes, los mandaderos de monjas nunca fueron ni listos ni despejados, y su presencia sola nos hace morir de risa y nuestra mente creer que al venir su personalidad al mundo, la naturaleza sufrió una lamentable equivocación; es decir, que al primer golpe de vista se duda si es hombre ó mujer, y después de ha-

berle conocido, le contemplamos con la más cruel de las compasiones: ¡con lástima!

Los pobres parecen todos cortados por un mismo patrón, tímidos como vírgenes doncellas y asustadizos como columna de miedo movedizo. Pronto apareció en escena, cargado con una descomunal caja de mazapán, que en vano trataba de ocultarla á las miradas de los curiosos, tapándola cuanto podía con su corta capotilla, cuyo raído uso decía bien claro haber servido en mejores tiempos de sotana ó manteo de algún racionero ó canónigo ya difunto: se llegó á la reja del locutorio, y previa orden de Sor Loreto, se abrió la puerta, y la deseada caja pasó de las manos del mandadero á las muchas de la comunidad, que radiantes de alegría egoísta ante su presa, se saboreaban de antemano el placer de sus dulces delicias, porque al fin de mazapán se trataba.

La tapa saltó de la caja al impulso varonil de la monja más fornida de la comunidad, y todas á coro lanzaron una exclamación de júbilo y sorpresa á la vez, diciendo así: «¡Qué preciosa! ¡Qué bonita!» Con justicia sonaron estas exclamaciones, pues la caja contenía, en vez de la tradicional anguila con tripas de dulce y la carne de mazapán, un soberbio escudo de las armas de Toledo, que sin duda los hijos de tan histórica población no las hubieran reconocido por tales, por lo detestable de su construcción y el churrigueresco colorido de sus cuarteles, que más que un escudo de armas, parecía una rabiosa pandereta de las que adornan la Plaza Mayor de Madrid en estos días.

En su centro había un papel cuidadosamente doblado y cerrado, en cuyo sobre se leía: á Sor Loreto.

Esta tomó el pliego en sus manos, lo abrió al punto, y con ayuda de sus indispensables antiparras, empezó su lectura, en tanto que la comunidad en masa se empujaban unas á otras con el objeto de poder contemplar más de cerca su precioso regalo, admirar su trabajo artístico, debido á las manos laboriosas de otra compañera mártir, aunque de otra provincia.

Largo rato hacía que Sor Loreto se ocupaba en su lectura, y á cada renglón que leía, sus ojos se abrían desmesuradamente, que parecía que sus globos querían saltar de sus órbitas; su rostro se encendía con ese carmín que la vergüenza imprime en las mejillas, y su mano derecha se elevaba repetidas veces hasta su ajustada toca, y después de marcar la señal de la cruz desde su despejada frente hasta su abultado seno, para ir á morir en sus pálidos labios y estampar un ósculo religioso, como final de su obra, exclamaba así: ¡Jesús! ¡Jesús me valga!

—¿Qué es eso, madre Loreto?—preguntaban las primeras monjas que habían sorprendido sus impresiones.

—¡Ay, hijas; esto es horrible, pero muy horrible!

A esta contestación tan poco tranquilizadora, todas las monjas, como movidas por un resorte, cercaron á Sor Loreto preguntando asustadas:

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

—¡Es horrible, horrible!—repetía Sor Loreto.

—¿Pero el qué, el qué?

—¡El demonio que se ha entrado en esa caja!

Un griterío inmenso, inexplicable, fué su contestación; pero un griterío mayúsculo, de esos que no se explican sin haberlos oído, lanzado por cien voces á la vez, cuya fuerza es el fanatismo religioso, donde las

brujas, duendes, aparecidos, diablos y demonios figuran en primer término en sus calenturientas cabezas, que á modo de aquel noble hidalgo de la Mancha que Cervantes bautizó con el nombre de D. Quijote, le trastornaron su juicio los libros de su andante caballería, trasformándose ante su vista las posadas en castillos encantados, los carneros en ejércitos y los molinos en gigantes; así los organismos mentales de nuestro cerebro cuando alguna masa de su complicada combinación se halla enferma ó débil de instrucción necesaria, para rechazar lo ridículo de lo serio y lo profano de lo divino, viene á formar una copia de D. Quijote, viendo en las sombras brujas, en el silencio duendes, en los sueños aparecidos y en los espacios diablos, que con suma facilidad pueden trasportar su alma, su cuerpo y hasta los zapatos, á las calderas de Pedro Botero, donde el aceite, pez y plomo derretido, es la salsa que le espera á nuestra pobre humanidad.

Esto, más que ridículo, es criminal.

Hora es ya que la fría razón se abra paso por sí sola, por las apiñadas nubes de la ignorancia que hacinadas por manos que al obrar así convenía más á sus deseos é intereses que á sus doctrinas, con objeto de apagar la luz de la inteligencia, que una vez encendida, su llama deslumbra todas las tradiciones viejas y rancias que tan pequeños nos hacen aparecer ante la vista del mundo civilizado.

Cierto y muy cierto es, que Dios un día nos llama para sí y nos pide estrecha cuenta de nuestras acciones en la vida; en aquel día, su fallo es inapelable, su recompensa grande y su castigo eterno.

En ese día quizás pueda llevarnos el diablo, pero

antes no. ¿Qué cuenta darán los que ciegos por sus pasiones políticas explotan la religión con la careta del cristianismo? ¡Ellos tendrán su castigo!

Volvamos al convento.

Las monjas salieron del locutorio como si efectivamente se las llevara el diablo; es decir, empujándose unas á otras por querer salir todas á la vez por su estrecha puerta, cayendo unas sobre otras y saliendo primero las que más fuerzas tenían, dejando á sus compañeras tendidas sobre el duro suelo y horriblemente pisoteado su cuerpo.

Los ayes de dolor producidos por las piernas de las más fuertes, y que, según versión de un devoto, apesar de ser carne santa, ó en condiciones ó camino para serlo, las magullaron horriblemente, y las pacientes, presas de agudos dolores, que las hacía poner el grito en el cielo, y ver las estrellas y todo el sistema planetario, sin necesidad de telescopio.

La alarma cundió por todo el convento con la rapidéz del rayo, y el pobre mandadero, que tal estrépito notó y tan desusado movimiento en aquel sagrado recinto, al escuchar las alarmantes voces de ¡el diablo, el diablo, que nos lleva! el pobre hombre, sin darse cuenta de lo que hacía, y queriendo combatir con todas sus fuerzas en favor de las sagradas vírgenes del Señor, subió, cual una centella, al campanario y lanzó al vuelo sus campanas, cuyo lenguaje de hierro, lo mismo podía entenderse en petición de auxilio, que en son de guerra.

Las autoridades tomaron su toque por fuego, y allí lanzaron cuantas bombas conserva el municipio, en no muy buen estado, que digamos; pero que, al fin y al cabo, con ellas salimos del paso.

El atolondrado sacristán acudió también á su puesto de honor, como no podía menos de suceder, tratándose de sacristanes, y sentándose al órgano, empezó á tocar un salmo para conjurar al enemigo, con toda la fuerza que sus robustas manos se lo permitían, convirtiéndose la iglesia en un burdel y el convento en un guirigay, en que todos gritaban y ninguno se entendía.

La calle se fué llenando de curiosos, atraídos por el clamoreo del campanario, y al presentarse los obreros y bomberos de la villa, preguntaban:

—¿Dónde es el fuego?

—¡En los infiernos!—respondían asustadas las primeras monjas que se atrevieron á llegar hasta la puerta.

—¡Señoras! ¿Cómo en los infiernos?

—Sí, señor, en los infiernos; el diablo lo ha traído en una caja de...

—Señoras, basta de bromas.

—No, señor, no es broma.

—¿Pero qué ocurre?

—El diablo, que está dentro.

—Yo buscaré al diablo y á su hijo precioso—dijo un delegado de la autoridad, penetrando en el convento.

—¡Por Dios, vaya V. con cuidado!—dijo una monja.

—No tenga V. cuidado, es gente que me conoce mucho.

—Tome V. agua bendita.

—Me sobra con esta estaca—dijo el comisario enseñando su grueso bastón y perdiéndose en el interior del convento. Las monjas se santiguaron diciendo:

—¡Dios te guíe!

Al cabo de media hora volvía á salir del convento con la sonrisa en los labios y dando orden para que las

bombas regresaran á su destino y los obreros á sus casas.

—¿Pero qué ha pasado?—preguntaban todos.

—Nada, figuraciones.

—¿Y para eso tanto ruido?

—¿Qué quiere V.? ¡Cosas de mujeres!

La gente se fué retirando poco á poco, formando mil comentarios á su manera; pero que nadie supo la causa verdadera de lo ocurrido; es decir, la causa que dió margen á tal escándalo, ni yo mismo lo sabía, á pesar de estar en el mismo bolsillo de Sor Loreto, hasta que andando por esos mundos de Dios me lo dijeron, y yo, en confianza, se lo voy á referir á VV. tal y como me lo contaron, y espero no lo hagan público y me guarden el secreto, porque hasta hoy ni la misma autoridad lo sabe; ¡pues bonita gente hay en los conventos para que nadie se entere de lo que en ellos pasa, por más público y notorio que se hagan sus actos! ¡Sí, sí! Y más nuestras autoridades, que por lo general son las últimas que se enteran, y si no dígalos el célebre pronunciamiento de Badajoz, que el Gobierno no sabía una palabra de cuanto ocurría, hasta que Portugal dijo al Gabinete de Madrid:

—¡Pero vecino, que se le está á V. quemando la casa y no lo ve ni lo huele!—Por esta razón les suplico la más severa reserva de lo que allí ocurrió.

Después de haberse restablecido la calma en el convento y la tranquilidad en sus alarmadas conciencias y convencidas que el diablo no estaba en su compañía ó por lo menos había huido de allí, y conociendo que el que huye no quiere pelear, se creían victoriosas de su triunfo, y después de curarse sus heridas, Sor Loreto

reunió á las madres más graves y caracterizadas de la comunidad, y que su criterio fuese más claro y despejado para tratar de asunto tan delicado.

Al punto pasaron á su celda, y después de haber tomado toda clase de precauciones para que sus acuerdos y revelaciones no fueran traslucidos por la comunidad, Sor Loreto tosió grave y respetuosa, como el caso lo requería, tomó é invitó á su respetable asamblea ó concilio ó cosa así á un grueso polvo de rapé molido, estornudó diez veces seguidas coreadas por las indispensables y tradicionales palabras de ¡Jesús, María y José! que Sor Loreto respondía con voz gangosa, sonándose con su pañuelo de hierbas el líquido que corría por sus narices: ¡Dios pagar! ¡Dios pagar!

Cuando el tabaco dejó de producir sus efectos, Sor Loreto se expresó de esta manera:

—Hermanas, sin duda estaréis todavía conmovidas ante los sucesos de hoy, porque yo también lo estoy, y cuando yo lo estoy, lo está cualquiera.

Pues bien; la causa de ello fué este maldito papel que Dios confunda, y que no me explico la causa de su escrito, y que dentro de la caja venía con forma de carta, que sin duda el mismo Satanás la escribiera, tomando la firma y letra de nuestra queridísima madre Sor Mariana de Toledo, para tentar nuestras almas, hacer dudar nuestra fe, jamás desmentida, y yo os pido vuestra ayuda y vuestro consejo para conjurar el peligro y el error.

—Sepamos lo que dice la carta—exclamaron las madres congregadas, con ese tino y aplomo del general que, en vísperas de la batalla, cuenta sus fuerzas y los medios que puede reunir para vencer á sus enemigos.

—Aquí está, leed, y después juzgad.

.....

Aturdida y toda confusa la reunión ante escrito semejante, y después de santiguarse mil veces con la cruz de sus rosarios que pendientes de sus cinturas caían hasta tocar el suelo, rociar varias veces la carta con agua bendita, y otras precauciones por el estilo, la asamblea, después de un largo y maduro debate y un detenido estudio en cuestión tan espinosa, acordó saliera lo antes posible una comisión de dos madres graves para Toledo, previo permiso que por motivos de salud se las permitiera pasar temporalmente á dicho punto y entenderse frente á frente con Sor Mariana para saber á qué atenerse, y una vez depurada la verdad cuanto fuese posible, ponerlo inmediatamente en conocimiento de quien pudiera corresponder.

Así quedó acordado y aprobado por unanimidad, y á los ocho días después de este acuerdo, la licencia estaba concedida para pasar á Toledo, temporalmente y con destino al convento de... A., las hermanas Sor Loreto y Sor Angustias.

Dos días después, estas dos reverendas madres de Dios salían en el tren directo de Toledo, y yo quede prisionero en la estación del ferrocarril á cambio de los billetes para dicho viaje.

Al caer sobre mis compañeros de infortunio que hacinados en grandes masas contenían las cajas de su recaudación diaria, cuya suma se eleva á una cantidad respetable, noté con sorpresa en mis compañeros cierto aire burlón y provocativo, que todos dirigían sobre mi pobre personalidad, sin poderme explicar la causa de ello.

—Buenos días, caballeros—dije al caer sobre ellos.
—Buenos días, beato—me contestaron en coro.
—¡Señores! ¿Cómo beato?—dije algo cargado.
—No te incomodes, hombre—me dijo un duro viejo del año 37.—Pero despides un tufillo á cera é incienso que...

—Toma, toma... como que vengo de un convento...

—Ya vimos quien te ha soltado en el ventanillo del despacho de billetes, y por lo mismo nos reímos de ti.

—Sea como gustéis.

—¿Y de qué convento vienes?

—¿Queréis saberlo?

—Si quieres decirlo.

—Pues vengo del convento de Sor Loreto.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Por qué os reís?

—Porque es el convento del chasco.

—¿Cómo del chasco?

—¿No habéis recibido el otro día una caja de mazapán de Toledo y una carta que da la hora?

—Es cierto.

—¿Y no sabes su causa?

—Lo ignoro.

—Pues luego te lo diré; ahora todos somos unos.
¡Cuánto tienes que echar de menos la vida tranquila y regalada del convento por la incómoda y agitada de este burdel!

—¿Tan mala es?

—Mala no, infernal sí.

—Hombre, hombre, me asustáis.

—Pues considérate perdido.

—¿Será posible?

—¡Y tanto! Tú lo verás. ¿Sabes tú lo que es un ferrocarril?

—Hombre, no.

—¿Quieres saberlo?

—Lo deseo; siempre me gusta saber el terreno que piso.

—Pues escucha.

—Te atiendo con ansiedad.

—Hace muchos años que la primera vez que mi destino me llevó á este sitio, me sucedió, poco más ó menos, lo que á ti, es decir, que no conocía una palabra de lo que aquí se pasa y se sufre; pero cuando salí y cien veces más que la desventura me trajo de nuevo á este tormento, que á la Inquisición se le olvidó inventar sin duda, ví tanto y aprendí tanto, que hoy ya puedo dar lecciones al más pintado.

—Te agradeceré mucho me instruyas.

—Así lo haré. Mira, la primera vez que caí en poder de los ferrocarriles fué en la Mancha, célebre patria del Quijote, y en la estación de Daimiel, no muy lejos de Argamasilla de Alba, donde Cervantes escribió su inmortal obra; allá por los años de 1860 al 61; y que por cierto recuerdo que en esta fecha al río Azuel se le hincharon las narices, como vulgarmente se dice, y saliéndose de madre y de toda la familia invadió el pueblo, cayendo más de cien casas al suelo, arrastradas por la corriente de sus desbordadas aguas y salvándose su vecindario por milagro. El jefe de la estación, que era un hombre maduro y ya entrado en años, reprendía á un subalterno suyo por su poco amor al trabajo. El reprendido le decía así:

—No pienso estar mucho tiempo en este destino, y

por esta razón no me tomo más interés que el necesario para salir del día, y nada más; pues estoy convencido que esta es la feria de Valverde, que el que más pone, más pierde.

El jefe se sonrió maliciosamente, como el hombre que conoce el mundo y su aguja de marear, y dándole una palmadita sobre su hombro derecho, que lo mismo podía pasar por una demostración amistosa que por una terrible sentencia para el porvenir, le dijo así:

—¡Amigo mío! ¡V. no conoce lo que son los empleados de ferrocarril!

—¿Pues qué son?

—Unos pozos insondables, que los que tenemos la desgracia de caer en ellos, si no hay una mano amiga que nos saque de su fondo, allí morimos sin remedio.

—Y esa mano, ¿quién es?

—¡La influencia! Si V. la tiene, saldrá del pozo; si carece de ella, su salida será para la tumba.

Yo le escuché sin saber el valor positivo que sus palabras encerraban, y andando el tiempo y rodando mi cuerpo por esos mundos de Dios, ví precisamente al mismo subalterno de Daimiel en Madrid hace pocos días, y que, apesar de las huellas que el tiempo y los trabajos han impreso en su rostro, lo reconocí al momento y me acordé de su antiguo jefe. ¡Su profecía se había cumplido; después de veintitres años de servicios, y con un corto sueldo, seguía en el pozo del olvido, es decir, en su destino!

Ya te hablaré de casualidades otro día; pero por hoy créete que todo cuanto con el ferrocarril se roce, directa ó indirectamente, lleva tras de sí el sello de la fatalidad y la desgracia á la pobreza unida.

—¿Luego de aquí se sale desgraciado?

—No digo eso; pero yo no sé qué fuerza mágica ejerce sobre nosotros el humo del vapor de sus calderas, que nos hace desgraciados para siempre.

—¿Será posible?

—Te diré, poco más ó menos, cómo empiezan y cómo terminan en España los dichosos ferrocarriles.

—Sí, sí; cuéntame cuanto sepas.

—Cuanto sepa, no; lo que se pueda decir, sí.

—¿Por qué razón?

—Por la razón del más fuerte.

—¡No comprendo!

—Pues es muy sencillo. Si yo te dijera todo lo que sé y todo cuanto he visto, ¡cuántas historias podía contarte! Pero figúrate tú que alguna de esas damas mimadas por los Gobiernos que nos rigen, que se llaman «Empresas,» no les gusta algunas cosillas que yo sé (que de seguro no la gustaría), y dieran sobre mi pobre persona (con la ira y el orgullo que las caracteriza), que sólo valgo veinte reales, ya gastados, y lanzaran sus rayos en mi huella, no por carecer de razón, de justicia y de verdad en cuanto te dijera, sino porque á ellas no le acomodase que ciertas cosas *se hagan públicas*, de seguro me darían un soberbio disgusto, que yo deseo evitar á todo trance, por no estar ya para inquietudes, sino para mucha tranquilidad y sosiego.

—Pues dime lo que puedas.

—Iré hasta donde me sea posible.

—Empieza.

Mi compañero se acercó cuanto pudo á mí y empezó de esta manera:

—¿Sabes tú lo que es un tren en marcha? ¡Ah, qué poético, qué encantador, qué vista tan perspectiva! La rápida velocidad de sus locomotoras dicen un mundo de cosas inexplicables, acorta las distancias, estrecha nuestras relaciones, une los lazos del comercio entre países remotos y da vida á la industria y riqueza de los pueblos civilizados, trasportando sus mercancías á donde jamás pudieran llegar, y todo sonríe ante su elemento industrial, iris de paz y ventura.

Los ferrocarriles son para las naciones como las arterias al cuerpo humano; el día que no funcionan bien, están heridos de muerte.

¿Veis pasar un tren compuesto de coches elegantes, donde los viajeros sentados cómodamente sobre sus mullidos asientos y conducidos por empleados de las empresas, perfectamente uniformados, ostentando en sus gorras los dorados galones que indican á la compañía que pertenecen, y no habéis oído decir: «¡qué felices son!» y no habéis sentido, digámoslo así, una especie de envidia á sus destinos? Creo que sí.

—¡Qué bonitos destinos!—dice un viajero.

—¡Y qué seguros!—añade otro.

—¡Y qué bien pagados!

El tren pasa como pasa todo en la vida, y cada cual queda con el juicio que de ellos formó á su vista.

El vulgo será el mismo de siempre; se enamora de lo superficial sin ver jamás su fondo; es decir, que toma siempre lo peor de lo más malo.

España no se puede negar que es el país de los negocios, por más que ella sea puramente agrícola é industrial; aquí todo está convertido en lo que generalmente se llama *hacer cada cual su negocio*, como lo de-

muestra con sus verdaderos colores el inmortal Ayala en su célebre comedia *El tanto por ciento*.

Estos son los ferrocarriles españoles; sus trenes marchan con la velocidad de las carretas de bueyes cansinos; sus compromisos, especulaciones, trasportes, tan abandonados como inseguros (y apelo en mi favor al comercio, que diga si no es cierto), pues á más de los asaltos de sus trenes á mano airada, y algunas veces armada, los robos misteriosos de que son víctimas el comercio y la industria, que de buena fe depositan en poder de las compañías sus géneros y mercancías, que representan su capital, su fortuna y quizás su porvenir, son tratados, como vulgarmente se dice, cual mula de alquiler, y además robados, como todos los días llenan sus columnas los periódicos noticieros con hechos de esta naturaleza.

Pero siempre dicen los efectos, jamás hacen públicas las causas, y como no hay efecto sin causa, es preciso, indispensable que el público que paga y el comercio que lo sufre, sepan lo que ocurre.

Supongamos que se hace la línea A.

El comité ó directorio empieza su negocio, negociando sus acciones á cándidos que creen cobrar el oro y el moro, y no saben que nadie se mata para hacer la felicidad de otro, y se empieza la construcción.

Como para esta obra no hay fondos suficientes, se subastan en trozos ó secciones la línea al contratista que empieza su negocio, haciendo puentes ruinosos, túneles que se desploman el día menos pensado, pero que el contratista se entiende con el ingeniero de la compañía, y éstos con los encargados de vigilar sus obras por el Gobierno, y como una mano lava la otra y

las dos la cara, las obras se dan como buenas é inmejorables, que ni los romanos las harían más sólidas ni fuertes, y así termina la construcción, quedándose las compañías con obras en falso y el público expuesto á despeñarse en un puente ó morir aplastado bajo un túnel.

Por fin llega la explotación, y aquí es ella; su apertura se celebra en un soberbio banquete, y con los vapores del champagne y burdeos, se nombra un consejo superior de hombres entendidos (¿en qué?) que vigilen los intereses de la compañía, haciendo este servicio desinteresadamente por cuarenta mil reales de sueldo como recompensa á su penoso trabajo, de acudir un día á la semana (si gustan, y si no en paz, al fin de mes cobra igual), y por dos horas, para informarse de los asuntos de la compañía.

Una vez formado este consejo, que nada ve, ni oye más que á los jefes principales nombrados por ellos mismos, no se cuidan de más; pero verdad es que aunque hicieran una hombrada y quisieran hacer algo, ¿que es lo que van á hacer si no entienden una jota? ¿Cómo se han de enterar si va bien ó mal lo que ellos no entienden?

Pues esto es lo que pasa, que es lo mismo que encarregar un enfermo á la ciencia de un militar ó ponerse bajo la defensa de la espada de una tímida monja.

Volvamos al consejo. Su primera disposición es nombrar un director con siete ú ocho mil duros de renta, digo, de sueldo, doce mil reales para coche (aunque vaya á pie) y el diez por ciento de economías (que algo es) y el feliz mortal que lo atrapa, ¡figúrate cuándo lo soltará!

Después dividen en esta forma los destinos:

Dirección.

Intervención.

Vía y obras.

Tráfico.

Contabilidad general.

Almacenes.

Y tracción y movimiento. Creando de este modo siete servicios, como los siete Ministerios del Estado, dotados con setenta ú ochenta mil reales, casa y gastos y otras frioleras; diez ó doce inspectores para hacer que hacemos; catorce ó quince subinspectores para ayudar á los primeros, parodiando el cuento aquél que decía uno:

—¿Qué haces, Juan?

—Señor, no hago nada.

—¿Y tú, Diego?

—Yo estoy ayudando á Juan.

Poco más ó menos, todos vienen á hacer lo mismo, y tras de éstos, unos trescientos con treinta, veinte y diez y seis mil reales, y alto el carro; esta es la plana mayor, es decir, la flor y nata de la influencia, encargados del negocio por su negocio propio; cuando estos señores viajan por su gusto ó porque les parece bien, cobran sus dietas de viajes; cuenta corriente en las fondas, contra la compañía; derecho absoluto de colocar á todos sus parientes, amigos y conocidos, sirvan ó no sirvan, que para el caso es igual; sus despachos son de Ministros, adornados con alfombras, muebles de lujo, butacas de terciopelo, y, como dicen en mi tierra, ¡eché usted aunque se derrame, que otro paga! ¡No faltaba más! ¡Ó semos, ó no semos!

Y luego preguntarán cándidamente los tenedores de acciones del ferrocarril cómo producen tan poco; ¡qué egoísta es la criatura humana!

Después de formado este presupuesto, entran necesariamente las economías para el personal inferior, que es sin disputa el que más trabaja y menos gana.

Las plantillas se forman del modo siguiente:

Telegrafistas, diez reales diarios; factores, once, y de los once se le descuenta uno para uniforme, para que vayan majos y den lustre á la compañía con sus libreas. ¡Cómo los quieren!

A los pocos días, el director propone al Consejo economías, diciendo: ¡Señores! Tenemos un excesivo personal que grava los intereses de la compañía, y es preciso suprimir los telegrafistas, cargando los factores con el servicio telegráfico.

—¡Aprobado!—responde el Consejo.

—Propongo también que se supriman los mozos de las estaciones, y los remitentes carguen y descarguen sus mercancías.

—¡Aprobado!

—Propongo que las aguadoras, que son viudas sin sueldo, den la voz en las estaciones por los mozos suprimidos en esta forma: ¡Leganés, dos minutos! ¡Rosquillas y agua fresca! ¡Nosotros sí que estamos frescos!

—¡Aprobado, aprobado, señor director! ¡Vaya una idea! ¡Con cuatro como ésta se salvó la situación!—dijo el Consejo entusiasmado.

—¡Gracias, señores, gracias!—dijo el director dándose tono como diciendo para sus adentros: «¡Ya veis lo que valgo, no os podéis deshacer de mí!»—Propongo también—añadió—que no se permitan recomendar los

empleados por personas influyentes en la política.

—¡Cómo, cómo, señor director!—dijo el Consejo algo grave.

—Señores, he querido decir las influencias chicas, que las grandes como las de VV., ellas solas se abren camino,—se apresuró á rectificar el director, comprendiendo el mal efecto que sus palabras habían causado en el ánimo de todos.

—¡Aprobado!—respondió el Consejo.

—Propongo una rebaja de un real diario de su haber á todos los empleados de la compañía que no lleguen á doce mil reales.

—¡Aprobado, aprobado!

—Propongo asimismo se señale una gratificación de doce mil reales á cada uno de los consejeros para gastos de coche.

—¿Pero esos doce mil reales serán sobre nuestro sueldo?—exclamaron casi á coro los consejeros.

—Naturalmente—exclamó el director satisfecho de su obra.

—¡Aprobado, y un voto de confianza al señor director!

—Pido la palabra—dijo un consejero.

—La tiene V. S.

—Vistos los relevantes servicios del señor director en favor de los intereses de la compañía y las prendas que le adornan de rara inteligencia y claro talento para la misión de su alto cargo, propongo á mis dignos compañeros se acuerde una gratificación de siete mil duros por sus relevantes servicios al director de la compañía.

—Aprobado.

—Mil gracias, señores—exclamó satisfecho el direc-

tor, como aquel que dice: «dame más, que mucho merezco,» y en seguida tomó la palabra, diciendo:

—Propongo 20.000 rs. de gratificación para todos los jefes de mi servicio y 10.000 para los secretarios.

—Aprobado.

—¿Y para el personal subalterno?—dijo un administrador.

—Pues qué, ¿no tienen su sueldo de ocho y diez reales diarios todos los días?—exclamó el director montando en cólera.—¡En qué país vivimos! ¿Qué ambición tan desmedida es esta? No señor; no hay para más.

—Hombre, aunque fuera poco.

—Si V. lo desea...

—Lo creo justo.

—En ese caso pongo diez mil reales para todos.

—Pero si hay más empleados que santos en la corte celestial, y les tocará lo mismo que cuando se reza un padre nuestro por todos los indicados santos, que yo creo no les tocará ni á una letra de cada rezo.

—¡Que tengan paciencia!

—Pues aprobado, y adelante.

Esto me recordó el fallo que dió en tiempo de Fernando VII el célebre Gobernador de Madrid ó jefe político, como entonces se llamaban, Sr. Morla, el cual recibió una queja por escrito de los vecinos de una casa, quejándose de un inquilino músico, que se pasaba las noches enteras tocando el violín y no dejando dormir á los demás; el Sr. Morla llamó al citado músico y le dijo:

—¿Por qué se pasa V. las noches tocando el violín y sin dejar dormir á sus convecinos?

—¡Señor, porque es mi oficio y no tengo otro modo

de vivir! A las diez tengo una lección; á las once, otra, y después me pongo á estudiar.

—¿Y de día qué hace V.?

—¡De día, correr en busca de trabajo!

El Sr. Morla meditó un momento tan espinosa cuestión, y tomando la queja de los vecinos quejumbrosos, decretó así, al pie del escrito:

«Siga la danza,
baile el danzante,
y tenga paciencia
el suplicante.—Morla.»

De este modo es siempre tratado el personal de los ferrocarriles, si bien es verdad que, siendo el servicio duro y penoso y los sueldos cortos y mezquinos en relación á lo caro de la vida de hoy, las personas llamadas á desempeñar sus destinos tienen que ser, por necesidad, ó pobres desgraciados, arrastrados por la miseria, ó patanes, que arrojando la chaqueta parda por la lustrosa levita de contrata que la suerte le depara, la tosca alpargata por la bota cerrada que la compañía le obliga á llevar; el licenciado del ejército, que reniega del trabajo y se hace recomendar por el General A.; el cochero del señorito B., y el ayuda de cámara del administrador C. es la mayoría de su personal. ¿Cuáles son los resultados? Los naturales; pues como no hay sabios que se paguen á 85 cuartos diarios, claro está que las compañías tienen que cargar con lo que encuentran, como la romana del diablo, que dicen entra con todo, y al freir es el reir.

Así es, que los de arriba aprietan á los de abajo para

que trabajen mucho y bien; pero como esto no es posible, porque nadie puede dar lo que no tiene, para conseguir este resultado se emplea el rigor, esto es, multas y descuentos; no los despiden, como no sea por cosas muy graves, porque saben bien que si salen unos malos, entran otros peores.

¡Cuántos pobres diablos, entre multas y descuentos que las compañías se permiten hacer por sí y ante sí, validas de la dura necesidad que tienen sus empleados de pasar por ello ó perder sus destinos, no cobran al mes una mitad de su haber!

Pero en cambio se da el escandaloso caso de pagar á los inspectores salidas, que quizás no salgan, y casas, que no pagan por ser algunas de su propiedad, como yo sé donde existen recibos, que dicen sobre poco más ó menos así: «Recibí del Sr. Perico la cantidad de 240 reales por la casa que ocupa de mi propiedad para oficinas de la compañía, correspondientes al mes de la fecha.—El casero, Perico.—V.^o B.^o; el inspector, Perico.—El inquilino, Perico; es decir, Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como; sólo hay aquí que añadir: ¡y la compañía paga y calla!

Pues bien; de aquí nace por precisión la desmoralización del subalterno ante estos hechos; y como la moralización tiene que venir de arriba á abajo y no de abajo á arriba, ¿qué tiene de extraño que el hombre que le dejan materialmente rabiando de hambre y á la vez encargado de un muelle ó una recaudación, llegue un día que sus hijos le pidan pan y él no se lo pueda dar porque la compañía dispuso de su sueldo, bajo sus arbitrarias órdenes, estafe á su vez á la compañía? Pero no; los intereses de la compañía no son los que pagan

el pato, porque su falta es notada al momento, sino los intereses del público y el comercio, cuyos atestados muelles de mercancías de todo género le presentan ocasión de templar su sed de hambre, y sus géneros son el ángel tentador que le grita: ¡cógeme! Y por fin, tras una lucha reñida entre el deber y la necesidad, ¡quizás la tome!

Si no la toma, ¡merece un altar! Si la toma, ¡está disculpado!

No digo por esto que haga bien al obrar de este modo; pero, ¿y la compañía, ha obrado bien con el empleado trayéndole á tal estado? ¿Qué ley le autoriza á tocar á su sueldo, que es un sagrado? ¿Qué orden ó mandato judicial le autoriza á estos descuentos? Pues si primero le faltan al empleado cercenándole el sudor de su trabajo, ¿qué extraño es que él se cobre de donde pueda? ¡Todo es negocio! Y el público el negociado. En fin, chico, voy á decirte lo último por hoy, que otro día te prometo decirte cosas tan gordas y tan buenas, que te harán reir y llorar. ¡Hay compañías que regalan diez y seis y hasta veinte mil reales como premio al caballo que más corra en el Hipodromo, mientras sus empleados dan ¡carreras de hambre! Pues llega el caso diario de descontarles un solo día de enfermedad á *empleados antiguos de plantilla*, lo cual es el caso más dichoso de su vida; que si es una enfermedad larga, ¡ya están aviados de ropa limpia para poderse desempeñar! Verdad es que paga contribución industrial como tal empleado, que por sarcasmo sin duda le llaman así, siendo sólo un mero obrero que se le paga cuando trabaja y se le descuenta cuando está enfermo; pero hay más: lo gracioso de la contribución industrial que con

carácter transitorio aprobaron las Cortes, y que la costumbre hará eterna, la pagan sus obreros. Siendo sólo la compañía la industrial, ¿de dónde diablos habrán sacado estos señores que deben pagarlo sus dependientes?

El abogado paga por su industria, pero no los escribientes, que forman parte de su industria, como le pasa al comerciante, al tratante y á todo el género humano, menos á las compañías de ferrocarriles, sin más razón que porque sí; y por último, ascienden á un empleado, como ellos llaman, y en el acto de notificarle su ascenso (que suele ser de quinientos reales al año y para él solito), se *le obliga* á firmar una renuncia formal en favor de la Compañía, para no reclamar jamás, yo no sé qué derechos ó torcidos, que dicen pueden reclamar en ciertas circunstancias especiales, y el pobre empleado se ve entre la espada y la pared para firmar la imposición casi violenta y con premeditación, ó dejar su destino.

Como yo no entiendo de leyes, no se extrañen ustedes que pregunte: ¿Sabe esto la autoridad? ¿No hay alguna ley que ampare y defienda al débil del fuerte, cuando, valido de la fuerza material ó moral, abusa de la debilidad de su indefensa víctima? Creo que siempre debe de haber algo para algo; pero si no la hubiese, y el pobre tuviera que seguir siendo el juguete y el esclavo del fuerte y opulento señor, diría una vez más: ¡Cosas de España!

—¿Has terminado ya con los ferrocarriles?

—Por hoy sí. ¿Te cansaba quizás?

—No; pero deseaba terminaras pronto para que me contaras lo prometido, pues sabes que lo ofrecido es deuda.

- No recuerdo.
- Lo del chasco del convento.
- ¡Ah, sí; ya no me acordaba!
- Por eso te lo recuerdo.

—Pues atiende: días antes de Noche-Buena, yo había sido recaudado por unos almacenajes en los muelles de mercancías, cuando varios empleados jóvenes y traviesos como el diablo, se apercibieron de la caja de mazapán, que en aquel momento llegaba de Toledo, y les chocó por ser regalo de unas monjas á otras, y se les ocurrió la idea de darlas un chasco, comiéndose el mazapán y llenar la caja de trapos y arena, como suelen hacer algunas veces; ya la tenían abierta, cuando lo primero que vieron fué una carta, cuidadosamente colocada sobre su regalo; al punto se leyó, y, la verdad, no contenía nada de particular, más que las tontunas que las monjas se escriben unas á otras, y nada más; pero á un empleado, llamado Lucero, y más feo que un demonio, se le ocurrió borrar con un agua que usan ellos, compuesta con cloruro de cal, las palabras que él creyó oportunas y sustituirlas por otras que él mismo estampó en la carta, dejando intacta la firma, y formó la carta más escandalosa que puedes figurarte; diciendo: que Sor Fulana había dado á luz, yo no sé qué obra; que Sor Mengana se hallaba apuradísima, y que por esta razón el padre no sé cuantos había sido desterrado á no sé dónde; en fin, chico, el colmo de los disparates ensartados allí; no es posible referirlos; respetaron el mazapán, y doblando otra vez la carta, como estaba, cerraron la caja, clavaron su tapa, y ésta quedó como si tal cosa.

A las dos horas se presentó un hombre, que dijo ser

el mandadero del convento, el cual recogió la caja y se la llevó; aquel día oímos tocar á fuego, y nos dijeron ser en el mismo convento para donde venía la caja, y los empleados, que estaban en el secreto de la broma, se preguntaban unos á otros:—¿Se habrá quemado la carta?

—No se quemó—les dije yo.

—¡Cómo! ¿Sabes tú algo?

—Sí, y te diré lo que pasó;—y yo le referí cuanto había ocurrido en el convento con la dichosa caja de mazapán, que ellos lo celebraron mucho y se rieron más.

Aquí llegábamos de nuestro coloquio, cuando la mano del recaudador de billetes nos separó de extremo á extremo para contar sus fondos y hacer el arqueó diario.

La suerte dispuso que mi compañero de infortunio marchase al Banco de España, conducido por una mala tartana que la empresa tiene para hacer su depósito diario, y yo quedase como fondos de reserva, hasta el día siguiente, que salí de allí para la caja central y destinado al pago de la mensualidad corriente de los empleados de la compañía; mi desgracia estaba decretada.

Se abrió el pago, y los empleados acudieron en tropel como las moscas á la miel, para recoger la paguita del mes vencido, por supuesto, y que sólo Dios sabe los disgustillos ó disgustazos que tal salario les costará; de los primeros que salieron á la arena, es decir, sobre el tapete, ó mejor dicho, sobre el mostrador, fuí yo, ¡pobre de mí! Un empleado, que creo le llamaban Pepe, me recogió bajo su poder con otros varios, firmó su nómina y salió tan satisfecho como el General que acaba de vencer una reñida batalla, mientras yo decía para mí capote:

—¿Qué puedo esperar de un hombre que se llama Pepe? —Y casi lloraba de pena al verme bajo su poder.

Pepe es nombre como creado de exprofeso para carboneros, aguadores y mozos de cordel; Pepito parece una burla más que un nombre; José es así como el que pronuncia una palabra con el rubor de la vergüenza, que no se atreve á decirla toda y se queda á medio pronunciarla.

D. José, que es á la categoría más elevada que puede llegar esta palabrilla, que casi casi creo que su primitivo origen fuese algún mote sarcástico, cuyo significado ignoro, es propio de caseros avarientos, capitalistas improvisados ó de aquellos seres desgraciados que la sociedad los da cierto sentido figurado paralelo á los Juanes, que el vulgo dice *un buen Juan*, así un don José parece que por necesidad tiene que ser á más de bueno *bonachón* y un santo bendito, ó lo que se llama un cordero en toda la extensión de la palabra.

—¿Quién será este hombre? ¡Dios sabe!

Su aspecto era regular, podía contar esa edad media que el hombre no es ni joven ni viejo; su cabello era poco, malo y canoso claro, casi blanco; sin embargo, él decía lo había tenido negro como la mora y rizado como la escarola, y cuando él lo decía sería verdad, por aquello de que «no hay calvo que no haya tenido buen pelo;» su tipo era lo que llamamos un verdadero tipo; su color moreno oscuro y sobre dos grados menos que el betún, el traje entre merced y señoría, su genio un verdadero genio fecundo en tonterías y simplezas que le hacía inmortal, galante con las damas y reservado con los hombres, en fin, un alhaja sin precio.

—¡Pero señor! ¿á dónde diablos me llevará este ene-

migo? Pues á ninguna parte. Pasé en su amable compañía lo menos quince días, de un sosiego cual no había disfrutado desde que nací; quizás fueran las horas que preceden al destinado al patíbulo en la capilla, y yo lo estaba en realidad. ¡Mi última hora se acercaba!

Los quince días los pasé siempre de viaje por mañana y tarde, pues mi nuevo amo vivía como otros muchos empleados en un pueblo cercano á Madrid, donde los lleva la carestía de las casas de la corte en busca de economías y salud, que en vano las buscan sin hallarlas jamás, por aquello de que siempre será pobre el que sabe lo que gana y que más vale onza de arbitrio que arroba de trabajo; pero lo cierto es que él lo pasaba regular, y era casado, como castigo de sus pecadillos, y tenía una hija por añadidura, más tres, que si Dios no las hubiera llevado á la gloria, de seguro le llevan á él al hospicio ó San Bernardino, ú otro punto de recreo por el estilo, y que los pobres siempre pueden disponer á su antojo y con entera libertad, el día que les dé la gana, como dicen por mi tierra.

D. José, ó José á secas, ó Pepe ó Pepito, que para el caso es igual, llegaba todos los días á su pueblo, así como cura que dice misa, es decir, entre dos luces, porque entre cuatro hubiera sido una felicidad para él; y después de comer en calma el santo matrimonio en compañía de su hija Matilde, abrigarse bien, si era invierno, ó aligerarse de ropa en el verano, dirigían sus pasos á casa de una amiga de confianza, hasta cierto punto, llamada D.^a Severa y casada con D. Alfredo, uno de los principalitos del pueblo en labor, capital y herederos, pues contaba con el no despreciable número de cuatro hijos, más los que Dios sea servido en conce-

derle como castigo de sus culpas y pecados, los cuales eran robustos y hermosos, capaces de dar más guerra que Napoleón y Barceló por la mar; lo que satisfacía en extremo á su embelesada mamá que, al contemplar sus infantiles gracias, se le caía la baba de gusto y le hacía engordar, como una bienaventurada.

Allí, si era invierno y haciendo corro á la tradicional camilla, se permitían jugar á la clásica brisca de cinco céntimos por noche ó sesión, es decir, por contrata y á estajo, y otros excesos por el estilo, hasta las diez de la noche, hora en que regresaban á su casa y se acostaban en paz y en gracia de Dios hasta el día siguiente, que se volvía á repetir lo del anterior, y así sucesivamente.

Pero una noche, ¡qué noche, valgame el cielo! no llovía ni caía hielo, como empieza *El puñal del Godo*, pero para mí, cayeron rayos y centellas para cortarme cuanto antes la vida. Figuraos que ya habían terminado su diaria brisca, como todas las noches; D. José se arrojaba en su antiguo carrik, su esposa se liaba en su grueso mantón, tapándose la cabeza hasta las sienes, y cuando ya salíamos por el ancho portalón de su casa solariega, D.^a Severa cortó el paso á D. José diciéndole así:

—D. José, ¿me da V. un duro?

—¡Sí, señora, con el alma y la vida!

—¿Es que ese duro no se lo devuelvo jamás?

—Nunca se lo pediré á V.

—¿Se conforma V. de veras?

—¡Y tan de veras! Yo el dinero que doy á las señoras no lo recojo jamás.

—Es que sentiría en el alma que V. se resintiera

al tomarme esta libertad, hija de la confianza que usted me inspira.

—De ninguna manera; V. es muy dueña de esto y de cuanto quiera de mí—dijo D. José, entregándome á la vez en las blancas manos de D.^a Severa, la cual me guardó en su negra faltriquera; D. José salió con su familia á la calle; la puerta se cerró tras ellos y yo quedé con mi nueva ama.

D.^a Severa, después de recoger velas como suele decirse por toda la casa, se acostó hasta el día siguiente que al rayar el alba y á modo de diana, empezaron los cuatro niños á llorar á la vez pidiendo el uno pan, el otro que lo vistieran y los demás yo no sé qué; la mamá gritaba cuanto hay que gritar llamando torpes y brutas á las criadas para que la trajeran *objetos* para vestir á los niños; las pobres criadas corrían de un lado á otro de la casa, sin saber lo que su ama pedía, y como palominos atontados con las voces de su ama, convirtiendo la casa en un guirigay espantoso, en el que todos chillaban y ninguno se entendía.

La desgracia la trajo á D.^a Severa á tal situación; y digo la desgracia, porque una mujer joven y no mal parecida, dotada de una imaginación clara y despejada como la que más, y que sus sueños dorados y su ilusión querida era siempre elevarse al nivel de la ilustración y los adelantos del siglo, y tratar y ser tratada por seres queridos que la entendieran y comprendieran sus gustos y deseos, los cuales sólo se realizan con el trato social que la educación y buen tono imprime siempre en sus acciones, y verse reducida á la imperiosa necesidad de vivir en un pueblo, quizás el más atrasado de España, rodeada de criadas, vecinos, amigos y parien-

tes, que lejos de comprender su alma y sus impresiones servía sólo de crítica y burla á la vez, con esa sátira mordaz que tan impregnada se encuentra en los pueblos y hallarse sola para todas las obligaciones que sobre ella pesan, era cuanto Dios la podía mandar para probar su paciencia, si es que ya la quedaba alguna, con tantos y tantos disgustos como la suerte arrojaba sobre ella.

¡Pobre D.^a Severa! siendo rica era más pobre que las ánimas benditas, que apesar de los siglos que vienen pidiendo para ellas, siempre nos las pintan encueros, sin que hasta hoy tengan una mala camisa de algodón con vistas de hilo.

* Su alma sufría en silencio, ese silencio triste y misterioso del que se ve reducido á vivir sin ser comprendido y sin conocer los latidos de su corazón, que, ahogándose en su reducido pecho, en vano pretende extender sus alas por espacios anchos que su alma sueña; su cuerpo es una víctima más, que el destino sacrifica en aras del tiempo, y cuyo dolor pasa desapercibido para los que la ven girar á su alrededor. ¡Pobre mujer! Sólo una persona, quizás te haya entendido, y esa persona está lejos de ti; ¡sufre; ese es tu destino!

Las doce del día se dejaban oír en el reloj de la torre del pueblo, seguidas de una larga plegaria, que el metal de sus campanas hace pronunciar con sus lenguas de hierro, y que por tradicional costumbre anuncian la hora de comer en los pueblos cristianos, cuando doña Severa me tomó en sus manos, llegó á un comercio de telas, compró dos toquillas de un tejido inexplicable, que sin ser feas no eran bonitas, pagó su compra con mi pobre persona, y yo pasé al cajón de los cuartos del co-

merciante y D.^a Severa á casa de D. José, donde regaló á su esposa é hija las referidas toquillas compradas con el *pobre duro*.

Al día siguiente salí de casa del comerciante, en manos de la criada y destinado á la compra; mi suerte me llevó á poder de una verdulera, joven y guapa, la cual me cambió por judías y patatas, y al verme la pobre tan nuevecito y flamante (pues aún estaba bien conservado, apesar de no estar en aceite) se la ocurrió la idea de regalarme á su adorado tormento, que pronto había de ser su esposo ante Dios y la ley, diciéndole así:

—Manolo, pa que veas que te quiero mucho, te regalo este duro que me ha chocado, no sé por qué.

—Güeno, mujer; gracias.

—¿Le conservarás siempre?

—¡Qué tengo de hacer, siendo cosa tuya!

—¿No le gastarás en la taberna con los perdíos de tus amigos?

—¡Nunca, prenda!

—Así me gusta á mí; pero mira, que si me engañas y cambeas el duro, te arañó, como estas son cruces.

—No tengas cuidiau, mujer.

—Pues güeno, tómale, y dame un abrazo.

—Aunque quieras mil, te los daré con güelta.

—¡Qué felices vamos á ser! ¿Verdá que sí, Manolo mío?

—Ya lo creo; pues aunque semos probes y ganamos poco, tú á vendel patatas y yo á estripar terrones, ¿pa qué sirve el talento á las presonas? Pa tener pacencia, y si comemos poco, nos reiremos mucho, y váyase lo uno por lo otro.

—¡Bendita boca; si parece un libro abierto, y qué bien has hablao!

—¿Crees tú que yo me mamo el deo ó que me he caído de algún nío?

—¡Ca, hombre! Pues si no fueras tan leío y escribió, yo no te hubiera querido nunca.

—¡Pus por eso!

La boda llegó, como todo llega en el mundo, y yo pagué el pato, pues á mi amo Manolo se le ocurrió llevarme á casa de un platero y echarme un asa, capaz de hacerme echar la asa-dura, si la hubiera tenido; y ¿para qué dirán VV.? Pues para convertirme en botón y colocarme en sus calzones de boda, que nuevecitos estrenaba aquel día, y cuya colocación me abochornaba, pues hacía el oficio de candado de cierta parte, que ustedes pueden figurarse, que sin decirlo queda dicho. ¡A tal estado me condujo el haber caído en manos de los empleados del ferrocarril!

¡Cuántas veces me acordé del día desgraciado para mí que Sor Loreto me dejó en la estación de las Delicias!

¡Qué delicias tan tristes fueron para mí!

Aquel día me lucí magistralmente; en el vientre de mi amo, á modo de un descomunal ombligo, que bien bruñido por las manos del platero, atraía hacia mí las miradas de los demás que, envidiosas, me contemplaban con afán.

Después de la ceremonia religiosa y las lágrimas de ordenanza de la novia y su madre, que deshecha en llanto le decía á Manolo al salir de la iglesia:

—¡Trátamela bien, que mi hija es una alhaja!

Pasamos á su casa el resto del día, donde se comió y

bebió hasta reventar; todo, por supuesto, á costa del padrino, que sea dicho de paso, me parece que no hacen un papel muy airoso que digamos; pero como la costumbre hace ley en estos casos, la figura del padrino es una de las principales en estas fiestas, no por lo que son, sino por lo que gastan.

Después de la cena, bailé, salté y brinqué, siguiendo siempre los impulsos de mi afortunado amo, que sólo pensaba en la felicidad que le sonreía con su nuevo estado.

La noche la pasé velando el sueño á los recién casados, tirado de cualquier modo sobre una silla que había á la cabecera de la cama, y como estaba tan rendido, me dormí pronto y nada sentí.

Hoy sigo de botón en los calzones de un patán; mañana... ¡Dios sabe! El nuevo matrimonio lo pasan tan mal, que no lo pueden pasar peor, y varias veces he visto las tijeras cerca de mí para cortar *el hilo* de la existencia que me une al calzón, romper mi asa y echarme á volar otra vez por esos mundos de Dios; pero hasta hoy se han contenido, haciendo un penoso sacrificio por el gusto de conservarme á su lado como recuerdo grato de sus amores.

¿Lo conseguirán en lo sucesivo? Lo dudo; pero si llega un día que el destino me vuelva otra vez á mi estado primitivo de moneda, por el forzado de botón que Manolo me trasformó, y no os han disgustado mis impresiones, os prometo seguir contándoos la *Historia de un pobre duro*; pero si desgraciadamente he llegado á cansaros con mi insulso relato, dispensad mi torpeza y no os molestaré en lo sucesivo.



LOS AFICIONADOS



SEGURAMENTE, nadie podrá decir con verdad que se ha visto libre de ellos en este pícaro mundo.

En las tertulias, en las reuniones, en los bailes, en el teatro, en la calle, en las visitas, en los baños, hasta en nuestro hogar doméstico, es decir, en la tierra, el agua y el aire que respiramos, allí los encontrarás á modo de apiñado enjambre que te perseguirán siempre á donde quiera que vayas, y tus oídos, tus ojos ó tu paciencia serán las víctimas destinadas al sacrificio eterno de su afición. ¡Quién no ha hecho una visita á una jamona de cuarenta y tantos años de edad y ocho arrobas de peso, madre de cuatro retoños de su juvenil corazón, feos como su padre y tontos como su buena mamá, que al presentar sus herederos por orden alfabético, es decir, por estatura y edad, no os haya dicho con ese gancho peculiar de las buenas mamás si sois solteros, y como el que se cae y se levanta:—¡Mire V., D. Fulanito! esta es mi hija mayor; sólo tiene quince años cumplidos (tú puedes apuntar á la chica lo menos diez y nueve); ¡sabe mil cosas, ¡ya ve V.; se educó con un tío cura que salió á

canónigo y murió de Obispo en la guerra de la Independencia!...

—¡Señora! ¿qué está V. diciendo?

—¡No, no, me he equivocado! El Obispo fué mi padre... digo, no, tampoco; fué un tío de mi marido que me hizo la corte cuando joven, y por haberle yo desdeñado el pobrecito se metió en un seminario, para más tarde abrazar la carrera eclesiástica con la resignación cristiana de la desesperación de sus celos. ¡Pobrecito! ¡si usted le hubiera conocido!

—Pero en cambio he conocido á V.

—Pues bien, hijo mío; mi Adela, que así se llama la mayor, tiene unas manos... ¡pero qué manos!

—¿Para qué, señora, para qué?

—¿Que para qué? ¡para todo lo que V. quiera!

—¡Ah señora! En ese caso, tendría mucho gusto en que su niña...

—¡Pues no faltaba más, sí señor! Toca, toca algo para que este caballero te oiga—dice la mamá á su hija.

—¿Y qué toco, mamá?

—¡Mira, mira! toca el mambrú ó la cachuchita, porque las cosas antiguas, siempre son buenas.

La chica se planta de un salto al piano, alza su tapa y deja caer sus manos blancas sobre sus blancas teclas, á modo de mazos de batán, mientras la madre dice á su víctima:

—¡Dispense V. lo desafinado que está el piano! ¡ella es un portento! Pero da la fatalidad que no la acompaña el instrumento.

—¡Ya se conoce, ya! y con efecto, á su hija le hace falta otro piano mejor.

—¡Ya lo creo! ¡y tanto como lo necesita!

—Lo tendrá, señora, lo tendrá, yo se lo prometo.

—¡Cómo! ¿V. será tan amable que se le proporcione?

—Mañana tendrá otro instrumento digno de ser tocado por ella.

—¡Con qué pagarle tanta deferencia!

—¡Con su amistad, señora!

En tanto, el cencerro del piano atruena la vecindad entera; después llega Arturito, niño de catorce años según la mamá y diez y ocho según su fe de bautismo, ostentando bajo su brazo izquierdo un voluminoso rollo de papeles.

—Mi niño—dice la mamá—es una notabilidad; hace lo menos seis meses que ni come, ni duerme, ni descansa, ¡siempre escribiendo! ya un drama, ya una revista de toros, ya un salmo á David, y según el poeta A, el literato B y el escritor C, me dicen que éste ha empezado á escribir por donde otros acaban.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Puede V. estar orgullosa con sus hijos!

—A Dios gracias, lo estoy, ¿por qué negarlo? Todo lo que la Providencia negó á su padre de talento y disposición, que si no hubiera sido por mí, y mis buenas relaciones con el banquero T, ya nos habíamos muerto de hambre mil veces; pero tengo la satisfacción que todos han salido á mí sola.—Lee, lee algo á este caballero de los trozos del Caballero de la Luna, cuando se pierde en el monte del Parnaso.—¡Verá V. qué ideas y qué versos!

El niño deja el rollo de papeles sobre una mesa, y tomando una actitud cómica, lee con voz hueca y gan-gosa:

—¡El Caballero de la Luna! drama en 14 actos y un prólogo en 7 cuadros, en verso y original de D. Fulano

de Tal, dedicado al eminente actor Sr. Romea y al Teatro Español.

La víctima destinada á escucharlo lanza un suspiro de dolor, y colocándose lo mejor que puede en su silla, se prepara á tener paciencia, y el niño empieza de esta manera:

—Escena primera: el teatro representa un campamento; varios soldados atraviesan la escena corriendo y gritando; una tormenta á lo lejos; las cornetas tocan á degüello y los soldados salen de sus tiendas.

EL CABALLERO DE LA LUNA.

¡Arriba, guerreros!
¡sus, á las armas!
¡la batalla nos llama,
la victoria será
tan grande y resuelta
cual una veleta
salida de abril!

CORO.

¡A las armas volemós
fuego, pum... pum,
catapum pum... pum!

CABALLERO LUNA.

Corran arroyos de sangre,
sangre vil y cobarde,
y nosotros con coraje
gritemos sin cesar... &. &.

Tres horas poco más tardó el aficionado en vaciar

su obra en los oídos de su víctima, al cabo de los cuales sale como alma que lleva el diablo, jurando no volver en su vida por aquella casa, al cual acompaña toda la familia hasta la escalera, donde la mamá le da la mano de un modo muy significativo, diciéndole á la vez:

—¡Ya sabe que esta es su casa y puede venir cuando guste y como guste; y tendremos mucho gusto en ello! ¡que no nos olvide y venga más amenudo! ¡adiós! ¡adiós!

Media hora después nuestro amigo se hallaba en el café del Siglo, tomando su acostumbrado cocimiento y descansando de las fatigas de su inolvidable visita.

La mesa inmediata á la suya se hallaba ocupada por seis jóvenes barbilampiños aficionados á la caza: el uno hablaba de ciervos, jabalíes, leones, osos y panteras, como si fueran meros pajarillos dóciles y sumisos á su voz. Organizaban nada menos que una partida de caza para el día siguiente en el espacioso sitio del canal antiguo, donde todos los leones, osos y panteras quedaban reducidos á míseros pajarillos, casi sin plumas, que valía más el tiro del cazador que le mataba, que el valor intrínseco del animal que movía á manos de verdugos y no de cazadores como hoy se llaman.

¡Qué ridículo y criminal es el hombre armado con escopeta de dos cañones, polainas y chaqueta de cuero para matar inofensivos pajarillos!

El hombre degenera más que la mujer más vulgar: ésta siempre se halla en su centro ocupando el puesto que la naturaleza le marcó; al paso que el hombre, en vez de buscar al tigre en su guarida, al león en su desierto y al oso en sus montañas, se ensaña cruel é inhumano en el tímido gazapo, en la asustadiza liebre ó en el débil pajarillo, y mata por matar, sin exponer su

valor, virgen siempre del peligro, para cebarse, cobarde, en animales dóciles é inofensivos.

Este es el hombre; el más fuerte es más débil que la mujer más débil de la tierra.

La afición es lo más ridículo que se conoce; el oficio hace al hombre, la afición lo degrada.

¿Quién no ha visto desfilar por esas calles de la coronada villa un batallón de nacionales, que muy bien pueden llamarse aficionados á militares? ¡Qué espectáculo tan risible ver al sastre tirar sus agujas, al zapatero las leznas, al empleado sus expedientes, para tomar un fusil, y bajo un hábito que no hace al monje, marchar con paso guerrero, que bien puede llamarse payaso, darse aires de Marte, siendo sólo Venus en sustancia!

¿Quién no ha tenido ocasión de asistir á alguno de los teatros caseros ó de sociedad, donde los aficionados son el hacha del verdugo, con cuyo cortante filo matan las obras más notables de nuestros primeros poetas?

¡Qué tormento escucharlos! ¡Qué angustia presenciar las exhibiciones!

El aficionado á las bellas artes os pintará las paredes de vuestra casa, de vuestra escalera, hasta del mismo escusado; donde quiera que tendáis la vista, veréis figuras reproducidas por su incansable lápiz, y cuando tenga dinero, sobre estirados lienzos y colores prosaicos y rabiosos resaltarán sus pensamientos.

Volvamos á los cazadores. Al día siguiente, y por cierto día de fiesta, nuestros jóvenes aficionados á la caza, vestidos de punta en blanco y seguidos de sus perros de caza, se lanzan á la Pradera del Canal, donde después de extenderse en ala y haciendo un fuego

tan graneado como nutrido, que al escucharlo se duda si es una diversión ó una acción de guerra, nuestros héroes, coronados de... gloria, con las plumas de algún pajarillo, de los cuales caen uno ó dos por cada cien disparos que hacen los aficionados, disponen su almuerzo, comiendo opíparamente, y después de brindar por todo lo brindable, sigue la cacería con más ardor y porfía que por la mañana había empezado.

Un cazador de pelo en pecho y algo corto de vista por más señas, ve un pajarillo alegre y travieso, posado sobre una eminencia, que él supone ser una piedra, y valiente como un Cid, se echa la escopeta á la cara y descerraja uno tras otro los dos tiros de su cargada escopeta.

El pajarillo oscila en su vuelo, el humo de la pólvora le envuelve como extensa nube, sacude sus alas al viento y sale victorioso del homicida plomo que en contra suya dirigió su enemigo.

Pero en aquel momento un ¡ay! desgarrador hiere los aires, y un chorro de sangre salta cual una fuente y viene á salpicar la tierra donde pisa, y un cuerpo pesado cae, quizás para no levantarse más.

¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

Nada; que un pajarillo se posó sobre la cabeza de otro cazador, y su compañero, corto de vista, creyendo que el pájaro estaba sobre una piedra y no sobre la cabeza de su amigo, le hizo fuego, saliendo libre el pajarillo y muerto ó herido el amigo.

Dos horas después, el matador inocente, conducido por una pareja de orden público, tocaba á la puerta de su casa; son las nueve y media de la noche. La criada abre la puerta y su amo casi llorando, como el niño

que después de hacer una travesura teme su natural castigo, exclama:

—¡Vengo... vengo á despedirme de mi querida esposa hasta... que Dios quiera!

—¡Cómo, señorito! ¿V.?

—Sí, hija, sí; he pegado un tiro sin querer á un amigo y me llevan al Saladero; anda, avisa á tu ama.

—La señora no está en casa—dice la criada algo turbada.

—¿Pues dónde está tu señora?

—Creo que en el teatro.

—¿Cómo en el teatro?

—Sí, señor; vino su primo y se la llevó.

—¡Maldito primo!—exclama con furor el marido;—parece que le llaman con campanillas cuando yo no estoy en casa para venir él. ¿Y sabes á qué teatro han ido?

—No lo sé, pero me dijo la señora que después del teatro estarían en casa de D.^a Mariquita para tomar chocolate, por si quería V. ir.

—¡Buen chocolate tengo yo! Vamos, vamos al Saladero—dijo volviéndose á los guardias que le acompañaban.—Llévadme, por caridad. ¡Maldita caza y maldita afición, amén!

De todos los aficionados, los más insoportables son sin duda los aficionados al dinero por medio de un casamiento con una mujer rica, sea esta quien sea y proceda de donde proceda; todo les es indiferente, con tal de conseguir sus deseos; con el deseado oro, que tanto denigra al hombre, rebaja su dignidad y aprisiona su libertad, vendiéndose poco menos que al precio de las patatas, por un mal plato de judías que su cara mitad

le ha de suministrar diariamente, sin amor, sin fe y sin voluntad.

Un joven de este temple, guapo y elegante, se enamora... es decir, solicita la mano de una vieja solterona y rica, por más señas, y de nombre D.^a Mica...ela; vió sus primeros abriles en los primeros años del siglo, y se crió cual una reina... de su casa.

Hoy apenas cuenta sesenta y ocho añitos bien cumplidos y muy estiraditos, como arrugaditos y en forma de pasas sus carrillos y su cuello; le adornan tres cosas grandes: el pie, la mano y la boca; pero en cambio tiene otras tres muy pequeñas: el pelo, el pecho y los ojos, los cuales el uno le llora aceite y el otro vinagre; á la cabeza lleva rodeada, y á modo de un colosal turbante, dos ó tres colas de caballos muertos heroicamente en la plaza de toros en tiempo de Pepe Hillo, Costillares y Romero, y que á la acción del tiempo han perdido su color primitivo, formando, sobre su virginal y pura frente, un verdadero arco iris de todos los colores, desde el rojo subido al quebrantado amarillento.

D.^a Mica... ela topa de frente, es decir, se encuentra de manos á boca con una antigua amiguita de la infancia, mucho más joven que ella, que apenas podrá frisar en los sesenta años, y á modo de cortés saludó la descerraja la siguiente pregunta, que parece una recriminación dirigida á su amiga:

—¡Pero chica! (Cuidado con la chica, no hay que perderla de vista.)—¡Pero Micaela! ¿Es cierto que te casas?

—¡Hija, qué quieres que haga! (Esta hija bien puede pasar por abuela.)—¡Estoy tan cansada de vivir sola! que...

—¡Pero mujer! ¿estás loca? ¡á tu edad, es un disparate casarse y mucho más con un joven!

¿Y tú crees que á mi edad no se tiene corazón para amar, ojos para enamorarse y alma para sentir los impulsos del corazón? ¡qué engañada estás! Hoy amo más que nunca, y si mi suerte no la uniera á ese joven... ¡Oh! ¡Entonces sin remedio me moría!

En este momento pasa por su lado una mujer que, con voz chillona y desentonada, grita que se las pela:

—¡La suerte tengo en la mano! ¡Mañana sale! ¡Doce reales vale, quién quiere el gordo!

—¡Esa! ¡Esa es la suerte que busca en ti tu amante, la suerte del dinero y no tu cariño!—la dice su amiga á D.^a Micaela, con aire de burla y despecho á la vez.

—¡Mientes!—exclama D.^a Micaela herida en lo más sensible que tiene la mujer: la vanidad de sí misma; y que ninguna cree poder llegar á vieja aunque vivan mil años más que Matusalén.—¡Lo que tú tienes es envidia de mí!

—¡Yo de ti!—responde su amiguita hecha un basilisco.
—¡Cuando mi primer marido (que en paz descanse) fué tambor mayor del regimiento de granaderos, y un real mozo, porque Dios quiso! Mi segundo (que en gloria esté) fué cochero del Rey. El tercero (que Dios guarde) fué empleado en Hacienda, y gracias á los servicios que prestó á la nación, me dejó la pensión que hoy disfruto. ¡No, hija, no; yo no puedo tenerte envidia, sino lástima y mucha! ¡adiós y que seas muy feliz!

D.^a Micaela volvió la espalda á su amiga y no pronunció palabra.

Dos meses después, D.^a Micaela era esposa del joven

seductor que había sabido conquistar á la vez su corazón y sus millones.

Aquella misma tarde, el joven esposo recibió por el interior las siguientes líneas, compuestas de letras como patas de moscas enredadas unas á otras, que con gran trabajo y á duras penas pudo leer:

«¡Ingato! ¿conque meas? dejao, por una vieja des
»tornillá, como arpa vieja ¡güeno! ya tó se acabó en-
»trampos: pronto vendrás aiorar á la luz de las es-
»treyas del mar; sobre mi turba fría del Capo Santo y
»entonces ¡Ay de ti! morirás de asco: tuya que fue.—
»ESTRELLA T.»

—¡Tienes razón!—exclamó el joven esposo,—¡bien
estrellado estoy ya con mi vieja! Pero tú, ¡oh, Estrella
mía! No te mueras, no: pronto, muy pronto me verás á
tus pies con una gasa grande cuanto mi sombrero lo per-
mita, y entonces, cielo mío, con el dinero de la vieja y
el amor de la joven, seré el hombre más feliz de la
tierra.

Un año después un lujoso carro fúnebre tirado por
seis briosos caballos enjaezados de luto conducían al
último descanso de la vida un cuerpo inmóvil para
siempre: los amigos del finado, reposadamente en más
de cien carruajes acompañaban al féretro como última
despedida que el mundo da al que de él se va.

Al llegar al nicho donde había de reposar para siem-
pre aquel ataud, el encargado del duelo entregó un
papel al sacerdote que lo recibió, en que decía así:

«Dése sepultura al cadáver de D. Fulano de Tal, de
»veinticinco años de edad y de estado casado con doña
»Micaela del Moral, etc., etc.»

Al día siguiente su lápida ostentaba este rótulo en doradas letras sobre negro mármol: *¡A mi querido esposo! ¡Su desconsolada viuda!*

Algunos dicen le estuvo bien merecido; yo no digo nada, porque nada me importa, y pongo un punto aquí, y termino mi trabajo sin acordarme que yo también soy aficionada y que quizás molestaré tanto ó más que los que aquí censuro por censurar, y que á su vez todos me censuren también á mí; pero tendré paciencia y me estará bien empleado, por meterme, sólo por afición, en camisa de once varas.





LA ROMERIA DE SAN ISIDRO

EN MADRID



o soy hija de Madrid, ni creo me haga una gran falta, porque según malas lenguas, los madrileños son desgraciados (apesar que yo no soy muy afortunada, que digamos) y sin una peseta para gastarla alegremente en sus dos ídolos, á saber: en los toros y en honor al santo bendito, San Isidro el Labrador.

Esta desgracia dicen siempre murmurando que es por ser holgazanes, como generalmente los califican de no tener oficio ni beneficio, y que sólo desean divertirse y gastar buenamente lo que no saben ganar; pero yo creo que los insultan sin razón por aquello de «en todas partes cuecen habas.»

Los madrileños pueden protestar de semejante calumnia, seguros de que ésta es como el cieno, que sólo mancha al que lo tira; el cielo y el suelo de Madrid agrada y da envidia ¿por qué negarlo?

Madrid es la cuna del amor y la gloria y cuenta con orgullo entre sus preclaros hijos un sin número de esclarecidos varones en artes, armas y ciencias; entre

ellos descuellan las gigantescas figuras de sabios eminentes, reyes en ciencias, poetas incomparables, satíricos sin segundo, en cuyas frentes brillará mientras el mundo sea mundo un rótulo de fuego que diga á su recuerdo:—¡Somos hijos de Madrid Lope de Vega, Quevedo, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Moreto, Ramón de la Cruz, Moratín, Cienfuegos, Quintana, Ercilla, Antonio Pérez, el Príncipe de Esquilache, Salas, Barbadillo, Nieremberg, Bocangelo, Pérez de Montalván, Caramuel, La Hoz, Francisco Santos, Juan Zabaleta, el Marqués de Mondéjar, Zamora, Cañizares, Arriaza, Hermosilla, Fígaro, Ferrer del Río, Zea y mil más, cuyos talentos son para enumerarlos larga y detenidamente.

Sus nombres sólo, son la contestación mas terminante á los insultos que sin razón son objeto de ellos; pero sus fiestas y costumbres son tan ridículas para la capital de España, que voy á cantar las glorias de su país con mis escasas luces y mi destemplado estilo.

¿Qué podrán decirme? ¿que lo hago mal? Esto lo se por desgracia; pero no faltará alguno que diga:

—¡Tal para cual! esta es la verdad; para una función como ésta, todas las plumas son buenas; conquese así, con el permiso de VV., vamos á San Isidro.

Pero no; antes de ir querrás saber por qué se va, ¿no es cierto? Tú no lo sabes ni lo sabe nadie más que yo, porque así me lo contó un pajarito muy bonito que se llamaba Periquito.

Escucha lo que me contó y el origen de ésta célebre fiesta que atruena á España entera con su ruido atronador, para la cual se hacen trenes que llaman de recreo y yo los llamo de martirio, con rebaja de precio en los

billetes de ida y vuelta, ¡qué bonito! es decir, «mucho ruido y pocas nueces.»

Miles de almas (casi en pena) llegan ansiosas de gozar una dicha no gastada, un placer más que la corte proporciona á sus forasteros; llegan éstos en los trenes de recreo. ¡Vaya un salero que traen, tan colmadito de sal molida, que de salados, son salmuera! y apretaditos como sardinas en banastas.

Se bajan (si es que se pueden bajar) de sus trenes, se ponen en pie (si ponerse pueden), y cargando al hombro con las alforjas y sobre éstas la capa, la manta y bajo el brazo dos almohadas y en la mano una cesta que por su volumen parece la que llevó á Moisés sobre las aguas del Jordán, marcha satisfecho de su feliz llegada delante de su apreciable y fea parienta, que conduce en sus brazos un robusto muchacho gordo como un ternero, el cual ha llegado debajo del asiento para no pagar billete por su persona y otros dos más grandecitos, uno de cada mano, cargada con sus dos mantones y toda la ropa de los chicos y el pucherito del indispensable arrope y la cesta de los huevos frescos que por haber pasado por los puentes, ya los tiene pasados por agua; y con todos estos espléndidos regalos, se encajan en cuerpo y alma toda la familia en casa de alguno de sus parientes, amigos ó conocidos, que para el caso es igual; los cuales á vista de los regalitos se ven obligados á abrirles las puertas por ocho ó quince días para que coman y beban á sus anchas, á cambio de los huevos y el arrope, diciendo para sus adentros:

—¡El regalito de aldea! ¡Dios se lo dé al que lo desea!

Dejemos á los viajeros quitándose el polvo del camino en casa de sus conocidos ó parientes, que tienen la

desgracia de cargar con esta plaga, que sin duda se le olvidó lanzar al autor de las de Egipto, y sepamos por qué se va á la pradera de San Isidro el 15 de mayo de cada año.

Cuentan según dice la historia (y la historia nunca yerra) que el año noventa y tres (de los cientos no se acuerda) San Isidro apenas era conocido de nadie, es decir, que no le habían dado ese culto popular por el cual se distinguen unos santos más que otros; pues bien, en esta época llegó un año de una sequía espantosa, perdiéndose el fruto de los campos por la falta de agua.

Al año siguiente sucedió lo propio, y en vista de tantas calamidades como arrastraba esta sequía, determinaron los labradores y propietarios que había en Madrid sacar en rogativas á la Virgen; pero no llovió.

Más tarde sacaron á San Juan; después á San Pedro y tampoco llovió; ya no sabían qué hacer, cuando un rico propietario llamado D. Juan Lunares, de profesión cirujano, les dijo de esta manera:

—¡Me compadezco de vuestras desgracias por la pérdida de las cosechas, pero no me dais lástima por lo torpes que sois!

—¿Por qué somos torpes?—le repusieron los labradores.

—¡Pues claro que lo sois! ¡á quién se le ocurre sacar en rogativas á la Virgen, ni á San Juan ni á San Pedro? ¡Brutos! ¿Qué tienen que ver estos santos con el campo? Sacad á San Isidro, que fué labrador como vosotros, y él sólo sabe lo que estáis pasando, y os mandará agua para que las tierras den el fruto que deseáis.

Tomadas en consideración estas razones, se organizó

otra rogativa con asistencia del alto clero, autoridades civiles y militares y el alcalde de casa y corte, con San Isidro á la cabeza de la procesión; salió ésta de la parroquia de San Andrés, marchando por su ronda, atravesó el puente viejo y llegaron al sitio denominado de los Areneros, y hoy pradera de San Isidro; llegados allí, estalló repentinamente y como por encanto una furiosa tormenta de las muchas que vemos todos los años, acompañada de un enorme pedrisco, que en pocos minutos quedó arrasado el campo del poco fruto que tenía.

Visto esto por los labradores de la rogativa y con ese impulso tan español que nos caracteriza, dieron con el santo en el suelo, y lo apedrearon, después de ponerle como hoja de perejil, dieron á correr cuanto podían, autoridades, curas, monagos y concurrentes, para llegar pronto á Madrid y librarse de aquel aguacero que parecía el segundo diluvio.

La rogativa terminó como el rosario de la Aurora, á farolazo limpio, diciendo al santo:—¡Ahí queda eso! Sólo quedó el pobre santo tendido sobre la arena y destrozado á pedradas, con las mismas manos que le suplicaban, con las mismas le castigaban porque no hacía lo que ellos le pedían. ¡Cosas de mundo! El hombre fué, es y será siempre el mismo.

Al día siguiente todos estaban tranquilos menos la familia del pobre D. Juan Lunares, el cual fué conducido por los esbirros del Santo Oficio al tribunal de la Inquisición, acusado por brujo y haber hecho sacar en rogativa al santo y dar tal espectáculo antirreligioso como se había cometido por sus consejos, causantes de todo lo ocurrido; según el tribunal, el desgraciado Lu-

nares debía morir en la hoguera, después de sufrir toda clase de tormentos para que declarase su brujería.

—¡No soy brujo, señores!—decía el infortunado Lunares en el tormento.—¡Y si sus eminencias lo permiten, levantaré á mis espensas una ermita, donde colocaré al santo y le daré el culto que merece, invirtiendo en ello toda mi fortuna!

El tribunal se conformó con estas condiciones, y después de puesto en libertad por tan grave delito el reo D. Juan Lunares, se organizó una gran procesión con todo el séquito que lo llevó á los Areneros, levantando al santo del suelo, que estaba como lo habían dejado, proclamando el milagro de haberle hallado sin corona, que según dicen, se la quitó un muchacho para jugar, y en el acto fué aclamado patrón, no de barco, ni de vestidos, pero sí de la villa del oso y el madroño de Madrid.

Inmediatamente le hicieron la capilla, en la cual hoy se venera, y andando el tiempo se hizo también la sacramental del cementerio que tiene inmediato.

Al año siguiente se celebró el aniversario de lo ocurrido el anterior, y desde aquella fecha se viene sucediendo en anual romería.

Vamos á la pradera; la concurrencia llega sudando la gota gorda por todos los poros de su cuerpo y cubiertos de polvo de pies á cabeza, diciendo van á divertirse, y algunos lo consiguen, tropezando con algún ratero que les limpia el reloj, el bolsillo ó por lo menos el pañuelo, que si están resfriados se han divertido, ó les atropella un coche, ó recogen algún palo suelto ó una pedrada equivocada y sin mala intención, que les haga distraerse algo, y de esta manera pasan á la pradera.

—¡Lo primero á ver al santo!—dicen los devotos; el cual se halla sobre su altar y de par en par sus puertas. Preside la fiesta de borracheras, quimeras, palos y sangre con que suelen amenizar la función y algunas veces hasta al santo alcanzan sus caricias y pedradas, pero todo esto es fervor religioso y nada más.

La ermita está rodeada de infinitad de tiendas y puestos alegóricos al santo; en uno de ellos y al son de bombo y platillos, se manifiestan hombres gigantes, mujeres gordas, serpientes vivas, juegos de manos y puestos de quisicosas á real y medio la pieza.

El tío vivo, al lado de los demás parientes muertos, vistas del nuevo mundo, de París y la guerra del moro, tomadas desde el cerrillo de San Blas, y no digas más; fondas y fonduchos se extienden en largas filas; figuras de tosco barro, entre las cuales no deja de figurar el Dr. Garrido, según pregonan sus vendedores, y descendemos á la pradera.

¡Qué encantos descubre nuestra vista! ¡Cuántas bellezas derramó allí con mano pródiga la naturaleza sobre su ameno suelo! Sin árboles que estorben el paso, el sol abrasa, el polvo ahoga. ¡Qué placer! Esto es divertirse.

El verde parece negro; muy cerca el caudaloso Manzanares; al otro extremo los poéticos cerros de arena, sin una mata ni para un remedio; más allá un cementerio, detrás otro, á la derecha otro y detrás otro; todo es ameno: luego á lo lejos, pero muy lejos, á más de ochenta leguas, ¡el mar!

¡Qué panorama! ¡Qué encanto! Unos comen, otros bailan, otros ríen y otros riñen; algunos más sosegados beben agua del santo, fuente milagrosa contra las ca-

lenturas, que algunos no las llevan, pero se vuelven con ellas.

¡Cuánta arena azul y blanca para los vasares se traen algunos en sus pañuelos y levitas, para fregar en su casa un lugar escusado, que escusado creo indicar!

¡Cuántos han empezado por comerciar con esta arena por las calles de Madrid y han terminado con un respetable capital!

—¡La tía Javiera! ¡La tía Javiera!—dicen todas las vendedoras de rosquillas. ¡Quién la diría á la pobre mujer, cuando vivía, que iba á ser inmortal para las rosquillas! Está visto, que hasta después de muerto, nadie se hace admirar por su talento.

—¡Esta es la pradera!—dice un cicerone á los forasteros.

—¡¡Ya!!—este ¡ya! en boca de un lugareño, vale un Perú sin peruanos.

—¡Á las tontas del santo! ¡que las doy á prueba!

Algunos fijan sus miradas donde salen aquellas voces creyendo hallar algunas chicas tontas y á prueba y se ven con rosquillas llamadas *tontas*.

Escuchemos á la concurrencia.

Un matrimonio recién casado pasa del brazo radiante de alegría:

—¿Quieres torrados y pasas, Laura mía?

—Siendo de tus manos, me parecerán perlas del Brasil, y las pasas el dulce néctar del divino cielo.

Detrás va otro matrimonio con cuarenta años de ídem; él va delante y ella siguiéndole á modo de perro dogo.

—¿Cómo estarán este año las rosquillas?—pregunta él á su horrible esposa.

—¿Cómo quieres que estén? ¡cocidas al horno como el año pasado!—responde ella con esa amabilidad que engendra el matrimonio en cuarenta años de trato conyugal.

—¡Tú si que debieras de estar cocida en el horno!

—¿Ya empezamos?—dice la esposa arrastrando tras sí á su esposo y bramando de coraje.—¡Vamos á casa!

—¡Mira, mamá!—dice un niño á su madre;—¡cómo se parece ese silbato á papá! ¡cómpramele!

—Pero, chico, ¿en qué se parece á tu padre?

—¡En lo feo! ¡cómprame uno para que lo vea!

—Luego, luego; ahora vamos á ver al santo.

Dos chulas de esas de rompe y rasga, se encuentran frente á frente y se dán el siguiente saludo:

—Adiós, Alifonsa; ya no quieres hablar con naide.

—No te había guipao, chica, la verdá.

—¡Qué aligante vas!

—¡Así así! ¿y tu Paco?

—¡Ya troné con él! y tú, ¿sigues con Juan?

—¡Tampoco, porque era un Juan-perdío!

—¿Aonde te metes que no te veo?

—Yo, siempre en la Puerta del Sol, ¿y tú?

—Yo, chica, lo pasé á la sombra.

—¿Qué hicistes?

—¡Ná; dar una aguantá á la Pelona!

—Pues chica, adiós y hasta más ver.

—¡Ánda con Dios, Alifonsa!

Después llega un borracho que la pradera es chica para él, y de cada traspiés se lleva un kilómetro por delante, al tiempo que un lejano reloj marca las cinco con sonoras campanadas; el borracho cuenta la hora con esa gravedad propia de los beodos, y exclama:

—¡Pero, hombre, ¿por qué darán las campanadas una tras otra, y no todas á un tiempo? ¡qué torpes! ¡cuándo nos civilizaremos!

Detrás llega una pareja (no de civiles) elegantísima, dando el caballero el brazo á una señora hermosa, seguidos á cierta distancia respetuosa de un hijo hidalgo de Pelayo; es decir, un asturiano vestido de lacayo, llevando en sus brazos un perrito de aguas, según es la moda, ó como se dice hoy, el fuerte.

La señora cojea y no es coja.

La bota izquierda le aprieta en tales términos, que, sentándose sobre el duro suelo, se la descalza; el tiempo pasa y quiere calzarse de nuevo para seguir su paseo, pero imposible; el pie, hinchado por la opresión, se niega á entrar de nuevo en aquel cepo; su esposo se esfuerza por ayudar á su esposa, pero en vano; la bota no entra.

—¡Qué hacer, Dios mío!—exclama impaciente la señora.

—Traiga, siñuritu, traiga la bota—dice el lacayo, tomando en sus manos el cuerpo del delito.—Ahora verá su mercé como no la manca más. Y sacando una descomunal navaja, hace la bota dos.—Asina estará bien.

—¿Pero qué has hecho, animal?

—Toma, toma, lo del huevo de Colón; romperla. A fe que VV. no habían dado en ello.

—Caprichitos del santo cuando era niño—decía una voz chillona á nuestro lado.

Vuelvo la cabeza y veo una mujer vendiendo ridículas figuras de toso barro, representando hombres y mujres en camisa y en cierto asiento que no debo

nombrar; otras con poblados cuernos, cual un ciervo. ¡Pobre santo, dije para mí, más te valiera que no se acordaran de ti para semejante fiesta!

Una señora con dos niñas pequeñas se paran ante un puesto de rosquillas y licores; la señora compra una libra de las primeras, mientras la niña mayor lee el rótulo de una botella que dice: *Perfecto amor*, y pregunta á su mamá:—Di, ¿qué es amor?

La señora la contempla un momento, y riéndose la contesta:—Un bicho que se mete en el alma y nos roe el corazón.

—¡Ay, qué miedo! Vámonos de aquí.

—Doncellita, ¿quiere V. que la acompañe?—dice un criado de servir, disfrazado con la ropa de su amo.

—Gracias, hijo; ya voy bien acompañada.

—Pues yo la veo sola.

—¿Sola, eh? Así parece, pero la procesión va por dentro.

—¿Cómo por dentro, señora?

—¿Pues no me ve V. en estado interesante, y mi esposo que viene detrás?

—Dispense V.; como es de día, no veo.

—Pues será V. murciélago.

—No, señora, no soy murciano; soy extremeño.

—Ya lo había comprendido.

El regreso es mucho más bonito que la ida; parece la dispersión de un ejército derrotado; pasan por el puente majestuoso, levantado con tablas y maderas, dando páso á miles de almas por cuatro cuartos por cabeza, y que, apesar de los años trascurridos, todavía el Municipio de Madrid no ha podido hacer un puente formal y como Dios manda.

Se conoce que lo harán de plata, cuando tanto recaudan para él.

¡Qué día tan feliz para los madrileños y forasteros que vienen á divertirse!

Algunos años llueve y, como dijo el otro, se ahogó la fiesta.

Pasan el puente milagroso, sudosos y blancos sus trajes del polvo del camino, que han tenido buen cuidado de no regar para dar más animación á la concurrencia, según van regresando de sucios y estropeados, como si salieran de la batalla de San Quintín; magullados los huesos, aplastados los callos á fuerza de pisotones, robado alguno que otro reloj ó bolsillo, como fin de fiesta, pero alegres, sí; muchos, hallándose en Madrid, creen estar entre Pinto y Valdemoro, ó algo más allá, pero dicen que se divierten, y en paz.

Algunos años, el débil puente no puede resistir el enorme peso de tantas almas juntas y apiñadas como las ánimas benditas, y á su paso se hunde el sólido puente, viniendo al río cuantos tenían la dicha de estar sobre él; no se ahogan porque no hay agua para ello, pero se rompen la cabeza, las piernas ó los brazos.

Después son conducidos en una camilla á la casa de socorro, y de ésta al hospital.

Más tarde regresan á sus casas con un pito clavado en el sombrero en forma de *divisa*, diciendo á todos los que les quieren oír:

—Nosotros sí que nos divertimos en Madrid. Corrimos una... tremenda.

—¡Bendito santo, el año que viene volveremos!

Uno que no fué:

—Lo acerté.



UNA CARTA DEL OTRO MUNDO



UARTO de los detenidos á 7 días de enero de 1883.—Mis queridos hermanos: Por fin estoy tranquilo y cumplo mi palabra de escribiros, creyendo sea la primera carta que desde estas regiones llegue á la tierra.

Sabréis como antes de morir estuve de mucho peligro, y os voy á referir cómo se muere, que sin duda para vosotros es todavía un misterio, y en verdad que algo de misterioso y terrible tiene para todos la idea sola de pasar de la vida á la muerte. Todos sabemos que el espíritu encarnado en la materia compone la entidad que nosotros llamamos persona: nacemos y nos fortalecemos, y de esta fortaleza nace un día la decadencia de nuestro organismo dictada por las leyes de la naturaleza, cuyos efectos se tocan pero no se explican.

La vida es una luz cuya llama marca la cantidad de combustible que ha de alumbrarnos sobre la tierra, ese pedazo redondo, negro y oscuro del globo, cuya vida es el sol, el aire y la lluvia que refresca y vivifica nuestro abrasado sér; y esta luz que sustenta nuestra vida, llega un día que termina por consumir la cantidad to-

tal de nuestra existencia, y en aquel día nuestra vista se extravía, la memoria nos abandona y sólo un vacío vaga indefinible, nos rodea en nuestro lecho de muerte y sólo vemos, sin darnos cuenta si es sueño ó realidad, mil visiones ó fantasmas, que poco á poco van tomando cuerpo cerca de nosotros como congreso reunido para presenciar nuestro último aliento.

En vano la familia y los amigos cercan nuestro lecho del dolor para defendernos de las garras de la muerte. ¡Todo en vano! La muerte llega y nos lleva.

Te contaré cómo espiré yo.

Hacía una hora que la última cucharada de un líquido verde y grasiento que el médico me había recetado obraba en mi estómago, cuando sentí unos golpes cual fuertes martillazos descargados sobre mis débiles sienes; abrí asustado los ojos y sentí frío, mucho frío; la cabeza me daba vueltas cual una campana lanzada al vuelo en día de fiesta; mis trémulas manos sujetaban el embozo de mi cama cuanto mis fuerzas lo permitían, y una voz misteriosa me decía:—¡Te mueres!—y yo repetía á mi familia:—¡Me muero!

Ellos me hablaban, me abrazaban y lloraban; pero ya no los entendía ni casi los veía.

Cerré los ojos y ví... ¡Ah no sé lo que ví!

Una luz diáfana y radiante hería mis pupilas, á cuya luz ví mil figuras gratas y bellas cerca de mí, que sin hablarme las entendía y ellas me entendían también.

¡Creo era feliz en aquel momento!

Por fin llegó á mis oídos una confusión de voces y gritos que decían:—¡Paso á la muerte! ¡paso á la muerte! Yo asustado temblé, me revolví sobre mi lecho y exhalé el último suspiro. La idea de la muerte me hizo

morir antes de tiempo, pues creo tenía vida aún lo menos para más de una hora; pero al escuchar la voz alarmante de la muerte, mi mente me la recordó con los negros colores que tan grotescamente la pintan en la tierra en forma de esqueleto descarnado, cubierta con el sudario de sábana blanca y en sus huesudas manos una disforme guadaña, cuyo filo siega presurosa los hilos de la vida de las víctimas que bajo su cetro caen, y asustado y desvanecido morí para el mundo, y nací para la otra vida.

—No temas—me dijo una voz dulce y sonora cual el canto de los ángeles, que suave se deslizaba en mis oídos, tan grata y armoniosa que jamás había oído.—No temas; el león no es tan fiero como le pintan: ten valor, abre los ojos, ve y escucha.

Sorprendido por tal metamorfosis, abrí los ojos y ví, ¡oh Dios mío, lo que ví! No hay pluma, no hay ideas, no hay nada que pueda expresar lo que ví; mil montañas de nubes azules, blancas y plomizas sostenían un dorado sol, cuya luz diáfana y trasparente destacaba á miles de angelitos, que, alegres y traviesos, asomaban sus rubias y rizadas cabelleras por las movedizas montañas de nubes cristalinas, los cuales me miraban y se reían.

Una hermosa y gentil matrona, cuya cabeza adornaba una fresca corona de laurel ceñida á sus bellas sienes, y sobre su despejada frente una preciosa estrella de oro, y pendiente de sus hombros un manto rojo escarlata que apenas tapaba su desnudo cuerpo, avanzaba grave y majestuosa sobre un carro dorado, tirado por tres fieros leones que ella guiaba con su diestra mano, llegó hasta mí y me dijo:

—¿Estás preparado para morir?

—No, no lo estoy; vuelve luego... tarde... muy tarde
—exclamé yo sin poder hablar por la emoción.

—¿Qué te falta?

—Me falta... me falta...

—Nada; tu vida ha espirado ya, marcando su hora en el reloj de la vida humana y la muerte es la encargada de conducirte á tu destino.

—¡La muerte! ¿Y dónde está la muerte—la dije, mirando por todos lados para divisar sus calaveras y guadaña.

—La muerte soy yo.

—¡Cómo! ¡Tú eres la muerte?

—Yo soy.

—Lo creo. Dios es grande, y al ser grande como sus obras y llamarnos un día para sí, no había de conducirnos á su presencia por medio del ridículo y repugnante esqueleto con guadaña y sábana blanca, según en la tierra nos le pintan, sino por medio de ti. ¡Qué hermosa eres! ¡Bendita muerte que á nuestros labios llega! Si en la tierra supieran cómo eres, ¡oh! entonces el mundo sin almas se quedara por seguirte á ti.

—Por eso, mi hija la envidia, que tantas presas me proporciona, hizo en la tierra mi retrato de modo y forma que, asustando á todos, evitara en lo posible el suicidio, para que nadie quiera morir hasta que le sea forzoso é indispensable el hacerlo.

—Sí, sí; ¡te creo!

—Pues sígueme al punto.

—Ya te sigo.

—Sube.

—Subo.

Entré en el carro, y los leones, arrastrando tras de sí el carro de la muerte, atravesaron las nubes de oro, para irse á perder en el espacio.

Al cruzar el firmamento, escuché un ¡ay! desgarrador lanzado de la tierra que vino á morir en mis oídos, y cuyo eco me hizo mal.

—¡No temas!—me dijo la muerte—es el último adiós que tu familia te envía; ¡pobres de ellos! tú ya eres feliz —y sin decir más palabras castigó de nuevo á sus leones y pronto llegamos á las puertas del cielo.

Hacía un calor sofocante cuando llegamos al cielo por haber pasado tan cerca del sol, que por poco nos derretimos como figuras de plomo á la acción del fuego.

La muerte detuvo su carro ante un ancho portalón que nada tenía de particular y que nadie diría fuesen las puertas divinas; lo cual llamó mucho mi atención.

—No te extrañes—me dijo la muerte;—esta puerta es la más retirada, es decir, la diaria; que para los días de gala y gran ceremonia, se entra por las principales.

—¡Ya! vamos, como en la tierra.

—Sí, parecido.

—Pues sigamos.

—No; si nos quedamos aquí.

—¡Cómo! ¿yo vengo destinado al cielo?

—Veremos la que dice San Pedro.

Entramos en la portería, donde había un gran sillón de baqueta, en el cual San Pedro dormía tranquilo la siesta, y al sentirnos llegar á su presencia, abrió los ojos y gritó todo azorado:

—¿Quién va?

—¡Soy yo!—dijo la muerte como aquel compañero familiar con el cual se roza mucho en su destino.

—¡Adelante!—gritó San Pedro.

Pasamos hasta su lado, y la muerte señalándome á mí con su dedo índice, exclamó: —¡Aquí está éste! A ver dónde está destinado.

San Pedro me tomó la filiación, no de muy buena gana, se caló unos grandes anteojos y tomando el gran libro de registro universal, pasó y repasó mil veces sus hojas diciendo al fin:—¡Pues no le encuentro!

—Hombre, hombre, esto es grave,—repuso la muerte.

—Míralo bien, Perico, que tú ya no guipas.

—¡Te digo que no está!—dijo San Pedro algo amostazado.

—Pues, entonces, ¿qué hacemos?

—Subid á secretaría á ver si os dan más datos.

Dos minutos después estábamos en secretaría, donde el bendito San José nos decía:

—Eso á Pedro, á Pedro, que lo arregle, que aquí no se puede hacer nada.

Volvimos de nuevo á la portería; San Pedro se enteró del recado del secretario de los asuntos divinos, y después de tomar un gran polvo de su negra caja, se puso á estudiar el modo de arreglarme lo mejor posible, y después de toser y estornudar cien veces seguidas, me dijo así:

—¿Quieres ir al limbo á esperar tu arreglo?

—Señor, ¿no hay un ladito por ahí donde pudiera esperar?

—No puede ser; aquí no se entra sin patente limpia.

—¡Pero señor, el limbo es tonto, porque según dicen por la tierra, allí no hay gloria ni pena!

—¿Quieres ir con la muerte en sus viajes?

—¡Estoy tan cansado!

—¡Pero hombre—dijo San Pedro montando en cólera,—qué calamidades nos vienen del otro mundo! Vaya, vaya, llevarle al purgatorio y que espere allí.

—¡Pero señor, por compasión, que me voy á tostar como un chicharrón, sin saber si estoy destinado allí ó no!

—Pues entonces que vaya al cuarto de los detenidos hasta nueva orden.

Bajé la cabeza resignado con mi suerte, y al punto fuí conducido al célebre cuarto de los detenidos.

Mi compañera la muerte, después de hacer formal entrega de mi alma al encargado de recibirla y darme un apretón de manos, me dijo así:

—¡Adiós, amigo mío, y buena suerte!

—Adiós, señora, y gracias por la molestia—la dije devolviéndola su cordial saludo.

Dos minutos después el carro de la muerte se perdía de mi vista rodando por el espacio que media entre la bóveda azul y el camino de la tierra.

—¡Adelante, adelante!—decía mi introductor haciéndome pasar á un cuarto inmenso donde había más de ochocientos millones de almas, y al punto todos me rodearon examinándome de los pies á la cabeza, como si yo fuera algún bicho raro.

—¡Que hable, que hable!—decían todos á la vez atronándome con sus gritos.—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?—dijeron mil voces juntas.

—Señores, yo soy español.

—Ya se conoce por lo perezoso.

—Mil gracias por la lisonja.

—¿De dónde vienes?

—Yo vengo de España.

—¡Ja, ja, ja!—repitieron á coro.—¡Qué figura! ¡Qué ridículo es! ¡Si parece un espantajo de higuera!

—¡Señores, señores! Yo seré figura, no lo niego, pero ustedes no me parecen á mí figurines de vestir.

—¡Insolente, aquí se ve, se oye y se calla!

—Pues entonces, ¿por qué me hacen hablar?

—Tiene razón—decía una señora alta y discreta,—dejadle hablar, y que nos diga de qué punto viene de España.

—Señora, yo vengo de un pueblo de la provincia de Madrid que solo dista cuatro leguas de la capital, y donde hay más Bru...nos que Pedros, y más Juan lanas que Domingos; y donde las mujeres ladran porque los hombres las enseñan.

—¡Su nombre! ¡su nombre!—gritaba la concurrencia.

—Yo me llamo Pepe, para servir á VV.

—No es eso, no es eso; el nombre del pueblo.

—¡Ay señores! ¡no me atrevo á decirlo!

—¡Que lo diga, que lo diga!

—Lo diré de modo que no lo entiendan en mi pueblo, porque si lo saben que hablo mal de ellos, son capaces de venir hasta aquí y darme una paliza so...berana.

—¡Que lo diga, que lo diga!

—Pues bueno, allá va; vengo... de Torre...

—¡Basta, basta! Está entendido; tienes razón.

—¿Pero tú eres de allí?

—Yo soy de Madrid.

—¡Ya! ¿Y cómo estabas allí?

—Por mis pecados.

—Pasa, pasa. Estás perdonado, y vivirás con nosotros hasta que los asuntos del cielo estén terminados y concluída nuestra detención.

—¿Y tardarán mucho?

—No sabemos; nosotros hace más de setecientos años que estamos esperando, y aun no han terminado.

—¡Setecientos años! ¿Pues qué pasa en el cielo que no está arreglado?

—Pues una friolera. Ten paciencia y escucha lo que por el cielo pasa.

—Ya escucho.

—Hace más de mil años...

—¡Ave María purísima!

—No te asombres; por aquí cada minuto es un año, y cada año un siglo.

—¿Y cada siglo, qué es?

—Una eternidad.

—El Señor nos libre, amén.

—Pues bien; nosotros estábamos en el cielo como el pez en el agua y cansados de tanto gozar, cuando un día ¡válgame el cielo, pero qué día! estábamos durmiendo á la diestra de Dios Padre, y fuimos despertados por un ruido infernal como si el sol hubiera chocado sobre todos los astros juntos del sistema planetario; las santas, las vírgenes, las mártires, las monjas y beatas, que allí forman por batallones de más de treinta mil plazas de almas benditas, gritaban cuanto podían, y asustadas y azoradas corrían sin concierto de un lado para otro sin saber donde ir y donde estar.

Los cuatrocientos mil millones de angelitos lloraban que se las pelaban por el terror que sus almas sentían, y yo creo se hacían algo más, á juzgar por un olorcillo fétido y corrompido que desde su departamento llegaba hasta nuestras narices.

Los santos rezaban, y los papas, frailes, curas y mo-

nagos, como gente más aguerrida para estos casos, empuñaron sus báculos y tiaras y cuantos objetos hallaron á la mano, y graves y valientes se disponían á combatir contra los enemigos, que á su entender tocaban ya á las puertas divinas.

Todo era confusión, gritos y protestas, cuando la voz grave y majestuosa del Padre Eterno nos dejó callados como una piedra.—¡Silencio!—gritó irritado.—Orden y callar.

Un silencio profundo fué su contestación.

—Que venga el Espíritu Santo—dijo, tomando asiento sobre el sillón presidencial.

Al punto apareció el Espíritu Santo sobre su cabeza en forma de paloma, blanca como la nieve y casta como su color.

—¿Qué mandáis, Poderoso Señor?

—Sal inmediatamente y entérate del motivo de tan extraño ruido.

El Espíritu Santo extendió sus blanquísimas alas, tomó vuelo y salió por el espacio hasta perderle de vista.

—Pronto sabremos lo que pasa—murmuró el Padre Eterno, frotándose las manos con satisfacción.

—Así sea, Señor—exclamaron á una voz con tonillo de convento las santas y santos de la corte celestial.

No habían pasado dos minutos, cuando otro segundo ruido vino de nuevo á perturbar los ánimos, todavía no muy tranquilos, de todos los bienaventurados, cuando el Padre Eterno ordenó á San Pedro que saliera también y se enterase de lo que había ocurrido.

—Pero Señor, si yo soy ya muy viejo para hacerme el matón, y la cosa no debe andar muy buena que diga-

mos por la antesala, cuando hasta aquí sentimos sus efectos.

—Sal y nada temas.

—Saldré, Señor, saldré. Pero Dios sabe si volveré.

San Pedro salió de la sala celestial con paso corto y perezoso, como el que hace las cosas de mala gana, y en cinco minutos de angustia y terror se había dibujado en nuestros rostros el más espantoso color amarillento, producido por el miedo, que todos temblábamos como azogados, y unos á otros nos mirábamos espantados sin pronunciar palabra.

Un terrible portazo nos conmovió de nuevo y vino á sacarnos de nuestro estado de estupor.

San Pedro entró más asustado y azorado que había salido antes; la túnica se le caía por todos lados, y á duras penas podía tapar con ella las partes que el pudor y la vergüenza no me permiten nombrar; los ojos los traía espantados y dilatadas sus pupilas; la boca abierta por la fatiga que su pecho sentía, y sus labios sin poder pronunciar palabra; los pelos no los traía de punta porque, como es sabido, el pobre santo es calvo, pero su cabeza parecía una escarlata por la sangre aglomerada en ella, y sus pies corrían cuanto sus fuerzas se lo permitían, apesar de haber perdido una sandalia por el camino.

—¿Qué ocurre? ¿qué pasa?—preguntó sorprendido el Padre Eterno al verle entrar de tal manera.

—¡Ah, Señor! ¡Qué desgracia!

—¿Qué pasa? ¿qué pasa?

—Si apenas puedo decirlo, ¡es horrible! ¡pero, muy horrible!

—Pero, ¿quieres hablar?

—¡Voy, Señor, voy! dejadme tomar aliento.

—¡Sosiégate!

—¡Ah, Señor! ¿no habéis oído que el último ruido fué así, á modo de una descarga cerrada?

—Bien, y ¿qué?

—¡Pues es una friolera!

—Pero, ¿quieres acabar?

—Dejadme empezar y os lo diré.

—Habla, pues.

—Pues bien, Señor; yo salí presuroso para cumplir vuestras sagradas órdenes, cuando ¡ay de mí! apenas había dado cien pasos, ví en armas y en son de guerra á todos los empleados del cielo, que maldiciendo su destino y envidiando la vida tranquila y regalada que, según ellos, aquí llevamos los que tenemos algún cargo ó carácter oficial, envidiosos ellos como empleados de escaleras abajo, se han rebelado contra lo existente, y con Luzbel á la cabeza, lanzaron el grito de rebelión, descargando sus armas sobre el Espíritu Santo, muriendo aquél á sus manos y levantando el pendón del espiritismo, puesto que habían matado al Espíritu Santo.

—¡Voto va al chápiro!—dijo el Padre Eterno fuera de sí—¡pues me han fastidiado al muchacho! Esos bárbaros, lo van todo á echar á perder; pero no, no se saldrán con su gusto. ¡Manda abrir inmediatamente las puertas del infierno, y que los diablos los arrastren á sus calderas!

—Señor, temo se escape alguno por esos mundos de Dios, y luego ya sabéis lo mucho que cuesta el cazarle y hacerle entrar en razón.

—No importa, ¡ábre las y venceremos!

—Señor, reparad que con esta medida los asuntos divinos quedarán paralizados para mucho tiempo; los libros están quemados, los expedientes rotos y nos vamos á volver locos antes de arreglarlo todo como estaba.

—Nada importa, obedece y calla.

Las puertas del infierno se abrieron, y los diablos se llevaron á los ángeles malos y rebeldes para siempre. Los santos y santas respiraron con placer al verse libres y tranquilos de sus enemigos; pero los asuntos celestes se embrollaron para mucho tiempo hasta que poco á poco y con el tino que el caso requiere, lo vayan arreglando todo; y en vista de tal estado de cosas, se acordó formar el cuarto de detenidos, donde unos por sospechas y otros porque van llegando sin saber su destino, los mandan aquí hasta esperar el dichoso arreglo, y aquí estamos hasta nueva orden.

—¡Luego, tenemos para rato!

—¡Quién lo duda!

—Pues esperemos.

Habían trascurrido algunos años, y nosotros seguíamos esperando y desesperando, por aquello del que espera desespera, y el que viene nunca llega; pero al fin me fuí acostumbrando á esta vida, porque, como es sabido, la costumbre hace ley, y, la verdad, no lo pasaba mal. Un día llegó por casualidad á mis manos un periódico del cielo (porque también allí los hay), cuyo título es *La Voz celestial*, redactado por el coro de ángeles de la derecha, es decir, de la mayoría, y cuya gacetilla está á cargo de una santa, tan joven como bonita, la cual escribe mucho, que, aunque no es muy bueno que digamos, como lo escribe una señora y no fea, no sólo pasa, sino que agrada.

Este periódico decía, entre otras cosas, que los santos se ocupaban sin descanso de los asuntos del cielo, y que pronto terminaría nuestra estancia en este sitio, y que nos fuéramos preparando para nuestro definitivo destino.

Después corrí la vista por la gacetilla, por ser mi lectura predilecta, y me hallé con el caso siguiente, á que *La Voz celestial* daba suma importancia, y copiado al pie de la letra decía así:

«Ayer en el sétimo cielo y en el salón de descanso tuvo lugar una escena bastante desagradable.

»La casualidad unió aquí á un matrimonio que en la tierra habían sido felices con su amor; los dos esposos, al verse y reconocerse, se fundieron en un solo abrazo; lloraron mucho y se consolaron al fin.

»Desde aquel día no se habían separado el uno del otro ni una línea de distancia.

»En uno de esos momentos que los enamorados están más entretenidos en el coloquio más dulce, que la mente de ningún poeta pudo inventar jamás, se vieron acometidos, brusca y desaforadamente, por un recién llegado, que decía llamarse Juana y ser también esposa de su esposo.—¿Es esto cierto, Paco mío?—decía la primera, que llamaban Clara, á su esposo.

—¡Ay de mí!—exclamó D. Paco, casi sin poderse tener de pie.—¡Sí lo es!

—¿Luego, te volviste á casar?—exclamó D.^a Clara, hecha un basilisco, pinchada por el aguijón de los celos.

—¡Qué había de hacer! Después de tu muerte estaba tan triste y afligido por tu falta, que por distraerme en algo me casé por segunda vez.

—¿Y por qué me lo has ocultado?

—Por no darte un disgusto.

—¡Ay, Paco, tú no eres bueno!

—¡Hija, perdóname!

—Ella podrá perdonarte, pero yo jamás,—dijo doña Juana, cada vez más furiosa ante los ojos de su rival, que parecían devorarla.

—¿Y cómo quedamos ahora?—preguntó D.^a Clara amenazando á su esposo.

—¡Toma! ¿Pues cómo hemos de quedar?—dijo doña Juana—V. sola y yo con Paco.

—Eso no está claro.

—Pues estará turbio.

—A mí me corresponde de derecho por ser la primera.

—Esas leyes no rigen, y veremos quien se le lleva.

—¡Es mío!

—¡Pues también lo es mío!

—¡El demonio de la mujer!

—¡El demonio del espantajo!

—¡Yo espantajo! ¡Si la agarro por el moño la arrastro como un pelele en día de carnaval!

—¿A mí?

—A V. ¿Lo quiere ver?

—Alto, señoras, alto y basta de quimeras—dijo terciando una tercera señora en la cuestión,—al fin las dos han de quedar iguales.

—¡Cómo iguales!—repusieron á la vez D.^a Clara y D.^a Juana.

—Sí, iguales, porque yo soy la verdadera esposa de D. Paco y tengo seis hijos de él.

—¡Será posible!—exclamaron sorprendidas y unidas las dos esposas para luchar contra la tercera.

—Por desgracia es cierto—dijo D. Paco tartamudeando ante sus tres mujeres,—me casé tercera vez.

•D.^a Juana y D.^a Clara acometieron con tal ímpetu y corage sobre su pobre esposo, que lo derribaron al suelo, cubriéndole de golpes y arañazos, que daba compasión el verle medio molido, á las voces de ¡pillo! ¡Vas á morir á mis manos!

—Señoras, ¿qué escándalo es este?—dijo una voz sacramental con tono de marcado acento de mando.—Parece que están VV. en la plaza de la Cebada más bien que en el sétimo cielo.

—Señor—dijeron las mujeres fuera de sí,—este pícaro nos ha engañado á las tres y no sabemos á quién le corresponde de derecho.

—Por derecho me corresponde á mí—dijo D.^a Clara, que no quería perder el derecho de ser su primera esposa.

—Aquí no rigen esas leyes, y á la que Dios se le dé San Pedro se le bendiga y amén.

—¿Pero sabes tú lo que has hecho?—le dijo en son de amarga reconvención al atribulado D. Paco, que se hallaba como el que ve visiones.

—Ne sé nada. ¡Perdón! ¡perdón!

—¡No hay perdón! ¿No sabes tú que el que se casa una vez va al cielo por mártir, y el que lo repite segunda vez al infierno por bruto?

—No lo sabía, señor.

—Luego tú, que te has casado tres veces, ¿adónde debes de ir?

—Señor, no lo sé—repuso D. Paco sudando la gota gorda del tamaño de avellanas.

—Su fallo está decretado por el Altísimo—dijo una

voz clara y sonora, cuyo eco sonó en el espacio, lanzada por San Miguel, que agitaba en sus manos el peso con la balanza del bien y el mal.—Su mayor castigo será obligarle á vivir con sus tres mujeres á la vez, y lejos, muy lejos de estos santos lugares.

—Pero señor, si una sola no se puede resistir, y uno se vuelve loco, ¿qué será de mí con las tres?

—Es tu sentencia.

—¡Pero señor, por caridad! revocadme la sentencia.

—No puede ser; tal escándalo merece un ejemplar castigo.

—¡Pero el mío es atroz!

—Aun puede ser mayor si no te conformas con tu suerte. ¡Desdichado de ti si pronuncias más palabras! Recoge tus tres mujeres y sal inmediatamente de aquí.

•D. Paco se vió apuradísimo para este caso; dió el brazo derecho á Juana, el izquierdo á Clara, pero no sabía qué hacer de la tercera, cuando ésta, dando un brinco gimnástico, se plantó de un salto sobre sus hombros, diciéndole así:

—¡Arrastra! ¿Querías dejarme aquí?

•De tal manera salió D. Paco del cielo, tirando cuanto sus fuerzas se lo permitían de sus tres mujeres, y diciendo para sí: Pues señor, está visto que ni al cielo se puede ir con mujeres.

•D. Paco y sus tres mujeres fueron sentenciados á la Luna, donde otro día daremos pormenores de su viaje, que no dejan de ser curiosos y entretenidos.»

Después leí la novela que empezaba así: «*Un recuerdo de la tierra!*» novela de sensación, escrita por un ángelón y traducida del vizcaíno.

«La noche que precedió al 24 de julio de 1577 fué

fría y desapacible, como lo son todas las de invierno.

»Las torres y almenas de Madrid ostentaban negras colgaduras, por la triste muerte de D. Pedro I de Castilla.

»Por la calle de Carretas avanzaba un embozado á paso ligero; al llegar á la antigua Imprenta Nacional, paró su marcha para encender un habano; frotó un fósforo y se puso tranquilo á fumar á la triste luz de un farol de gas, para dar lugar á la llegada del tranvía.

»El Rey D. Pedro ya no respiraba; por esta razón había dejado de existir.

»Castelar, asomado á la ventana de una alta bohardilla, guiñaba el ojo izquierdo á Cristóbal Colón, que del brazo de Martínez Campos salían del palacio de las Cortes de proclamar á Nerón Presidente de la República de Misisipí.

»Amadeo I aprendía el idioma castellano para un día ser Rey de tontos.

»Carlos Sietemil se chupaba el dedo de gusto ante las sayas y sayones que lo proclamaba Rey de las montañas y simas, rompiéndose el alma con el mayor orden y solaz de sus partidarios.

»Serrano salió en busca de Isabel I por esos mundos de Dios, y si bien es cierto que no pudo topar con ella, halló al Cid Campeador ocupado en montar un globo para trasportar folletos desde París, y dieron con sus cuer...pos en medio de las fieles tropas del héroe del as de oros, y quedaron prisioneros de guerra y declarados buena presa por el alcalde de Móstoles, el cual entonó en su célebre órgano un salmo á Daoiz por tan fausta nueva.

»El gran Nerón, sabedor de tal noticia, llegó con sus

lanzas romanas hasta las mismas puertas de Alcorcón en tren especial, y allí le rechazaron por la fuerza de las armas Cicerón y Espronceda, que ambos se miraban con recelo porque Narváez juraba vengarse de Felipe V por la tostada que le había jugado, quitándole la mitra de Chamberí allá por los años de 1999.

»Tal orden de cosas no podía continuar por más tiempo así, y la cólera divina, indignada ante tales atropellos, dispuso castigar con mano fuerte todas sus ambiciones, arrojando sobre la tierra todas las plagas de Faraón corregidas y aumentadas cuanto fué posible, las cuales depositó en manos de Cánovas y Sagasta para hacernos purgar nuestros pecados habidos y por haber, hasta que al fin Carlos II el hechizado, ó el hechicero que es igual, publicó al son de tambor batiente el socialismo internacional en toda Europa.»

Aquí llegaba de mi novela, cuando sentí un agudo y prolongado toque de trompeta, cuyo eco nos hizo estremecer de pavor, y que al decir de los demás, era la trompeta del juicio final.

—¡Cómo! ¿Se ha concluido ya el mundo?

—No; es que llegó la hora de salir del cuarto de los detenidos para ir á nuestro destino.

—¡Gracias á Dios!

—Pues salgamos.

En este momento estoy tomando vez para mi presentación, y tengo el núm. 897.492.572.402, y con este motivo pongo punto á esta mal trazada carta, hasta que me despachen de una vez y os pueda escribir otra más extensa é interesante de lo mucho que le queda que ver á vuestro hermano que os quiere.—Pepe, que fué; y hoy, ¡un alma del otro mundo!



¿EXISTE EL AMOR?



o; corazones hay muchos, los más, secos como las hojas desprendidas de los árboles en otoño; rancios como sus costumbres débiles, como las fuerzas del niño y desconfiados como viejos marrulleros; pocos, muy pocos son los que sienten hoy el calor de las pasiones, habiendo decaído tanto el abuso de este papel, que apenas alcanza un bajo precio en los mercados de la fría razón y en los salones de nuestro cerebro helado. ¡Todo es mentira!

La mujer pretende engañar al hombre y el hombre cree engañar á la mujer, y los dos á la vez son engañados.

El mundo es una jaula de locos en la cual todos hacen cuanto pueden por satisfacer sus apetitos y caprichos, cubriendo las apariencias y pretendiendo á todo trance pasar á la vista de los demás por un modelo terminado y perfecto, cuando en su fondo sólo hay barro, miseria y egoísmo. Sólo en cabezas destempladas y enfermas de la luz de la razón puede caber el mítológico amor con los divinos colores que los poetas nos lo pintan; ellos al fin son locos también, porque pasan

su vida soñando con dulces ilusiones que su mente crea en momentos de ciego delirio; pero que la realidad con su pesada maza del desengaño los aparta de su lado con el peso de su fría razón, y al fin, cansados de luchar en vano contra un fantasma que persiguen siempre sin hallar jamás, su alma se fatiga, sus fuerzas se cansan y su paciencia se agota, muriendo el cuerpo para el mundo y volando el espíritu á su destino.

Después, nada; sus versos y sus obras son el rastro que dejan de su vida cual planeta luminoso que el espacio cruza, dejando una ráfaga de fuego por breves momentos; sus libros, como contagio del mal, llegan á nuestras manos y se cumple aquel adagio de «un loco hace á ciento.»

Es verdad; yo leí mucho y lo leí con fe; no sé cómo obré; pero un amigo mío, á propósito de esta cuestión, me decía:

«Aunque digan ¡qué locura!
algunos hombres perversos,
quiero bajar entre versos
á la misma sepultura.»

La poesía y el amor son las dos hermanas gemelas que el hombre unió á su manera para servirse de ellas como un talismán precioso, para obrar según á él le convenga en el corazón de la mujer.

El amor, despojado de la parte de adorno que el poeta viste con encantos y bellezas, no es nada; materia, polvo, nada al fin.

El suicidio suele ser el término del viaje del amor; ¡cuántos han muerto locos por esta pasión!

Es verdad que sólo estando locos pueden obrar así; pero lo cierto es que el suicidio sólo reconoce tres poderosas causas, el amor y sus celos, la miseria y el honor de cubrir ciertas faltas que el deber nos manda sellar con nuestra vida.

¡Todos locos! El hombre cuerdo huye del amor como de la peste.

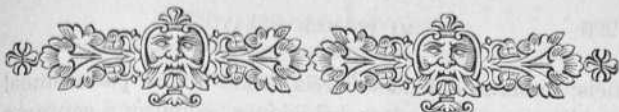
El amor es un líquido emponzoñado que la fatalidad nos brinda en copa de oro, y una vez bebido, sus resultados son inevitables.

Por fortuna, los atacados son muy pocos, por más que los poetas griten cuanto quieran; hoy, en el siglo de las luces, el mejor billete de amor es un billete de Banco. Dinero, salud, paz y sosiego son los elementos de la vida real y positiva; reunidlos y seréis felices; conoced el amor y seréis cual la hoja seca que rodando por el suelo es el juguete del huracán que la hace seguir su destino y cuyo paradero ignora, caminando siempre á oscuras y saltando de precipicio en precipicio, hasta que su tumba halla en la corriente de un caudaloso río, y allí mueren sus esperanzas, se ablanda su cuerpo y sus restos son esparcidos por sus cristallinas aguas y el oleaje los arrastra para siempre.

Era su destino, le recordamos hoy para olvidarle mañana.

Este es el mundo; el más cuerdo podemos pasar por el menos loco.





LA MURALLA DE CARNE



RECUERDO que hace algunos años, una hermosa tarde de otoño, cuando el sol empieza á dejar-nos sentir menos su grato fluido para poco á poco hacernos pasar á los rigores del frío acompañado de sus correspondientes nieves y escarchas, como despedida de nosotros; durante el invierno, de los ardores que nos regala con exceso en el verano, en uno de esos días de grata temperatura que pueden llamarse despedida del calor, me hallaba gozando de tan halagüeña temperatura sentado en una silla cerca del estanque grande del Buen Retiro.

Meditaba, y no sabía el qué; quería pensar en algo de provecho, y solo asomaban á mi mente recuerdos viejos del pasado tiempo, que me hacían sufrir en extremo, y mi vista, triste é indiferente á cuanto á mi lado veía pasar, vino á fijarse en los inocentes niños que con sus diminutas manos se complacían en echar pedacitos de pan partido á los peces y patos que sustentan las aguas de dicho estanque. ¡Qué felices son!—exclamé yo para mí.—¡Dios sabe lo que os estará reservado para vuestro porvenir! ¡Gozad hoy de la dicha que te-

néis; mañana quizás sufriréis, como todos padecemos!

Al poco rato de estas reflexiones, vinieron á sentarse cerca del sitio que yo ocupaba tres caballeros de edad algo avanzada, pelo blanco y largos y canosos bigotes, ostentando en el ojal de sus levitas la cinta roja, la de San Fernando, ó la del Mérito Militar; los tres parecían serlo en ese aire especial que éstos se distinguen de los paisanos, y su conversación, que ya era una discusión animada, no dejaba duda alguna de su presencia.

El más grave y más anciano de los tres decía á sus compañeros en el momento de tomar asiento:

—No le dén VV. vueltas; las trincheras dobles con foso y contra-foso, defendidas por dos batallones por kilómetro, suponiendo cada batallón de mil plazas, son inespugnables.

—¿Y la artillería?—decía el segundo.

—La artillería no puede precisar sus fuegos sobre líneas movedizas de arena, donde vienen á enterrarse sus proyectiles, inutilizando sus efectos; esto por un lado, y por otro, que nuestra artillería apagaría el fuego de la enemiga.

—Pues yo soy de opinión—decía el tercero—que la historia ha demostrado mil veces prácticamente que las trincheras y reductos sólo sirven para detener el paso al enemigo algunas horas, ó hacerle aceptar la batalla; yo estoy por un fuerte con buenas murallas, dotadas de artillería fuerte y poderosa, y con esto y un corto ejército para defenderlo y atacarle á la vez, con salidas oportunas y bien dirigidas, unido al auxilio de la población sitiada, ¡vengan enemigos! Dígalos si no Zaragoza y Génova, y cuantas plazas y poblaciones las han querido imitar en casos por el estilo.

—No soy de su opinión, mi General, y lo siento en el alma; pero yo quiero campo ancho, por aquello de plaza sitiada ..

—Sí; entiendo, ¿plaza tomada, eh? Pues está V. en un error y yo le demostraré que...

En aquel momento se acercó á saludar á los tres veteranos un joven y simpático capitán, luciendo en su elegante uniforme la faja azul de nuestro Estado Mayor.

—¡Bien venido, capitán!—dijo el más anciano tendiéndole á la vez su mano, en un afectuoso saludo—y llega á tiempo para que sea V. el fiscal que defienda mi causa en esta discusión; el caso es éste: y en dos palabras enteró al recién llegado del asunto que trataban.

—¿Y, qué quieren que diga yo ante la opinión y la práctica militar de VV., cansados de mandar ejércitos y llevar la faja? Ante mis jefes mi pobre opinión no puede dar ninguna luz.

—Sin embargo, deseamos conocerla.

—Si V. E. me lo manda como jefe, en ese caso sólo me toca obedecer sus órdenes.

—¡Nada de eso, capitán! Os lo suplicamos como amigos.

—Pues entonces, les contestaré como á los amigos de confianza.

—Qedáis autorizado.

—Mil gracias, mi General, por esta deferencia, y con su permiso, debo manifestarle que, según mi pobre opinión, y vistos los adelantos destructores que se han inventado en las armas, sus terribles efectos y la destrucción que causan á una distancia inmensa y cobarde del que las produce y que hoy por hoy, no hay nada re-

sistible á sus fuegos, pues las murallas, fosos, trincheras, baluartes y reductos, todo cae en un plazo más ó menos corto á los pies del hombre, como castillos de naipes, derretidos al calor de sus balas, creo que la mejor muralla de hoy, es la muralla de carne; lo que no puede un batallón, dos; lo que no pueden dos, ciento, y la victoria será siempre de la carne; las fortalezas de piedra han perdido el pleito para no recuperarlo jamás.

El capitán saludó respetuosamente y siguió su camino.

Yo le seguí con la vista hasta que lo perdí entre la apiñada gente que llenaba el paseo, y sin saber por qué, ni explicarme su causa, las palabras del capitán se fijaron en mi pensamiento como impresas en mi cerebro.

Como no soy militar (ni puedo serlo), ni entiendo una jota del arte de la guerra, no sabía quién tenía razón, ni quién carecía de ella; pero lo cierto es que la palabra de la muralla de carne humana me había hecho un efecto inexplicable que sin cesar me decía:—¿será posible que el hierro y el plomo sean vencidos por la carne, ó que lo blando pueda sobreponerse á lo duro de sus masas?

Una suave palmada descargada sobre mi hombro derecho vino á sacarme de mis meditaciones, y me hallé frente á frente con mi amigo Pepe, que me decía al mismo tiempo:

—¿En qué diablos piensas?

—¡En algo de los diablos pienso!

—¡Chico! ¿Estás condenado?

—Casi, casi.

—Explícate y podré comprenderte—dijo tomando asiento cerca de mí, y yo le referí la conversación que

había oído á los militares y la contestación dada por el capitán.

—¿Y eso te admira?—repuso mi amigo.

—Hombre, sí, por las reflexiones á que se presta.

—¿Qué reflexiones ni qué calabazas? ¿ves lo débil y frágil que es una hoja de papel?

—Sí, lo sé.

—Pues bien; ya comprendes que no hay tijera, por mala que sea, que no lo divida.

—Es natural.

—Pero dobla ese mismo papel en varios dobleces y la tijera se resistirá algo á dividirlo; sigue doblando el papel en el mismo sentido, y la tijera mejor afilada será inútil intente siquiera marcar su corte sobre los múltiples dobleces del frágil papel; esta es la unión, y la unión es la base de la fuerza.

Si esta misma unión existiera igual entre las naciones del globo, no habría nunca guerras ni desastres; si la misma imitaran los pueblos civilizados, serían libres y respetados á la vez que respetaban á los demás; y si llevamos esta preciosa unión al hogar doméstico, las familias así unidas bajo los vínculos del amor fraternal serían ricas y felices trabajando todos de buena fe, para fomentar los capitales de sus casas con la unión del trabajo familiar.

De lo contrario, las naciones, los pueblos y las familias desunidas y que cada cual se proclama independiente y abandonan esta preciosa unión para correr ideales locos y aventurados, cuyo resultado no es fácil prever, la suerte cambia con frecuencia en la vida, y la loca fortuna, jugando al azar con sus destinos, los coge en detall y los tritura uno á uno, bajo los rayos

de su caprichosa rueda, para no reponerse jamás.

—¡Tienes razón! la unión es el todo, sin ella no podemos ser nada.

—Pues bien; ahí tienes explicado por qué los ejércitos son fuertes; por la unión de sus filas impuesta por la ordenanza militar de morir antes que faltar á ella; así es, que como dice bien el joven capitán, la mejor muralla es la carne, es decir, tantos cuantos hombres se necesitan, y con ellos y su unión la victoria no es dudosa.

—No te esfuerces más en demostrar cosa tan clara, lo comprendo perfectamente todo, y por desgracia, mi familia es un ejemplo de lo que terminas de decirme.

—Pues bien; puesto que te has fijado en tu familia, como modelo, ¿por qué no haces tú la parte que te corresponde para ayudarla á salir de su letargo?

—¡Ay, amigo mío; eso es imposible!

—¿Por qué razón?

—Hombre, yo bien quisiera hacer gustoso cuanto de mí dependiera; pero mi padre me impone tan cruel sacrificio, que al obedecerle sería desgraciado para toda mi vida, y no me creo con fuerzas suficientes para cumplirlo.

—Esas son tonterías, y dispensa que te lo diga; ¡cuántos y cuántos desearían hallarse en tu caso y se creerían hasta felices!

—Lo creo; pero como sabes perfectamente que la felicidad es relativa en la vida, y lo que hace felices á unos constituye la desgracia de los otros, yo no puedo resignarme á una felicidad negativa para mí, al unirme de buena fe á una mujer para siempre, sin temor á romper mis juramentos, y que mañana quizás sea más desgraciado que hoy.

—¿En qué te fundas?

—En las circunstancias especiales que me rodean; la mujer que me depara mi familia para unir su suerte á la mía, no la conozco, no la traté jamás, no la vi ni una sola vez; ella vive lejos de mí; nos separan seis mil leguas de distancia, por cuyo centro atraviesa el mar, turbio, cenagoso y expuesta su travesía, como la empresa que me proponen.

Ella probablemente no me ama, no puede amarme, como es lógico y natural, sin tratarme ni conocerme; y para mí, me es indiferente; digo mal, no me es indiferente, sino temible. ¿Pensará ella como pienso yo? ¿Será su corazón como la ilusión que mi alma sueña? ¿Será su alma la hermana gemela de la mía?

—He aquí tres preguntas que siempre me hago, sin que jamás acierte á contestar.

—Pero su dote es respetable.

—Es verdad, no sólo es respetable, sino una verdadera fortuna; ¿pero qué es el dinero? Es cierto que es el eje de la rueda del mundo, y que sin él no se puede vivir; pero que en sí y en sustancia, sólo es légamo y sucio barro, que mancha las manos que lo tocan, porque va impregnado en el lodo del crimen, del honor robado, de la virtud comprada y la virgen violada; el oro es la serpiente que rodea nuestro cerebro, ahogándonos con su avaricia y fascinando nuestra vista con sus destellos, sin apartarse de nosotros hasta el último momento de esta vida de engaños y miserias sin fin, pasamos á otra más positiva, bella é ideal, donde el alma vuela á su destino, y el oro con el cuerpo unido, como barro y cieno, juntos quedan en su asqueroso cenagal, de cuyo fondo no saldrán jamás.

—¿Y tu casa?

—¿Y mi felicidad?

—¿Y el honor amenazado de...?

—Calla, calla, no hables, me haces mal.

—Dentro de algunos meses si cierta cantidad no hace efectiva tu familia... entonces...

—Lo sé. ¡No prosigas!

—Y entonces tú, ¿qué harás?

—¡Oh! no; ¡me casaré!

—¿Estás decidido?

—Completamente.

—¿No te arrepentirás?

—¡No! ¡te lo juro! Será el último sacrificio que consagre al autor de mis días—repuso Pepe con marcada tristeza, al paso que dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y al deslizarse por su rostro, las limpió con esa precipitación que impulsa la vergüenza, y poniéndose en pie y asiendo el brazo de mi amigo, le dije así:

—Vamos á otro sitio; tengo que hablarte.

Llegó la noche: el paseo quedó triste, sombrío y solitario.

Los guardas recorrían sus cuarteles haciendo salir de ellos alguno que otro rezagado, algún dormilón incorregible ó alguna misteriosa pareja que, deslizándose de la vista de sus semejantes, buscan sitio ameno y retirado para decirse mutuamente ¡yo te amo! cosa interesantísima para ellos y sin ningún valor para los demás.

La plateada luna se destacaba clara y luminosa sobre un limpio cielo y la bóveda azul majestuosa y grande como siempre; la dulce brisa movía coquetonamente las hojas de los árboles, produciendo ese eco grave y

sonoro que durante las horas de la noche es la reina del retiro y el silencio; los guardas se retiraron á sus hogares para cenar con sus familias, y sólo de vez en cuando interrumpía tan misterioso silencio el rugir bronco y calenturiento del león, que al verse preso bajo los barrotes de su jaula de hierro, lanzaba sus quejidos al aire, como protestas de su libertad perdida, dando sus ayes un pavor siniestro al recinto, donde el eco los hacía repetir por los espacios.

El graznido del pavo real, tan áspero como indigesto al oído más vulgar del mundo, da un aspecto aterrador á sus jardines, que sólo es comparable con las escenas que Zorrilla nos pinta en su *Don Juan Tenorio*, cuando la estatua de D.^a Inés desaparece de su fosa ante la vista de su perdido amante.

Las nueve de la noche se dejaban sentir en todos los relojes de la capital, cuando á paso tardío y perezoso avanzaba por una de sus desiertas calles una pareja asida del brazo, procurando que sus pisadas no produjeran ruido sobre su movida arena, y ciñéndose cuanto podían á los árboles del camino para que su sombra no destacara sus cuerpos á la luz de la luna, la cual, dejando por aquella noche su misión de proteger á los enamorados, parecía que desde su elevada posición, burlona los miraba y se reía y con tenaz empeño lanzaba el foco de su luz eléctrica para descubrirlos mejor.

Una voz dulce y agitada por la emoción decía balbuciente al oído de su acompañante:

—¡Dios mío, cómo se ha pasado la hora sin sentir, y ahora estamos encerrados!

Con efecto, el día que esto ocurría era uno de los del año de 186..., antes de la célebre revolución lla-

mada por mal nombre *la gloriosa*, y en aquella época el Retiro estaba cerrado completamente por tapias, que apesar de ser débiles, cerraban su recinto, quedando aislado de la población, hasta que el nuevo sol volvía á abrir sus paseos y jardines á sus abonados.

Hoy ya es otra cosa, y puede burlarse su vigilancia con más facilidad que entonces.

—No temas, vida mía; yo me abriré paso por donde quiera que sea ó dejo de ser quien soy.

—Si nos sorprendieran aquí, ¡qué vergüenza! ¡Qué escándalo para mi familia!

—Nada temas; habla bajo, procura no hacer ruido y todo se arreglará.

Más de media hora duró esta marcha sigilosa y llena de sustos y temores, que al menor ruido suspendían sus pasos recelosos, y al cerciorarse que nadie los espiaba, volvían á continuar su azorado camino.

Por fin llegaron al pie del muro y cerca del Cerrillo de San Blas; una vez allí, el caballero trepó como pudo por la tapia y ayudó á subir á la dama hasta su borde, y desde allí bajó él primero, ágil como un muchacho, y bajó al suelo su amada carga de la mujer que acompañaba.

Apenas había puesto los pies en el suelo, cuando dos sombras se destacaron de la oscuridad que proyectaba la tapia y avanzaron en dirección á la feliz pareja, que con penosos esfuerzos habían conseguido su libertad; cuando estuvieron á cuatro pasos de distancia, se oyeron estas exclamaciones:

— ¡Es ella! ¡Es él!

Una detonación producida por un arma de fuego sonó en el silencio de la noche, como el trueno suena en el espacio, reproduciendo su eco la bóveda azul al

tiempo que un cuerpo bañado en sangre caía al suelo para no levantarse más y un ¡ay! desgarrador acompañó á la detonación en su fuga exclamando con voz dolorida:

—¡Me han matado!

El silencio sucedió al espanto; la calma reinaba en Madrid y la voz de los serenos cantaba sin descanso:

—¡Las doce y media y sereno!



Creo que la felicidad es la antesala de la desgracia, donde los placeres de la primera nos dan fuerzas para soportar los dolores de la segunda.

Habían transcurrido siete meses desde el día que mi amigo Pepe me sorprendió en el Buen Retiro la tarde que determiné conceder á mis padres el beneplácito para casarme con la mujer que ellos me destinaban, y en este tiempo llegó mi carta con mi ciega obediencia, y yo era casado sin dejar de ser soltero, es decir, nos habíamos casado por poderes, y mi desconocida esposa había surcado las azuladas olas del mar, y el vapor, aplicado á los nacientes caminos de hierro en España, trasportaba mi cara mitad, que con su rápida velocidad estrechaba la distancia que nos separaba.

Pronto, muy pronto había de verme ante su presencia; su última carta y su último párrafo decían así:

«Llegaremos á Madrid el 13 en el tren de las diez de la noche; mi mamá agitará un pañuelo blanco y yo otro, como señal para conocernos; V. nos llamará por nuestro nombre y hablaremos. Su esposa que le aprecia.—MATILDE.»

Con semejante modelo de carta entre esposos y su fría ceremonia, hija de la falta de cariño, que sólo engendra el trato natural de seres que al entenderse se aman, me hacía sudar, como si estuviera segando, y mi pensamiento bullía en mi mente, para esconderse en lo más recóndito del cerebro, como asustado de la obra que terminaba en hacerla efectiva é inevitable.

Llegaban á las diez de la noche, y la esfera de mi reloj marcaba las nueve y diez minutos del día de su llegada.

Tomé maquinalmente el sombrero y el bastón, salí á la calle y entré en el café Imperial, donde me esperaba impaciente mi amigo Pepe, el cual, al verme llegar, me dijo:

—¡Qué calma tienes!

—¿Por qué?

—Porque ya es hora.

—No tal; son las nueve y veinte.

—Pues alabo tu calma; vamos á llegar tarde.

—Para el suicidio siempre se llega á tiempo.

—Tú siempre serás el mismo.

—Y en prueba de que nos sobra tiempo, voy á tomar café con tu permiso.

—Como gustes; pero si el tren llega, y nosotros no estamos, figúrate qué dirán de tu ausencia.

—No temas, y acto seguido me sirvieron el café, lo tomé despacio, y encendiendo un habano, que de seguro no había estado en la Habana, salimos del café.

Un carruaje nos llevó á la estación del Mediodía, que para nosotros era casi de media noche, ó por mejor decir, de noche verdadera; y provistos de los correspondientes billetes de andén, pasamos bajo sus ruinosas y

sucias naves á los estrechos y pobres andenes, donde con gran sorpresa nuestra leímos un anuncio, con letras formadas con yeso sobre negra pizarra, como usan los chicos de la escuela, que decía así: «El tren mixto de Andalucía trae tres horas y cincuenta y siete minutos de retraso.»

Una bomba que hubiera caído sobre mi cabeza, no me hubiera hecho más efecto, por aquello del que espera desespera.

A mi amigo no sé el efecto que le causaría, pero su elocuente silencio y su cara rígida y contraída indicaban claramente que gozaba tanto como yo.

—¿Qué hacemos?—me dijo al fin.

—Lo que gustes; ahora te convencerás que no por mucho madrugar amanece más temprano.

—Cierto; pero si el tren hubiera llegado á su hora...

—¡Pero como no ha llegado!

—Buenas noches, señorito Pepe—dijo un empleado de la estación, descubriéndose cortesmente y cerrando nuestro paso con su salado.

—No tengo el gusto de conocer á V.—le repuso mi amigo.

—¡Cómo! ¿Será posible que ya no me conozca V.?

—No recuerdo en este momento...

—¡Soy Manuel! Su criado de V., que fué arriero.

—Sí, sí, ya recuerdo ahora. Pero, chico, ¿quién diablos había de conocerte con ese lustroso uniforme? ¡Botón dorado y más galones en la gorra que lleva un coronel en las mangas!

—¡Qué quiere V., señorito! la vida de criado me aburría, y el General Pez me colocó aquí, donde estoy perfectamente.

—Pues chico, di tú que los caminos de hierro han hecho más milagros que hizo Dios cuando andaba por el mundo—le repuso mi amigo con la naturalidad propia en él.

—¿Cómo dices eso?—exclamé yo sorprendido.

—No te admires—añadió Pepe, siempre con su gravedad natural,—que yo me exprese como lo siento. Dios hizo todo lo grande y lo bello, como al fin obra suya; pero lo que no se le ocurrió jamás fué dar levita á los arrieros, como el ferrocarril lo ha conseguido.

—Tienes razón—contesté entre dientes ante razón tan elocuente.

—Señorito—exclamó Manuel,—¿y á qué debo el gusto de ver á V. á estas horas por aquí?

—Hombre, esperábamos el tren de Andalucía, y como trae tanto retraso, no sabíamos en qué pasar este rato, ó volvernos á casa para bajar después, y en esta indecisión es cuando nos hemos encontrado.

—Si gustan VV. pasar á mi despacho, hoy me toca de guardia y pueden descansar un rato.

La necesidad hace virtud, y sin darnos cuenta de lo que hacíamos, seguimos á Manuel, y dos minutos después ocupábamos unas pobres sillas de paja blanca y pino malo, llamadas de Valencia, en un despacho que solo tenía el nombre de tal, y en su vista la de una mala prendería del Rastro.

Manuel nos obsequió con cerveza y cigarros, y la conversación giró de esta manera:

—Dispensen VV. lo pobre y raquítico donde los he traído, pero no hay otra cosa—dijo Manuel al tiempo que daba más luz á una lámpara de petróleo que sobre una mesa ardía á media luz, sin duda porque ésta no

molestara demasiado á la vista, ó por hacer economía del mineral.

—Pues qué, ¿está la compañía en tan estrechas circunstancias que tiene que hacer tales economías?

—No lo crea V., la compañía es un mar de oro y su venta un río de plata acuñada, que todos los días entra su corriente en las arcas de la empresa.

—¿Entonces, cómo se explica?...

—Muy sencillo, yo le diré á V. lo poco que he visto en el corto tiempo que llevo á su servicio.

—Hombre, sí, habla y pasaremos el rato hasta la llegada del dichoso tren.

—Pues bien, señorito, yo creía que al entrar aquí se entraba poco menos que en el otro mundo, pues jamás podía figurarme que compañías tan grandes y tan ricas no tuvieran por base la razón y la justicia unida, y que la misión y las personas que las componen sabrían curar sus males y fomentar sus bienes; pero pronto salí de mi error y ví que era una copia fiel de los malos Gobiernos, que por desgracia solemos tener, y como copia, mala al fin.

Esto es como los conventos, que mirados por su exterior impone un sagrado respeto su aparente calma; enterados de sus interioridades y dando un paso dentro de sus muros y una ojeada á sus conciencias y vida privada, el respeto vuela y nuestra risa alcanza.

Es la fascinación del teatro, donde el espectador se impresiona bajo su farsa, rodeada de paisajes de pintada lona, cuyo lejos agrada y su cerca enfada; ó como las reinas de bastidores con pintado rostro y empolvados brazos, aplaudimos frenéticamente, y la fuerza de la ilusión nos hace creer ser tales reinas, y nos vemos

que dos horas después, arrojando su cetro de lata y su corona de talco, quizás duerma en pobre lecho, sobre piso cuarto y en su real estomago bullan inquietas algunas mal guisadas judías.

Pues bien; como en este mundo todo es mentira y sólo viven unos haciendo morir á otros, nosotros entramos aquí ganando diez reales diarios, es decir, la plebe, que para la influencia siempre está la puerta abierta, para hacer su *entrada triunfal* con 20 ó 30.000 reales y su nacionalidad extranjera.

Nuestros antepasados surcaron los mares, y siguiendo la senda que Colón dejó marcada, se hacían ricos, es verdad; pero al fin se exponían á morir de enfermedades desconocidas y en lejanas tierras, ó bien en la travesía del Océano; hoy es al contrario, las Américas son España, los negros los españoles y los explotadores los extranjeros, que impasibles agotan sus minas seguras é infalibles y libres de todo peligro, como son los ferrocarriles, que poco más ó menos en todos pasa lo mismo.

¡Ay, señorito! ¡Cuánto se sufre aquí! Y después de trabajar mucho y ganar muy poco, la vejez es aún más triste y dolorosa; no tenemos derecho á nada; en una palabra, sufrimos la suerte del limón, que después de esprimir su jugo, se arrojan sus cáscaras por inútiles.

—¿Y tú eres casado?

—Por desgracia, no, señor.

—¿Cómo por desgracia?

—Digo por desgracia, porque... dispénsese V., señorito, me hace V. recordar cosas tan tristes... ¡sufro tanto!—Y Manuel tomó un aspecto taciturno y pensativo, que, fijando su distraída mirada en el suelo, no articuló

palabra, hasta que mi amigo le sacó de su estado de estupor, diciéndole así:

—¿Qué te pasa? ¿Te pones malo? ¿Qué tienes?

—No se alarme V., no es nada. ¡Oh! Siempre que por mi mente cruza este recuerdo me hace sufrir tanto, que mi cabeza se desvanece y las fuerzas me abandonan; ¡soy muy desgraciado!

—¿Hombre, por qué?

—¡Ay, señorito! Figúrese V. que había encontrado todo cuanto pudiera soñar de felicidad, reunido en la mujer que amaba con toda mi alma, cuando el hilo de su existencia la segó prematura la muerte con su traidora guadaña, y yo, desde aquel día que robó mi calma, la llamo en vano, y mi vida alarga para gozarse, sin duda, en mi tormento.

—¿Murió?

—No murió; me la mataron.

—¿Cómo?

—Faltaban pocos días para que las sagradas bendiciones cayeran sobre nuestras cabezas para siempre, y cuando la felicidad tocaba á mis labios y la fortuna me sonreía, pasando cerca de mí con su caprichosa rueda, como fallo de nuestro destino, llegó un día, ¡ah qué día! Dulces y unidos salimos ya tarde al Retiro, nos deslizamos en sus retirados paseos, y tanto hablamos y nos distraímos tanto con los dulces proyectos que preceden á toda boda, que cuando volvimos en nuestra razón, pues los enamorados creo están lejos de ella, fué cuando nos apercibimos que la luna nos alumbraba, las puertas habían sido cerradas y nosotros prisioneros de sus tapias.

Mi desgraciada prometida comprendió lo apurado de

las circunstancias que nos rodeaban en tan críticos momentos, y estuvo á punto de perder el juicio; yo, jugando el todo por el todo, salté la tapia, salvé á mi dama, y cuando nuestro pecho exhalaba ese suspiro que, arrancado del fondo de nuestra alma, se escapa solo y fugitivo, y su eco dice un mundo de cosas, en sí expresado; en el momento mismo de abandonar la esclavitud por la libertad, conseguida al azar del destino; en aquel feliz momento de angustia trocada por el bien perdido, divisé cerca de mí dos sombras negras, cual fantasmas, que silenciosos espiaban nuestra falta, y dos voces se cruzaron á un tiempo en mis oídos; mi prometida exclamó, toda aterrada: ¡es él! Las sombras tomaron movimiento y avanzando hacia nosotros, exclamaron: ¡es ella! Y una detonación producida por un arma de fuego, cuyo proyectil infame atravesó el corazón de la mujer que adoraba, dejándola cadáver en el acto. ¡Cuánto sufrió mi alma al perder la suya y ver que mis brazos sólo sostenían los restos inmóviles de una mujer que mi corazón amaba!

Una mirada siniestra, extraviada y llena de pavor cambiamos entre mi amigo y yo.

—¿Y cuánto tiempo hace de esa desgracia?—exclamó mi amigo palideciendo como un cadáver.

—Mañana siete meses.

—¿El nombre de la difunta?

—¡Juana!

—¿Su apellido?

—González.

—¡Oh! ¡la misma! ¡Fatalidad!

—¡Qué! ¿La conocía V., señorito?

—No; sólo de referencia—dijo mi amigo, que apenas

podía reprimir su mal disimulada inquietud y sobresalto que sentía en su conciencia, y pretestando una leve indisposición, tomó mi brazo y salimos de su despacho. Manuel nos acompañó hasta el carruaje, entramos en él, diciendo al cochero:

—A casa.

El carruaje partió á la carrera, y Manuel regresó á su estación sumamente impresionado, diciendo para sí: ¡Cosa más rara! ¿Qué relación podrá tener mi señorito con Juana?

A la hora anunciada en el retraso del tren de Andalucía, llegó éste, como todo llega en España, tarde, mal y con peores resultados. No se sabe por qué causa los vagones habían descarrilado, sufriendo los viajeros los golpes y coscorriones de ordenanza que en tales casos las empresas regalan á sus abonados, quedando éstos muy agradecidos á la cura que les dispensan gratis, y locos de contentos porque su mal no fuera mayor.

Yo me hallaba solo en el andén de espera, por haber dejado á mi amigo Pepe algo indispueto impresionado por la narración de Manuel y al cuidado del médico de la casa.

El tren entró por su estación grave y majestuoso, como aquel que se da tono de haber cumplido bien con su misión, y como gracia, su retraso.

Dos pañuelos blancos se agitaron en el aire movidos por dos blancas manos que de un coche de primera lanzaban sin cesar.

—Ahí están —me dije para mí; y cumpliendo su consigna, exclamé:

—¡Matilde! ¡Sinforosa!

—¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!—exclamó D.^a Sin-

forosa, madre de Matilde, y mi esposa á la vez.

Las dí la mano para bajar del coche, y al contemplar frente á frente á Matilde, á mi esposa, en fin, mi corazón sentía algo que yo no me podía explicar ni había sentido jamás; su mirada dulce y cariñosa fundida en el crisol ardiente del fuego de América, deslumbraba la mía y hacía balbucear mis palabras por la emoción en mis trémulos labios, al contemplar esa indolencia propia del país que la vió nacer, ese decaimiento perezoso é indolente de su cuerpo, al par que gracioso y simpático, estremecía todo el mío; sus blancas manos, cual dos copos de nieve de la virgen sierra, quemaban las mías, y su ardiente contacto hacía correr fuego por mis venas, y sus brazos tentadores al estrecharla entre los míos, me creía transportado al columpio de Cupido, donde se habían de mecer nuestros amores. ¡Qué feliz fuí en aquel momento! Yo la amaba.

Su presencia trasformó mi mente, y mi juicio salió de sus casillas para volar por los espacios de la ilusión; ese fantasma gigantesco y bello que nuestros sueños crea en la edad de oro, y que su aparición querida arroba nuestros sentidos y nos hace feliz.

Á duras penas podía separarme de mi querida Matilde, hasta que haciendo un supremo esfuerzo, me desenlacé de sus torneados brazos, y por un rasgo de educación y etiqueta propia del caso, abracé después á mi querida suegra, lo cual me produjo igual efecto que el acíbar después del dulce, mientras sus pálidos labios me decían:

—Yo seré tu segunda madre.

—Dios lo haga, señora.

—¿Lo dudas?

—No lo dudo, lo deseo.

—Sí, hijo mío, sí; yo te amaré mucho, te amaré mi hija y tú nos amarás á las dos, y todos seremos felices; ¿verdad que sí?

—Os lo juro.

Mi suegra se separó de mí y rompió en amargo llanto; Matilde también lloraba, pero su llanto no era ese llanto llorón y habitual de las mujeres, ni esas lágrimas de ordenanza que sólo algunas saben trasformar sus pupilas en empapadas esponjas para exprimirlas cuando quieren á la vista de los demás, y verter su líquido como testimonio de su dolor profundo; no, era ese llanto noble, triste y silencioso que sólo el dolor sabe arrancar del fondo de nuestra alma en momentos tristes de la vida en que el corazón sufre, el alma siente, la mente se ofusca y el dolor sale fugitivo por las ventanas del alma, que son los ojos, arrastrando en su torrente mancha las perlas blancas que llamamos lágrimas.

Matilde sufría horribilmente; yo padecía al verla sufrir, y una voz oculta y misteriosa hacía resonar su eco burlón en mis oídos diciéndome así:—¿Se dará el caso raro que un marido se enamore de su esposa? ¡quién sabe! El destino es loco, y el hombre tonto.

Consolé como pude á Matilde y su madre; recogimos su equipaje, y un coche nos condujo á casa.

Mi suegra, llora que llora; Matilde, gime que gime; y yo, sufre que sufre; así hicimos la travesía desde la estación hasta casa; al llegar á ella mi suegra medio se accidentó; la hora avanzada de la noche hizo que la portera nos franqueara la puerta con auxilio del sereno, y refunfuñando entre dientes como el que hace las co-

sas de mala gana y sólo á ruegos míos y la propina de mi bolsillo, pude convencerla metálicamente para ayudarme á subir á mi adorada suegra que apenas había llegado, ya empezaba á hacerme feliz con su fraternal cariño.

Cargué como pude con ella, cuyo peso efectivo no bajaría de siete á ocho arrobas bien corridas, y al segundo tramo de la escalera mis pantalones se rompieron por donde jamás debieron hacerlo, dejándome en el caso de no poder moverme; yo me aturdí, tropecé, y la portera, mi suegra y yo, rodamos como una pelota sobre mi pobre Matilde que nos seguía alumbrados por el farol del sereno, y allí fué Troya; Matilde vino al suelo como una pluma arrollada por el huracán y la autoridad nocturna rodó como los demás rompiéndose el farol de su tradicional chuzo en mil pedazos, y quedando rodeados de completa oscuridad.

La portera chillaba como el grajo cogido en un lazo, mi suegra casi ladraba, y el pobre sereno se daba á todos los santos de la corte celestial gritando como un becerro:

—¡Demonius de condenadus que rumpiéronme el faroliño del ilustre Ayuntamiento! ¡malos demos carguen con sus almas, condenadus!

Yo no me quejaba, pero veía todas las estrellas del firmamento apesar de estar á oscuras, por tener sobre mi pobre humanidad la doble mole de mi querida suegra aumentada y corregida con la portera, y bajo de mí el apabullado sereno, que yo dudaba fuese de piedra en vez de carne y hueso por lo duro que lo sentía; su ancho cinturón de cuero, donde trasportaba las llaves del vecindario de su barrio, se me clavaba en los riñones á modo

de ruedas dentadas como los tormentos que la Inquisición nos pintan; mi cabeza descansaba sobre el filo del chuzo, serrando mi cráneo en dos, y mis manos sólo hallaban los cascos del farol roto cuyos cristales herían mis dedos, y el aceite empapaba mi levita.

—¡Bonito empieza mi matrimonio!—decía para mí.

A los gritos y voces de ¡socorro! ¡socorro! que sin cesar repetían mi suegra y la portera y los tacos y ternos del apabullado sereno, las puertas de los vecinos empezaron á girar sobre sus goznes y dar paso franco á seres de ambos sexos, todos en paños menores, y tan menores que una prenda menos les hubiera hecho quedar á nuestra vista con el traje primitivo de nuestro padre Adán y alumbrados cada cual con la luz que más á mano tenían, ostentando en la diestra, quién un garrote, quién una pistola ó una espada mohosa y sin punta como la del célebre Bernardo.

La claridad de tantas luces juntas fué otra nueva desgracia para mí, pues los dichosos pantalones los tenía en las pantorrillas en forma de grillos, llevándose tras de sí algo ó algos de mis calzoncillos, que como hermanos gemelos no quisieron separarse los unos de los otros.

Por fin pronto se aclaró todo con tanta luz, y levantando á los caídos y conducidos hasta nuestra habitación, los vecinos fueron retirándose poco á poco, como en estos casos sucede. Matilde se retiró medio magullada, y mi querida suegra, después que se tomó veinte tazas de tila mientras yo me curaba mis dedos y cambiaba de pantalón, tomó asiento en una butaca, y haciéndome sentar á su lado, lanzó un suspiro que hizo estremecer la campana del reloj de pared que sobre su cabeza mar-

caba las horas de la vida, y cogiéndome una mano entre las suyas con todo el cariño que pudiera hacerlo el mejor modelo de suegras, me dijo de esta manera:

—Hijo mío, ¡tengo tanto que hablarte!

—Si le parece á V., mi querida mamá, podemos dejarlo para mañana, pues supongo estarán cansadas del viaje, y luego con este golpe maldito...

—Afortunadamente, no ha sido más que el susto consiguiente, y no puedo retrasar por más tiempo las revelaciones que tengo que hacerte.

—En ese caso, como V. guste.

—Sí, hijo mío—exclamó mi suegra,—es preciso.

—Como gustéis.

—¿Crees tú que se han acabado los infortunios para nosotros?

—¡Cómo, señora! ¿Todavía más?

—Todavía, y más para ti.

—Señora, ¿qué está V. diciendo?

—Escucha.

—La escucho.

—Ha llegado la hora de que sepas toda la verdad, por dura que sea.

—Señora, me está V. asesinando con sus palabras; ¿qué ocurre? ¿Qué pasa para estos misterios?

—¡Que todo lo que ves no es verdad!

—¿Que no es verdad lo que veo? Señora, por Dios, sed breve y franca.

—¿Lo deseas?

—Os lo ruego por lo que más améis en el mundo.

—Pues bien, escucha: Matilde no es tu mujer ni yo soy su madre.

Si una serpiente de cascabel me hubiera picado en

lo más recóndito de mis entrañas y todos mis nervios y tendones los hubieran rasgado con garfios punzantes de afilado acero, no me hubiera hecho más efecto que aquellas palabras, vertidas de unos labios que ya no sabía el grado de parentesco que me tocaban, el lazo de amistad que nos unía ó la distancia que como enemigos nos separaba.

Así es que dando un salto cual el corzo al ver cerca de sí la trampa donde pretenden hacerle prisionero, me planté en medio de la sala, y agitado y fuera de mí exclamé:

—Señora, ¿quién es V.?

—Soy tu tía.

—¿Y esa joven que llama Matilde?

—Es tu cuñada Lola.

—¡La hermana de mi mujer!

—La misma.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué pecados cometí para que yo sufra de tal manera?—exclamé dejándome caer sobre una butaca y llevando ambas manos á mi dolorida cabeza como temiendo que fuera á estallar.

—No te ofusques y atiende, que aún no he terminado.

—¿Aún más?

—Sí, aún hay más.

—¡Por todos los santos del cielo! ¿queréis acabar de una vez?

—Atiende y no seas loco.

—¡Por el diablo! ¿Queréis hablar?

—Sí, voy á terminar de una vez.

—Os escucho con impaciencia.

—Esta tarde, serían las cuatro, hora en que viajábamos tranquilas tu mujer, su madre, Lola y yo, cuando

un tremendo golpe, y luego otros más repetidos en el tren que nos conducía, indicaron bien claro que habíamos descarrilado, y tu mujer recibió una ligera contusión en el brazo derecho; quedó en el pueblo inmediato del descarrilo al cuidado de su madre, á la cual se la ocurrió la idea, para no asustarte, de seguir nosotras el viaje y hacerte el recibimiento que te hemos hecho.

Yo quedé como el que al desplomarse un edificio le coge bajo sus escombros; la obra de mi suegra era la obra del diablo, con cuya hechura había labrado la desgracia para toda mi vida.

¡Estaba enamorado de mi cuñada!

¿Lo estaba ella de mí? ¡Quién sabe!

El amor sorprende nuestro corazón cuando más seguros y apartados nos creemos de él.

Un silencio misterioso y triste precedió á nuestras palabras, y mi cabeza era un torbellino de ideas que, empujándose las unas á las otras, cruzaban por mi mente sin poderse fijar en nada y sin dejar rastro de ninguna de ellas.

Pasó la noche como pasa la tormenta sobre el horizonte que al despejarse sus oscuras nubes descargando su electricidad y sus vapores congelados á la acción del aire convirtiéndolos en cristalinas aguas, dejan paso franco á la luz del sol y al concierto armonioso de sus planetas.

Los recuerdos de aquella infausta noche habían desaparecido llevándose entre los oscuros pliegues de sus sombras todas mis ilusiones y esperanzas.

Mi corazón latía bajo la presión de la indiferencia; mi alma, cansada de sufrir, cedía cual cede lo débil á lo

fuerte, y sólo en mi mente estaba grabada la imagen bella que creí mi esposa, y mis labios maquinalmente murmuraron esta frase:—¡Ella no es ella!

Serían las ocho de la mañana cuando abrazaba á mi amigo Pepe en su lecho, y depositaba en su pecho mis infortunios, al paso que mis labios quizás elevaron una plegaria al Altísimo, como fuente sagrada cuyas cristalinas aguas templan la sed del alma que en silencio sufre.

La oración es el bálsamo que cicatriza las llagas del corazón humano, como el llanto el desahogo del alma herida.

Le conté cuanto me había ocurrido en su ausencia, y él me consoló con palabras dulces, que siempre la amistad tiene dispuestas para los seres que sufren.

—¿No me ves á mí?—me dijo Pepe.—Pues mírate en mi espejo y verás cómo tu dolor no es tan grande como el mío; en ti no obra más que un cambio fatal de personas; pero ¿quién sabe si al ver á tu verdadera esposa te pueda impresionar tanto ó más que tu cuñada?

—¡Imposible! Yo no he amado jamás, y al verla, tan bella como un ángel, bendije con toda mi alma al cielo, que su amor me había dado, y la amé como un niño; el amor es como los retratos de fotografía, en dos minutos se graba en la placa de nuestro corazón su imagen adorada, bajo la acción de la luz del alma, sin que pueda borrarse su grabado á la acción del tiempo ni á los sentidos, y tú lo sabes bien por experiencia, que sólo se ama una vez en la vida, al paso que se quiere mil.

—No seas loco.

—Lo estoy; esa mujer ha trastornado mi ser.

—¿Recuerdas á la pobre Juana?

—¡Que horror! No me lo recuerdes; aún creo ver su pálida sombra y escuchar su moribunda voz.

—Pues juzga lo que pasará por mi dolorida alma, cuando después de ser el ídolo de mis amores, yo mismo la di la muerte en un momento de arrebató, cegado por la pasión volcánica de los celos, sin poderme dar cuenta de lo que hice, matando todas mis ilusiones al cortar el hilo de su existencia en un momento de locura, en que la ira ciega y la razón cede ante su fuerza.

—Yo fuí la causa de ello; ¡cuánto me pesa!

—No lo creas, no fuiste tú, lo fué la fatalidad; sin duda estaba escrito en el libro del destino y éste se cumplió; yo soy el asesino; pero ella obró con tal ligereza, que precipitó mi cólera.

—Tienes razón. El motivo de la ruptura de vuestros amores no tenía razón de ser, y algún día, quizás no lejano, se hubieran reunido bajo los nudos sagrados, para no romperse jamás; pero ella, al fin, como mujer, ocultó en su pecho la llama sagrada del amor que la devoraba por ti, para dar paso franco al torrente del despecho que el amor propio sentía hacia ti, y por darte en los ojos, como vulgarmente se dice, consintió en unirse al primer hombre que la suerte la deparó. Ahora te digo yo lo del destino; ¡estaba escrito!...

—¿Pero qué, hombre?—exclamó mi amigo.—Que llegara un día que un criado fuera mi rival y mis manos se tiñeran con sangre adorada que mi sangre amaba; ¡pobre Juana! Creo estarla viendo saltar sobre aquella maldita tapia la noche que paseando juntos hablamos de los proyectos de tu futura boda, cuando la fatalidad me la trajo ante mi vista y su destino á mis

manos; yo ignoraba quién fuese su amante; la vi, la reconocí y la maté.

Anoche en la estación Manuel lo aclaró todo; era mi rival.

Después guardó un religioso silencio, que yo respeté y no lo quise turbar hasta que él mismo me dijo:

—Ya todo pasó, quizás en la otra vida seamos felices por aquello que los amantes que sufren sobre la tierra los reservan el placer del cielo. Me siento bastante aliviado de la impresión que anoche hizo en mi dolorida alma el inesperado recuerdo que Manuel trajo á mi memoria, y quiero ocuparme de ti, ya que nadie puede ocuparse de mí.

—¿Qué piensas hacer?

—Hacer nada; suplicarte sí; y ya que yo fuí el primero que te aconsejó tu matrimonio para que el dote de tu mujer fuera la salvaguardia del honor comprometido de tu anciano padre por las calaveradas de tu hermano Paco, que para librarle de un grillete tuvo que comprometerse á pagar sumas considerables que él no poseía y que al no hacerlas efectivas su muerte sería cierta y su honor manchado para siempre; tú cediste á los ruegos de mi amistad y al casarte me obedeciste; pues bien, ahora en nombre de esa misma y sincera amistad que te profeso, te ruego me atiendas y me obedezcas.

—Dispón de mí como de un esclavo; tus consejos salvaron el honor de mi padre, y yo, que le adoro como los hijos buenos á sus padres aman; que lo quiero tanto que antes lo deseo muerto que deshonorado, porque el hombre sin honra es sólo un cadáver de movimiento, cuyo inseguro paso le hace despreciable á los

demás, no te puedo negar nada; ¡mándame cuanto quieras, tengo obligación sagrada de obedecerte!

Pepe se sentó sobre su lecho, abrió sus brazos, me estrechó contra su seno diciéndome así:

—¡Julio mío, qué bueno eres! ¡Dios no te puede faltar en los días tristes de tu vida! ¡Hoy á olvidar á tu cuñada, mañana á recibir á tu mujer!

Cuando regresé á mi casa las piernas me temblaban cual si tuviera azogue; quería ver una vez más á la mujer que me fascinaba con su mirada, y quería huir de su lado como temeroso de ser vencido ante sus encantos; ¿quién sabe, me decía yo, si con el tiempo, que todo lo borra, y la ausencia, que tan buena consejera es para el olvido, podré mitigar mis dolores con el nuevo amor que mi mujer me brinda?

¡Tal vez! ¡Quién sabe!

La puerta se franqueó para dar paso á mi morada, cuando la casualidad hizo que la primera que se puso á mi paso fuese ella.

Los rayos del sol reflejaban en sus rubios cabellos, trasformándolos á la acción de su luz en hilos de oro; su ceñida bata marcaba descaradamente, pero con fiel verdad, los contornos bellos de su elegante cuerpo; el talle era flexible como las palmeras del desierto, y se cimbreaba graciosa al vaivén que sus torneados brazos imprimían en él, al leer un papel que sus blancas manos sujetaban, y sus rasgados ojos devoraban con ansiedad y tristeza.

No se había apercebido de mi llegada.

Mis pies quedaron como clavados al suelo, y ese estupor y cortedad que nuestra alma siente al verse al lado de la mujer amada, se habían apoderado de to-

dos los músculos de mi pesado cuerpo, convirtiéndome en la estatua de la admiración.

Nada sentía, nada veía, quería retirarme, y me faltaban las fuerzas; deseaba hablarla, y no me atrevía á romper su silencio; quería retirarme, y no podía. ¡Cuánto sufrí en tan corto tiempo!

Al fin levantó su vista de fuego, y al verme á su lado, el carmín del rubor vino á colorear su rostro de blanco mate, como del negro carbón se hace la encendida brasa, y sus trémulos labios embargados por la emoción de la sorpresa, pronunciaron estas palabras, cuyo eco grato resonó en mis oídos, como la dulce armonía del concierto.

—¿Estaba V. ahí?

—Señora, dispense V.; después de la fatal equivocación de anoche y cuando creí realizado por vez primera de mi vida los sueños gratos que mi alma ansía, al creermesposo de su amor y su talento, me consideré feliz; mas como la dicha dura poco en casa del desgraciado, todo el castillo de bellas ilusiones que mi loca fantasía formó á su presencia, todo rodó roto en mil pedazos por el frío suelo del infortunio, con la rapidez que el rayo hiere, mata y rompe cuanto á su paso halla, tronchando mis dulces esperanzas, matando mi ilusión querida y ahogando en su caída el fuego sagrado que mi alma siente y los latidos que en mi corazón su amor me hace sentir. ¡Qué feliz fuí cinco minutos! ¡Qué desgraciado seré toda mi vida!

—No lo seréis—dijo Lola con aplomo.

—¿Qué queréis decir, Lola?

—Que... hoy llega mi hermana, y ella os hará feliz con su amor. Y yo... yo... partiré pronto... muy pronto,

y desde lejos... muy lejos, tendréis noticias de mí, y la calma que necesitáis, ahora más que nunca. Sí, Julio, sí, una lamentable equivocación ha sido la causa de todo; yo no quería hacer este papel, que mi madre me exigió, y, la verdad, lo hice sólo por evitaros un disgusto; no pude calcular sus consecuencias; ¡hoy no lo haría más!

—¡Lola! ¡Lola! V. no tiene la culpa de ser tan hermosa como un ángel y que su vista fascinara mi alma y su corazón fuera el rey absoluto del mío. ¡Os amo, y os amaré sin que pueda evitarlo yo!

—¿Qué decís?

—¡La verdad, Lola adorada y cuñada querida!—la dije tomando entre mis manos las suyas y estrechándolas con pasión.—¡Mi alma se fijó en tu alma y mi pensamiento errante acaba de reposarse en ti; por ti daría el alma y la vida; de tus divinos ojos se desprende una dulzura muy grata á mi enamorado corazón; tu boca es un manantial de bellas palabras que me extasían; tu gracia me encanta; tu aliento quema mi vida, y al contacto de tus manos corre fuego por mis venas y sólo en tus brazos creo que existe la felicidad!

—¡Oh, callad, callad, por Dios! ¡Me hacéis mucho mal!

—Lola, ¡yo te adoro!—la dije estampando un beso de fuego en su blanca mano.

—¡Julio! ¡Julio! Quizás yo también os ame, y sin embargo, cuando el honor lo manda se retuerce el corazón y se troncha su esperanza.

—¡Imposible!—dije fuera de mí.

—¡Querer es poder!—dijo Lola con firmeza.

En aquel momento apareció su tía, la cual sorpren-

dió nuestras dos últimas palabras, y con ese golpe de vista que la mujer tiene en ciertos asuntos de la vida, comprendió que nos amábamos, y su presencia fué embarazosa para nosotros y para ella.

Al fin Lola se repuso cuanto pudo, y tomando del suelo el papel que leía cuando yo la sorprendí con mi llegada, dijo á su tía:

—Tomad, tía mía, y leed.

Esta lo tomó en sus manos y leyó así:

«Mañana llegaremos á ésa á las diez. Tu hermana MATILDE.»

Su tía dobló misteriosamente el papel clavando su penetrante mirada de águila en los ojos de Lola para estudiar el efecto que en su alma había hecho su lectura, y con marcada intención la preguntó:

—¿Y tú, qué piensas hacer?

—Yo... yo, partir mañana para mi casa.

—¿Y hoy?

—Hoy... recogerme temprano á descansar, pues me siento algo indispuesta, mientras VV. salen á esperar á mi madre y á mi hermana.

—¡Qué buena eres, hija mía!—exclamó su tía dándole un cariñoso beso mientras sus brazos la oprimían con delirio.

Lola soltó la llave del dolor con amargo y copioso llanto como consuelo de su alma herida.

—¡No llores, hija mía, tú serás feliz!

—¡Dios lo haga, tía mía!—balbuceó Lola por la emoción.

Yo tomé las manos de las dos á la vez, y estampando en ellas un beso de gratitud y respeto, exclamé:

—VV. tienen la culpa.

A la noche estábamos otra vez en la estación del Mediodía; las diez marcaba el reloj del andén y el agudo silbido de la locomotora, esa trompeta de la civilización moderna que hermana pueblos con pueblos de uno á otro lado del globo, anunciaba su próxima llegada. ¡Qué diferente esta noche á la anterior! Mi amigo enfermo, Lola en casa y yo con la tía esperando á Matilde y á mi suegra verdadera.

El tren llegó, y el ruido estridente de su gran mole de hierro, excitó de tal modo mi espíritu abatido y exasperó tanto mi estado nervioso, que la fiebre me abrasaba y mi cabeza se volaba.

—¡Aquí están! ¡aquí están!—dijo la tía al tiempo que dos señoras saltaban del coche al suelo.

Mis ojos se nublaron con el negro crespón del infortunio, y cuanto más los abría, menos las veía. ¿Qué había pasado en mi alma? No lo sé; los pies vacilaron sobre mis rodillas; perdí el sentido, y mi cuerpo vino al suelo como un pesado saco de plomo.

Cuando volví en mí, creí era juguete de una horrible pesadilla; abrí los ojos, y á la incierta luz de una débil lamparilla cuya oscilante llama dibujaba mil figuras fantásticas en las paredes que cercaban mi lecho, y sobre este mi pobre cuerpo, pude distinguir una figura humana extremadamente gruesa con formas y facciones de mujer, que á su vista me hizo estremecer, y dije para mí:

—¡Será mi suegra!

En aquel momento empezaba á recordar cuanto me había pasado de un modo vago é indefinible, sin darme cuenta de nada, y en silencio esperé su resultado.

Una mano blanca y suave vino á posarse sobre mi

frente; yo sin duda me moví, y una voz llorosa sentí en mis oídos que decía:

—Mamá, que ya vuelve en sí.

Con efecto; al poco rato mi cabeza empezó á despejarse, las ideas á coordinarse y mi vista á fijarse en cuanto me rodeaba, hallándome ante mi tía, mi mujer y mi suegra.

Las tres guardaban silencio y lloraban á la vez; yo busqué con la vista á otro sér, cuya falta noté al momento y cuya ausencia no podía soportar con calma.

—¿Estás mejor? —me preguntó la tía.

—Sí lo estoy —la respuse, haciendo un esfuerzo para sentarme sobre la cama y preguntando un tanto cortado:—¿Y Lola?

El silencio de todas fué su contestación; pero yo insistí diciendo:—¿Está enferma Lola? ¿por qué no la veo aquí?

Esta vez al silencio siguió el llanto, pero un llanto amargo y lleno de dolor, particularmente de mi suegra, que exclamaba sin cesar:—¡Hija de mi alma!

—¡Señora! ¿qué desgracia le pasa á su hija para que usted se apure de tal manera?—la dije saltando de la cama como movido por un resorte que obedece á la fuerza eléctrica.

—¡Mi pobre Lola! ¡mi Lolita!—repetía mi suegra sin poder contener su llanto.

—¿Pero qué ocurre? ¿qué le sucede á Lola?

Mi esposa Matilde puso en mis manos una doblada carta, diciéndome á la vez:—¡Leed y juzgad nuestro dolor! al tiempo que su blanco pañuelo empapaba sus abundantes lágrimas.

Trémulas mis manos por la emoción de mi alma, des-

doblé aquel fatal papel, y mis ojos apenas podían fijarse en su contenido, á medida que iba leyendo su escrito, que con mano incierta y alterada había estampado estos renglones:

«Madre mía, perdón para una desgraciada; es el primer disgusto que la doy en mi vida, y por esta razón comprendo cuán grande será para V., como acerbo su dolor, cuando estas líneas lleguen á sus manos, para decirle que su hija ha muerto para el mundo, y al huir de él y sus encantos, llevo el alma herida y mi corazón triturado bajo el peso de una desgracia, cuyo secreto mi fosa guardará para siempre.

»¡No soy suicida, no; madre mía! Soy la imagen de la fatalidad, que sólo desea perderse en las sombras del olvido.

»No preguntéis por mí ni hagáis por encontrarme, todo será en vano.

»Abraza V. en mi nombre á mi querida hermana con toda la pasión de madre, mientras yo ruego al Altísimo por la felicidad de su matrimonio.

»Su cariño, su perdón y su recuerdo es cuanto desea su apasionada y desgraciada hija,—LOLA.»

¡Dios mío, exclamé al terminar su lectura, ¿qué terrible desgracia viene á caer de nuevo sobre mi desgarrada alma? ¡Lola! ¡Pobre Lola! Y las lágrimas ahogaron mis palabras.

Al fin levanté pausadamente mi desvanecida cabeza y pregunté á mi suegra:

—Pero señora, ¿qué explicación tienen estas líneas impresas por su hija?

—¡Ay de mí! —exclamó mi suegra ahogando en su pecho un profundo suspiro.—No lo sé; al llegar de la

estación donde tú caíste sin sentido al suelo, quizás en aquel mismo momento mi hija abandonaba por vez primera de su vida la casa paterna.

—¡Señora, esto es horrible!

—Pero cierto, por desgracia.

—Continuad, señora, continuad.

—Pues bien; al llegar á casa volé á su habitación creyéndola hallar en su lecho, y al penetrar en ella y notar su ausencia, contemplé su cuarto con la sorpresa y disgusto que presenciamos una preciosa jaula sin su pajizo canario; sin embargo, no perdí por esto la esperanza, diciendo, para engañar mi sobresalto natural: estará en otro lado; salí presurosa y la busqué por toda la casa con el mismo resultado; la llamé y repetí mil veces su nombre y todo en vano; el silencio de las paredes parecía á las del cementerio, que nos dice tanto sin que se sienta su eco en el oído.

La sombra de la muerte nubló mi vista, y mi corazón empezaba á oprimirse, al tiempo que la voz se me ahogaba en la garganta; pregunté á los criados y nadie la había visto.

Por fin subió la portera y me entregó esa carta que Lola misma la dió, para que la hiciera llegar á mis manos; sólo me dijo que se había hecho traer un coche por una joven desconocida que la acompañaba, y las dos habían partido, sin que pudiera darnos más detalles.

Ocho días habían trascurrido, y el dolor y el disgusto eran los reyes que insaciables se cebaban en nosotros, con el placer que el lobo devora su presa; todos sufríamos, y ninguno tenía fuerzas para consolar á otro, según lo abatido de nuestro sér y nuestro espíritu.

La noche avanzaba, nublando el espacio con sus tu-

pidas sombras, y yo me hallaba solo y dormitando sobre una butaca de mi despacho, y la cabeza llena de ideas, que bullían en mi cerebro, como bullen los gusanos sobre el cuerpo insepulto de un cadáver en estado de descomposición, chupándome la vida, como la lechuza el aceite de una lámpara, cuando sentí cerca de mí un cuerpo que, sin hacer ruido, se aproximaba al sitio que yo ocupaba; volví la vista, creyendo sería mi esposa, y me hallé con el rostro de mi tía, que cariñosa y dulce me decía:

—Julio, no sufras tanto; el hombre ha de ser fuerte en la desgracia, como templado en la bonanza de los placeres que la felicidad suele proporcionarnos en la vida. Hoy tienes el sagrado deber de consolar y atender á tu esposa, y no lo haces; ella espera ansiosa las caricias de tu amor, y tú, con el frío desdén de la indiferencia, dejas correr la luna de miel que precede á toda boda, con un silencio misterioso que hoy te compromete, y mañana quizás venda tu reserva y revele su verdad; si tu esposa llegara á sorprender este secreto y su causa adivinase su despejada mente; ¡ah! ese día, ¡desgraciado de ti! tendrías que combatir las penas con los disgustos, y si la bomba de la discordia viniese á estallar en el hogar doméstico, tu vida será cual las llamas del infierno, ¡eternas! No, Julio, no; aún estás á tiempo; aún puedes ser feliz y hacer dichosa á Matilde con tu amor y sus ilusiones, que formó en ti; ella no sabrá jamás la causa de tu desvío, ni el motivo por el cual la pobre Lola tomó su fatal resolución.

Sólo tú, Lola y yo, sabemos su causa, y su misterio será eternamente ignorado para tu mujer y tu suegra; yo te lo prometo.

—¡Qué buena sois! pero dudo de su éxito.

En este momento la presencia de mi amigo Pepe cortó nuestra conversación, saliendo mi tía del despacho, y mi amigo tomando asiento cerca de mí, exclamó:

—¿Se ha sabido algo de Lola?

—Nada; ¿y tú, sabes algo?

—No he sido tampoco afortunado.

—¿Viste al Gobernador?

—Le ví y le hablé con interés, y hace seis días que bulle en todas direcciones la ronda de Madrid sobre su pista, sin haber adelantado nada.

—¡Es raro!

—¡Y tanto! El mismo jefe de la policía me hizo formal promesa, que muerta ó viva había de parecer pronto; pero lo cierto es, que hasta hoy nada se ha conseguido.

—¿Tienes alguna esperanza?

—Ya, ninguna; no habiendo parecido en los dos ó tres días primeros, cada uno que pasa se hace más difícil.

—Parece que se le ha tragado la tierra.

—Lo que parece es que tú la olvidas cada día menos.

—No lo puedo remediar; no está en mi mano evitarlo; lucho contra un imposible, y los imposibles sólo los vence Dios, pero nosotros no.

—Pues es preciso vencerlo.

—¿Ignoras acaso que nosotros no mandamos al corazón, sino que él nos manda á nosotros, y cuanto más queremos huir de sus imperiosos mandatos, más esclavos nos hace de sus caprichosas pasiones?

—¡Tú estás loco!

—Por esta razón digo la verdad; los niños, los de-

mentes y los beodos, son los únicos que nos hablan sobre la tierra con el corazón en la mano y la verdad en los labios; ¡yo no puedo ser feliz!

—¿Será posible que te obstines de ese modo?

—¡Y tan posible, por desgracia!

—¿En qué te fundas?

—Ya te lo he dicho; en que yo no me pertenezco á mí mismo, porque mi corazón domina mi razón, haciéndola su esclava y su juguete.

—Tu esposa te hará feliz con su belleza, con su alma grande, con su educación esmeradísima y su amor noble y casto, que unido al sagrado matrimonio, lo transforma en dorada cuna donde se mece la felicidad, haciéndole puro y santo.

—No tanto, hombre, no tanto.

—¿Querrás negarme la luz del sol y el fulgor de las estrellas?

—Te diré: ten calma; una cosa es el amor y otra cosa es el cariño. Yo quiero á mi esposa, ¿por qué negarlo, cuando merece cuanto existe desde la tierra hasta Dios? Sí, la quiero, y la quiero mucho; pero, francamente, chico, ¿qué culpa tengo yo que la Providencia, la suerte ó el demonio que ande en estas cosas, hayan trocado mis gustos en disgustos, mis placeres en enojos y mis ilusiones en desencantos? Yo había soñado siempre con ese sér ideal que nuestra mente crea en momentos felices de la vida, vistiéndole con las galas de nuestra rica fantasía, esa preciosa poesía del ideal del alma, que riega nuestro sér con las brillantes perlas que el corazón dulcemente concibe al calor de la destemplada ilusión de nuestra loca mente, y después de darle las formas galanas que nuestro deseo halaga, las hallé reuni-

das en mi adorada Lola; por esta razón la ví y la amé. Tú sabes lo que pasó. Después llegó mi mujer, y al verla, perdí el sentido, y el recuerdo del capitán de Estado Mayor en el Retiro me hizo muchísimo daño y caí desvanecido al suelo.

—¿Por qué causa?

—Por aquello de *¡La muralla de carne!* Mi mujer se había presentado á mi vista como yo no esperaba jamás; estaba tan excesivamente gruesa, que era una verdadera muralla de carne, donde apenas se conocían sus formas y facciones. ¡Todo era en ella opuesto á mis sueños é ilusiones! Por esta razón al contemplarla cerca de mí, fué tal la impresión que me causó su presencia, que perdiendo el sentido, quedé desvanecido. Cuando recobré mi estado normal, el capitán del Retiro se grabó en mi mente con tal fuerza y presión, que no he podido desecharle por su célebre frase de *¡Todo lo vence la muralla de carne!*

—Tal vez no te engañes, y tu muralla de carne, como así llamas á tu mujer, sea la carne ó el antídoto maravilloso que arranque de tu mente la lucha del amor y el deber, con cuyo bálsamo cicatrice las llagas de tu herido corazón.

—¡Quién sabe! Tal vez sea así.

—Pues si tienes fe en el destino, dobla la cabeza ante el fallo de la Providencia; acepta sus obras como hijo dócil y obediente y deposita tu deber de caballero ante la obligación sagrada de tu esposa; ella te hará dichoso, no lo dudes; el tiempo, y sólo el tiempo con su incontestable experiencia nos hace leer año tras año en su libro de oro, cuyo cierto y seguro texto no puede engañarse ni engañarnos; él te demostrará algún día, cuan-

do el torbellino de las pasiones haya pasado por tu cerebro como los fantasmas cruzan el espacio sin dejar huella de su rastro, que no hay más felicidad en la vida que la dicha y el concierto del hogar doméstico, donde la esposa es el ángel de la tierra, que, elegido por la mano de Dios, viene con sus amores y cuidados á prodigarnos sus desvelos con caricias tiernas que su alma siente.

—Tienes razón, estaba loco. ¡Adiós, sombra de Lola, ilusión querida, que de mi alma vuela á los espacios donde tu imagen mora! ¡Adiós para siempre, Lola, adiós! Matilde; Matilde, ven, llégate á mí y en tus brazos amorosos traspórtame al Edén de tu amante co-razón.

En aquel momento la puerta del despacho se abrió, y Matilde apareció atraída por su nombre.

—¿Qué me quería mi esposo?—dijo Matilde al entrar radiante de alegría.

—¡Que me ames como yo te adoro por toda la eternidad!—la dije cayendo en sus brazos y estrechándola sin cesar.

—¿Lo dudas, esposo mío?

—No lo dudo, lo deseo.

—Pues yo colmaré tu anhelo prodigándote tanto amor y estrechando tanto nuestro cariño, que temo te cansarás.

—No lo creas, esposa mía, este abrazo de amor será nuestra unión eterna.

—¿Me llamarás más tu muralla?

—No; porque siempre oí decir que se está en buenas carnes; pero en buenos huesos, jamás.

—¿Luego tú me amarás así?

—Te amaré, te lo juro.

—Pues yo no te amo, te adoro.

Pepe se limpió una lágrima fugitiva que de sus ojos había partido, y abrazándonos á los dos exclamó todo conmovido:—¡Que Dios ilumine vuestro amor!

Once meses habían trascurrido desde la última escena que acabo de relatar, y durante este tiempo ni la más pequeña nube, de esas que con tanta facilidad se condensan sobre los matrimonios, había venido á perturbar nuestra dicha, y yo hasta me creía relativamente dichoso al contemplar á mi muralla de carne, y ella se reía cariñosa al verme besar y abrazar á mi hijo Enrique, que la Providencia se había servido concederme sin yo solicitarlo y por su propia voluntad, para los altos fines, que quizás otro día lo diré; pero lo cierto es, que ya tenía un heredero forzoso y un vínculo más de unión para con mi muralla de carne, y ésta también aparecía á mi vista, con la sonrisa en los labios, y su gratitud y cariño en la mirada; yo la devolvía galantería por deferencia, y la paz fué octaviana.

Solamente en los primeros día de cada mes llamaba el cartero, dejando un pliego grande con ribetes negros, que, dirigido á mi suegra, empezaba así: «Mi adorada madre:» y terminaba diciendo: «Su hija que la quiere. —Lola.» En ellas decía todos los meses: que seguía buena y sin novedad, que sabía diariamente de toda la familia y que no pasaran pena ni cuidado por ella; con esta seguridad, y sin que nadie supiera el paradero de su residencia, y como la costumbre hace ley, nos fuimos habituando poco á poco á su ausencia y al recibo de sus cartas mensuales, sin que éstas hicieran más efecto que entristecernos á toda la familia el día de su

recibo; pero al siguiente todo marchaba como había seguido antes.

El mes de julio se dejaba sentir de una manera achicharradora y volcánica sobre los vecinos de Madrid, que, según el adagio vulgar, pasan nueve meses de invierno y tres de infierno; y por mandato del facultativo le había ordenado al niño las aguas y aires libres de un pueblecito cercano á Santander; en este caso y con los billetes en el bolsillo, el equipaje arreglado, mi suegra junto á mí, Matilde en frente, la tía á su lado y el ama de cría con mi Enrique en brazos, tomamos un reservado de primera clase en la estación del Norte, y el tren partió, como salen todos; es decir, silbando cuanto podía y corriendo como alma que lleva el diablo.

Eran las nueve y treinta y cinco minutos de la noche.

Por regla general, al principio de todo viaje, se habla mucho y se come más de lo ordinario; pero así que han transcurrido algunas horas en una misma postura, y cuando la noche avanza y la mañana llega, el cuerpo se cansa, el espíritu se fatiga y el sueño nos sorprende, concluyendo cada cual por arreglarse lo mejor que puede, á fin de pagar á Morfeo su justo tributo.

A las cuatro horas de marcha, el departamento era un panteón de cadáveres que roncábamos.

Serían sobre las dos, cuando las voces de ¡alto! y las estridentes detonaciones de algunas armas de fuego, que vinieron á cortar nuestro dulce sueño, si no tranquilo, y la parada repentina del tren, nos hizo comprender bien pronto que algún peligro corríamos, y sacando la cabeza por la ventanilla, pregunté:

—¿Qué ocurre?

—¡Ladrones! ¡Socorro! ¡Ladrones!—repetían algunas voces.

Una segunda descarga vino á enmudecer á los que delataban el peligro.

—¡Dios me valga! ¡La virgen nos ampare! ¡San Caralampio y San Cucufate nos salven! exclamaban á un tiempo la tía, el ama, Matilde y mi querida suegra, que daba cada grito que lo ponía en el cielo, por no haber otro sitio más alto donde ponerlo.

—Señoras, silencio, que pueden VV. con sus gritos comprometerlos más.

—¡Pero si nos van á robar!—exclamaba temblando de terror suegra y hermana.

—¿Y qué le vamos á hacer?

—¿Conque qué vamos á hacer? ¿Y lo dices con esa calma?

—No se me ocurre nada.

—Pues á mí no me robarán mis doblillas—exclamó mi suegra al tiempo que sus trémulas manos sacaban un largo bolsillo lleno de oro, y diciendo y haciendo, y con ayuda de unos bollos y vino, tía, suegra y esposa, empezaron á tragar monedas de oro, como si fueran diminutas píldoras, y con sumo empeño me brindaban con tan áspero manjar.

—¡Come, come, y traga monedas para salvarlas!—me decía mi querida suegra.

—¡Señor! yo no puedo tragar eso.

—¡Come, hombre, come!

—Yo me ahogo, no puedo.

—¿Pues no ves cómo nosotras podemos?

—¡Ya veo que tienen buenas tragaderas!

Pocas quedaban ya que pasar á sus estómagos, cuan-

do una mano profana abrió la puerta del coche, y con galantes modos nos dijeron:

—¡Abajo to Dios! ¡El que rechiste lo abraso!

Al punto fué obedecido como deseaba, saltando yo el primero para ayudar á bajar á las mujeres con más comodidad, si era posible, en medio de las tinieblas de una noche oscura y al pie de un profundo derrumbadero.

Mi suegra saltó la primera; después la siguió la tía; después vino el ama con el niño, y cuando ya me disponía para tomar en mis brazos á Matilde, sentí la misma cariñosa voz que nos hizo bajar con tan galantes modos, diciendo así:

—¿Pero qué diablos hacen esas malditas brujas, que tanto tardan en dejar el nido? Muchacho, fuego, para avivarlas á bajar.

Otra nueva descarga alumbró la oscuridad que nos rodeaba, cuyos fogonazos quemaron mis mejillas y cuyos proyectiles atravesaron el cuerpo de mi pobre Matilde, la cual, al caer en el suelo bañada en su propia sangre, estrechó mi mano con efusión y agonía; abrazó á su madre y, haciendo un esfuerzo sobrenatural para besar á su hijo, exclamó con voz dolorida:

—¡Julio, yo me muero! Escucha mi última súplica, y júrame cumplirla.

—Te lo juro—exclamé estrechándola en mis brazos y llorando sobre su ensangrentado cuerpo.

—No... des... no des ma...drastra... á mi hijo, sin que sepas que... ella... sea... bue...na... para... él.

No pudo articular más palabra, dobló la cabeza sobre su seno, exhaló un profundo suspiro, como arrancado del fondo de su dolorido corazón, y su espíritu voló por los espacios de la bóveda azul, marcando una ráfa-

ga de fuego en su camino, como los ángeles, que al remontarse al cielo dejan en nuestro pecho un dolor eterno y en nuestra alma una felicidad inmensa, al verlos elevarse á las gradas del Señor.

¡Todo había terminado!

La muralla de carne sucumbió por su propio peso y su volumen, siendo su muerte como la salvaguardia de mi vida á cambio de la suya; ¡pobre Matilde! Había muerto con el corazón traspasado por el plomo homicida de los ladrones

Ocho días después, mi querida suegra y su hermana morían, retorciéndose en desesperados y agudos dolores, por no haber podido digerir las monedas que se tragaron para evitar que se las robaran; murieron como vivieron; ¡hartas de oro!

Tres meses habían trascurrido desde la desgraciada muerte de mi esposa, y aún no me había repuesto del dolor que su falta me causaba; es cierto que no la amé con ese delirio que la pasión nos pinta nuestra alma, cuya arrebatadora llama todo lo atropella, y saltando la barrera de lo natural, se hace grande y milagrosa, cuyos efectos admiramos; todos los imitamos, y quizás nuestro modo de obrar excite á los demás ese roedor de las entrañas humanas, que llamamos envidia, y con el ayuda de la murmuración y la calumnia, vertidas siempre á nuestra espalda, rasguen nuestra honra y traten de arrojarnos al lodazal del desprestigio.

Tarea inútil; el barro sólo ensucia y mancha las manos que le tocan. Mucho habían hablado de mí; pero lo cierto es, que las pasiones volcánicas, que en nuestro pecho estallan con la fuerza del huracán, son poco duraderas, como la imponente tempestad que, al dibujar-

se en la atmósfera y cubrir el espacio sus densas y cargadas nubes, parece sumergirnos bajo su electricidad, y vemos á las pocas horas que su fuerza cede al cansancio, y al ser estenuadas sus bravas nubes por un soplo de aire, la claridad disipa sus tinieblas, y el sol de la verdad nos lleva al hogar doméstico, donde siempre reina el puro y sagrado ambiente de la tranquilidad que nuestro corazón ansía, después del cansancio de la lucha.

Yo había sufrido mucho en mil contiendas de la vida; me había enamorado de un imposible, y sentía esa necesidad imperiosa del que pierde su camino y, rendido por el casancio, encuentra al fin una clara y cristalina fuente, donde templar su sed abrasadora, y un asiento para reponer sus fuerzas. Matilde fué para mí el agua regeneradora de mi sér, y su amor, mi descanso verdadero; ¿y como no, si la ví siempre cariñosa y prudente para mi conducta?

La mujer lo penetra todo con ese talento especial de su sexo, y á su vista no pasaba desapercibido que no era ella la llamada á interesar mi corazón, y su talento lo empleó en demostrarme su deber y su cariño.

Por este medio consiguió que llegara un día que la gratitud reemplazara en mi corazón al amor y que me acostumbrase tanto á sus palabras, atenciones y cariños, que poco á poco, y sin que yo me explicara su efecto, me fuera preciso é indispensable todo cuanto de ella partiera, como sin ella nada me agradase; en una palabra, yo la quería, no con el calor de la pasión ardiente de nuestros quince años, pero sí con la fría razón de la gratitud y deferencia que siempre me dispensó.

Por esta razón, nuestro cariño hubiera sido duradero,

quizás eterno; la casa que se construye poco á poco, vive más años que las obras que se hacen en corto tiempo.

Así fué, que cuando la felicidad y la dulce tranquilidad tomaba asiento en mi cansada alma, para con ella restañar las heridas de mi corazón, la desgraciada y prematura muerte de mi querida Matilde vino para arrojarme de nuevo en el fondo de la desesperación.

Después de su muerte, el recuerdo de mi adorada Matilde obró de una manera tan rara como inexplicable en mí, que al verla por primera vez, me fué repulsiva, al tratarla después, la hallé simpática; al descubrir los encantos morales que su pecho guardaba, la profesé cariño, y cuando la traidora muerte la separó de mi lado y el plomo homicida la dejó inerte en mis brazos, entonces la amé. ¿Y por qué? Porque nadie aprecia lo que tiene, sino después que lo ha perdido.

Cuando la perdí, comprendí lo que valía, y mi corazón la adoró. ¡Cuánto padecí! Solo Pepe, el amigo siempre fiel para mí, era el único que me consolaba, repitiéndome sin cesar:

—¡Tienes obligación sagrada de vivir para tu hijo! ¿Qué sería de él sin ti? Su misma madre pedirá por tu salud desde el cielo. ¿Y qué cuenta la darías en su día si tu aflicción y desconsuelo cortara tu existencia y Enrique se viera huérfano sobre la tierra?

—¡Tienes razón, soy un insensato egoísta! Mi querido Enrique es también hijo de ella, y al sacrificarme por él, su madre me lo recompensará con usura. ¡Era tan buena!

—Es tu deber.

—Pues sabré cumplirlo.

Una hora después, me hallaba sobre mi lecho y solo en mi habitación, me decía: ¡Todo es sueño! La vida es una especie de delirio donde giran las pasiones, los deseos, sus vicios y sus virtudes en revuelta confusión, cuya existencia sólo es comparada á un animado y loco baile de máscaras, donde los personajes que representan sus trajes no se desdeñan en alternar unos con otros, como vemos al Cid dar el brazo al gran turco, un moro ser correspondido por Isabel la Católica, un rey dar su brazo á una aldeana y un payaso á la princesa del Perú.

¡Bendita igualdad, si fueras cierta!

Pero, al fin, ¡todo ilusión y mentira funesta! y al tocar su fría realidad, nos vemos presos de las mismas causas y los mismos efectos, que siempre existirán en el mundo. Convencido de ello, quise pensar en algo serio que remediara mi triste situación; pero no tuve tiempo para ello; un criado puso en mis manos una carta cuyo sobre me fué al punto conocido, y leído su contenido, decía así:

«Mi querido hermano: Pasado mañana hace un año que no sabes de mí, más que por escrito. Si quieres verme, ven por el convento de... calle de... y te hablaré, por razón de que habiendo terminado mi año de noviciado, debo profesar ó retirarme del claustro. ¿Qué debo hacer? Espera tu consejo tu hermana—LOLA.»

¡Lola en un convento! Me lo figuraba. No podía estar en otro lado, cuando todos los meses recibíamos sus cartas y ella sabía cuanto en la familia ocurría.

¡Lola, Lola! Tú eres la voz incansable que el corazón lanza sobre nosotros de ¡anda! ¡anda! El destino me arrastra en pos de ti, y mi sino será vivir amando para morir rabiando. ¡Cúmplase mi destino!

Un coche me trasportó al punto al indicado convento; pregunté por ella, y dos minutos después esperaba en el locutorio la salida de mi cuñada Lola.

Media hora, poco más, tardó en presentarse ante mi vista, durante la cual, por uno de esos fenómenos que la razón duda si estamos locos ó cuerdos y nuestro criterio no puede desarrollar los misterios del corazón humano, obraron de tal modo en mi alma y tan grabados quedaron en mi cerebro, que ante su realidad temblaba de pavor.

No sé si el silencio grave y religioso y casi ideal que los conventos respiran; aquella quietud majestuosa que impone su aspecto ó el respeto y veneración con que su suelo pisamos, ó ese no sé qué grande y elevado que nuestra religión rodea á cuanto con ella tiene relación, ó el despertado recuerdo del amor que Lola hizo sentir en mi corazón el día que la conocí, lo mucho que la amé en pocas horas y la despedida misteriosa que de su casa hizo por mi amor, lo cierto es que su recuerdo trajo su alma á la mía, con la fuerza que el río desbordado se precipita sobre su corriente arrollando cuanto á su paso halla, y una voz triste sonaba en mis oídos, que decía: Ámala, tu amor estaba oculto, cual la brasa por la ceniza, que no se vé, pero existe, y al impulso del menor vendaval, la ceniza es arrebatada por el viento, dejando su fuego al descubierto y avivando aun más que en su principio estaba.

La péndola del cuerpo humano sonó de nuevo en mi corazón, y el reloj de la realidad empezó á andar en su destino. Sí, me dije, ¡tiene razón! La vida sin amor y sin cariño, no es vida, no se puede vivir; es preciso, indispensable, amar y ser amado, sea de quien fuere

que venga; parta de donde parta y termine donde termine.

El corazón humano necesita la sabia del cariño, como alimento de su vida; unos lo fijan en la mujer, otros en los hijos, otros lo cifran en canarios y galguitos, otros en las plantas y las flores; otros, más materialistas, dan rienda suelta á sus vicios, amando la bebida, el juego y la lujuria, con igual vehemencia que el padre á sus hijos. ¡No hay corazón sin amor, como no hay inteligencia capaz de comprender los secretos de la Providencia!

La puerta giró sobre sus antiguos y carcomidos goznes, apareciendo la sombra blanca de su larga toca y el negro vestido de su corto sayo.

La primera impresión fué inexplicable para los dos; ella embargada por la emoción de la vergüenza natural de su posición ante mí, y yo cortado por su amor y el recuerdo de su desgraciada hermana y mi querida esposa.

El silencio fué corto, pero elocuente y duro para los dos.

Al fin, Lola fué la primera que rompió tan violenta situación, diciendo así:

—Dispensa haya molestado tu atención con mi poco oportuna carta, pero...

—¡Lola, Lola! Lo pasado, pasado está; lo presente nos pertenece; lo venidero, la suerte lo dirá. Tú me mandas, jamás puedes molestarme.

—Gracias. ¡Valgo tan poco!

—¿Tu, Lola mía? Cuando por ti soy capaz...

—¡Habla bajo, pueden escucharnos!

—Nada te importe.

—¿Cómo?

—Porque tu estancia ha terminado en este santo recinto.

—¿Es esa tu contestación á mi carta?

—Es mi voluntad, que deseo unir á la tuya.

—Haré lo que dispongas.

—¡Salir pronto de estas rejas!

—Hoy no puedo.

—Pues mañana.

—Mañana menos que hoy.

—¡Lola! ¿qué quieres decir?

—Que muerta mi familia, yo sola, ¿dónde voy?

—¡A mi casa!

—¿A tu casa? ¡Oh, si tal me propusieras!...

—¿Te negarías?

—Mi alma va contigo desde el día que te ví por vez primera, pero mi cuerpo...

—Lo comprendo; pero al decirte esto, es cumpliendo la voluntad de tu desgraciada hermana.

—¡Cómo!

—¡Sí, Lola, sí! La pobre antes de espirar y retorciéndose en los más acerbos dolores, me exigió formal promesa de no dar madrastra á su hijo, sin que yo supiera que ella lo quería también.

—Pero...

—No hay pero que valga, yo tengo el deber de hacer esta petición: ¿queréis ser la madre de mi hijo?

—¿Sólo el deber os impulsa á ello?

—¡No, Lola, no! ¡Tu amor y mi conciencia!

—¿Lo pensaste bien?

—Desde que te ví.

—¿Y el amor de mi hermana?

—Ese fué un paréntesis en la lectura de la vida.

—¿Luego el mío será otro que sin duda se abra de nuevo para seguir leyendo?

—¿Quién sabe? ¡Los juicios de Dios son incomprensibles!

—¿Luego tu amor...

—Mi amor te ruega contestes á su petición.

—Lo pensaré.

—¡Cómo! ¿No estás decidida?

—Jamás pensé casarme contigo.

—¿Luego no me amas?

—Si no te hubiera amado como nadie te amó, no estaría hoy en este sitio.

—Entonces no comprendo.

—Qué quieres, me es tan penoso verme en el puesto de mi hermana, que aun después de muerta creo divisar su mirada enojosa y amenazadora contra mí.

—¿Y su hijo? ¿Quién puede cuidarle y educarle mejor que su propia tía?

Antes que Lola pudiera contestar, la puerta volvió á girar de nuevo, apareciendo la respetable figura de la priora, que saludó atenta y cortésmente, cortando su presencia nuestra entrevista, hasta el día siguiente á la misma hora. Después de la despedida de Lola, salí del convento y fuí á visitar á mi amigo Pepe, con objeto de referirle la entrevista con mi cuñada y la decisión de casarme con ella lo antes posible.

Cuando llegué á su casa, me abrazó como siempre y le conté cuanto me había ocurrido y él me dijo:

—¿Estás decidido?

—Completamente.

—En ese caso, toma asiento, fuma y descansa, que yo tambien tengo algo que decirte hoy.

—Estoy á tus órdenes—dije tomando asiento y encendiendo el cigarro que me presentó.

—Pues con tu permiso.

—Tú lo tienes.

—A la altura que nos hallamos, creo deba ser lo más lacónico posible.

—Como gustes.

—Cuando Lola salió de tu casa el día que llegó tu difunta esposa, al salir á la calle en una población como Madrid en la cual no conocía á nadie ni sabía sus calles, la suerte la deparó...

—¿Cómo sabes esto?—le dije cortándole su conversación movido por la curiosidad.

—Ten paciencia y escucha.

—¿Es decir, que guardas secretos para mí?

—Fué preciso; dispénsame.

—Prosigue.

—Pues bien; Lola halló á su paso un ángel de salvación, llamado Carlota, joven de excelentes condiciones morales, una educación nada vulgar y una hermosura envidiable; Carlota acertó á pasar por la calle en el momento que Lola salía con la firme resolución de acogerse en un convento, y con el mayor dolor y los ojos arrasados en lágrimas rogó á Carlota que la acompañara.

La joven Carlota sintió compasión por Lola, y tomando un carruaje, llegaron en pocos minutos al cercano convento de... donde ésta tiene una hermana religiosa; desde aquel día las dos eran hermanas de infortunio; ambas sufrían en silencio los reveses de la fortuna. La madre abadesa, ante la relación conmovedora de Lola, la tendió su mano protectora y la acogió bajo su amparo.

—¡Pobre niña!—decía la buena madre.—¡Tan joven y tan desgraciada como empieza tu vida! Pero no temas; yo te protegeré, y la calma de la vida religiosa te hará mitigar tus dolores, si no arrancarlos de raíz.

—¡Dios lo haga, madre mía!—repuso Lola, anegada en llanto y besando con respeto las manos de aquella venerable mujer.

Desde aquel día, Carlota visitaba diariamente á Lola, recibía sus instrucciones, y por ella sabía minuciosamente el estado de su familia.

—¿Y quién es esa Carlota?

—Hermana de una conocida nuestra.

—¿Su nombre?

—Hoy es un secreto; mañana quizás pueda complacerte.

—¿La conoces tú?

—Mucho.

—¿La tratas?

—Bastante.

—¿Y dices que es?...

—¡Un ángel, que su misión es sacrificarse por todos sus semejantes, á cambio de su desgracia!

—¿Padece?

—¡Como no puedes figurarte!

—¿Su causa?

—El amor.

—¿Ama un imposible?

—Imposible, no; difícil, sí.

—¿Quizás no es correspondida por el hombre que ella adora?

—Él no la conoce.

—¡Es raro!

—¡Y tanto! La pobre ama sin esperanza, y sólo Dios puede hacer algo por ella.

—En ese caso, puede tener esperanza.

—¿Por qué razón?

—Porque dicen que los enamorados tienen un Dios que los protege, y, más tarde ó más temprano, raros son los que se ven contrariados en sus pasiones, cuando en sus pechos moran la fe y esperanza, que á todo corazón acompaña, cuando sienten el amor verdadero.

—¿Eso lo dirás por ti?

—Por mí y, como regla general, por todos.

—¿Parece te ha impresionado algo la historia de esa muchacha?

—Sí, chico, ¿por qué ocultarlo? ¡Es tan rara!

—Pues más te chocará cuando sepas sus pormenores.

—Si tú me los dices.

—¿Lo deseas?

—Te lo ruego.

—Voy á complacerte, y Pepe se acercó á mi oído y pronunció algunas palabras, cuyo eco resonó en mi alma de un modo incomprensible, quedando preso de la emoción y sorpresa que sus frases revelaron, y exclamé lleno de admiración:

—¿Será posible?

—Y tan posible.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—¿Y ella misma te lo ha dicho?

—No, ella es incapaz.

—¿Luego quién sabe sus pensamientos?

—Lola, que conoce sus secretos.

—¡Hasta cuándo será mi destino contrario á mis deseos!

—¡Dios sabe!

Al día siguiente volví al convento, y Lola me recibía como siempre. De esta manera trascurrieron ocho días, y nuestros amores habían adelantado tan poco como el primer día que recibí su carta; quizás fuese su causa que siempre me acompañaba mi amigo Pepe, el cual ya había visitado varias veces á Lola antes que yo, por medio de Carlota, y su presencia nos cortaba esa libertad preciosa que necesitan los enamorados para arreglar sus asuntos, ó tal vez causas que la ausencia crea en el corazón de los que se aman; lo cierto es que entre Lola y yo se habían enfriado algo nuestras relaciones y recuerdos. Un día llegué solo al convento, y Lola apareció á mi vista; creí hallarla menos galante y cariñosa que siempre, y no pude menos de preguntarla:

—¿Qué tienes, Lola?

—Estoy triste.

—¿Por qué causa?

—Por abandonar este sagrado recinto, ó profesar en él para toda mi vida.

—¡Eso no!—exclamé con resolución.

—¡No tengo otro remedio! Solo me restan diez días para poderme decidir, y no acierto su elección.

—Lola; ¿creo que ya no me amas?

—Lo propio creo yo en ti.

—Pero yo sé quien te adora.

—Quizás sepa yo lo mismo de ti.

—¿Quieres embromarme?

—Como tú á mí. Escucha, Julio, y no hablemos ya por más tiempo en cifra.

—¡Eso deseo!

—Y yo también.

—Pues empieza.

Lola lanzó un penoso suspiro como precede á toda revelación dolorosa, cuando nuestra alma se ve precisada á descubrir sus secretos á una persona amada en circunstancias especiales de la vida, y coordinando lo mejor que pudo sus ideas y recoger los esparcidos recuerdos que por su mente bullían, me dijo así:

—¡Julio! ¡cuánto sufre mi alma! ¡Quizás mis palabras no puedan llevar mis impresiones á la tuya y su fuerza sea débil á tu razón; pero dispénsame, sólo deseo hablarte hoy con franqueza, tal vez con demasiada franqueza; pero siempre ésta, por ruda y fuerte que sea, es preferible á la verdad dudosa, que nosotros decimos engaño y el vulgo la llama mentira!

—Es cierto.

—Pues bien; te repito lo que te dije el primer día que pisaste este sitio. Yo te amé desde el momento que te ví, mi alma fué tuya, sin que yo me explicara su causa. Por una de esas pasiones fuertes y arrebatadoras que siendo hijas de la locura sus efectos son los naturales; yo, que comprendí su verdadera causa, medí mis fuerzas para resistir á tu amor, y tuve miedo de mí misma; por otro lado, la sombra de mi querida hermana me imponía un pavor misterioso que me asustaba, y mi conciencia me acusaba con la más negra de las faltas, que sin duda es la ingratitud, me horrorizaba de mi propia obra, y su presencia me era á la par cariñosa y repulsiva.

No tuve valor para sostener su mirada frente á frente, temerosa que descubriera mi secreto, y huí de mi

familia para buscar la paz del alma en los claustros del Señor. Al salir á la calle, sola, sin conocer á nadie ni á donde dirigir mis pasos, Dios me deparó un ángel en mi camino en la persona de la pobre y fiel Carlota; de ella me fié, le abrí mi pecho confiándola mis penas, y ella me consoló mucho, y tanto hizo por mí, que jamás la podré récompensar lo que por mí ha hecho.

—¿Tan buena es?

—¡Es un ángel!

—Eso me han dicho.

—Pero un ángel desgraciado.

—Por el amor, ¿no es verdad?

—Más aún.

—¿Más?

—¡Sí, más! ¡Por el amor sin esperanza!

Yo bajé los ojos temeroso de hallame con la mirada de Lola, y ésta me contemplaba con afán para sorprender el efecto que sus palabras hacían en mi alma; el silencio más completo reinó por breves momentos, y Lola prosiguió con dulzura:

—¡Parece os interesan los dolores de Carlota!

—Como todos los demás.

—¿Nada más?

—¡Lola! ¿qué quieren decir tus palabras?

—Que tú, que eres tan bueno, podías hacer algo en su favor.

—¿Yo? ¡No comprendo!

—¿Quieres que yo te ayude?

—Si es tu gusto.

—Te lo suplico.

—Siendo tú su medianera, estoy siempre á tus órdenes.

- ¡Eres muy galante!
- Es mi deber contigo.
- Gracias por la lisonja.
- No es lisonja; yo hago lo que siente mi alma, y nada más.
- Y como tu alma es bella y noble, no podrás negarte á complacerme, ¿verdad, Julio mío?
- Dispón de mí como quieras; yo te obedeceré siempre.
- ¡Qué bueno eres! ¿Por qué no te conocería antes de todo?
- Estaría escrito en el libro del destino.
- Pues bien—dijo Lola haciendo un supremo esfuerzo y planteando la cuestión de frente.—¡Carlota te ama!
- Ya me lo ha dicho Pepe, pero yo no la amo á ella.
- Esa no es razón para que ella te ame.
- Pero yo no la puedo amar.
- ¿En qué te fundas?
- ¡En tu amor!
- ¡Ay, Julio! Nuestros amores empezaron siendo un imposible y terminan siendo muy difíciles.
- ¡Quizás por ti!
- Por mí, no; por el destino.
- ¡Siempre luchando con ese fantasma, que sin verlo jamás sentimos sus rudos golpes!
- ¡Esta es la vida! Nuestra alma sueña, el corazón delira y la cabeza engaña, quedando nuestro destino al ímpetu de la caprichosa suerte, como la débil barquilla, que arrojada en alta mar, es juguete de las fuertes y poderosas olas del Océano de las pasiones.
- Tienes razón.
- Pues bien; si hoy no amas á Carlota, mañana la amarás; ¿no te sucedió lo propio con mi querida her-

mana? Carlota es joven, buena y honrada; su belleza no es nada común, y, por fin, te ama, y esto en los hombres es el todo, pues ellos desean siempre ser amados, cuidándose más de esto que de amar ellos á quien los ama.

—Luego, ¿qué pretendes de mí?

—Que correspondas al amor de Carlota, y la hagas feliz con tu mano.

—¡Lola! ¿Y eso me propones tú?

—Sí.

—¿Y tú?

—Yo... quizás también dé mi mano.

—¿Á quién?

—Á tu amigo Pepe.

—¿Le amas?

—No lo sé; pero él, sí, me ama.

—¿Y tú, no?

—Yo no he dicho tanto; el recuerdo de mi difunta hermana se levanta de su fría tumba, cual un amenazador fantasma que nos separa á los dos; ¿quieres que sea desgraciada, uniendo tu suerte á la mía, y que esta misma desgracia llegue á tocar á las puertas de tu dolorida alma?

—No; tu felicidad ante todo.

—La mía no lo es por hoy; mañana... ¡quién sabe! Él me ama, yo le estoy agradecida á sus servicios y atenciones; por otro lado, el verle un día y otro día solícito y anhelante por complacer mis deseos y mitigar mis penas; su conducta noble y caballeresca dió por resultado que su presencia se fué haciendo precisa á mi vista, sus palabras á mis oídos, su mirada á mi vista, y su deseo fué cautivando el mío, sin yo darme cuenta de

ello, y si no es amor lo que le profeso, al menos es simpatía y gratitud, que, una vez unidas las dos en el corazón humano, forman un conjunto, que si no es amor, puede pasar por tal, para en su día serlo con más verdad que las pasiones que son formadas al choque de dos almas ardientes que, cual tormenta de verano, empiezan fuerte y terminan pronto. Este es mi verdadero estado.

—¡Lola, sed felices! Pepe, más que amigo, es mi hermano; tú le harás feliz, y yo lo seré al verte también dichosa.

Lola rompió en amargo llanto, y sus lágrimas conmovieron mi alma, y, tomando mi sombrero, alargué mi trémula mano al través de la reja, que erizada de pinchos nos separaba, y apenas pude articular:—Adiós, Lola, sed feliz!

Ella estrechó mi mano entre las suyas y me dijo sollozando:

—¿Y tú, no lo serás?

—Lo dudo.

—¿Darás tu mano á Carlota?

—Sí.

—Pues ahora te repito las palabras que mi hermana te dijo al espirar: ¡Carlota amará á tu hijo como si fuera suyo! Ella es pobre, tú la harás feliz y ella te hará serlo también.

—¡Dios lo haga!

—No lo dudes; la mujer honrada tiene siempre su justa recompensa. ¡Ella te salvará!

—¿Pero y ella quién es?

—Carlota es hermana de aquella Juana que viste morir sobre la tapia del Retiro, en una noche que tú no olvidarás tan fácilmente.

—¿Será posible?

—Lo es.

—¡Ahora lo comprendo todo!

—Pepe desea con tu boda remediar en lo posible el mal que causó con su imprudencia á una familia honrada y el perdón que Juana le mandará desde el cielo por haber unido á su hermana con un amigo noble y rico como tú.

—A mi amigo le debo mucho; hoy me toca pagarle.

—¡Qué bueno eres!

—Dime, Lola, ¿cómo pudo enamorarse de mí sin conocerme?

—Primero por mi relato, y después por tu retrato, que Pepe la dió, y cuya imagen se grabó en su alma.

—¿Tanto la inspiró?

—Mucho.

—¿Será acaso una impresión de la fotografía que luego desvanezca su mente mi persona?

—Después te ha visto, y ella misma me ha confirmado su amor.

—¡Es raro!

—Pero cierto; yo siempre la decía: ¡Espera!

—¿Y hoy ha terminado el plazo?

—Así lo espero, confiada en tu promesa.

—Te lo juro. Pepe lo desea y tú lo quieres, yo os complaceré. ¡Carlota será mi esposa!

—¡Dios te lo premie y te haga feliz con ella!

Dos minutos después salía del convento diciendo para mí: Está visto que yo no me he de casar nunca por mi elección, sino por mandato.

A los dos meses, Lola se casaba con mi amigo Pepe y Carlota conmigo.

Aquella misma noche Lola y Pepe salieron para Sevilla, para fijar su residencia en el cercano pueblo de Camas.

Carlota y yo, creo nos hubiéramos amado con pasión si una pulmonía fulminante no me la hubiera arrebatado de mi lado al cuarto mes de casados, dejándome viudo por segunda vez.

La noche que la infeliz espiró en mis brazos, despertó de un modo tan brusco en mi calenturienta cabeza el recuerdo de mi primera mujer, y la pérdida de la segunda, que yo sentía por momentos ofuscarse mi razón, desvanecerse mi mente, y sin sentir, caí en un profundo letargo; la fiebre me devoraba con su fuego abrasador, y cuanto más cerraba los ojos, más claro veía mil visiones fantásticas que rodeaban mi lecho, y al tomar forma humana, veía un cementerio de cuyas tumbas saltaban mil aspectos hasta que ví llegar á Matilde llevando de la mano á Carlota y sobre sus cabezas, celestes nubes que, á modo de corona ducal, ceñían su blanca frente; y sobre las nubes, burlona se destacaba la imagen de Espronceda, cuya mirada me hacía mal, y su sonrisa hería mi alma.

Un sudor frío y copioso cubría mi rostro y mis labios murmuraban estas palabras, sin que pudiera explicarme si lo veía soñando ó despierto:—¡Oh tú! rey de los poetas, ¡perdóname! ¡Hoy llego á tu fosa con las lágrimas en los ojos y el alma herida de muerte, para implorar tu perdón!

¡Sí! un día quizás no lejano te ofendí y mi ofensa te ultrajó; y este ultraje aleve y traidor, te lo dirigí hasta tu misma sepultura. ¡Qué horror! Sí; yo te ofendí y á esa misma sepultura llego hoy contrito y lleno de fe,

y arrepentido á la vez para decirte:—¡No sé lo que me dije cuando yo te ofendí! ¡Perdón, Pepe, perdón!

Deja, pues, tu fría tumba; desecha el funerario manto que cubre tu sagrado numen y escucha un momento el alma herida que á suplicarte viene, y tú que fuistés bueno y sabio, ¿cómo te negarás á escucharme breves instantes?

¡Oh! sí, sí; ya te veo bajar los escalones del celestial Parnaso, y envuelto en doradas nubes llegar hasta mí. ¡No me había engañado, no! ¡Al fin como noble y caballero acudes donde la desgracia te invoca! Pues bien; atiende y perdona.

¡Tu diablo mundo leí y cuanto más lo leía, menos lo comprendía, ni tu corazón ni tu sér!

Tu canto á Teresa, ¡oh qué canto! siempre será mi encanto, tan ideal sorpresa.

¿Más allá en tus sueños de oro, á Teresa la formastes, ó quizás la retratastes de su natural tesoro? Que siempre copias su sér, en tus páginas de oro, que haces llegar al alma, robándonos la calma, la historia de esta mujer.

Volví mil veces á leerla y cuenta ya no me daba de lo que querías decir; perdona, no te entendí: ¡Ojalá nunca te entendiera! Mas hoy, te comprendo bien.

Cuando leía tus amores y luego tus desvíos y tornar á tus amores, yo me reía y cuanto tú más llorabas, rebosando el veneno de tu alma, yo sin razón me reía; ¡pobre Pepe, cuánto padecías! ¡Pepe habías de ser, para no ser desgraciado!

Pues bien; yo me decía:—¡Está demente! ó su loca fantasía, pasa los días buscando, unas mentiras bonitas para elevar su talento.

¡Viste á Teresa y fué tu amor y después huíste de ella! ¿La olvidaste quizás? Y cuando á ella volviste ¿en ella qué es lo que viste que tal dolor te movió? ¡La pintas muerta! no es cierto; ¡no murió! Ella vivía aún, cuando tu canto escribiste, pero no para tu amor; ¿su corazón estaba muerto? No; pero dormido sí; el placer mundano que en tu ausencia corrió, mató tus ilusiones, destrozando tu corazón en pedazos infinitos y al contemplarla otra vez, tu amor te venció de nuevo, haciéndote su prisionero; ¡mas ella ya no era pura! era sólo una ramera, metalizadas sus caricias, su corazón sin fe, y de sus impuros labios la verdad había huído y en su pecho la maldad era su norte y su guía, ¿qué te decía María? recuérdalo bien; te decía... ¡que amabas un imposible! mas tú al fin la amabas y tu muerte quizás fué aquel adorado sér que tu mente acariciaba.

—¡Tal vez; tal vez!—me respondió Espronceda.—
¿Pero á qué despiertas en mi fría tumba recuerdos tristes del pasado tiempo?

—Porque hoy lo estoy yo, como tú lo estuviste ayer.

—¿Y quieres que yo lo remedie?

—Lo deseo.

—Pues atiende.

—Ya te escucho.

—Si quieres tranquilidad y que tu alma descanse, arráncate el corazón, y la tendrás al instante.

—Eso no es posible.

—Pues sufre.

—¿Ese es mi destino?

—Si hallas un ángel divino, que tu alma la comprenda, entabla pronto demanda de su pasión y su fe, y con

tiempo y con paciencia escucharás tu sentencia en el libro del destino, convertido en la mujer.

—¿Y si no la hallo?

—Entonces... baja con premura.

—¿Á dónde?

—Á la fría sepultura.

—¡Tienes razón, Espronceda! Sólo la felicidad encierra la sepultura y su calma en las corrientes de la vida y en sus cansados caminos; sólo, cual otro Lázaro, sus palabras percibimos, de — ¿estás cansado? Pues levántate y anda.

—¡Si no puedo!

—Pues anda.

—¡Yo me muero!

—Pues anda, anda.

—¡Ya las fuerzas me abandonan!

—Anda, anda.

—¡Ya espiro!

—Anda, anda.

—¡Ya he muerto!

—Pues descansa.

.....
Dos horas después volví en mí, y al recordar la pesadilla y mis desgracias, exclamé enternecido:

—¡Nosotros somos esclavos del corazón; el corazón es el juguete de las pasiones; las pasiones son hijas del destino, y el destino sólo está escrito en el libro de la fatalidad!





LA PORTERA

PRIMERA PARTE

Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.

(*San Lucas, Cap. XVIII, 23.*)



DE seguro que al leer el lema que antecede á estas mal trazadas líneas, cualquiera creerá que voy á desarrollar algo grave y serio, como perfectamente puede servir de tema para mucho y bueno; pero como yo no soy terca, porque los asuntos de la vida me han hecho ceder mil veces contra mi voluntad, y doblar la cabeza ante las exigencias de este pícaro mundo, cuando yo la hubiera querido conservar más erguida que nunca, pongo aquí punto final, y más adelante veremos por qué se me ha ocurrido esta idea al escribir mi *Portera*.

Esta señora es hoy un sér casi indispensable en la vida de las poblaciones civilizadas, y digo esta señora, porque el portero, por regla general, figura poco en las

porterías de la clase media y clase poco acomodada, quedando sólo sus buenos servicios para las casas grandes, es decir, bien acomodadas, como títulos, banqueros y alta sociedad; el resto del vecindario tiene que conformarse con los servicios de la portera, mientras el marido gana su pequeño jornal para sustentar su familia, porque la portería no suele producir más que una pobre y mala habitación, que el casero cede generoso en pago de sus servicios; y ya tienen VV. á la portera, con todos los derechos que el amo ó administrador se dignó concederle para el mejor cuidado y arreglo de su finca, imponerse á la vecindad entera, y agradando uno á uno, según la convenga á ella, y vea el mejor partido que en beneficio propio pueda sacar.

Hace cuarenta años, apenas se conocían las porterías en Madrid, y sus anchos y antiguos portalones sólo servían para ciertas necesidades de la vida, convirtiéndolos en poco menos que escusados públicos; hasta que poco á poco se fueron estableciendo en los mencionados portales, para cortar este abuso, los hijos del trabajo, que, careciendo de fondos para poderse establecer en una mala tienda, ejercían su oficio, convirtiendo cada portal, con el previo permiso de los inquilinos y la conformidad del casero, en una zapatería, tienda de modas, ó alguna platería, y con el tiempo se hacían una especie de porteros de confianza, hasta que la piqueta de la destrucción de lo viejo, es decir, el tiempo, ese enemigo eterno de lo existente, daba en el suelo con los edificios ruinosos y viejos, levantando en su lugar casitas nuevas, bien pintadas y empapeladitas para conservación perpetua de las indispensables chinches, que habitan en la coronada villa desde tiempo inme-

morial, y su correspondiente portería, agua de Lozoya, gas y otras gollerías por el estilo; hoy son pocas las casas que carecen de este requisito, con nombramiento absoluto del casero, pues el voto nacional de la vecindad es letra muerta para los inquilinos, que no tienen más remedio que sufrir el yugo de su despótica portera, ó vivir al campo raso, como los gitanos.

La portería es el primer inconveniente que tropezamos al tomar una habitación; entramos por su portal y tocamos á una mezquina vidriera, sobre la cual se destacan en gruesos caracteres la palabra *Porteria*, y en muchas se sigue leyendo: «*Nadie pase sin permiso del portero.*»

Desde aquel momento, ya nos hallamos bajo la dominación porteril, ¡y desgraciado de ti, si distraído subes los escalones sin haber reparado en tan sagrado mandato! Que bien pronto cortará tu paso la voz chillona de la portera, que te diga gritando:

—Caballero, ¿á dónde va V.?

—Voy al 2.º

—¿No sabe V. leer?

—¿Por qué lo dice V.?

—¿Por qué lo tengo que decir? ¡Pues me gusta el descaro! ¿No ve V. el letrero que dice que no se puede pasar sin mi permiso?

—Pues vea V. cómo yo he podido.

—¡Ya! Pero no debía haber pasado de ninguna manera.

—¡Pero mujer de Dios, si ya sé la casa! ¿Por qué había de preguntar lo que sé?

—No importa; para algo estoy yo aquí, ¿no lo conoce V.?

—Sí, mujer, sí; dispense V.

—¿Y á quién busca V.?

—A D. Fulano de Tal.

—¿Y qué le quiere V.?

—Tengo necesidad de verle.

—¿Para qué?

—Para hablarle de un asunto.

—¡Lo ve V., hombre de Dios! Si V. cumpliera con su deber de hablarme antes que á nadie, como está mandado, no tendríamos estos disgustos todos los días; pero VV. los caballeros que debían dar ejemplo, son los peores.

—¿Pero qué está V. relatando?

—Que el sujeto que V. busca se ha mudado ayer y no vive ya en esta casa.

En aquel momento te quedas hecho una estatua, y en la precisa necesidad de rogarle á la portera te diga su nuevo domicilio (si quiere), y disimulando todo lo posible el mal humor que sus palabras tan poco halagüeñas han despertado en tu alma, le dices con la mayor galantería:

—¿Y V. me haría el favor de decirme dónde se ha mudado?

—No lo sé—responde con cara de vinagre, y volviéndose la espalda, se mete en su cuchitril, desde cuyo punto te vió entrar, que por su forma y construcción te recuerda al punto á San Alejo, que siempre nos lo pintan debajo de la escalera, donde, por regla general, establecen las porterías, sin duda por aprovechar el terreno ó porque dicho santo sea el abogado y patrón de los porteros, que yo creo que si hoy no lo es, lo será mañana sin disputa.

—¿Y no podrá V. saberlo?—le dices tú en son de súplica.

—Mi marido tiene las señas; venga V. cuando esté él.

—¿Cuándo estará?

—A la noche.

—¿A la noche? ¡Y son las diez de la mañana!

—¿Qué quiere V. que yo le haga?

—Tome V. para refrescar y á ver si pregunta V. á algun vecino, que quizás lo sepa...

La portera recoge su propina sin cumplidos de ninguna clase, y dice así:

— Espere V. un momento; voy á ver si están por aquí las señas.

Al cabo de dos segundos, aparece otra vez en escena, es decir, en el portal.

—Aquí están: calle de tal, núm. 2, cuarto principal.

—Mil gracias, señora.

—No las merece; y otra vez abra más los ojos para leer lo que se escribe.

Y tú sales como el toro que le ponen banderillas de fuego, renegando de las porterías y del día que las pusieron.

Pues bien; te ves en la triste necesidad de buscar casa, porque efectivamente lo es en Madrid, y lo primero de todo tienes que saludar á la portera, como si fueras al cielo verte con San Pedro, para saber el precio de la habitación desalquilada y sus condiciones, y con los mejores modales del mundo decirla:

—¿Me hace V. el favor de decirme cuánto renta el cuarto desalquilado?

—Veinte reales diarios y un duro de portería—te dice secamente, al paso que su mirada de águila te hace

un detenido examen de los pies á la cabeza como diciéndolo para sí:—¿Quién será este pájaro?

—¿Y las condiciones?—te atreves después ha preguntar.

—Pocas; tres meses adelantados, fianza y fiador de casa abierta que sea conocido del amo; la cédula de vecindad; el último recibo del casero que deja V.; un certificado de buena conducta; la fe de bautismo; la partida de casamiento y tres testigos que juren ante escribano conocer á V. desde que nació; copia legalizada del real despacho, ó nombramiento, si es militar ó empleado, acompañado todo con la petición para tomar la casa, con su correspondiente sello móvil.

—Pues no costó tanto tomar á Sebastopol.

—Y puede V. darse con un canto en los pechos si le da la casa.

—¿Por qué razón?

—Porque esta habitación estaba preparada para un diputado en Cortes, aprendiz de Ministro y pretendiente á candidato para cuando se vuelva á buscar Rey por esos mundos de Dios.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Nada; pero como V. la desprecia...

—No digo eso; lo que quiero decir es que son muchas las condiciones que pide V.

—Yo no, el amo.

—Bien, pero V. es su ejecutor.

—Yo sólo hablo por boca de...

—Sí, vamos, de ganso; adelante.

—¡Pues todavía no las sabe todas!

—¿Aún quiere más?

—Sí, señor; ya lo creo.

—¿Pero qué más quiere?

—¿Tiene V. niños que lloren?

—Tengo dos, y lloran como es natural.

—Malo, malo.

—¿Por qué, señora?

—Porque se hace preciso un certificado del médico, en que conste que no están enratonados.

—¡Señora! ¿Cómo enratonados?

—Es decir; que estén buenos y hayan pasado el sarampión y las viruelas, y que V. responda que no llorarán; ¿y gatos ó perros, tiene V.?

—Hombre, los gatos lloran en silencio, ó como si dijéramos para adentro, y no molestan á nadie.

—Pero mayan.

—Sólo una vez al año.

—¿Cómo una vez?

—Sí, señora; sólo en el mes de enero, en el cual dicen les duelen las muelas, no sé por qué.

—Pues entonces la casa no es para V.

—¿Por qué?

—Porque el amo no alquila la casa para animales.

—¿Cómo animales?

—¿No dice V. que tiene gato?

—Sí, señora.

—Pues ese es el animal, y el amo no los quiere.

—Ni yo quiero su casa ni de balde.

—¡Pues vaya V. al *espicio*, que allí tiene casa ventilá con buenas condiciones y mu arreglá de precio, so sirbante atrasao, y espanta-hambre!

Sobre poco más ó menos las porteras son iguales en todas partes, es decir, guardando siempre la categoría que las corresponde con arreglo al destino que ocupan,

que pueden dividirse en tres clases: la primera de títulos, banqueros y propietarios de grueso calibre, como decía un pobre que yo conocía; estos son los porteros de *superior calidad*, como los garbanzos de Castilla; la segunda pertenece á las casas de alquiler destinadas á la clase media, y por esta razón los porteros son *medianos*, como vino bautizado pormanó del tabernero; y los terceros ¡Dios me valga! son los infelices destinados á sufrir y hacer sufrir á la vez á sus inquilinos las penas del purgatorio corregidas y aumentadas y elevadas casi al nivel de los infiernos en esas casas llamadas vulgarmente de Tócame-Roque, donde sus pagos son semanales y conocidas por domingueras, donde se hospeda el pobre trabajador, confundido con algún desgraciado cesante, algún licenciado de Alcalá de Henares, célebre patria del gran Cervantes, ó de Ceuta ó Melilla, cuyos hechos históricos quizás él desconozca, apesar de haber llevado largos años el uniforme y medallas de hierro que sus especiales servicios le hizo arrastrar orgulloso por sus calles; y estos pobres porteros que dejó como clase tercera, bien pueden pasar por *terceros en discordia*.

Pues bien; mi portera pertenece á la clase media y reside en una calleja algo retirada del centro y cuyo nombre no hace al caso y sí á la casa que cuida, barre, administra, se impone á sus vecinos con humos de reina constitucional, es decir, que manda pero no gobierna y responsable el casero.

Ella podrá contar sobre unos cincuenta y ocho años de buenos servicios; se conserva regularmente y no dudo que en sus juveniles años habrá sido más que regular como mujer, y más que regular para esposa y mucho más que regular para sus vecinos; habla hasta

por los codos, pregunta más que un catecismo añadido, y ve y oye cuanto su vista y su oído alcanza y donde no alcanza (que alcanza mucho) se lo figura ella y lo da por positivo, y para el caso es igual.

Dice llamarse Concha y por cierto con muchas conchas, y ser natural de la Alcarria, y tan natural que jamás desprecia nada de lo que la dan, ni rechaza cuanto la ofrecen; su esposo, que sirvió en la guerra de la Independencia, dice que se dedica al contrabando, vendiendo á sus parroquianos tabaco, según él, de superior calidad, y otros aseguran es procedente de colillas que elabora tranquilamente en su casa, y como su aspecto es así, como si dijéramos, de persona decente degenerada ó que sirvió en sus mocedades á algún coronel ó General, lo cierto es que sus largos y canosos bigotes el sombrero de copa que usa á diario, de cuyo uso ha adquirido un color cobrizo rojo; su levita ó levitón abrochado hasta el cuello, aunque sea verano, y en su pecho y al costado izquierdo, lo menos cuatro docenas de cintajos de todos colores que él dice son ganadas por acciones de guerra y que á mí me parecen un tendedero de un lavadero del Manzanares, cuando veo la mantilla amarilla del niño de pecho, al lado del refajo encarnado, inmediato á una sábana blanca y unas medias azules, impone algo su presencia y cuando lo hallo á mi paso y le doy el saludo usual de ¡buenos días! él me responde ahuecando cuanto puede la voz y con tonillo de protección: ¡vaya V. con Dios, don fulano!

El dice llamarse Juan, y su mujer lo asegura también, y cuando ellos lo dicen será verdad; pues bien, el buen D. Juan, como la vecindad en masa lo llama, es

un hombre ordenadísimo en costumbres y principios, no sé si será por devoción ó por aquello de el diablo harto de carne... pero en fin, sea lo que quiera, don Juan es un modelo aparente; él se levanta en todo tiempo al rayar el alba y acto seguido toma su copita correspondiente del sabroso Chinchón, que su cara mitad le tiene prevenido para cortarle la bilis por la mañana, y después que ha tosido de lo lindo por espacio de un par de horas seguidas y sin descansar y cuando le deja libre de tan pesada carga, alcanza dos palitroques que todas las noches descansan sobre su cómoda y tranquilamente se pone á peinar dos soberbias pelucas que el matrimonio usa á la vez, es decir, cada uno la suya, y después que termina esta operación y que entrega la que le pertenece á su esposa, da un pasavolante como él dice á dos amarillentas dentaduras que un día fueron compradas de lance á un trapero, y que á fuerza de mil composturas y serrar de aquí y limar de allí, quedaron en disposición de seguir prestando un mediano servicio.

—¡Mujer! —exclama D. Juan—no sé cómo te las arreglas, que todos los días doblas las muelas de una manera tal, que temo no las pueda arreglar en lo sucesivo.

—¡La relación de todos los días! —contesta su esposa saltando de la cama y apareciendo en escena con un pañuelo grande á la cabeza, cuyas cuatro puntas la salían por su cabeza como las aspas de un molino de viento.

—¡Pues como todos los días, sí señora! —responde el marido con tono de mando, cuyo resabio no había olvidado.

—¡Bueno, arréglala y déjame en paz!

—¡No señora, no la dejaré á V. en paz! aquí se hará lo que yo mande, ¿entiende V.?

—¡Bueno, hombre, como tú quieras!

—¡Sí señora! Yo sé bien de qué se doblan las muelas, y juro á cien bombas encendidas que no se doblarán más.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer yo? ¡yo no hago nada, señora! ¡sólo sé ordenar, mandar y disponer! Eso es lo que me toca hacer, y lo haré sin contemplaciones de ningún género, como cuando mi escuadrón entraba á la carga, que sin piedad se degollaba á todo bicho viviente. ¡Oh qué tiempos aquellos! ¡aquellos eran tiempos! ¿pero hoy? ¡hoy no se puede vivir!

—¡Pero hombre! ¿qué es lo que quieres?

—¡Que mando! ¿entiende V., señora?

—¡Sí, hombre, sí!

—Pues mando y prohibo terminantemente que doubles las muelas en lo sucesivo, ó caso contrario y sin contemplaciones de ninguna clase y con arreglo al artículo decimosexto, segunda serie, párrafo tres, línea treinta y tres de la ordenanza, yo sabré lo que tengo que hacer.

—¿Pero qué tiene que ver la ordenanza con las muelas, hombre de Dios?

—¿Que no? Sí señora; las muelas se doblan por tus imprudencias, que la ordenanza califica perfectísimamente bien de imprudencias temerarias y yo... debo...

—¿Pero qué tengo yo que ver con eso?

—Que tú eres el cuerpo del delito, y yo, que soy el fiscal, pido...

—¿Pero estás loco?

—No estoy loco, no; tú doblas las muelas por hacer alarde que tienes buena dentadura delante de ese Perico, el asistente del capitán del cuarto bajo, el cual todos los días te obsequia con piñones, y tú graciosamente los partes con la dentadura y, ¿que tiene que suceder? que se rompen las muelas y yo tengo que estar hecho un negro todos los días componiendo la dentadura para que la señora la rompa de nuevo al día siguiente.

—¡Eso no es verdad!

—¡Señora! ¿cómo que no es verdad? Yo soy caballero cruzado en el campo de San Fernando, y el que tiene esta cruz no miente jamás!

—No digo eso; lo que yo quiero decir es...

—¡Silencio, señora! Mi honor militar no consiente que nadie lo rebaje con ofensas subversivas que la ordenanza castiga severamente.

—¿Pero quieres escucharme, hombre de Dios?

—¡Sí, para escuchar estoy yo ahora! Lo que quisiera escuchar, voto á un escuadrón de demonios, sería un cañón de 37 que hiciera...

D. Juan no pudo terminar su frase, porque un espantoso aldabonazo descargado sobre su pesado llamador vino su eco á resonar en el ancho portalón con la verdadera fuerza de un cañonazo disparado á quemarropa sobre el silencioso portal, haciendo más grande su detonación.

Su esposa, que no estaba preparada para tal sorpresa, dió un grito de terror y cayó al suelo cuan larga era; D. Juan con todas sus cruces y calvarios, también le temblaron las rodillas, vacilaron sus pies y por fin dió con su cuerpo en tierra, cayendo sobre su esposa y quedando los dos en forma de una X.

Otro segundo aldabonazo más fuerte que el primero y seguido de un terrible juramento, hizo que la peluca de D. Juan saltara de su cabeza hasta la pared de enfrente, y que su cara mitad lanzara otro segundo grito capaz de aturdir á un sordo de nacimiento, al paso que la decía D. Juan con voz balbuciente y dando diente con diente:

—¡No grites, que está pasando la caballería!

—¡Qué caballería, ni qué ocho cuartos!—dijo el asistente del capitán apareciendo en la portería.

—¡Ay, Perico, líbranos, por Dios!—decía la portera al reconocerle en la voz.

—¿Pero de qué? Zi no hay na; zi ez que yama mi amo y no encuentro la yave del portal.

El asistente tomó la llave y salió para abrir á su amo, el cual entró echando y derribando por él tiempo que le habían tenido esperando á la puerta de la calle.

D. Juan, volviendo en sí, se levantó del suelo con la precipitación que sus fuerzas se lo permitían; se caló su pelucón y ayudando á levantar á su esposa, la decía así:—¡Vamos; arriba! ¡voto á mi nombre! las mujeres no sirven para nada; ¿pues bonita eres tú, para haberte hallado en la batalla de Ocaña, donde perdimos todo, menos la serenidad y el honor militar, que tanto recomienda la ordenanza?

—¿Y la caballería?—preguntaba su mujer.

—La caballería... ¡ah! la caballería no pudo jugar porque los franceses cortaron su retirada y yo tuve que...

—¿Si digo, la que decías que estaba pasando ahora?

—¡Ah, sí! creí que... ¡pero no, no; si la ordenanza lo dice bien claro, que en caso de estallar una bomba, el suelo es la mejor defensa!

—¡Dale con tu ordenanza! ¡si no digo eso!

—¡Ni yo lo otro! ¿Quiere V. darme lecciones de lo que tengo ya olvidado y que estas cruces que llevo con orgullo sobre mi pecho son testigos de mis hechos y mis servicios? No, hablemos más y prepara el chocolate.

—¡Este susto me ha quitado las ganas de comer!

Las mujeres os asustáis de cualquier cosa; yo, aunque me vea á los pies de un escuadrón, me quedo tan sereno como si tal cosa; ¡como que todo lo hace la costumbre y el valor que recomienda la ordenanza!

—¡Jesús, hijo, me tienes hecha una ordenanza en la boca del estómago!

—Como que he sido, soy y seré siempre ordenancista, y mucho más en casos de verdaderos apuros.

—¡Bueno, bueno! haré el chocolate y tú irás arreglando la limpieza de la casa.

—Así lo haré; pero date prisita, que ya tengo necesidad de tomar alimento.

La portera se dirigió á la cocina y su esposo tomó el plumero y los zorros y empezó á limpiar desde la puerta de la calle hasta el piso cuarto.

Al poco rato empezaron á desfilas por la escalera las criadas de la vecindad con sus correspondientes cestas para la compra diaria, y D. Juan, que aún conservaba los resabios de sus mocedades en el servicio, se permitía, siempre que su esposa estaba ausente, dirigirlas mil piropos, como si tuviera quince años.

—Buenos días, D. Juan—dijo la primera maritornes que descendió hasta el portal.

—Dios te los dé buenos, ¡carita de rosa, pimpollo de Alejandría, serafín con patas!

—¿Pero está V. loco?

—A tu lado siempre lo estoy, ¡pichona!

—¡Pero hombre de Dios; si V. no puede ya ni con la bula en papeles!

—Pues qué; ¿no tengo yo corazón y ojos como tú?

—¡Hombre! me está pareciendo que su corazón lo tendrá tan torcido como su peluca, que la lleva de medio lado, sin duda para estar más jaque y más aquél.

—Mira, niña, el postizo no tiene que ver para quererte.

—¡Pues vaya un aliciente para desayunarse de mañana temprano!

—¿Y un duro para que te compres un pañuelo, te agradecerá más?

—Si V. me lo regala... yo no puedo hacer más que tomarle.

—Te lo regalo, si tú me quieres.

—¡Ya! Pues miste, que la tonta que madrugue por ver á V., ¡buena mañana se pierde de sueño!

—¡Insolente! ¿Faltarme á mí de esta manera?

—Pero, ¡hombre de Dios! si V. vive con licencia cumplida del sepulturero, y el día menos pensado se la recoge, y en paz; ¿qué quiere V. que le diga?

—¡Es V. muy descarada!

—Y V. un viejo petate; so espantajo de higuera; marracho sin cortina. Vaya V. y que lo zurzan, y le dé el aire en la calva para que se refresque la sangre, si es que le queda alguna entre ese esqueleto de huesos rancios y pellejos arrugados, como las pasas en enero; ¡vaya, hombre, con el mocito del barrio, que todos los días está con la misma canción!

—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—gritaba la portera atraída por las voces de la criada.

—Nada, mujer, nada—se apresuró á decir D. Juan;—que con estas mujeres no se puede gastar ni una broma.

—¡Diga V. que no es broma!—repuso la criada—que todos los días me está fastidiando con su amor y ofreciéndome dinero para que lo quiera.

—¿Habrás visto cosa igual?—decía la portera hecha un basilisco.—Diga V., D. Juan, ¿y eso también lo manda la ordenanza?

—Lo que manda la ordenanza es que no seas bachillera.

—Bien decía mi tía, que el hombre cuanto más viejo, más pellejo.

—Pues cuéntaselo á tu tía y déjame en paz.

—Ya se lo contaré yo á sus amos para que reprendan á esa descaradota, que se deja galantear por mi marido, y con su incalificable conducta viene á turbar la paz en mi santo matrimonio.

—Y yo al administrador, para que los echen de la portería por escandalosos—repuso la criada.

—Y yo al casero, al celador del barrio, al Gobernador, al Ministro y hasta al Rey, las Cortes españolas y los guardias de orden público; pues bonito genial tengo yo para que se diviertan con mi persona.

—Por mí se lo puede decir hasta al Rey de Roma y al sobrino del Papa le da memorias y que no le dé tan fuerte por parte de mañana, que puede tomar una enritación niervosa y dejar viudo al esposo en lo mejor de su edad.

—¡So bribona!

—Si me llega V. á faltar otra vez al respeto debido, la hago comer cesta hasta por los ojos, ¡so bruja!

—¡Yo bruja! cuando todas las noches rezo el rosario y leo el santo del día.

—Yo te arreglaré á ti y te meteré en una galera.

—Así iré con más comodidad, porque me gusta mucho que me lleven en carruaje.

—¡No te espera mal carruaje!

—Ni á V. mala paliza.

—¡Concha, no me comprometas con tus imprudencias ó saco el sable y hago un dos de mayo!

—Pues haga V. un veinticuatro de diciembre y tocaremos la pandera alegremente, repuso la criada riendo.

—¡Estúpida! ¿qué sabes tú de historia?

—Yo no conozco á esa señora más que para servirla buenamente, pero ni esa ni otra más estirá que ella, me asustan á mí.

—¡Vaya V. á fregar!—dijo D. Juan con desprecio.

—¡Y V. á barrer la escalera, que buena falta le hace, señor coronel en esqueleto y retirao como trasto viejo!—y dando media vuelta, la criada salió á la calle como si nada hubiera pasado.

Una hora después, D. Juan salía como todos los días, con un bulto debajo del brazo para recorrer sus parroquianos y expender su tabaco.

Su esposa se sentó en la portería con su inseparable media, labor que la ocupaba por completo el resto del día.

Un caballero apareció en el portal, y después de saludar atentamente á la portera, la dijo:

—¿Me haría V. el favor de entregar esta carta á D.^a Rita la del 3.º?

—Puede V. subir si gusta.

—No me es posible por hoy y la ruego se haga cargo de la contestación.

—Me tienen dada orden de no recibir cartas de nadie y yo no quisiera ser amonestada de nuevo.

—No tengáis cuidado, que no os reñirán—dijo el caballero poniendo en manos de la portera un duro, la cual recogió como el que dispensa un gran favor diciendo entre dientes:—Haré cuanto esté de mi parte y le serviré hasta donde me sea posible.

—Mil gracias; ya volveré por la contestación.

—¡Cuando V. guste, caballero! Esta casa está á su disposición, y yo una servidora de V.

Cuando la portera se hallaba contemplando su duro, se la acercó una señora como de unos cincuenta años, bien conservada y decentemente vestida, diciendo al entrar:

—¡Buenos días, Concha!

—¡Buenos días, D.^a Serapia! ¿Se viene de misa?

—¡Sí, hija, sí, ya he cumplido con mi devoción, y ahora, á la obligación!

—¡Hace V. bien! lo primero es lo primero.

—¿Y qué hay de nuevo?

—¿No sabe V. nada de lo de anoche?

—¡No sé nada! ¿Qué hay?

—¿Pero no ha oído V. las voces?

—¡No señora, no he sentido nada!

—¿Pero hija, será posible?

—¡Y tan posible! ¿A qué hora fué eso?

—Sobre las once.

—Estaría en el primer sueño; porque de otro modo á mí nada se me escapa.

—¡Por eso decía yo!

—¿Y qué es lo que ha pasado?

—¡Pues una friolera! ¡Si toda la vecindad lo sabe!

—Pues hija, yo no sé nada.

—¡Anda, anda! Lo de D.^a Carmen, la esposa de ese perdido de D. Luis, por mal nombre.

—¡No sé una palabra!

—Pues hija, anoche tronó el matrimonio.

—Ya hace tiempo que debía de haber sucedido; ¡ah! si ese hombre hubiera dado con otra mujer, ya hace tiempo que le hubiera abandonado á él y toda su parentela.

—Y diga V. que sí, D.^a Serapia; ese hombre no tiene vergüenza.

—Es un infame, un tuno; después que se la comió los cuatro cuartos que ella tenía, se metía en la cama y mandaba á los chicos empeñar los pantalones para tener disculpa para no trabajar.

—Y su esposa le buscó dos destinos ó colocaciones y él no quiso admitir ninguno, diciendo que se rebajaba al aceptarlos.

—Desengañese V., señora; yo desde que lo ví sabe usted que la dije que tenía más orgullo que D. Rodrigo en la horca, y como el orgullo es sinónimo de la ignorancia, calcule V. lo que se puede esperar de tan alto personaje.

—Pues él dice que en su tierra era rico.

—Sí, por aquello que no hay calvo que no haya tenido buen pelo.

—Mire V., señora, es tan miserable y cobarde el hombre que abusa de la debilidad de una pobre mujer, que si ella me tocase algún parentesco, lo ahogaba

entre mis uñas, como si fuera un bicho venenoso.

—Y lo es; el hombre que piensa mal de todo el mundo, es porque él no es bueno y sólo merece ser aplastado bajo la planta de un zapato viejo, para que no nos manche su envenenada é inmunda baba.

—Pues verá V. la última heroicidad que ha hecho ese bandido con levita.

—Cuenta V. lo que guste, ya sabe V. que soy reservada para estos asuntos y sólo en confianza se puede decir á las amigas.

—No señora, si es público y lo sabe todo el mundo, porque á los bribones como á él, tarde que temprano, no falta una mano que los arranque la careta de la hipocresía para arrojarlos al lodazal de sus maldades y al desprecio y olvido de sus víctimas.

—Tiene V. razón, hija mía: *Dios consiente y no para siempre.*

—Pues bien; la mujer de este tuno tenía que estar todo el día y parte de la noche con la plancha en la mano trabajando como una negra para mantenerle á él y á su madre; una hermana y una hija que salió tan alhaja como su padre ¡vaya una niña y vaya un padre!

Un día sucedió que se le acabó el trabajo á la pobre D.^a Carmen, y como su marido es un holgazán de siete suelas, que suda con sólo ver trabajar á los demás, parodiando aquel lego de un convento que decía á los frailes: «Ha dicho el prior que bajemos á la huerta y que trabajen VV.,» D.^a Carmen, conociendo que tal orden de cosas no podía seguir de aquella manera por más tiempo, pidió prestado y con mil trabajos el dinero preciso para emprender su viaje á no sé qué provincia para buscarse trabajo y sostenerse ella y su hijo; y

¿creerá V., señora, que este miserable tuvo la avilantez y cobarde osadía de robarla treinta reales que á la pobre la sobraban de los billetes del tren y tener alma para dejarla en camino sola, con un hijo pequeño y ella enferma y sin conocimientos ni relaciones de ningún género en el punto donde iba?

—Señora, y ¿no hay código que castigue á estos bandidos que hacen buenos á José María y los Niños de Écija?

—Sí, señora, que le hay.

—¿Cuál es?

—La publicidad, la opinión pública, el desprecio de la sociedad y el remordimiento de su conciencia.

—Tiene V. razón; desgraciado de él, que desde este momento pesa sobre su cabeza el borrrón más negro que puede llevar el hombre, ¡la ingratitud!

—Ay, hija; no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague; Dios es justo y le dará su merecido; ella saldrá siempre bien, al paso que él, un simple pelele vestido con el necio orgullo, sólo le está reservado el hacer el paso.

—Pues aún dice la tía de la señora Sebastiana que ni es marido, ni es nada.

—Puede que sean habladurías; ¿cómo tenía esa mujer que haberle aguantado tanto si no fuese su marido?

—¡Todo es posible en corazones miserables y corrompidos! ¿Quiere V. que la cuente la historia que me han contado de él?

—Con el alma y la vida; yo soy capaz de no comer ni beber en siete días con tal de saber algo nuevo.

—Pues tome V. asiento y escuche lo que yo sé de ese hombre.

—Ya la escucho.

—D.^a Carmen era hija de un rico hojalatero de Barcelona, que después vino á menos y casó con un dorador que murió á los seis años de matrimonio, dejándola un hijo de corta edad; dos años después D.^a Carmen volvió á casarse con un corredor del comercio, el cual murió también, al poco tiempo de su enlace, de una pulmonía fulminante.

En este estado fué cuando D. Luis, natural de América, de no sé qué punto, pero con buenos puntos para cualquier negocio, vamos, como si dijéramos un hombre *sin aprensión* para nada, pues el pobre era entonces relojero y ganaba ocho mil reales de jornal, de cuyos ocho mil reales no vieron ni mil en su casa, con más deudas que deudos y más ingleses que Inglaterra puede dar al mundo en medio millón de siglos, en fin una verdadera ganga.

D.^a Carmen no le quería ni á tiros porque *le conocía mucho* y sabía *quién era* y todo lo que podía dar de sí tan preciosa alhaja; pero el tuno conquistó al padre de D.^a Carmen, y.....

En este momento salió por el portal una señora que podía contar sobre unos veinticuatro años; morena y ese tipo elegante nada común en la mujer dando á su vestido ese aire especial que lleva en sí toda persona bien educada y mejor nacida; la portera, al verla, dió un salto de su asiento, y acercándose á ella cuanto pudo y con mil formas misteriosas y ridículas la dijo al oído: «Señorita, esta carta me han dejado para V.» y la entregó el papel que hacía poco había recibido por la propina de veinte reales.

—¿De quién es?—dijo la señora.

—Lo ignoro, señorita; pero un caballero que tiene todas las trazas de un personaje y así... vamos, de todo un caballero de alta posición, me la dió para V.

—¡Es raro! En fin, veremos—y la señora guardó la carta en el bolsillo de su abrigo y salió á la calle.

La portera ocupó de nuevo su asiento y dijo á su compañera de murmuración:

—Hija, V. dispense que haya interrumpido mi relación, pero son tantas las obligaciones que pesan sobre esta portería, que me tienen la cabeza loca con tantos recaditos y encargos.

—Está V. dispensada, no faltaba más; siga V., siga usted, que me va interesando mucho su relación.

—¿En qué estábamos?

—Cuando D. Luis engañó al padre de D.^a Carmen.

—Ah, sí; pues sucedió que D.^a Carmen fué abandonada de su padre para obligarla por la fuerza del destino de la criatura á casarse con ese espantajo, diciéndola mil veces el padre:—¿Conque no quieres casarte con D. Luis?—No, papá—respondía siempre D.^a Carmen.—¿Luego lo que tú deseas y quieres á todo trance es que te mantengamos siempre á tu hijo y á ti? Ese hombre te conviene, cástate.

Al día siguiente su padre salió de Barcelona sin despedirse de su hija, dejándola en poder de D. Luis, y poco tiempo después una corta enfermedad le llevó al sepulcro para siempre.

—Diga V., señora, ¿D.^a Carmen no tenía madre?

—No, señora; había muerto antes que su padre.

—¡Ahora lo comprendo!

—¿Le parece á V. que alguna madre puede abandonar á una hija con un nieto pequeño, y que sólo conta-

ba entonces con el día y la noche, y ponerla en manos de un bandido, cuando hasta las mismas fieras se dejan matar por salvar á sus hijos?

—Tiene V. razón, señora, no puede haber madre que tal haga, y si desgraciadamente existiera alguna, que lo dudo, sólo nos podía inspirar compasión su modo de proceder.

—Pues bien; después de quedar en su poder, como la inocente mosca, empujada por el ímpetu del aire, toca á la hedionda tela de la asquerosa araña, cuya vista repulsiva nos causa asco, así quedó D.^a Carmen con D. Luis, el cual empezó por no querer trabajar, y la pobre doña Carmen se puso á planchar, y, á fuerza de trabajo y mil penalidades, pudo ganarse un jornal, más que regular, debido á su mérito y primor de su planchado, y cuando hizo una cantidad algo importante, se vinieron á Madrid y á vivir con la familia de él, que bien pronto dieron al traste con cuantos recursos la pobre tenía y ganaba.

—¿Y ese hombre, qué hacía?

—Comerse cuanto había en la casa, y cuando ésta vino al suelo, se metía en la cama, diciendo que estaba malo, y otras, empeñando los pantalones para no tener ocasión de salir á la calle ni hacer nada, diciendo para sí: —*Ella no puede dejar á su hijo sin comer y lo buscará, y comiendo ellos, yo también comeré.*

—¡Jesús, Jesús, Sra. Concha; parece mentira que haya hombres tan sin vergüenza que lleguen á tal estado y se dejen mantener por el trabajo de una mujer!

—¿Qué sabe V., señora? ¡Si como ese hombre no hay dos! Y aún no sabe lo mejor.

—¿Más aún?

—Sí, señora; verá V.

Por segunda vez fueron interrumpidas las dos cotorras por la presencia de una interesante joven, que, aunque bella y hermosa, su palidez mortal y las huellas que el dolor imprime en el rostro de la persona que sufre mucho, demostraban bien claro que su alma ó su cuerpo estaban enfermos de muerte.

Su traje, más que sencillo, era pobre, pero limpio, y su edad de unos diez y ocho años, y con voz dolorida se llegó á la portería y dijo así:

—Sra. Concha: ¿Me haría V. el favor de dar una vueltecita por casa, que voy al colegio y no volveré hasta la tarde?

—Sí, señora; pierda V. cuidado, ¿y cómo sigue su madre?

—¡Mal, muy mal! Cada día y de hora en hora está peor—dijo la joven, rompiendo en amargo llanto.

—No se apure V., D.^a Rosa, aquí estamos todos para lo que V. nos necesite; bien sabe que la vecindad entera nos interesamos mucho por su pobre madre.

—¡Ya lo sé! Madrid es la cuna de la caridad, y sus vecinos, nuestros segundos padres.

—Por esa razón, puede irse descuidada, que si ocurriese algo grave, yo misma iría á decírselo á V. al colegio.

—¡Oh; yo se lo agradeceré en el alma!

—Pues vaya V. descuidada en mí.

—En V. confío.

—¡Pues no faltaba más! Vaya V. con Dios, D.^a Rosa.

La joven se retiró de la portería, enjugó su llanto, y saliendo á la calle, se encaminó á su colegio.

—¿Quién es esa joven?—preguntó D.^a Serapia.

—Esa joven es el ángel de esta casa, todos la queremos como hija, porque es muy buena para su madre, que lleva en cama hace ya más de un año, y la pobre es ciega y está de mucho peligro.

—¿Qué padece?

—La edad; la pobre tiene ya cerca de ochenta años, y cuantos médicos la han visto, todos se despiden, diciendo que no tiene remedio humano.

—¿Y á qué colegio va ahora?

—Es pasanta de un gran colegio de señoritas, que la dan diez reales diarios, con los cuales sostiene á su enferma madre, careciendo ella hasta de lo más preciso de la vida.

—¡Buena hija!

—¡Sí lo es!

—¿Y no tiene familia?

—No, señora; hace dos años que vinieron á Madrid, y la pobre se puso á coser para sostener á su madre ciega y enferma, y lo poco que ganaba no le alcanzaba ni para mal comer, y llegó el caso hasta de pedir limosna porque el casero las amenazaba con echarlas de la habitación si no pagaban; hasta que una noche la señora X la socorrió, y compadecida de su desgracia, la colocó en el colegio que hoy tiene.

—¡Bien hecho! Dios premia siempre las almas buenas, como sin disputa castiga las malas.

—Tiene V. razón; todo lo que se hace bueno ó malo, tiene su recompensa ó su justo castigo.

—Volvamos á D. Luis—dijo D.^a Serapia.

—Señora, si con sólo hablar de ese pillo se me revuelve el estómago y me dan ganas de provocar.

—Lo creo. Ese hombre por fuerza no tiene corazón.

—Sí, señora; lo tiene de estopa, revestido de egoísmo, y su alma de hielo envuelta en cieno, y su mente embotada en la maldad, como todo miserable.

—¿Qué más hizo?

—Pues una hombrada de las suyas. Cuando la pobre D.^a Carmen se quejaba de su proceder y pretendía separarse de su lado, siempre la amenazaba con hacer pública su deshonor y con escribir á tal ó cual parte y á determinadas personas, y la pobre víctima doblaba la cabeza ante su destino y sufría el tormento con paciencia, hasta que una amiga la aconsejó que saliera con su hijo en busca de trabajo fuera de Madrid y se fuera de su lado; así lo hizo, y pidiendo lo sucinto para el viaje de ella y su hijo, fué cuando *la robó los 30 rs.* en los billetes del tren.

—¡Tan cobarde como miserable!

—Eso digo yo; porque era mujer, que á un hombre no le hubiera robado, como no fuera tan cobarde como él.

Después de un año regresó á Madrid hallando á don Luis con la misma vida que lo había dejado, es decir, sin hacer nada de provecho, pues hasta una triste peseta que ganaba el hijo de D.^a Carmen, él se la comía y sólo se halló con que había vendido hasta las sillas de la casa, incluso el retrato de su primer marido, que tuvo la osadía de venderlo; y llegó á tal su cinismo, que llevó á vivir á toda su familia á una casa *non santa* que en Madrid se la conoce por *la casa de las dos llaves*.

—¡Jesús, Jesús! Calle V., señora Concha.

—Por esta razón y viendo tal modo de obrar, ella lo despreciaba durmiendo con su hijo y sobre el mismo hierro de la cama, porque él había vendido los colcho-

nes de su hijo, y prefería esto á dormir con semejante hombre. Él quiso casarse mil veces; pero ella no quiso jamás, pensando sólo en el feliz momento que pudiera salir de su lado.

—Hizo bien.

—¡Ya lo creo! Si se hubiera casado, hoy sería su esclava.

—Y que hay honras que deshonran, y *nombres* que dan tan poco nombre, que no se pueden nombrar.

—Así fué que anoche cuando él se hallaba ocupado en hacer un *cocido imitado*, como él lo llama así, se trabaron de palabras, y D.^a Carmen, cansada de semejante estafermo, lo plantó de patitas en la calle.

—Muy bien hecho; que lo mantengan en Ceuta ó Cartagena, que es donde debía de estar por ciertas cosas que yo me sé, y algunos *papelitos*, que también sabe hacer de todo.

—¡Pues no tiene desperdicio!

—Y aún tiene valor el muy necio de creer que doña Carmen lo llamará, porque se cree el necesario, según me dijo al despedirse de mí; que lo espere sentado, que de pie se cansará; él sí que la buscará pronto y la *escribirá* diciendo que venda lo poco que tiene en su pueblo, pretestando alguna colocación ó cosa así; pero D.^a Carmen es mujer que vale mucho, y le dará la contestación con el desprecio del silencio, y ¡pobre de él! si la toma siquiera en boca, porque en ese caso, las cañas se vuelven lanzas y le pueden hacer variar de domicilio, procurándole mucha *sombra*, á fin de que no le ofendan los rayos del sol, por aquello de que alguna vez suele estar, detrás de la cruz *el diablo*.

—¡Y muchito que sí y le estaría muy bien empleado!

—Ande V., que no se irá el toro sin banderillas.

Cuatro horas después y haciendo comentarios sobre la separación de D.^a Carmen de D. Luis, la puerta de la calle se hallaba completamente obstruida por la mayor parte de las criadas de la casa y gran número de vecinas cuya vida la pasan más en el portal y la calle murmurando y cortando vestidos al filo de sus lenguas que al cuidado de su hogar y ocupadas en las obligaciones de su casa.

Todas hablaban á la vez, y la portera saliendo de su cuchitril se impuso respeto y silencio á la vez.

—Pero señá Concha, ¿no ha oído V. la disputa del capitán con el pobre Perico?—dijo la que más hablaba.

—No hija, ¿qué ha sucedido?

—Se oían tantas voces y...

El asistente apareció en aquel momento con un lío de ropa debajo del brazo, su gorrilla de cuartel y la chaqueta de diario; las mujeres guardaron silencio y prestaron atención movidas por ese resorte mágico que obra en la mujer y que la hace igualarse y rebajarse hasta las clases más vulgares de la sociedad, que sin disputa, es la curiosidad tan impregnada por desgracia en su sexo; la cual es como si dijéramos la antesala de todos los cuentos y chismes de vecindad.

—¡Patrona!—dijo el asistente á la portera,—¿quiere argo ese cuerpesito de gloria pa el cuartel?

—¿Pues cómo es eso?—repuso la portera abriendo cada ojo como un plato, deseosa de saber noticias.

—Qué quiere V., el que manda, manda; mi amo me ha despedido.

—¿Por qué motivo?

—Porque dise que no sirvo bien á la zeñora.

—¡Mira qué lástima de cantárida, aplicá á su alma pa hacerla entrar en caló!—exclamó una morenilla más salada que la salmuera, dando cierto movimiento á la cabeza que revelaba su disgusto.

—Grasias, prenda; pero no creas tú que porque me largo no güelvo, eso no, voto á una bala perdía; encuantico zarga del cuartel, aquí me tendrás en cuerpo y arma, desde po la mañana hasta la noche; ¡pues poquiya querencia y güena voluntad he tomao yo á estos zitios pa olvidarlos fásilmentel ezo no pue zer.

—¿De veritas?

—¡Como lo oyes, chiquiya! yo por ti zoy capaz de enrearme á gofetás con el mismo diablo y zacarle del infierno arrastrao por los cuernos.

—¡Jesús qué miedo!

—No te guasees, chiquiya, que lo que yo igo escrito está en este papé—dijo el asistente llevándose la mano á su pecho y mostrando un pliego cerrado.

—¿Y qué papelote es ese?

—¿Cómo papelote, chiquilla? Zon las acciones de guerra y sertificaos de mis jefes.

—Déjate ahora de eso y cuéntanos por qué te ha despedido tu amo—exclamó la portera, deseosa de adquirir una noticia más, para esparcirla después por la vecindad y el barrio entero.

—¡Pues por na entre dos platos! Yo estaba ya máz cargao que un pisto manchego, de tanto pelear con los chiquiyos, y vaya que es una ganga y más malos que arrancaos; zon tres, pero valen lo menos diez; y como no tienen criá, ni coza que lo varga; yo barría, yo fregaba; hasta los pañales los lavaba, zubía el agua y to

lo que yo hasía, al ama la disgustaba, y mi amo me regañaba cuando estaba de buen humor.

—¿Y cuando estaba de malo?—le preguntó la portera—¿qué hacía?

—¡Pues pegarme ca toná, que cantaba la nanita!

—¡Qué barbaridad!

—Si tiene cara de judío—repuso una.

—¡Críe V. hijos para que sirvan al demonio—decía otra.

—Ese tío se va á ganar una paliza—decía una tercera.

—¡Cómo está el servicio!—decía otra.

—Puez ezo mismo digo yo. El hombre zale de zu caza pa zervir al Rey y á la patria, pero no pa zer endozao como una letra de cambio á otra perzona nenguna; á mí las balas no me azustan; pero un regaño de mujer, porque no frego bien los platos, ¡me mata! y máz, mi ama, que ziempre está gruñiendo, como zi la hubieran hecho rabiando.

¡Pero, zeñó! ¿No me zacaron á mí pa las armas? ¿Pues por qué estoy lavando pañales y zirviendo de crialo, zin zuerdo y con porrazos? ¡Vaya un zalero que tienen las leyes!

—Pero, hombre, ¿quieres decirnos por qué te han despedido?

—Ya verá V.; los chiquiyos ze quitan la ropa lo mezmito que un carbonero, y unas medias, ¡válgame Dios, qué medias! no zon medias, zon enteras de un aguador en verano, y yo, la verdá, ze me volcaba el estómago, ¡cómo estarían, camará! y pa que no me las dieran más, saqué la navaja y de dos tajos las abrí por la metá, de alto á bajo.

¡Zeñora, cuando las vió el ama; na; estayó la tempestá!—¿Pero qué has hecho, maldito, con las medias de los niños?—me dijo hecha un zerpentón.

—¿Yo? Na, zeñora.

—¿Cómo nada? ¡Si están hechas un girón!

—¡Ah; zi, ya ve, mi capitana, que las medias zon mu chicas!

—¿Pero qué tiene que ver eso?

—Que no me entraba la mano y las abrí pa lavarlas; en esto llegó el amo y me despidió; ¡ni máz ni menoz!

—Hiciste bien; anda y que se sirvan ellos.

—Zi yo voy ganando; zi no zargo de zu caza pierdo el estómago, zin remedio.

—¡Hombre! ¿Por qué?

—Porque el ama es más puerca que las arañas.

—¡Quién lo había de decir!

—Zí señoira, mu guarra; hágase V. una figura, que yo mismo la he visto por la noche matar las chinchas en la paré con el deo, y después se levanta por la mañana y se cura una fuente que tiene en el brazo izquierdo, y sin lavarse ni na, coge los garbanzos que deja en agua y los echa por su mano al puchero.

—¡Qué cochina!

—¡Jesús, qué guarra!

—¡Y tanta cola arrastrando!

—Pero eso será una ponderación tuya—dijo la portera como hiriendo su amor propio—para depurar la verdad.

—No lo crea V., patrona; y pa desirla lo que es esa mujer, la voy á referir un sucedido que yo mismo he presensiao con estos ojos que se han de comer la tierra.

—¡Sí, sí; cuenta, cuenta!

—¿Ze acuerda V. del gato negro?

—¡Pues no me tengo de acordar, cuando me robó media libra corta de carne en menos que se dice amén!

—Pues bien; ¿de qué dirá V. que murió el animalito, que daba lástima verle?

—No lo sé; ¿tal vez de hambre?

—¡Ca, no zeñora! Ze murió de azco, de to lo que veía en la caza; por ezo digo que no me peza, y por otro lao man hecho un perjuisio rigular.

—¿Por qué?

—Porque me han partío la carrera por la metá; ahora podía yo zer...

—¿Cabo?

—¡Ca, zeñora; lo menos un tiniente coronel! Porque yo ze leer de corrió, y escribo más que el Tostao, y cuento más que un contaor de gaz cuando ze ezcapa, y ze más leyes que un menistro, y más romances que un poeta, y en cuanto á valor, jezo no hay tres como yo! me como los hombres crúos lo mesmo que la mar se traga los navíos y se quea tan serena.

—Vamos, no seas fanfarrón.

—¿Yo fanfarrón? Lo que igo es la pura verdá; en mi tierra tos son valiente, y hasta los niños de teta saben tirar al florete.

—¡Jesús, qué atrocidad!

—Pues si no fuera azí, me hubiera vizto perdío en campaña; yo zolo he matao más carlistas que en maza pueden formar dende Pequín á mi pueblo.

—¿No hay que rebajar algo?

—¿Rebajar? ¡Y me queo corto! Recuerdo una noche en el zitio de Bilbao, que yo zolo vensí á tres batallones.

—¿Cómo fué eso?

—¡Pues más zencillo que beberze un vazo de agua! Figúrese V. que teníamos una carpanta que llamaba á Dios de tú, cuando me llamó el primero, y me dijo: —Camará, ¿zerás hombre pa una hombrada?—¿Y lo duda mi primero?—¡Ya zé que eres mu bravo y mu valiente!—¡Puez al grano, mi primero!—Mira, Perico, detrás de aquellos serros hay ganado; ¿te atreves á traer un carnero?—¿Y no ez más que ezo?—Nada más. —Pues en marcha.

Zalí por las avansadas como si fuera un gato pa no zer vizto de algùn jefe, y en dos zartos yegué á los serros; robé el mejor carnero que ví, más el caldero del pastor, que dormía á pierna suerta, y pian pianito, me golví á mi batallón. ¿Pero cuál zería mi azombro, que en la oscuridá de la noche perdí el camino, y por yegar á los mios, juí derechito al enemigo?

Los carlistas, al echarme el ¿quién vive? les desía yo: pero hombre, ¡zi zoy yo! y eyos dale que dale, con el ¿quién vive? y yo les desía bajito: Pero hombre, no des voces, que zoy Perico. Y como iba avansando, avansando, eyos me hisieron fuego gritando: ¡Viva Carlos VII!

Entonses comprendí mi error; pero con esta sereniá que Dios me dió pa too en la via, dije ar punto: ¡No hay na perdío! y en el acto cogí mi caldero y prinsipié á tocar en él, como si juera un tambó, un paso de ataque con cá gorpe de parche, que paesía de verdá, y esforzando cuanto púe mi voz, les grité hasta aterrarlos: Batallones, ¡no hay que tirar un tiro! ¡A la bayoneta, hijos míos! y mi caldero respondía: ¡ram, plaám, cataplám, plam!

Los carlistas se azustaron, y hasiendo un fuego infernal, me alumbraban sus descargas, y yo ¡plám, rata-plám, plam, racataplám! me los yevé en retirá más de tres leguas, quizás; cuando yo reconosí el terreno, les dije zin parar: Muchas gracias, cabayeros, y que no haya novedad; y con mi caldero y carnero, que yoraba enternesío, admirado de mi valor, desía pa sus adentros: ¡noz hemo zarvao! ¡Ez todo un general! Y al poco llegué á mi batallón, que al oir las dezcargas, en marcha venía ya; el coronel, reparando en mí, me preguntó:

—¿Qué ez ezo, Perico?

—Na, mi coronel; que con zolo este caldero, tres batayones de carcas, echando demonios van.

—Yo premiaré tu valor—me ripuso el coroné.

—¿Y no te dieron nada?

—Zí, una cruz del Mérito Naval.

—¿Cómo naval?

—¡Pues justo! porque á mi coronel me lo hicieron general.

—¿Y fué pa él la gloria?

—¿Para quién tenía que zer?

—Para ti que lo ganastes.

—La gloria y los empleos, ze los yevan ziempres los jefes.

—¿Y vosotros?

—Nozotros... privaciones y trabajos, que aluego máz tarde, ziempres lo zuelen pagar con palabras y sintajos, y en paz.

—¿Y te has hallao en muchas batallas?

—¿Que zi me he hallao? ¡Ya he perdío la cuenta!

—¿Tantas han sido?

—Cazi cazi diarias, y á veses do en un día.

—Eso no puede ser.

—¿Las queréis ezcuchá?

—Si no tardas mucho...

—Pronto voy á terminá.

—Pues te escuchamos; siéntate á nuestro lado; ¡ajajá!

—Pareces á Periquito entre ellas.

—Como que lo zoy.

—Dejarle contar el cuento.

—¡Dale con el cuento; no es cuento, que es verdá!

—No hagas caso, Perico, y cuéntanos lo que quieras.

—Puez la batalla de...

—¡Qué demonios de batallas; cuenta una cosa bonita!

—Puez entonces, la batalla del...

—¡Dale con tus batallas!

—¿Queréis dejarme hablar?

—Sí, Perico; habla, habla.

—No; no y no—dijeron todas á la vez.

—Chiquiyas, dejarme desir su título, y de seguro os gustará.

—Dilo, dilo, Periquito, anda.

—Pues la batalla del amor.

—¡Ay qué bueno; bien por Perico; cuenta, cuenta!

—Puez, zeñoras, voy allá. Cuando yo zargo á la calle, y la zuerte ó la cazualidá me jase topar de frente con una jembra de ezas, de zuperior caliá; la igo, echándola el guante: ¡Eh, salero, arto ahí! La moza, zi es de trapío y afisioná á la querensia, como otro cuarquier animal, abre pazo á miz zuspiros y juntos vamos al canal.

Nuestros ojos zon candela, que alumbran y quemán á la par, como zon las guerrillas cuando empiesan á foguear; mis labios zon los cañones, que gomitan mil cartuchos de zuspiros, que derechos á su arma van; ella,

ziempre ze reciste, como es muy rigular, no porque la disgusta, zino por el qué dirán, y yo que conosco el paño, por donde tengo que cortar, lanso luego á la pelea to el cuerpo de reserva; ella zola ze bate, con terrible terquedá, tras las primeras trincheras, que el deber manda guardar; pero yo hago fuego zin cezar, que zi hoy no ze rinde, mañana ze rendirá; y la tomo las trincheras con mucha zereniá, y ella, sejar, que sejar, hasta dar con zu cuerpesito á donde no puedo llegar.

Entonses, la propongo una tregua y eya viene y yo voy, y se acabó la contienda, y eya me dise incomodá:

—Si se propasa V. otra vez, no lo guelvo ni á mirar.

—Zi yo á tu lao no zé estar mano zobre mano.

—Pues lárguese V. hermano, que no estoy para inquietudes.

—¡Pero, niña, zi por tí muero!

—¿Avisaré al sepolturero?

—Eres cruel, y más que cruel, ingrata.

—¿Porque no entrego la carta; así en un dos por tres? pues hijo mío, pacencia, y cuando uno está enritao, quietud y mucho refresco nos aconseja la cencia.

—¿Chiquiya, crees zoy algún chaval?

—¡Ca, ni por pienzo pude creer yo tal! lo que V. S. me parese es un pelele de Carnaval.

—¿Tal ofensa á mí, que visto el uniforme real?

—Pues por eso, me parece un mariscal.

—¿De campo, verdá?

—Y tan del campo, que en su vida entró en nenguna ciudad.

—¿Eso más?

—No le asombre.

—Voto á mi nombre!

—¿El qué?

—¡Pues, ná!

.....
—Una hora después, todo había concluído; lo que pazó no lo zé, pero lo sierto fué, que me desía compungida:

—¡No te vayas, mi vida!

—Mujé, zi tengo que hacer.

—Espera otro poquito.

—Hago farta en el cuartel.

—¿Me olvidarás, Periquito?

—¡Yo olviarte! ¿Quieres cayar, chiquiya?

—Pues toma pa una cajetiya.

—¡Ahora zí que te quiero! Y zi ziques de ezta zuerte, te amaré hazta la muerte, y tú zerás mi lusero.

Y yo, como zi viniera de Birbao, á los ziete ú ocho días, como zi no hubiéramos hablao.

—¿Eso haces tú, Periquito?

—¡Y con muchísimo zalero!

Perico se levantó de un salto y se despidió de la portera y demás vecinas, con la promesa de volver al día siguiente.

Concha lo despidió con el mayor agrado, y sus manos no cesaron en un punto en hacerle señas de afecto y despedida hasta que lo perdió de vista, diciendo á sus vecinas:—¡Lástima de muchacho que esté metido en un cuartel!

—Puede hacer suerte, ¿quién sabe?—dijo la morenilla de Perico.

—Dios lo haga, porque lo quiero bien y deseo su felicidad.

—¡Y yo! ¡Y yo también! —dijeron todos á la vez.

Esta escena fué interrumpida por las voces del capitán, que llamaba á la portera con iguales modos que si mandara un escuadrón de caballería en el momento de dar una carga sobre el enemigo en el campo de batalla.

—¿Qué manda V., D. Pepino?—dijo la portera corriendo cuanto pudo por salir á su encuentro.

—¿Quién diablos le ha dado á V. esta carta para mi mujer?

La portera se quedó como un cadáver sin poder pronunciar palabra.

—¿Diga V.?—volvió á gritar de nuevo el capitán hecho una fiera,—ó no respondo de mi cólera.

—¡Ay, señor de mi vida!—dijo la pobre portera temblando como una azogada—¡Dispense V., por Dios, que ahora comprendo he cometido una imprudencia sin querer!

—¿Cómo sin querer, cuando V. misma se la dió á mi esposa?

—Sí señor, sí, tiene V. razón; pero ha sido una equivocación mía, que, por dársela á D.^a Rita la del tercero, se la dí á su señora.

—¡A mí no me engaña nadie! Esas son disculpas de usted para librarse de mi justa cólera.

—Señor, créame V. por lo más sagrado del mundo que le digo la verdad, y Dios me mate y me confunda si le falto á ella.

—Bueno, allá lo veremos; pero cuente que si me engaña la rajo de arriba á bajo como si fuera un melón.

—Le juro á V. que le digo la verdad.

—Bueno; pues yo necesito ver á ese señor.

—Yo le diré lo que ha pasado.

—¡Que necesito verle yo! ¡Voto á cien mil escuadrones de demonios!

—¡Ay, Jesús de mi vida! No se ponga V. así, que me hace temblar de miedo.

—¡Más temblará V. si me engaña!

—¡No señor, no; le digo la verdad!

—Bueno; pues cuando venga ese señor le entrega V. esta carta, y que me conteste ó que se vea conmigo.

—¡Pero D. Pepino, si eso es un compromiso para mí!

—¡Voto á mil bombas encendidas!

—¡No vote V. más, que me pongo mala!

—¡Usted sí que va á votar desde el tejado á la calle como no haga lo que la digo!

—¡Lo haré, señor, lo haré como V. manda!

—¡Y ay de V. como me falte!—y dando media vuelta y echando rayos y centellas por su boca, desapareció el capitán entrando en su habitación.

La portera, que apenas podía tenerse en pie, subió al piso tercero y enteró á D.^a Rita de cuanto ocurría con la equivocación de la carta, deshaciéndose en cumplidos y disculpas por su torpeza de entregar su carta á la mujer del capitán.

—Nada tema V.—dijo D.^a Rita, y después de un rato de meditación, exclamó sonriéndose:—El caballero que la dió la carta para mí sabe más durmiendo que el capitán despierto, y ya lo arreglará él todo, pierda V. cuidado; ahora tome V. esta tarjeta, y de mi parte le dice cuanto ocurre y nada más.

—¡Ay, señora, me vuelve V. el alma al cuerpo, porque ese hombre me asusta!

—No es tan fiero el león como le pintan y que más vale maña que fuerza; vaya V. tranquila.

La portera bajó más satisfecha que había subido, y tomando el camino del patio, cruzó su cuadro, y subiendo la escalera que conduce á los cuartos interiores, llamó sobre la puerta núm. 2 del sotabanco donde se hallaba la enferma madre de la pasanta Rosa.

—¿Cómo sigue V., señora?—dijo la portera al entrar en una pobre y reducida habitación en que la enferma descansaba sobre un mezquino catre de tijera y un mal colchón.

—¡Muy mal! Hoy creo será el último día de mi vida; no lo siento por mí, me duele por mi pobre hija que solo la soy una carga tan pesada como inútil, y sé que mi muerte quizás arrastre la suya también. ¡Es tan buena, que su recuerdo me hace mal y feliz á la vez!—y la enferma rompió en amargo llanto ahogando su dolor en mil sollozos.

—¡Por Dios, señora! no se aflija de ese modo, y tenga confianza en la Virgen de la Paloma, y ella la pondrá pronto buena.

—No, Concha, no; hoy siento en mis oídos el triste eco que la agonía nos hace sentir al sorprender nuestra vida, y mis ojos se nublan con el turbio cristal de la muerte cuando ésta nos llama para sí.

—Señora, ¿tan mal os encontráis?

—Muy mal, y os ruego llaméis inmediatamente á mi hija, á mi querida Rosa. ¡Oh, no me dejéis morir sin estrecharla antes en mis brazos!

—Voy al momento.

—¡Dios os lo pague!

La portera salió al punto y alborotó la vecindad con tan triste nueva, y toda la vecindad acudió en auxilio de la enferma.

Una joven salió para la casa de socorro, y avisando su novedad, hizo venir un médico, el cual tan luego vió á la enferma, comprendió su desesperado estado y ordenó lo primero los Santos Sacramentos, y arrojando el sombrero sobre una silla, dispuso varias recetas y empezó él mismo á dar á la paciente unas friegas con dos cepillos, diciendo á las vecinas que estaban presentes:

—Es preciso obrar con energía y no perder ni un momento.

—Todas estamos á sus órdenes, señor médico.

—¿Quién es la familia de la enferma?

—Nadie, señor; sólo tiene una hija, que en este momento ha salido la portera para avisarla, y pronto estará aquí.

—Pues entretanto llega su hija, disponed agua caliente; otra, que haga traer un baño; otra, que avise á la parroquia para que sea confesada pronto; otra, que vaya inmediatamente á la botica y se traiga en un frasco y una botella estas dos recetas, pero todo á escape, y dos que se queden para ayudarme en lo que pueda necesitar.

Cada cual salió para cumplir su cometido, y el médico con sus dos ayudantas empezaron á prestarla cuantos auxilios ordenaba el médico, hasta la llegada del confesor, que había de preparar su alma para el viaje eterno de la otra vida.

El sacerdote llegó al poco rato, y la enferma se confesó, como buena cristiana, recibiendo religiosamente los auxilios de la religión, y con éstos y los medicamentos de la ciencia, la enferma quedó relativamente más tranquila y mejorada; sin embargo, el médico no dejaba

de repetir:—No hay que confiar; ¡está gravísima!

—¿Pero morirá pronto?—decía una vecina.

—Creo no podrá vivir muchas horas, si una reacción franca y copiosa no se le presenta pronto; son las seis de la tarde—dijo el médico, mirando su reloj;—si dentro de tres horas no ha roto á sudar, no saldrá de esta noche.

—Pero su hija, ¿cómo no habrá venido?—decía una vecina.

—No lo sabemos—repuso otra;—ya se le han mandado dos recados y no viene.

—Pues es preciso que venga en seguida—dijo el médico,—para que presencie y disponga cuanto pueda ocurrir.

—En ese caso, iremos dos—dijo otra joven—y la traeremos con nosotras.

—Sí, sí—dijo el médico,—que venga pronto; yo espero aquí.

Dos jóvenes salieron en dirección al colegio para traerse en su compañía á la pobre Rosa.

A la media hora regresaron las dos comisionadas, diciendo que Rosa no estaba en el colegio y que ignoraban su paradero.

La enferma seguía empeorando por momentos, y el reloj avanzando sus horas, cortaba paso á paso la vida de la buena anciana.

El médico y las vecinas extrañaban extraordinariamente la ausencia de Rosa, cuando todos los días á las seis de la tarde ya estaba en casa, cuidando á su anciana madre, y ya eran las nueve de la noche y, apesar de los repetidos recados, aún no había parecido.

—No me queda duda—decía la portera,—que alguna

desgracia ha ocurrido á Rosa, cuando ella no está aquí.

—Eso me temo yo también—decía otra vecina.

—Pues ya no podemos esperar más—dijo el médico;—es necesario darla el baño, á muerte ó á vida, y avisar la Santa Unción.

Así se hizo todo, y cuando el sacerdote bajaba las escaleras de la casa de la enferma, después de cumplir con su sagrado y penoso deber, Rosa subía acompañada de un caballero desconocido de la vecindad, la cual, desde su entrada en el portal, ya la habían enterado del triste estado de su pobre madre; así fué que, cuando vió al sacerdote, le faltaron las fuerzas para seguir subiendo, y tuvo que apoyarse en la portera y otra vecina para no venir al suelo.

Al entrar en su casa se arrojó en brazos de su moribunda madre, exclamando fuera de sí:

—¡Madre de mi alma!

—¡Hija de mi vida—repuso la enferma abriendo sus brazos y estrechándola contra su seno,—el Señor no ha permitido que deje de existir sin abrazarte por última vez y recibir tus últimas caricias!

—¡Por Dios, madre mía, no diga V. eso; tenga V. fe en Dios y confianza en su santa madre, y ella la pondrá buena!

—Sí, hija mía, sí la tengo; pero ya me siento morir y necesito aprovechar los momentos que me restan de vida para tu bien y tranquilidad de mi conciencia.

—No se fatigue V., señora—exclamó el médico dándole á la vez una cucharada de medicina, que la repuso algún tanto, y Rosa aprovechó aquella oportunidad para decir á su madre:

—Este caballero es el esposo de la señora directora

del colegio, el cual me ha acompañado hasta aquí, porque una niña se ha puesto tan mala en clase que ha sido preciso conducirla á su casa, donde la hemos dejado con pocas esperanzas de vida, y por esta razón no pude venir antes.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó la enferma.—Pero el Señor sin duda dulcifica mis últimas horas más de lo que yo merezco al ver en mi casa á nuestro protector, y puesto que el cielo me lo envía, yo le ruego acepte mi último encargo.

—Contad con ello, señora —dijo D. Juan, que así se llamaba el esposo de la directora del colegio.

La enferma extendió una mano hacia donde sentía la voz de D. Juan, el cual la tomó entre las suyas, y la dijo así:

—¿Qué tenéis que mandarme?

—¡Ah caballero!—exclamó la enferma.—¿Me juráis cumplir mi última voluntad?

—¡Lo juro, señora!

—Dios os lo pague, y si faltáis os lo demande.

—¡Así sea!—repuso D. Juan.

—También desearía hacer igual petición á este caballero médico, que tanto ha hecho por mí.

—Disponga V. lo que guste de mí—dijo el médico tomando la otra mano que la enferma alargó como á D. Juan.

—¿Me juráis lo mismo que este caballero?

—Os lo juro.

—Pues bien—dijo la enferma haciendo un supremo esfuerzo como para reunir todas sus fuerzas para poder hablar;—en VV. dos confío la felicidad de mi Rosa, y después que yo haya dejado de existir, levantaréis los

ladrillos que cubren mi baúl, y hallaréis una caja de lata con papeles y varios objetos; en estos documentos consta el dote que tiene Rosa de 25.000 duros que la robaron siendo niña, con el recibo del ladrón, y sabrán... sabrán también quién... son sus padres; yo... yo... no soy su madre.

—¿Qué decís?—exclamó Rosa como herida por un rayo.

—Sí, hija mía, sí; yo te he criado, te he educado; pero otra mujer te llevó en sus entrañas, y luego te dió á luz para la vida del mundo.

—¡Madre, madre mía! Por fuerza su cabeza delira y lo que estáis diciendo no puede ser verdad; decidme que os habéis equivocado, ó que yo lo entendí mal; yo no quiero por madre más que á V., aunque la mía fuera una reina.

—¡Qué buena eres! Dios te asistirá; pero créeme lo que te digo, porque á la hora de la muerte nadie miente; ¡yo no soy tu madre!

Rosa cayó desmayada sobre su madre, y la pobre enferma, presa de una agitación nerviosa, dobló la cabeza sobre la de su hija, y estampando un beso de amor sobre su frente, exhaló su último aliento, subiendo un alma más al cielo para adorno del trono del Señor.

Rosa fué retirada á casa de la portera, y el médico la asistió en una corta, pero grave enfermedad, que la puso al borde del sepulcro, y que sólo á sus atenciones y cuidados pudo salvarla por milagro.

D. Juan y D. José, que así se llamaba el médico, y en presencia de los vecinos y vecinas que esta escena habían presenciado, separaron el baúl indicado por la

difunta, levantaron los ladrillos y bajo ellos encontraron una caja de lata, llena de papeles y documentos y un medallón grande con dos retratos, uno de señora y otro de caballero.

D. Juan, al ver las miniaturas, se puso horribilmente pálido, y un sudor frío y copioso corría abundantemente por su rostro, y sus piernas apenas podían sostener su agitado cuerpo.

—¿Os ponéis malo?—exclamó el médico.

—No, no es nada—repuso D. Juan;—es un vahido... La impresión de la muerte de esta señora me ha sobrecogido en extremo... y... desearía poderme retirar.

—Yo os acompañaré—dijo el médico.

—No os molestéis; me siento mejor, y dentro de diez ó doce días, cuando todos estemos más tranquilos, nos ocuparemos de los asuntos de Rosa—dijo D. Juan, entregándole á la vez una tarjeta con el nombre y domicilio de su habitación; D. José se la cambió por otra suya, y D. Juan salió, ante la presencia de aquella reunión, como azorado y deseando escapar de la presencia de la muerte.

El médico recogió todos los objetos en la caja de lata y empezó á disponer lo necesario para dar sepultura al cadáver y asistir á Rosa en su enfermedad, que tan alarmantes síntomas presentaba desde un principio.

Al día siguiente se efectuó el entierro con bastante decoro, dado el estado de pobreza de la difunta, y la vecindad y el barrio entero se ocupaba sin cesar en las circunstancias misteriosas que rodeaban á Rosa, suponiéndola hija de algunos Duques ó banqueros, y todo era comentarios y habladurías por la vecindad.

El caballero que entregó la carta á la portera para D.^a Rita, y que aquella dió, por equivocación, á la señora del capitán, dijo para sí, riendo:—Pronto te quitaré de en medio.

SEGUNDA PARTE.

Al día siguiente, la vecindad seguía ocupada en lo mismo del anterior, y para el pobre capitán fué de prueba; apenas había amanecido, es decir, según amanece en Madrid para sus vecinos, que siempre son las siete de la mañana, aunque sea en verano, cuando un soberbio campanillazo hizo salir al capitán, que seguía sin asistente, echando pestes por hacerle levantar de la cama tan de mañana, diciendo con voz de trueno:

—¿Quién?

—Servidora de V.

—¿Qué se ofrece?

—¿Es aquí donde buscan criada?

—No señora.

—Pues me han dicho que era aquí.

—Pues no es aquí.

—V. dispense.

—Vaya V. con Dios y todos los santos.

El capitán volvió á meterse en la cama gruñendo y rabiando como siempre. No habían trascurrido diez minutos cuando otro segundo campanillazo le hizo otra vez poner los huesos de punta, y con más amabilidad que la anterior, volvió á preguntar:

—¿Quién?

—Servidor.

—¿Quién es V.?

—¿Es aquí donde buscan un criado?

—¿Se quiere V. ir al infierno con sus servicios?

—Pero señor, si me han mandado aquí.

—Si no toma V. la calle en seguida, le mando yo á la eternidad para siempre.

—Señor, yo no tengo la culpa, que...

—¡Vaya V. á paseo!

El capitán se volvió á la cama más enfurecido que un león hambriento, jurando cuanto hay que jurar, cuando á los cinco minutos un tercer campanillazo le hizo saltar de la cama, diciendo todo descompuesto:

—¡Juro á dios Baco que como sea otro servidor!...—
y ahogado por la ira y la cólera, exclamó:—¿Quién?

—El ama de llaves.

—¿Qué ama ni qué criada?

—El ama de llaves que V. tiene encargada.

—¿Yo? ¡Estos podencos me quieren volver loco!

—Sí señor; V. lo ha encargado en mi agencia; si no yo no hubiera venido en mi vida.

—¿Pero V. sabe quién soy yo?

—D. Pepino Narro de Narro.

—¿Quién se lo dicho á V.?

—El memorialista de la calle de San Simplicio.

—¡V. y él sí que son buenos simplicios!

—Y V. un grosero.

—¡Bruja maldita! ¡si salgo, la retuerzo el pescuezo como á un pollo!

—¡Vaya con el hombre! Parece que quiere V. divertirse con las pobres.

—VV. son los que quieren divertirse conmigo; pero

juro por la cincha de mi caballo, que se han de acordar de mí.

El ama de llaves no esperó más razones, y se fué echando venablos, y el capitán se daba también á todos los diablos.

Cinco minutos después, sonó la campanilla de nuevo, y el capitán salió medio loco gritando:

—¿Quién?

—Señor, el peluquero.

—¡Esto ya no se puede sufrir! ¿quién demonios le manda á V.?

—El memorialista de la calle de la Pingarrona.

—¡No estará él mal pingarrón! Yo le arreglaré á él y á todos los que vienen de su parte con cien mil millones de pares de demonios encendidos.

—¡Señor, yo no tengo la culpa!

—¡Vaya V. y él á los infiernos!

El pobre hombre salió á la carrera todo asustado, y el capitán se vistió y salió de casa para pegar contra los memorialistas que le mandaban tantos servidores sin pedirlos ni necesitarlos.

El resto del día fué lo mismo y cada diez minutos llamaba un nuevo doméstico con iguales pretensiones que los primeros; á las dos horas regresó el capitán á su casa sin haber averiguado más que un caballero había hecho y pagado este encargo á varios memorialistas de Madrid.

—¡Hola, amigo Restituto!—dijo un viejo que habitaba un sotabanco interior con doce años de cesantía á otro vecino como él que halló en el portal.

—¡Adiós Tadeo! ¿qué dices de bueno?

—¡Hombre, que estoy arruinado!

- ¿Has gastado todo?
—¡Hasta el último céntimo!
—¿No te queda nada?
—¡Nada!
—¡No te apures!
—¿Cómo, tú serás tan bueno que me tiendas una mano amiga para salir de mis apuros?
—Yo te daré...
—¿Cuánto?
—¡Un soberbio consejo!
—¡Ya!—dijo el aludido suspirando tristemente.
—¡Nada temas! aún te queda un gran recurso para salir de todo.
—¿Cuál?
—Poner un puesto de pedir limosna.
—¿Y qué dirán los míos, cuando suban al poder?
—¡Pero, chico, si los tuyos no vienen nunca!
—Ya vendrán, ya vendrán, y aquel día... ¡Oh! aquel día vamos ha empedrar las calles con cabezas humanas.
—Pero hasta aquel día, ¿qué vas á comer?
—Ya veremos. Dios no falta á nadie.
—¿Y los masones y los espiritistas que te recomendé, no te socorren algo?
—Chico, la verdad; los primeros son una papa, como dicen en mi tierra, y los segundos me cargan.
—¿Por qué razón?
—¡Pues no han tenido valor de decirme que yo fui buey en la última encarnación!
—¡Quién sabe!
—Lo sé yo, y basta; ¡llamarme buey en mi cara! eso no lo tolero de nadie.

—Pues, chico, yo digo lo del otro: «dame pan y llámame tonto.»

—¡Yo tengo dignidad!

—Pues come dignidad.

—Mira, dame dos reales para un café, y así comeré algo por hoy.

—Toma tres perros chicos; no tengo más.

D. Tadeo y su amigo se dieron un apretón de manos y siguieron cada cuál su camino.

Llegó la noche, y Rosa seguía en igual estado, y el médico apenas se separaba de la cabecera de su cama, más que el tiempo preciso para cumplir con sus indispensables obligaciones, mostrando un gran celo é interés en la salvación de la enferma.

Las dos de la mañana sonaban en todos los relojes de Madrid, y la casa disfrutaba de esa calma y tranquilidad que se nota cuando sus moradores están entregados en brazos de Morfeo, como bálsamo reparador de sus fuerzas, para el día siguiente continuar de nuevo sus trabajos y labores.

El capitán dormía tranquilamente al lado de su fecunda esposa, y los niños imitaban á sus padres.

Ya hemos dicho que el capitán ocupaba el cuarto bajo, con dos voladas rejas á la calle; una de ellas daba á la sala, y la otra á un precioso gabinete, y éste á la alcoba, donde el matrimonio dormía á pierna suelta, cuando fueron despertados por unos fuertes golpes descargados con una fuerza brutal sobre la madera de la vidriera de la reja del gabinete, á cuya fuerza vinieron dos cristales al suelo, produciendo el ruido consiguiente en el silencio de la noche, acompañado de una voz descomunal, que gritaba cuanto podían sus pulmones:

—¡El burrerooo!

El capitán saltó de la cama, como el tigre que se ve herido en su guarida, y se fué á la reja, gritando tanto ó más, si era posible, que el burrero.

—¡Qué es esto, animal!

La capitana temblaba de miedo, y los chiquillos entonaron un coro de Jeremías, producido por el terror, convirtiendo la casa en un guirigay de mil demonios.

—¡El burrero!—volvió á repetir el que llamaba.

—¡Aquí no se necesita leche!

—¿Cómo que no?

—¡Como que no!

—¿No es este el núm. 1?

—¡Sí señor!

—¿No es V. D. Pepino Narro de Narro?

—¡Sí señor!

—Pues para V. es la leche.

—¡Voto á mil rayos y centellas!—exclamó el capitán desnudando su espada y abriendo la reja.—Yo te diré á ti para quién es la leche.

—¡Pero señor, si me han mandado venir!

—¿Quién?

—El amo.

—¿Y te ha mandado también que me rompas los cristales?

—No señor; pero me dijo que llamara fuerte, que era V. muy sordo; y yo los rompí sin querer.

—¿Dónde vive tu amo?

—En la plaza del Camelo, núm. 2.

El sereno llegó al punto y detuvo al burrero para que pagase los vidrios rotos, y el capitán consoló como pudo á sus hijos y á su esposa, y después de restablecida la

calma, volvió á su cama dado á todos los diablos del infierno.

No había trascurrido una hora cuando ya se había dormido por segunda vez, y fué despertado de nuevo por otros golpes tan fuertes como los primeros, y á la voz de:

—¡El burrero!

—El capitán tornó de nuevo á levantarse y armar otro escándalo más fuerte que el primero.

—¡Pero señor mío!—decía el burrero,—si soy mandado por mi amo, ¿qué quiere V. que le haga yo?

—¿Quién es tu amo?

—El tío Pilili.

—¿Dónde vive?

—En la calle de los Cojos.

—¡Yo le haré cojear á él de veras! Y juro que se ha de acordar de mí por lo que le resta de vida.

El capitán volvió á la cama; pero ya no pudo dormir, y á la hora justa se repitieron los mismos golpes y la misma voz:—¡El burrero!

—¡Esto no se puede resistir!—exclamó el capitán echando espumarajo por la boca de la cólera y la rabia que su pecho sentía, al verse juguete sin saber de quién.

La llegada del sereno evitó indudablemente una desgracia, pues el capitán ya no daba cuenta de su razón, y el lancero nocturno del ilustre Ayuntamiento se constituyó en centinela perpetuo á la reja del capitán, y fué el encargado de ir despidiendo á los burreros que fueron llegando con una notable puntualidad de media en media hora hasta los ocho de la mañana, los cuales, al verse chasqueados de aquella manera, rabiaban y tri-

naban, armando cada pelotera que era lo que había que oír.

En cuanto se hizo de día, D. Pepino salió á la calle, y enterado de los amos de las burras de leche, le resultó lo mismo que le habían dicho los memorialistas: esto es, que un caballero había hecho aquel encargo.

El resto del día fué relativamente descansado menos para el pobre capitán que con tanto rabiarse le presentó un ataque nervioso, que fué preciso hacerle dos sangrías y extraerle una muela careada, con lo cual quedó tranquilo á las cuatro de la tarde.

Una hora después, un lujoso carro fúnebre se paraba ante la puerta de la casa del capitán y al poco rato llegaron sobre cien pobres de San Bernardino, cargados con sus descumunales hachas, los cuales formaron en dos filas delante del carro fúnebre, y poco á poco, la calle se vió ocupada por multitud de carruajes que con sus tablillas bajadas, formaron en dos alas detrás del carro mortuorio á lo largo de la calle.

—Los vecinos se preguntaban unos á otros:

—¿Quién se ha muerto?

—¡No sé!—contestaban los preguntados.

Diez minutos después, cuatro hombres enlutados, se anunciaban en casa del capitán, no por medio del timbre de la sonora campanilla, sino por unos suaves y recatados golpes descargados sobre su puerta.

—¿Quién?—dijo la capitana, saliendo á abrir la puerta.

—¡Los sepultureros!—exclamaron los recién llegados.

—¡No es aquí!—exclamó la capitana.

—¿Cómo que no? si venimos á sacar el cadáver de D. Pepino Narro de Narro, según papeleta que tenemos.

El capitán, que se apercibió desde el primer momento de lo que se trataba, se tiró frenético de la cama, y desnudando su virginal espada, salió de su habitación gritando como un loco:

—Basta de bromas; voy á hacer una carnicería con mis enemigos.

Los sepultureros al verle en calzoncillos y en camisa con los ojos desencajados y la espada desnuda en sus manos, echaron á correr cuanto podían, gritando como demonios: —¡El muerto, el muerto ha resucitado! á cuyas voces se armó en la calle y la vecindad el alboroto H, y la agitación consiguiente, hasta que poco á poco se fué restableciendo la calma, y una vez averiguada la verdad de lo que había pasado y convencerse de su engaño, los pobres de San Bernardino se retiraron refunfuñando, los cocheros rabiando y los del carro fúnebre maldiciendo cuanto había que maldecir.

El capitán se vistió apresuradamente, apesar de su estado de salud, salió á la calle y haciendo traer un carro de mudanzas se trasladó en el acto al primer cuarto desalquilado que le deparó la casualidad, bien lejos de la casa que dejaba y á un piso 3.º con honores de 4.º ó 5.º

Apenas había salido el capitán cuando el caballero de la carta decía á la portera:

—¿No la decía á V. que pronto le quitaría de medio?

—¡Cómo, señorito! ¿es obra de V.?

—Los milagros es preciso que se realicen y los haga Dios, ó el diablo.

—¡Ay, señorito de mi alma! ¡y qué bien me ha hecho con hacer saltar á esa fiera de aquí!

—Ya lo iremos domesticando poco á poco.

Dos días después el capitán recibía una elegante caja barnizada, la cual contenía una preciosa rueca para hilar y una flamante lavativa con la misma carta que el capitán le había dirigido, poniendo solo á continuación en la misma:—«Tengo el honor de remitirle una rueca para los ratos de ocio, y una lavativa para los días de gala con uniforme, la cual puede dignamente reemplazar á su *virginal* espada gloriosamente coronadas con el laurel de las victorias de las gallinas y cebadas de Ultramar. Soy de V.—PEDRO BURCARLE.»

El capitán rabió y pataleó á su recibo, pero al fin se le pasó, diciendo para sí cuando llegó á pensar con la fría razón:—Me está bien empleado por meterme en camisa de once varas, cuando para mí, que dada mi pequeña estatura y lo jiboso de mi espalda, me sobra con dos y media.

Quince días habían transcurrido desde la muerte de la titulada madre de Rosa y ésta había mejorado notablemente gracias á los cuidados y atenciones del médico D. José, que desde el primer día de conocer á Rosa, obró en su pecho algo más que la atención y la caridad que puede inspirar una desgracia, sino ese secreto misterioso que sorprende á nuestro corazón y que el alma lo recibe cariñosa y la mente la hace reina de su pensamiento; el médico amaba á Rosa y el amor siempre es grande y bello á la presencia de la persona amada.

El médico manifestó á Rosa su firme y decidido propósito de hacerla su esposa, y la pobre huérfana no se atrevía á rechazar su pretensión por no pasar á la vista de su amante como ingrata á sus beneficios y cuidados que le debía, y sólo se limitó á decirle:

—Caballero, me honra en extremo su recuerdo para una pobre como yo, y sólo le ruego lo piense hoy bien, para que no tenga que arrepentirse mañana.

—¡Rosa! Cuando un hombre pide la mano de una señora, es porque lo ha pensado bien; yo deseo su amor y su cariño, porque también soy huérfano, como usted, sin haber conocido jamás á mis padres, y debiendo cuanto soy á la caridad de un tío, que me crió y educó á su lado. ¿Queréis hacerme feliz ó desgraciado para siempre?

—¡Oh, desgraciado, jamás!—repuso Rosa con viveza.

—Pues en V. depende todo. ¿Puedo contar con su amor?

Rosa no pudo contestar al médico, porque la presencia de la portera ahogó en sus labios la palabra que iba á pronunciar.

—¡Señorita!—dijo Concha al entrar, y mostrándola una carta en la mano.—En este momento acaba de dejar para V. este pliego un caballero, que ni conozco ni ha permitido pasar, apesar de las instancias que le hice.

—¡Es extraño!—repuso Rosa, tomando el pliego en sus manos, y, al abrirlo para enterarse de su contenido, no pudo reprimir un grito de sorpresa, al ver bajo un sobre un legajo de billetes de Banco, con estas cortas líneas: *Guardad esta suma, que os pertenece.*

Don José contó la cantidad recibida, y contenía 12.000 duros en billetes de á 4.000 rs.

Después de mil comentarios por una y otra parte, Rosa entregó 2.000 duros á la portera por sus atenciones y cuidados, la cual lloraba de alegría, al paso que su esposo, D. Juan, repetía sin cesar:—¡Gracias á Dios que la suerte, de una manera tan extraña, ha recom-

pensado mi valor en los campos de batalla! La ordenanza es muy sabia, cuando dice que el valor personal será siempre *recompensado*.

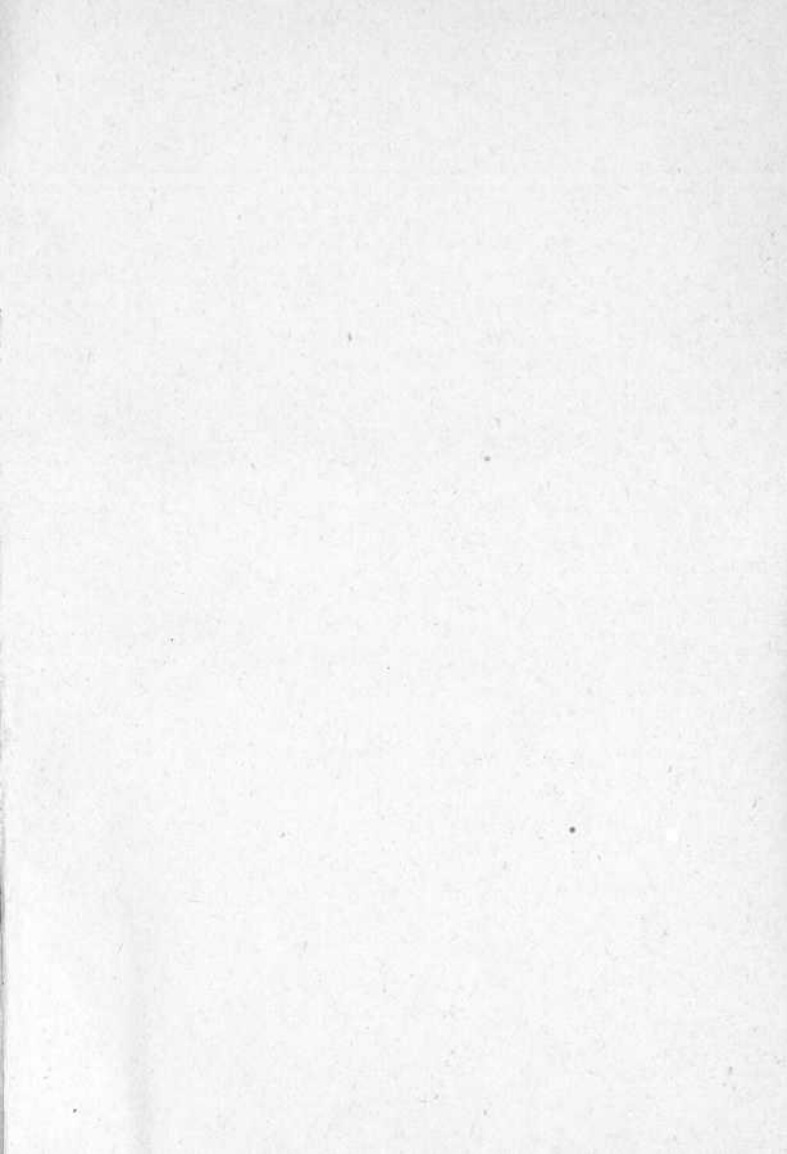
Un semana después, la portera hacía *dimisión* de su portería, y el santo matrimonio se establecía en una modesta tienda de comestibles, como descanso á su avanzada edad, y se preparaban á la vez para ser padrinos de boda de su protectora Rosa y el médico don José.

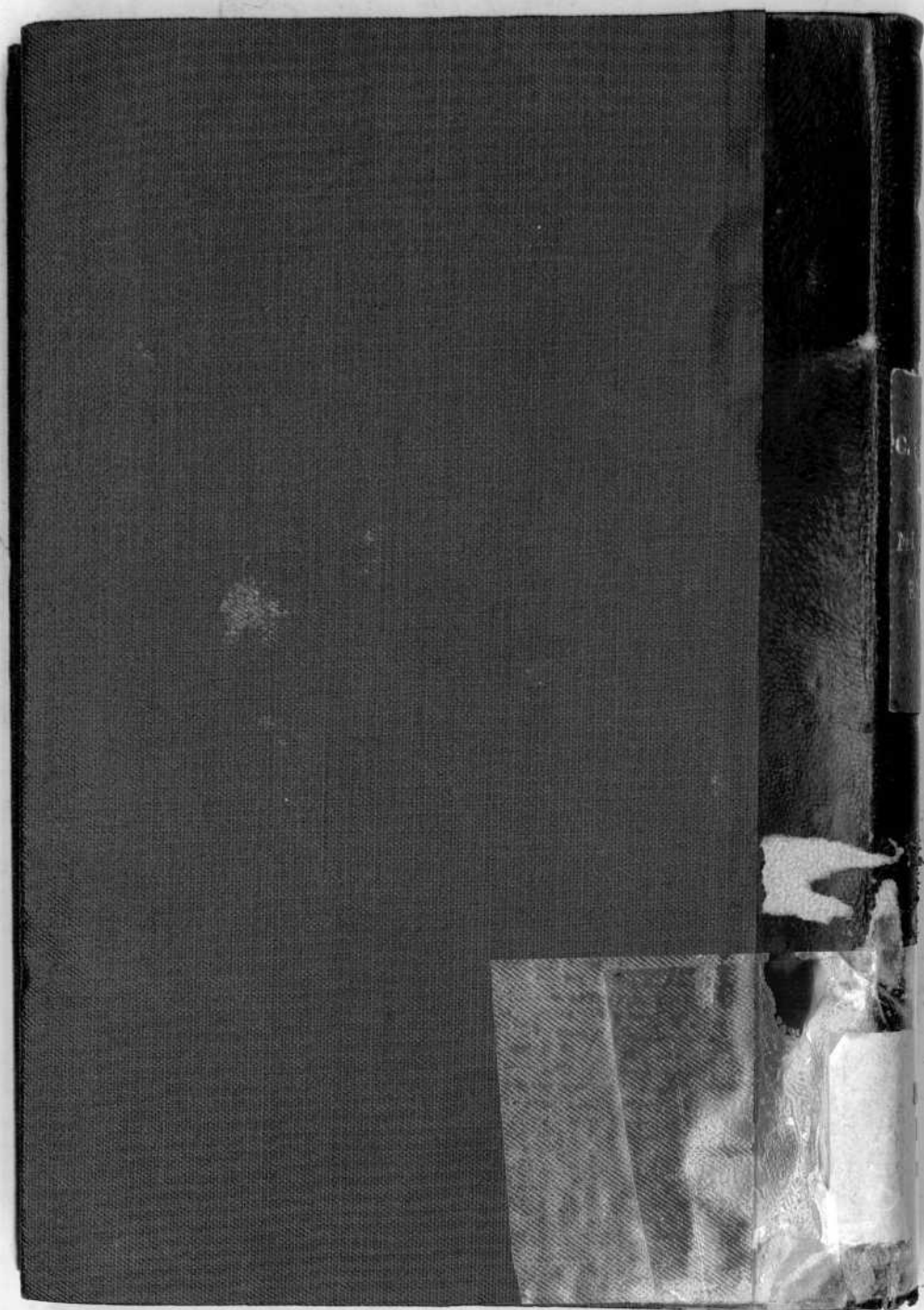
FIN.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA.....	5
Dos palabras á mi sexo.....	9
Un sueño en Triana.....	21
La Mano.....	27
No hay principio sin fin.....	43
¡La boda H!.....	49
Un encuentro feliz y desgraciado.....	79
Historia de un pobre duro.....	85
Los aficionados.....	177
La romería de San Isidro en Madrid.....	189
Una carta del otro mundo.....	201
¿Existe el amor?.....	221
La muralla de carne.....	225
La portera.....	293







C. F. STEIDAN

W. F. 2. 1945

1. NSAYO

SS
860-3
EST
mip